
El teniente
Escocés
Andrea Muñoz Majarrez

El teniente escocés

Andrea Muñoz Majarrez

Derechos de autor © 2025 Andrea Muñoz Majarrez

Portada: Álvaro García Bilbao
Imagenes adquiridas en Shuttershock y iStock.
Créditos de las imágenes: inigofotografia y KathySG.
ISBN-13: 9798287595937
Sello: Autopublicado.
Todos los derechos reservados.
Queda prohibida la reproducción parcial o total de la obra sin la autorización de la autora.

A los guerreros escoceses, que son realmente inspiradores.

Prologo

Niamh House, Glencoe, Escocia, 1860.

La nieve cubría parcialmente los caminos aquella mañana. Pocos carruajes atravesaban las empedradas aceras de Glencoe ese domingo de diciembre, una semana antes de Navidad. El teniente Carmichael regresaba a su hogar después de casi dos años en China, donde sirvió a su nación en una de las muchas contiendas en las que el Imperio Británico se había embarcado en los últimos tiempos.

El joven caballero de veinte años había participado en el desembarco de Pei Tang con enorme valentía. No obstante, no volvería a ser el mismo a causa de las heridas que habían estado a punto de costarle la vida y que ahora le impedían caminar con normalidad, pues precisaba de la ayuda de unas muletas para sostenerse en pie.

Parte de los tendones de su pierna se habían perdido debido a un mortero de las fuerzas chinas, y numerosas heridas, señales de la metralla, asolaban su cuerpo, que había pasado de ser una bella escultura digna de Miguel Ángel, a un mosaico repleto de surcos que afeaban su físico.

A pesar de no poder volver a combatir, el gobierno no solo le había dado una condecoración al valor, sino que además le había ofrecido un importante puesto en la Oficina de Guerra en Londres, donde podría ayudar a su patria desde un despacho. No le agradaba en absoluto esta idea, pues siempre deseó la acción y las aventuras que el ejército podía proporcionarle. No obstante, aceptó la oferta.

El carruaje se detuvo finalmente ante la entrada de una hermosa casa de piedra de dos plantas, con fachada grisácea y preciosas vistas de las montañas. Rodeada de verdes prados, Niahm House era el hogar familiar de los Carmichael desde hacía dos generaciones. Su abuelo, un humilde granjero, consiguió, tras

muchos años de arduo trabajo, comprar un pequeño terreno que albergaba una granja y un par de viviendas desvencijas. Allí construyó junto a su esposa un maravilloso hogar mientras veía a su prole crecer. Un deseo que el teniente William Carmichael también tenía.

Se apeó del carruaje con la ayuda de su padre, el coronel Carmichael, que hacía tiempo que ya estaba retirado. El hombre le entregó las muletas, mientras un mozo se encargaba del equipaje.

—Ya verás la alegría que se va a llevar tu madre cuando te vea. Se enfadó mucho conmigo por no dejarla que me acompañara —dijo caminando a su lado.

—Habría sido un viaje demasiado agotador para ella.

—Eso le dije yo. A ver si contigo se ablanda y me perdona.

El teniente alzó la vista y contempló la fachada de su hogar, que tanto había extrañado.

—Han crecido mucho las enredaderas, padre.

—Sí, y ya verás el rosal. Está precioso. Ya sabes que tu madre cuida el jardín como nadie. Has heredado su talento para cuidar de la flora—bromeó.

El teniente esbozó una media sonrisa.

—Lo cierto es que me gusta mucho.

—Tendrás tiempo de sobra para dedicarte a la jardinería mientras te recuperas.

Llegaron justo ante la puerta, que se abrió al instante, puesto que la señora Carmichael los había visto desde una de las ventanas del piso superior y había bajado corriendo a la entrada. Sin demora, se abalanzó sobre su hijo sin importarle los vendajes y las muletas.

—¡Will, hijo mío! —exclamó con lágrimas en los ojos.

Tal fue la fuerza de su abrazo, que el joven se tambaleó un poco.

—Madre, ya estoy en casa—respondió con un ápice de emoción en la voz.

—No sabes lo dichosa que me siento. He estado tan angustiada—afirmó.

Se apartó un poco y contempló a su hijo con el corazón encogido. El joven tenía vendada parte de la cabeza, la pierna y un

pequeño moratón en la mejilla.

—Vamos, pasad. Hoy hace mucho frío y no quiero que enfermes—les instó la señora Carmichael.

Se adentraron en el vestíbulo, cuyas paredes estaban cubiertas por paneles de madera y donde había una escalera en el centro de la sala. El teniente paseó la vista por el lugar, notando en sus fosas nasales el aroma a lavanda mezclado con el barniz. Un olor familiar que le hacía sentir pletórico y protegido.

—¿Y para mí no hay un abrazo ni una muestra de afecto? —inquirió el coronel alzando una ceja.

La señora Carmichael lo miró con altivez.

—Después de impedirme viajar contigo, no sé si lo mereces, querido.

Él se acercó fijando su mirada azul en ella.

—Incluso cuando estás enfadada conmigo, sigues siendo hermosa, Bethany.

Ante esto, la dama se estremeció y notó sus mejillas arder, un gesto que provocó en su hijo una sonrisa. A pesar del paso de los años, sus padres seguían amándose como el primer día. La señora Carmichael dio una palmadita en el brazo al coronel.

—Fergus Carmichael eres terrible. Siempre consigues que te perdone—aseveró.

El coronel sonrió con picardía, agarró a su esposa por la cintura y besó sus labios. Ella, avergonzada, se apartó un poco.

—Querido, que está Will delante—le riñó.

El coronel Carmichael se rio.

—Él hará lo mismo con su querida señorita Peyton en unos meses, cuando se casen. ¿Verdad, hijo?

El teniente asintió con una mueca de agrado.

—Por supuesto, padre.

En ese instante, la señora Carmichael recordó algo importante.

—Hablando de la señorita Peyton, llegó una carta suya ayer. No la he abierto, por supuesto. La he dejado en tu habitación, Will.

El joven se vio invadido por una fuerza descomunal que hizo que subiera las escaleras con presteza, a pesar de la dificultad. Sus

padres se quedaron en el vestíbulo, mirándose incrédulos al comprobar que, efectivamente, el amor era capaz de hacernos superar los mayores obstáculos.

Tras recorrer el largo e interminable pasillo que conducía a su habitación, abrió la puerta al fin, notando la calidez de la estancia. Presidida por una cama con dosel, las paredes eran de un suave color vainilla, el mobiliario de estilo clásico inglés era de madera oscura y junto a la ventana se hallaba la chimenea, que estaba encendida, y un pequeño escritorio donde reposaba la misiva que tanto tiempo llevaba esperando.

Hacía varias semanas, cuando aún estaba convaleciente en un hospital de Hong Kong, envió una carta a su prometida haciéndole saber las secuelas que la batalla había dejado en su cuerpo.

Había declarado su amor a la joven dos años atrás, antes de partir a la guerra, y se fue con la promesa de que se casarían cuando él regresara. Gracias a sus valerosos actos durante la contienda se convirtió en el teniente más joven de su promoción, ganando gran notoriedad. Contaban además con el beneplácito del señor Peyton, que se enorgullecía de que su hija fuera a desposarse con un militar, hijo de un importante miembro del ejército de su Majestad.

Agarró la carta entre sus manos y la acercó a su rostro, sintiendo el perfume con olor a rosas de su amada. Cerró los ojos y rememoró la última vez que posó sus labios sobre los suyos, que acarició su tersa piel. Un recuerdo que lo había mantenido vivo, con ganas de sobrevivir a los horrores que había presenciado en el campo de batalla.

Esperaba recuperarse lo antes posible para poder ver a su amada Gloria y comenzar con los preparativos. No deseaba demorar más la cuestión del matrimonio para así pasar el resto de su vida con ella.

Abrió la carta con presteza, impaciente por contemplar su delicada letra manuscrita. Una enorme emoción lo desbordaba, la felicidad salía por cada poro de su piel. No obstante, su semblante

alegre se tornó inquieto, casi incrédulo, a medida que leía cada palabra.

De repente, un torrente de dolor empezó a recorrer cada parte de su ser. Poco a poco, notó cómo las fuerzas le fallaban. Las muletas cayeron al suelo al tiempo que él se desplomaba sobre una silla cercana sin apartar su mirada de la carta. Leía una y otra vez cada línea, pensando en distintas posibilidades: que era una broma de mal gusto, que esa carta no era de Gloria, que era para otro hombre que también había estado en la misma guerra que él y que tenía su mismo nombre. Sin embargo, se dio cuenta finalmente de que no había error alguno, sino una dura realidad.

—Will, dice tu madre que cenaremos en breve, así que hay que prepararse para…

Su padre dejó de hablar cuando lo vio con la mirada fijada en la carta, completamente paralizado. El coronel se asustó y corrió hacia él.

—William, ¿qué ocurre? ¿Qué te sucede? Estás pálido, hijo— dijo atropelladamente, agarrando el brazo del joven y sacudiéndolo para que reaccionara.

Al ver que esté no se movía, decidió ser más severo.

—¡William, por el amor de Dios! ¡Habla, muchacho! —gritó.

Entonces, su hijo empezó a sollozar. Al principio fue una especie de murmullo que pronto se convirtió en un llanto desconsolado. Ante esto, el coronel Carmichael se mostró más delicado y paciente.

—Hijo, ¿qué ha pasado?

El joven miró a su padre con sus ojos humedecidos.

—Me ha abandonado, padre.

El coronel frunció el ceño, incrédulo. De inmediato agarró la carta, arrancándola de las manos de su hijo y leyó la misiva atentamente. A medida que conocía el terrible contenido, su furia crecía, hasta que finalmente estalló.

—¡Maldita sea! Algo me decía que esto podía pasar, pero nunca quise creer que mi instinto fuera certero. Esto es una tremenda injusticia. ¿Cómo puede hacerte esto? ¿Cómo ha sido capaz de incumplir su promesa? —dijo furibundo.

El coronel salió de la estancia para informar a su esposa de lo acontecido. En cuanto lo supo, la señora Carmichael acudió al lado de su hijo para mostrarle su afecto y comprensión. William, como un niño desamparado, se aferró a ella buscando consuelo.

Un consuelo que no encontró, porque su corazón se había partido en mil pedazos. Su esperanza se había perdido en la oscuridad de su alma. Gloria era su mundo, el motivo por el cual seguía vivo. Y si ella ya no lo amaba, no podría amarse a sí mismo.

A partir de ese día, el teniente William Carmichael se transformó. Perdió su alegría, su jovialidad de antaño, y solo quedó amargura, dolor y resentimiento. Porque, ¿quién sería capaz de amarlo? ¿Quién sería capaz de amar a una criatura llena de cicatrices con una cojera permanente? ¿A un hombre que tenía secuelas terribles de la guerra?

Fue entonces cuando tomó una decisión que cambiaría su existencia: no volver a entregar su corazón jamás y atravesar el sendero de la vida en soledad.

Capítulo 1

Londres, 16 años después.

Era una fría mañana de marzo en la que Londres amaneció con un radiante sol. Por las calles empezaban a transitar los transeúntes más madrugadores, mientras en el aire se podía percibir el aroma a leña y carbón proveniente de las chimeneas. Las aceras aún estaban ligeramente mojadas por el rastro de las profusas lluvias de los días anteriores.

El teniente, resguardado bajo su abrigo, salió de su hogar en Belgrave Square para comenzar la jornada. Muchas cosas habían sucedido en esos dieciséis años.

Tras recuperarse de sus profundas heridas físicas, compró una propiedad en el barrio de Belgravia, Primrose House, justo delante de Belgrave Square, y se instaló en la ciudad, que se convirtió en su residencia permanente. Comenzó a trabajar en la Oficina de Guerra, en un puesto plenamente burocrático que le permitía tener una vida tranquila, sin grandes sobresaltos, pero sirviendo al mismo tiempo a su país.

Aunque su lesión no le ocasionaba grandes trastornos, en las jornadas de mayor humedad solía ayudarse de un bastón, pues su pierna se resentía y su cojera se hacía más evidente.

Respecto a las heridas que solo dejaron señal en su alma, su desengaño provocó que el teniente cerrara su corazón y eligiera la soledad como única compañera. A veces surgía algún romance o flirteo con alguna dama, pero en la intimidad el teniente nunca dejaba que sus amantes vieran sus heridas y tampoco permanecía mucho tiempo junto a ellas. Volaba lejos como una hermosa ave exótica que deseaba permanecer oculta en su propio oasis.

Un par de veces al año viajaba a Escocia para ver a su familia, o sus padres se desplazaban a Londres, aunque en pocas

ocasiones, ya que gozaban más de los placeres de la vida en su granja en Escocia, que en la bulliciosa metrópoli.

Atravesó Belgrave Square, donde se cruzó con unos vecinos: el coronel Holland y su hija mediana, la señorita Holland, que agarraba el brazo de su padre. El caballero de pelo canoso un poco largo se ayudaba de un bastón para caminar y su hija cada día lo acompañaba en su paseo matutino. La dama, que estaba cerca de los treinta, tenía un aspecto sobrio y anodino, con una mirada fría y un rictus serio.

—Buenos días, coronel, señorita Holland—les saludó cortés, levantando el ala de su sombrero.

—Buenos días, teniente. ¿Cómo está? ¿Ya va rumbo al trabajo? —respondió el coronel afable.

—Así es, coronel. Y ustedes darán su paseo habitual, supongo.

—Sí, teniente. Órdenes del médico, que tiene como aliada a mi Hester. Ella no me deja incumplir órdenes.

—Eso sería una insubordinación, padre—intervino ella.

El teniente asintió.

—Muy cierto, señorita Holland—contestó—. Bueno, si me disculpan, debo partir. Que tengan un buen día.

—Igualmente, teniente—dijo el coronel sonriente.

El teniente Carmichael se alejó de allí todo lo deprisa que pudo, pues no podía forzar su pierna.

Tras unas horas de arduo trabajo, el teniente se dirigió a una importante cita. Esa noche, el capitán Chambers celebraba una velada entre un grupo selecto de amigos en su hogar, Cecil House. Allí tendría oportunidad de reencontrarse no solo con la señorita Maude Chambers, que ya formaba parte de su círculo de amistades, sino que también volvería a ver a uno de sus mejores amigos, Thomas Pembroke.

El señor Pembroke formaba parte de una importante familia de comerciantes, sin embargo, se había decantado desde muy joven por la política. Tras varios años en distintos puestos, consiguió su escaño en la Cámara de los Comunes.

Conoció al teniente cuando ambos eran niños, a través de la amistad del coronel Carmichael con el padre del señor Pembroke, y desde entonces, se forjó una amistad inquebrantable.

Alrededor de las siete el teniente entró en el elegante hogar de los Chambers y saludó al anfitrión, que estaba en la entrada del salón.

—Bienvenido, teniente Carmichael. Me alegra que haya podido venir—saludó el capitán jovial.

—Gracias como siempre por invitarme, capitán.

—¿Y cómo van los asuntos de nuestro gobierno?

—Bueno, ya sabe que no puedo hablar mucho de ello, capitán. Alto secreto.

—Ha dado la respuesta correcta—afirmó—. Y manténgase alerta. Recuerde que tenemos a la prensa infiltrada en esta velada.

El capitán hacía referencia a su hija Maude, que trabajaba como redactora para un importante periódico de tirada nacional.

—Ciertamente, capitán—respondió, riéndose—. Aunque permítame decirle que probablemente la señorita Chambers sería una gran espía. Tiene madera para ello.

—¡Lo que nos faltaba! Creo que con ser periodista y detective tenemos suficiente.

En ese momento, Maude Chambers hizo acto de presencia, agarrando el brazo de su padre.

—He oído mi nombre en este lado de la sala, caballeros.

—Buen oído, señorita Chambers—afirmó el teniente.

Ella sonrió orgullosa.

—¿Cómo está, teniente?

—Bien, como siempre. Aunque mi vida es menos emocionante y peligrosa que la suya.

—Sin embargo, usted corría más peligros en la guerra, de eso no tengo duda.

—Ustedes están en otro campo de batalla, señorita. Y hacen una gran labor.

—Gracias, teniente. Si tiene ganas de unirse a nosotros, ya sabe cómo contactarnos. Tener un militar en nuestra agencia sería una enorme ayuda.

Él esbozó una media sonrisa.

—Lo consideraré, señorita Chambers.

—A propósito, ¿ya ha leído el último libro de George Milcott?

El teniente esbozó un gesto de placer.

—Lo devoré en dos noches. Apenas podía dormir con la incertidumbre de saber quién era el asesino.

—Yo me lo leí en horas, créame. No pude apartar mi vista de las páginas. Nunca me habría imaginado que el asesino fuera el coronel. Parecía un hombre tan honrado y gentil—comentó Maude.

—El coronel es la persona de quien menos sospecharíamos. Pero bajo esa piel de cordero, escondía un despiadado lobo—afirmó el teniente.

—¡Cierto! Admiro la capacidad del señor Milcott para mantenernos en vilo hasta el final con un giro inesperado.

—¿Alguien ha dicho el señor Milcott? Por favor, no deis detalles de su última novela, que todavía me quedan dos capítulos—intervino un caballero detrás de ellos.

El teniente se giró y descubrió a su querido amigo el señor Pembroke, al que saludó con alegría.

—¡Thomas! No te había visto. ¿Acabas de llegar?

—No, estoy aquí desde hace rato. Estaba hablando con lord Briggs sobre un asunto de negocios—contestó.

—A propósito, señor Pembroke, enhorabuena por su compromiso con la señorita Kent—intervino el capitán Chambers.

—Gracias, capitán.

—Bueno, jóvenes, me temo que debo atender a otros invitados. Espero que disfrutéis de la velada—se despidió el capitán, alejándose del grupo.

—¿Y para cuándo será el enlace? —inquirió Maude.

El señor Pembroke sonrió.

—En septiembre. Mi madre y mi futura suegra nos ayudarán a prepararlo todo.

—En mi opinión, quien debería tener poder de decisión es tu futura esposa, Pembroke. Muchas veces las madres y las suegras se extralimitan.

—Descuide, señorita Chambers. Mi amada Jane tiene las riendas de la situación. Afortunadamente, posee un carácter aguerrido y no se acobarda ante tan imponentes damas. De hecho, eso es lo que más me gusta de ella—aseveró dichoso.

El teniente lanzó una mirada de ternura a su amigo.

—El amor se ha apoderado de ti por completo, amigo mío.

—Sin duda. Amo a Jane con todo mi ser—afirmó con fervor.

—Me alegra que tu querida señorita Kent posea semejante carácter. Ya solo con eso, tenéis mi bendición—indicó Maude.

—Espero que ambos podáis asistir—dijo el señor Pembroke.

Maude torció el gesto.

—Ya sabes que no me gustan demasiado este tipo de eventos, pero como te tengo en alta estima, asistiré, por supuesto.

—Quizá resuelvas algún caso durante mi enlace. El crimen acecha en cualquier parte.

Ella se rio.

—No podemos resolver los casos de todo el mundo, tenemos que dejarle algo a Scotland Yard—bromeó.

—Es una lástima que no dejen entrar a mujeres en el cuerpo, porque serías una agente brillante, Maude—afirmó el teniente.

—Bueno, nosotras lucharemos para abrir el camino a las que vengan detrás.

—Brindo por ello—dijo el teniente, alzando su copa.

—Y volviendo a la novela de nuestro admirado George Milcott, me encantó la anterior, *El asesino del ojo dorado*—comentó el señor Pembroke.

—Esa, sin duda, es brillante, pero con la última se ha superado—indicó el teniente.

—Estoy completamente de acuerdo. Creo que su técnica y su narrativa mejoran cada vez más. Y considero que se ha convertido en un maestro de la intriga…O una maestra—apuntó Maude.

Ambos miraron a la joven con un deje suspicaz.

—¿Es que crees que George Milcott es una mujer, Maude? —inquirió el señor Pembroke.

Ella se encogió de hombros mientras acercaba su copa de vino a los labios.

—¿Y por qué no? No sería el primer caso. Las hermanas Brontë usaban nombres masculinos en sus primeros escritos, y por supuesto, también está George Elliot. Su talento es incuestionable.

—Sí, claro, pero a lo mejor este no es el mismo caso. No es muy común que una mujer escriba intriga o misterio. Bueno, hay casos, en mi opinión, sublimes, como Mary Shelley o Ann Radcliffe— apuntó el teniente.

—Por esa razón no sería descabellado—añadió Maude.

—Ciertamente, la identidad del señor Milcott es un misterio. Nadie lo ha visto nunca—indicó el señor Pembroke.

—Sí, es una posibilidad—comentó el teniente.

—Se nota que resuelves misterios, Maude—dijo el señor Pembroke—. A propósito, ¿cómo descubristeis al asesino del callejón?

En ese momento, el señor Pembroke y Maude se enfrascaron en una animada conversación sobre el último caso resuelto por la agencia de detectives Chambers & Sheridan.

Al final de la velada, el teniente y el señor Pembroke salieron de Cecil House, dando un corto paseo hasta una calle cercana, donde tomarían una diligencia.

—Por cierto, ¿cómo está Alistair? Supongo que seguirá de luna de miel en Francia.

El teniente esbozó una media sonrisa al recordar a su querido primo, que se había casado recientemente.

—Así es. Recibí carta suya hace unos días desde un pueblo de Bretaña. Está muy feliz, como podrás suponer.

—Nunca me imaginé que Alistair acabaría casándose. Siempre pensé que lo harías tú antes.

El semblante del teniente se tornó serio mientras alzaba la vista al frente.

—Yo no me casaré nunca, Thomas, ya lo sabes.

—Nunca afirmes algo con tanta firmeza, William.

—Es una decisión que tomé hace años y yo me mantengo firme en mis determinaciones.

—Pero la vida no es un camino recto y lineal, pueden abrirse senderos que hagan que cambies de parecer y te desvíes del camino

que tenías marcado.

El teniente suspiró.

—Hablas igual que Alistair.

—Ambos te apreciamos, William, y deseamos lo mejor para ti.

—Lo mejor para mí es estar solo, Thomas.

—Ella no merece que te sumas en la oscuridad. Nunca lo mereció. No después de abandonarte como un perro callejero cuando más necesitabas que permaneciera a tu lado—dijo Thomas indignado.

El teniente detuvo una diligencia en ese momento. Justo antes de subirse, se giró hacia su amigo.

—Gracias por tu preocupación, pero créeme, me complace tener como compañera a la soledad. Una vida sin sobresaltos es un privilegio después de todo lo que viví en la guerra. Otros ni siquiera pueden contarlo.

Una vez dicho esto, se subió a la diligencia y partió rumbo a casa, mientras su amigo tomaba otro coche. Las calles de Londres estaban desiertas a esa hora de la noche, pues ningún alma transitaba por ellas.

El teniente se sumergió en sus pensamientos en el corto trayecto que había hasta Primrose House. Viejos recuerdos lo asolaron. Su juventud perdida, ese amor que nunca regresaría. Vio a su amada Gloria corriendo delante de él, jugando y sonriendo, dedicándole una mirada apasionada, aguardando un beso suyo.

<<William…>>, su voz sonaba aún nítida a pesar del paso del tiempo.

No había vuelto a verla desde que partió a la guerra. No sabía qué aspecto tendría, si habría conservado la belleza que lo enamoró. Tampoco deseaba averiguarlo. Tuvo noticia de su enlace con un rico comerciante norteamericano, con quien se fue a vivir a Nueva York. La distancia había permitido que no se encontraran en todo ese tiempo. Un alivio para su maltrecho corazón que, por desgracia, no había sanado aún sus heridas.

Porque cuando un desengaño nos deja una huella tan profunda, el dolor permanece e impide que podamos olvidar.

Capítulo 2

Eran alrededor de las seis de la tarde y el teniente se hallaba en el comedor de Primrose House degustando una sencilla cena. Envuelto en el calor que desprendía la chimenea en esa fría noche, leía una carta de su querido primo Alistair. La misiva había llegado aquella misma mañana, pero no había tenido tiempo de leerla hasta ese instante.

Querido primo:

Espero que te encuentres bien cuando recibas esta carta. Mi esposa y yo estamos ya en la última etapa de nuestro viaje, concretamente en Calais, donde nos alojamos en una encantadora casa de huéspedes frente al mar. A pesar de los días fríos que nos asolan, el amor de mi amada Roslyn me resguarda de la intemperie y hace que el día más nublado sea para mí el más radiante.

Nunca imaginé que me sentiría así, Will, tan pleno y dichoso. Roslyn ha cambiado mi vida por completo. Cada día que paso a su lado, descubro cosas que me cautivan más de ella. Creo que he estado esperando a esta maravillosa mujer toda mi vida, pero no lo supe hasta hace poco.

Aunque estamos felices en nuestra luna de miel, estamos deseando volver a casa para comenzar oficialmente nuestra vida juntos. De regreso a Glasgow no nos detendremos en Londres, pues no queremos demorar mucho más nuestro regreso. En Glasgow tengo muchos asuntos que atender, y también Roslyn comenzará a encargarse de nuestro nuevo hogar.

¿Y cómo va todo por Londres? ¿Viajarás a Escocia pronto? Supongo que ahora que empezará la Temporada tendrás muchos compromisos. Sin embargo, esperamos coincidir contigo en Glencoe este verano.

A propósito, Iona nos escribió contándonos que ya está preparando su boda con lord Heathcliff. Será previsiblemente en Glasgow, lejos de la etiqueta de Londres, por deseo expreso de ambos. Y por supuesto, desea que sea su padrino, una petición que no puedo negarle, pues ya sabes lo unido que me siento a Iona y lo mucho que aprecia Roslyn a Heathcliff. Te daré más detalles en cuanto sepa más.

Partiremos a Inglaterra la semana que viene, de modo que puedes enviarme tu respuesta a Glasgow.

Aguardo noticias tuyas.
Con afecto,
Alistair.

El teniente guardó la misiva con una mueca de agrado en su rostro. Se alegraba mucho por su querido primo, que se había transformado en un marido enamorado, dejando atrás su pasado de casanova rompecorazones. La aparición en su vida de la discreta pero valiente señorita MacGregor había cambiado su existencia a mejor.

—¿Teniente, ha terminado? —inquirió la señora Berenson.

La dama, que rondaba los cincuenta, era el ama de llaves de la casa. De pelo castaño y mirada gris, la señora Berenson había trabajado en importantes residencias y contaba con muchos años de experiencia en el servicio. Ella era una de las seis personas que formaban parte del personal de la casa, junto con su esposo, el señor Berenson, que era el mayordomo. El teniente salió de su ensimismamiento, dejando la cuchara sobre el plato vacío.

—Sí, señora Berenson.

—¿Quiere que le sirvan el postre? La señora McGill ha preparado natillas.

—Sí, por supuesto.

Una joven sirvienta retiró los platos mientras la señora Berenson hablaba de nuevo.

—A propósito, me encontré esta tarde al coronel Holland con su hija, la señorita Hester, cuando iba de camino a la oficina postal.

Me mandó saludos para usted.

El teniente esbozó una media sonrisa.

—El coronel Holland es un caballero muy amable y simpático. Sin embargo, su hija es más reservada, incluso un poco arisca, diría yo.

La dama torció el gesto, detalle que sorprendió al teniente.

—Si me lo permite, creo que se ha dejado llevar por una mala impresión. La señorita Holland no es arisca, simplemente, es un poco tímida. Se lo digo con pleno conocimiento de causa.

Entonces, el teniente recordó algo.

—Usted trabajo para los Holland un tiempo, ¿verdad?

—Así es. Una familia encantadora… bueno, no todos sus miembros.

El teniente alzó una ceja.

—¿No se referirá a la señora Holland?

La señora Berenson se encogió de hombros.

—Sí, puede que sí. Nunca me gustó como trataba a la señorita Hester. Era demasiado estricta con ella.

—Bueno, los padres suelen ser estrictos con los hijos.

La señora Berenson negó con la cabeza.

—La señora Holland nunca ha tratado a la señorita Hester como a una hija. Para ella, esa muchacha siempre fue un estorbo. Nunca sintió ningún afecto por ella.

El teniente frunció el ceño.

—¿No cree que está exagerando un poco, señora Berenson?

La dama negó con la cabeza.

—Ni mucho menos, señor. Una madre puede ser estricta, pero lo de la señora Holland era demasiado. Para ella, la señorita Hester nunca hace nada bien. La mayor, Grace, también padeció el carácter irascible de la señora Holland, aunque consiguió salir pronto de esa casa al conseguir marido en su primera temporada.

>>Sin embargo, con el señorito John siempre fue permisiva. Al ser el heredero, para ella era el más importante.

—Sin embargo, la señorita Hester es quien más cuida del coronel. Siempre los veo juntos paseando cada mañana.

—A pesar de todo, la señorita Hester adora a su padre y cuida de él como nadie. Sin embargo, la señora Holland nunca se lo reconocerá. Es demasiado orgullosa como para reconocer una virtud en la señorita Hester.

—¿Y usted cuando entró a trabajar en casa del coronel?

—Cuando la señorita Hester tenía diez años. Estuve ocho años allí.

—Y si se me permite preguntar: ¿por qué decidió marcharse?

—Porque no soportaba la actitud de la señora de la casa por más tiempo. Especialmente con la pobre señorita Hester. Una noche, en la que el coronel estaba de viaje, la señora empezó a humillar y menospreciar a la pobre señorita Hester delante del personal de la casa y no pude evitar interponerme. Al hacer esto, yo misma provoqué mi despido, pero no me importó, porque enseguida conseguí empleo en otra casa, pese a que la señora Holland aseguró que no sería así.

Este testimonio dejó al teniente atónito y sobrecogido.

—Eso es terrible.

—Sí, lo fue. En mi opinión, la señora Holland no posee un ápice de bondad en todo su ser. Se cree la dueña del mundo. Lo que me apena es que yo sí pude irme de esa casa, pero la señorita Hester no. Esa pobre muchacha ha tenido que seguir soportando humillaciones y desmanes.

—Sin embargo, tengo entendido que se marchó durante un tiempo de la casa familiar.

—Eso es cierto. Se fue a vivir a Gales con su única tía por parte de padre, la señora Sayer, durante unos años.

—Quizás habría sido una solución más propicia que desde el principio su tía se encargara de ella, ¿no?

—Oh, teniente, eso no fue posible porque el coronel nunca quiso tener a su Hester lejos. A pesar de sus largas ausencias, el coronel siempre fue un padre devoto y adora a sus hijas, sobre todo a Hester, que es su preferida.

El teniente asintió meditabundo.

—Después de lo que me ha contado, comprendo el carácter reservado de la señorita Holland.

—Ya le dije que se había dejado llevar por una mala impresión —respondió—. De hecho, ahora que lo pienso, ustedes dos tienen algo en común.

El teniente alzó una ceja, no comprendiendo lo que la dama quería decir, mientras esta caminaba hacia la puerta.

—¿Y qué tenemos en común, señora Berenson?

La dama estaba en el umbral de la puerta cuando se giró y contestó:

—Que ambos han sufrido por amor.

Dicho esto, dejó al teniente con más preguntas que respuestas. ¿La señorita Holland había sufrido por amor? Al vislumbrar su adusto gesto en su mente, no creía que aquello fuera cierto.

Hester Holland era racional y práctica, no alguien que creía en cuentos de hadas ni que fuera capaz de dejarse llevar por el atolondramiento y la locura que causa muchas veces el amor apasionado. El teniente deseó haber sido como ella cuando las flechas de Cupido atravesaron su corazón años atrás. Quizás así se habría ahorrado mucho dolor.

Capítulo 3

Aquella soleada mañana de sábado, el teniente se hallaba en el club de caballeros practicando uno de sus deportes preferidos: la esgrima. Esa jornada había quedado en verse allí con su amigo el señor Pembroke para ponerse en forma. A pesar de que ya no podía ir al frente, seguía luchando con la espada, aunque no de manera contundente, pues su lesión no le permitía forzarse en demasía.

Estaba concentrado, esquivando las estocadas de su amigo, mientras conversaban:

—¿Y cómo está Alistair? ¿Has recibido noticias suyas? —comentó el señor Pembroke.

—Recibí carta suya hace poco. Está pletórico, deseando volver.

—¿Contaremos con su presencia en Londres?

—No, me dijo que debía regresar a su puesto en la empresa cuanto antes.

—Una lástima. Pero supongo que podrá asistir a mi boda.

—Eso tendrás que preguntárselo. Aunque no creo que exista inconveniente alguno. Para entonces, todo estará en orden.

—¿Sabes? Me encantaría que en mi boda conocieras a tu futura esposa. Ya sabes lo que suele decirse, de una boda puede surgir otra.

El teniente resopló.

—No intentes buscarme esposa, querido amigo. Ya tengo bastante con sufrir persecuciones de madres y casamenteras durante la Temporada. Y si no me he casado con ninguna de ellas, no lo haré nunca.

—Sin embargo, conquistas no te han faltado.

—Tengo necesidades como todos, Thomas. Pero en esos encuentros no hay amor, simplemente hay pasión carnal.

—Claro, prefieres el amor de las plantas y las flores de tu jardín, ¿verdad?

—Ellas al menos no mienten ni engañan. Permanecen silenciosas esperando que las riegue y les llegue la luz del sol— bromeó.

El señor Pembroke torció el gesto.

—Creo que mereces algo mejor que el silencio de unas plantas, William.

—Soy feliz así, no necesito más.

En ese instante, el teniente lanzó una estocada, que dio de lleno en el estómago de su oponente, que retrocedió al toque.

—Punto para mí. Eso te ocurre por distraerte—advirtió.

—Esto me ocurre por ser un buen amigo y preocuparme por ti, desagradecido. Hacerle esto a un amigo.

—En la esgrima no hay amigos, solo adversarios.

—Desde luego.

Ambos se quitaron las protecciones y se alejaron de la zona de entrenamiento.

—A propósito, ¿esta noche tienes algún compromiso? Podríamos ir al Lamb & Flag, tomarnos unas pintas y quizás jugar una buena partida de cartas—propuso el teniente.

—Esta noche estoy obligado a acudir a una velada en casa de la señora Ramsey, pero intentaré ir más tarde. Hace mucho que no veo al señor Quirby y a los muchachos.

En ese instante, el señor Pembroke miró su reloj de bolsillo.

—Tengo que marcharme ya. Tengo comida importante en casa de lord Forrester para hablar de la próxima sesión en el Parlamento. ¿A qué hora irás al pub?

—A las ocho.

—Nos veremos sobre esa hora entonces. ¡Hasta esta noche!

El teniente salió del club de caballeros y decidió dar un tranquilo paseo por Oxford Street, que no estaba lejos. El cielo estaba despejado y el radiante sol bañaba las calles de Londres, algo abarrotadas a esa hora. A pesar del frío, aquella jornada invitaba a disfrutar del agradable tiempo.

Caminaba distraído, contemplando algunos escaparates cuando al mirar al frente vio a alguien que le resultó familiar. Ante la entrada de un imponente edificio de estuco, se hallaba la señorita

Holland. Contempló su sencilla vestimenta, un traje marrón oscuro, sombrero y capa a juego, y entre sus brazos sostenía una carpeta de cuero. Parecía aferrarse a ella como si fuera un objeto sumamente importante.

El teniente vislumbró en su rostro un halo de inquietud, como si tuviera prisa por alejarse rápidamente del gentío que se arremolinaba en la entrada del edificio.

Cuando avanzó unos pasos, el teniente vio como la dama tropezó y cayó al suelo. Con presteza se dirigió hacia ella, mientras Hester recogía los documentos con apuro.

—Señorita Holland, permítame que la ayude.

La dama se quedó atónita al verlo y sus mejillas se sonrojaron debido a la vergüenza. Se sentía sumamente torpe en esos momentos.

—Gracias, teniente.

Él cogió unos documentos entre sus manos y la ayudó a levantarse.

—¿Se ha hecho daño?

—No, estoy bien. Ha sido una caída leve. Me tropecé.

—No se preocupe, le puede ocurrir a cualquiera.

—Si me disculpa, teniente, tengo un poco de prisa. Si pudiera…

El teniente sacudió la cabeza y comprendió que la señorita Holland no tenía tiempo de conversar.

—Claro, disculpe. Aquí tiene—dijo, entregándole los documentos.

—Gracias, teniente. Que tenga un buen día—se despidió, marchándose apresuradamente de allí.

El teniente inclinó la cabeza mientras veía cómo se alejaba. Ciertamente, la señorita Holland era una criatura extraña.

De repente, se percató de algo cuando desvió su vista al suelo, justo delante de él. Se trataba de la carpeta de cuero. Con la prisa, la señorita Holland no se había percatado de su pérdida. Al agarrarla, se desprendió un folio, donde podía verse una hermosa ilustración en la que aparecía una joven al lado de un puente atravesado por un río.

El teniente abrió mucho los ojos, sorprendido por la belleza del dibujo, de delicados trazos y tonos suaves. Vio en una esquina un nombre garabateado: H. Haven. ¿Quién sería ese tal H. Haven y qué tenía que ver con la señorita Holland?, se preguntó.

Obviamente, debía devolverle a la dama la carpeta y así también descubrir de donde había salido tan precioso dibujo, que tanta fascinación le había generado. Solo debía encontrar el momento adecuado.

∞∞∞

Pub Lamb & Flag, Covent Garden

El lugar estaba abarrotado aquella noche. En las numerosas mesas repartidas por el local, desde cuya barra de madera un fornido caballero con bigote y dos muchachos jóvenes servían comida y bebida casi sin descanso, además de hombres conversando, jugando y bebiendo, había alguna hermosa dama que acompañaba a algún caballero solitario, alegrándole la noche con una cautivadora sonrisa envuelta en carmín.

En la atmósfera flotaba un aire pesado que transportaba aroma a alcohol y cigarrillos. Las risotadas sonoras y el bullicio acompañaban al teniente, que se acababa de sentar en una esquina, después de saludar al dueño del local, el señor Quirby, a quien conocía desde hacía años. Aguardaba la llegada del señor Pembroke, al tiempo que oteaba el lugar con la esperanza de ver a viejos amigos que solían frecuentar el pub.

—Aquí tienes, muchacho—dijo el señor Quirby cuando depositó la jarra de cerveza sobre su mesa.

El caballero lucía un poblado bigote canoso, una cabellera del mismo tono y un cuerpo espigado cubierto parcialmente por un delantal.

—Muchas gracias. Veo que esta noche no vais a descansar mucho.

—El descanso un sábado por la noche es malo para el negocio, teniente.

—Cierto.

—¿Y cómo está tu primo con su nueva vida de hombre casado?

El teniente sonrió.

—Feliz.

—Rayos, jamás me habría imaginado que se uniría a mi club. Pensé que sería un soltero empedernido de por vida como tú.

—El destino nos lleva por caminos inescrutables.

—Sí, claro. Yo llevo casado tanto tiempo, que he perdido la cuenta de los años. De eso y de otras muchas cosas se encarga mi mujer. Dios la bendiga. Sin ella estaría perdido.

El teniente se rio.

—Eres afortunado de tenerla, Pat.

En ese momento, uno de los mozos llamó al señor Quirby, captando su atención.

—Debo seguir con la faena, muchacho. Si me disculpas.

Este se marchó, dejándolo a solas. En ese momento de soledad, de forma inesperada, apareció el rostro de la señorita Holland. Rememoró sus mejillas sonrosadas, su tímida mirada y su inquietud al verlo. Parecía una chiquilla a la que hubieran pillado en una situación indecorosa. La regia señorita Holland tenía un lado vulnerable, alejado de la perfección que solía mostrar. Y de nuevo, lo abordó aquella pregunta, esa cuestión que aún no tenía respuesta: ¿quién era H. Haven?

En ese instante, alguien se detuvo delante de su mesa, aunque el teniente no se percató, pues su mente estaba en otra parte.

—Buenas noches, querido amigo—saludó el señor Pembroke.

El teniente se sobresaltó, lo que hizo reír a su amigo.

—Vaya, veo que te he asustado. Sé que no soy una beldad, pero tampoco un monstruo—bromeó.

—Perdona, es que estaba distraído.

El señor Pembroke estrechó la mirada.

—¿Alguna dama asola tus pensamientos?

El teniente tragó saliva, nervioso.

—En absoluto. ¿Cómo fue la velada en casa de los Ramsey?

—Lo cierto es que fue entretenida. A propósito, entre los asistentes estuvo el señor John Holland, que vino con su recién estrenada esposa. Creo recordar que el coronel es vecino tuyo, ¿verdad?

El teniente se revolvió ligeramente. Parece ser que el apellido Holland lo perseguía últimamente.

—Sí, así es.

—Estuvimos comentando la boda durante la cena. La ceremonia fue por todo lo alto en Londres. Por lo que me contaron, la señora Holland estaba encantada con el evento.

—Según tengo entendido, la señora Holland siempre ha tenido altos estándares en todo lo que respecta a sus hijos.

—No tiene motivo de queja. Ninguno ha protagonizado ningún escándalo. Otras familias no pueden decir lo mismo.

—Ciertamente—reflexionó el teniente.

—Quien no tiene nada que ver con sus hermanos es la señorita Holland. Es totalmente distinta a ellos. Siempre a su sombra.

—Es cierto que no destaca demasiado.

—En realidad en esta sociedad tan crítica es mejor permanecer en un lugar discreto. Pasar desapercibido te aleja de crueles comentarios. Eso no quita que la señorita Holland tenga su propia luz, aunque no brille demasiado.

Esto captó el interés del teniente.

—Hablas como si la conocieras bien.

—Asistió con mi hermana al mismo colegio. Siempre ha tenido buenas palabras para Hester Holland. Afirma que debajo de esa apariencia anodina, se esconde una mujer brillante e incomprendida.

El teniente asintió pensativo.

—Puede que sea cierto.

En ese momento, acudieron a su encuentro algunos viejos amigos del pub. A partir de entonces, el teniente se olvidó de cualquier tribulación para disfrutar de una buena conversación, una partida de cartas y una animada velada entre amigos.

No obstante, tomó la determinación de saber más sobre la misteriosa señorita Holland. Porque, ciertamente, su curiosidad por su anodina vecina se había despertado.

Capítulo 4

Aquel domingo el día había amanecido nublado y pronto se había desatado un fuerte aguacero, que no había cesado en toda la jornada. Esa tarde, alrededor de las cuatro, el teniente se hallaba en una diligencia, camino a un lugar concreto, el salón de té de Twinings, en el barrio de Holborn. Acudía allí debido a que tenía una cita que no estaba dispuesto a perderse.

Por la mañana, antes de asistir a la misa de domingo, había enviado una nota a la señorita Holland, invitándola a verse en ese establecimiento de Londres, pues tenía algo que le pertenecía. Recibió respuesta al mediodía con la aceptación de la dama.

La diligencia se detuvo ante la fachada de mampostería blanca que albergaba la casa de té y el teniente enseguida entró en el establecimiento, resguardándose de la lluvia. En el umbral de la puerta comprobó que el local estaba bastante lleno, lo que generaba un ligero bullicio. El aroma a pastas de mantequilla y té llegó hasta sus fosas nasales, provocándole una agradable sensación.

Buscó con cierta tensión a la señorita Holland entre el gentío que poblaba las mesas, hallándola finalmente en una esquina, junto a una de las ventanas.

La dama de rasgos corrientes lucía un discreto vestido gris, su pelo recogido en un moño trenzado y un semblante serio y preocupado. El teniente se acercó lentamente, hasta que sus miradas se encontraron. En los ojos de la señorita Holland pudo ver un halo de inquietud que lo incomodó un poco. No deseaba que la dama se sintiera atemorizada.

—Buenas tardes, señorita Holland—saludó cortés mientras ella se ponía en pie.

—Buenas tardes, teniente.

A continuación, se acomodaron en sus respectivos asientos, frente a frente. Un camarero apareció en ese instante ante ellos, y tras pedirle sendas tazas de té, este desapareció, dejándolos a solas.

—¿Cómo se encuentra, teniente?

—Bien, un poco molesto con la pierna. Los días húmedos no son los mejores para mi lesión.

—Comprendo. ¿Pero siente dolor?

—No, es más un entumecimiento.

—Al menos no es tan grave. Hoy supongo que no ha podido dar su paseo matutino habitual.

—Ustedes tampoco, imagino.

—No, la verdad es que el tiempo no acompaña.

Se hizo un breve silencio cuando el camarero les sirvió sus respectivas tazas de té: el de la señorita Holland con azúcar y leche, y el del teniente solo, todo acompañado con unas deliciosas pastas de mantequilla y chocolate, que la señorita Holland se dispuso a comer.

—¿Le gusta el dulce? —inquirió el teniente con curiosidad.

—Sí, mucho. Confieso que soy golosa, es uno de mis mayores defectos. ¿Y usted?

—Un poco también—respondió. En ese instante, el teniente se percató de que la dama había acudido sola a la cita—. Perdone, señorita Holland, ¿cree que es correcto que estemos aquí los dos sin una acompañante? Alguien podría malinterpretar… ya sabe.

—Descuide, teniente, no necesito acompañante. Soy una respetable solterona de veintiocho años. Según las normas, soy ya demasiado mayor para que ningún hombre desee casarse conmigo. De hecho, creo que sería la carabina perfecta para cualquier debutante.

—¿Veintiocho años? No lo aparenta. Y yo también soy un respetable solterón de treinta y seis años. Aunque en mi caso, y a pesar de mi edad, no puedo ser carabina de ninguna debutante, porque alguna querría casarse conmigo—dijo divertido.

Ella esbozó una media sonrisa que relajó su rictus serio.

—Desde luego, sería un peligro. Y si me permite decirlo, usted no aparenta su edad, parece más joven.

—Es usted muy amable, señorita Holland. Pero no es necesario que me halague.

La dama tragó saliva, inquieta.

—No es ningún halago, es un hecho. —En ese momento, se hizo un incómodo silencio, que ella rompió abruptamente—. Teniente, aunque la charla está resultando ser agradable, me gustaría saber qué asunto desea tratar conmigo.

—Desde luego.

Ella suspiró nerviosa, acariciando el mango de la taza de porcelana. Ante ella vio cómo el teniente colocaba sobre la mesa la carpeta de cuero. Sus ojos se abrieron de par en par ante la sorpresa.

—Dios mío, creí que lo había perdido para siempre—dijo desconcertada—. Debió caerse aquel día.

—Así es—respondió él entregándoselo.

Hester tragó saliva.

—Le agradezco que me lo haya devuelto.

—No hay de qué.

Ella agachó la mirada.

—¿Vio lo que contiene?

Él acarició el borde de su taza.

—Sí, cayó accidentalmente. No pude evitarlo.

Hester asintió.

—Comprendo.

El teniente se inclinó hacia delante.

—Señorita Holland…

—¿Sí?

Él consideró seriamente la pregunta que iba a formular, aunque le pareció disparatada.

—Es solo que… siento curiosidad. ¿Quién es H. Haven?

Hester suspiró.

—Soy yo, teniente.

El teniente asintió comprensivo.

—Vaya, es increíble. No me lo esperaba.

—Supongo que no.

—Pues déjeme decirle que admiro su técnica. Es un dibujo muy hermoso. De hecho, creo que debería dedicarse a ello profesionalmente. La cuñada de mi primo Alistair, Emily Burns, es…

—Sí, conozco personalmente a la señora Burns. He acudido a alguna de sus exposiciones y ella también conoce mi trabajo.

El teniente asintió.

—Comprendo.

—Antes de proseguir, me gustaría pedirle que lo que voy a contarle no salga de aquí.

—Lo juro—respondió solemne.

—Lo cierto es que, aquel día que nos encontramos, estuve a punto de entregar mis bocetos a una editorial que busca ilustradores para libros infantiles. Sin embargo, me acobardé y no lo hice—confesó apenada.

El teniente se quedó atónito ante esta revelación.

—Pues creo que debería intentarlo, señorita Holland. Estoy convencido de que la aceptarían.

—El miedo me paraliza cada vez que decido intentarlo—explicó con tristeza.

El teniente escrutó a la dama.

—El miedo es innato en el ser humano. Nos protege del peligro y nos hace ser precavidos. Sin embargo, en este caso, creo firmemente que debería intentarlo.

—No confío demasiado en mi técnica. Siempre creo que hay algún defecto. Quizás sea demasiado perfeccionista.

—A mí me dejó impresionado. Debería confiar más en sí misma, señorita Holland.

—Es usted muy amable. Sin embargo, no es fácil hacerlo. —En ese momento, la señorita Holland sacó un pequeño reloj de bolsillo de su bolso y comprobó la hora—. Se ha hecho un poco tarde, debo regresar a Charles Court.

El teniente comprendió que la dama deseaba marcharse, no obstante, ella no se movió.

—Le agradezco enormemente que me haya devuelto esto.

—¿Se lo entregará a la editorial? Me gustaría pensar que al menos sirvió de algo hacer frente al mal tiempo. Lo cierto es que me gustaría ver algunos más y si se publican, saber cuándo y dónde—respondió entusiasta.

La señorita Holland se sonrojó.

—Ya veremos. Será mejor que dejemos esta conversación, no sé quién podría estar escuchando. Y ahora, si me disculpa, debo marcharme.

El teniente vio cómo ella se levantaba rápidamente y se alejaba de allí sin mirar atrás. Observó por el ventanal a la señorita Holland corriendo bajo la lluvia cubierta con una capa hasta subirse a un carruaje. Al cabo de unos segundos, se desvaneció.

La señorita Holland lo había dejado desconcertado y con más curiosidad que antes. Bajo ese aspecto anodino se escondía una mente brillante capaz de crear cautivadoras imágenes, que, sin embargo, no albergaba confianza en sí misma. No comprendía porqué debía esconder su talento, cuando era algo digno de admiración y mención. Recordó su mirada entristecida, su angustia cuando le confesó su secreto, y notó su corazón encogerse.

Mientras tanto, Hester viajaba en el carruaje con su pulso aún acelerado tras haber confesado su gran secreto al teniente. A pesar de su desconfianza, en el fondo, sabía que el teniente era un hombre de palabra y que no la delataría ante el mundo. Al día siguiente, fingiría que aquel encuentro no había tenido lugar y lo saludaría cordialmente, igual que siempre.

Cuando al fin llegó a Charles Court, el hogar de los Holland, Hester se quedó unos minutos a solas, resguardada bajo el pórtico de la casa. La calle era un páramo solitario envuelto en un fuerte aguacero que se había desatado pocos minutos antes. Las gotas que chocaban con el pavimento eran el único sonido que podía escucharse.

Agarró el pomo y entró en aquella casa, donde volvía a ser la abnegada hija del coronel Holland. La triste y solterona Hester Holland. Aunque solo había algo bueno en aquel lugar: poder encontrar refugio en sus queridas ilustraciones, en las historias y escenarios que imaginaba. Sus acuarelas y pinceles le permitían liberar la angustia que albergaba su alma atormentada y hacían posible que se olvidara de su triste realidad.

Sin embargo, las palabras del teniente se repitieron una y otra a vez a lo largo de esa tarde. Sabía que el teniente no era dado a regalar halagos y quizás su entusiasmo era señal de que debía

luchar por cumplir su sueño. Tal vez debía armarse de valor e intentar que su trabajo saliera de las gruesas paredes de Charles Court. ¿Sería capaz de hacerlo?

Capítulo 5

Finalmente, la lluvia había abandonado Londres para dar paso a la primavera de una vez por todas. El aroma floral sobrevolaba la ciudad, especialmente en sus parques y pequeños oasis, como la plaza de Belgrave Square.

El teniente había estado toda la semana rememorando su conversación con la señorita Hester Holland, a quien no había vuelto a ver desde aquella tarde en Holborn.

Con el paso de los días, su curiosidad creció aún más. Deseaba comprender su arte, su forma de ser, desentrañar el misterio que envolvía esa personalidad introvertida. Sin embargo, no sabía bien cómo acercarse a ella.

Realizaba su paseo matutino habitual completamente absorto cuando vio frente a él al coronel y a la señorita Holland. Su semblante meditabundo se tornó sonriente ante aquel esperado reencuentro.

—Buenos días, coronel, señorita Holland.

—Buenos días, teniente. Hacía días que no lo veía—respondió el coronel.

—Lo sé. Esta lluvia no nos ha permitido disfrutar de nuestros paseos habituales.

—Desde luego. Yo estaba empezando a enloquecer por estar tantos días en mi casa. Necesitaba respirar un poco de aire—aseveró el coronel.

—Ahora que el tiempo acompaña, no volveremos a estar encerrados.

—Ya empieza a verse a muchos conocidos por la ciudad. La Temporada ha comenzado oficialmente. No han parado de llegarnos invitaciones. Supongo que usted también estará solicitado—dijo el coronel.

—Sin duda, coronel. De hecho, ya tengo varios compromisos para esta semana.

—¿Acudirá está noche a la velada en casa de lord Hartley, teniente?

—Sí. ¿Y ustedes?

—Yo no acudiré, pero mi esposa y mis hijas irán, ¿verdad, Hester?

—Sí, padre—respondió ella, seria.

—Tengo entendido que lord Hartley tiene una biblioteca fantástica. Si no fuera por eso, mi Hester se quedaría en casa, ¿cierto?

Ella notó sus mejillas arder, un poco avergonzada.

—Padre…

—Hija, es la verdad. A ti no te gustan en absoluto estos eventos. Mi Hester prefiere quedarse en casa con la cabeza enterrada en un libro. Es muy inteligente, ¿sabe, teniente? —aseveró con un deje de orgullo.

—No creo que la lectura sea algo malo, padre—se defendió Hester.

—Desde luego que no, señorita Holland. De hecho, yo también prefiero la lectura. Sobre todo, las novelas de George Milcott.

Hester lo observó con curiosidad.

—Vaya, a Hester también le gusta. Tiene todos sus libros—aseveró el coronel.

El teniente asintió con una media sonrisa. Había encontrado otro tema común con la señorita Holland.

—¿Ah sí?

Hester notó su corazón sobresaltarse y su pulso acelerarse. Se hizo un breve silencio que el coronel rompió.

—Será mejor que nos vayamos, querida. No debemos entretener más al teniente.

—Sí, padre.

—Entonces, ¿la veré esta noche, señorita Holland? —preguntó el teniente.

—Sí, sí… por supuesto, teniente—respondió atropelladamente.

Él esbozó una sonrisa.

—¡Hasta esta noche! Y que tengan un buen día—se despidió alegre.

Hester notó sus mejillas arder.

—Vaya, parece que el teniente está entusiasmado con la idea de verte, Hester—comentó el coronel.

—No, padre. Simplemente ha sido cortés.

El coronel negó con la cabeza.

—No, yo creo que no es solo eso. Sin embargo, quiero que sepas que no debes inquietarte. Si el teniente te agrada, tienes mi bendición. Es un buen hombre, Hester.

Ella se rio nerviosa.

—Padre, no es lo que crees. Además, eso sería imposible. El teniente no querría casarse con alguien como yo.

El coronel se detuvo y fijó su mirada gris en su hija.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó serio.

Ella suspiró.

—Lo que ya sabes, padre. Soy una respetable solterona, que no posee belleza ni riqueza. Al contrario que John o Grace, no poseo sus maravillosas cualidades, ni me han llovido las ofertas de matrimonio.

—Hija, es cierto que tus hermanos ya están casados y quizás posean una belleza más común, pero tú también la tienes.

—Madre no opina lo mismo. Ve defectos en cada paso que doy y en cada palabra que digo.

El coronel agachó la mirada.

—Lo sé. Tu madre es demasiado estricta. Te pareces mucho a tu tía Agnes, mi querida hermana. Eres inteligente, generosa y brillante. Y, además, tienes mucho talento para el dibujo, por ejemplo. Aunque hace años que no me deleitas con alguna de tus ilustraciones. Sin embargo, guardo algunas de ellas con mucho afecto.

—Padre, ya sabes que a madre no le gusta.

—No debes dejar que tu madre mine tu espíritu, tesoro.

—Lo hace constantemente, padre. Es difícil evitar sus flechas envenenadas viviendo bajo el mismo techo—sentenció.

El coronel lanzó un suspiro. Sabía perfectamente a que se refería. Los improperios y las humillaciones de la señora Holland hacia su hija eran algo habitual. Y él se sentía frustrado por no poder frenarlo.

Justo en ese momento, llegaron a Charles Court y Hester dejó a su padre en el vestíbulo para dirigirse a su habitación.

El teniente todavía no lo sabía, pero gracias a sus palabras de ánimo, Hester reunió el valor para presentar su trabajo a la editorial Martin and Combs, y para su sorpresa quedaron entusiasmados con sus ilustraciones. Por ello, no dudaron en contratarla.

A pesar de su enorme ilusión ante esta nueva aventura que comenzaba, no había compartido la grata noticia con nadie. Prefería que aquello permaneciera en secreto por el momento, aunque buscaría la ocasión apropiada para contárselo al teniente.

Se sentó ante el escritorio y abrió uno de los cajones de dónde sacó su estuche y unas hojas para retomar el trabajo que le habían encargado: unas ilustraciones para un cuento infantil.

Alzó la vista hacia las estanterías, donde se hallaban varios libros de George Milcott y esbozó una mueca de agrado al recordar el entusiasmo del teniente por la obra del autor que ella tanto admiraba.

Sacudió la cabeza y se concentró en el dibujo, esbozando la silueta de un hada. De repente, oyó cierto alboroto en el piso de abajo, de modo que, llevada por la curiosidad, decidió salir a ver qué sucedía. Guardó todo de nuevo, cerrando el cajón con llave.

A medida que bajaba las escaleras, escuchó una voz que le resultaba gratamente familiar.

—¿Dónde está mi querida hermana? —preguntó Grace, que acababa de llegar con su esposo, el señor Quinn.

Hester saltó dos peldaños, llevándose un gesto desaprobador de su madre, al tiempo que se lanzaba a los brazos de su hermana. Grace Quinn poseía una belleza indiscutible de cabellos oscuros, ojos grises, tez blanca y cuerpo esbelto.

Se había casado a los dieciocho años con el heredero de una prestigiosa familia de comerciantes, y pronto había traído dos hijos al mundo: el pequeño James, de once años, y la adorable Winnifred,

de seis, a la que todos llamaban Winnie. La niña iba agarrada de la mano de su padre, mientras James aguardaba junto a su institutriz, la señora Mansfield.

—¡Hester, cuanto tiempo sin verte, querida hermana! —exclamó Grace, dichosa.

—Demasiado tiempo, Gracie.

Ambas se apartaron, permitiendo que Hester saludara a su cuñado y a sus sobrinos. Los niños se lanzaron a sus brazos entre risotadas.

—Tía Hester, te hemos traído un regalo—anunció James orgulloso.

—¿De verdad? ¿Y de qué se trata? —preguntó alegre.

El pequeño agarró el paquete que su padre le entregó, y al abrirlo, Hester descubrió un precioso chal de seda de color blanco con adornos florales.

—Es precioso—dijo emocionada.

—¿Te gusta? Creo que quedará muy bien con tu vestido de color malva—indicó su hermana.

—Me encanta. Muchísimas gracias—respondió contenta, contemplando la prenda.

En ese momento, la señora Holland decidió disipar cualquier atisbo de alegría.

—Bueno, no os quedéis aquí en el vestíbulo. Debéis prepararos para el almuerzo, y esta noche, tenemos velada en casa de lord Hartley, así que no debemos entretenernos. Niños, vosotros con vuestra institutriz. Señora Mansfield, un sirviente le indicará donde está su habitación.

—Sí, señora.

—Hester, haz el favor de guardar eso. Y por supuesto, ni se te ocurra ponértelo esta noche. Para esta velada ya hemos elegido el traje verde oscuro.

Hester suspiró y guardó la prenda. Siempre que alguien tenía un gesto amable con ella, su madre se empeñaba en estropearlo. En ese instante, su hermana se acercó a ella.

—Tranquila, Hester, no permitiré que te siga torturando. Ya me encargo yo de ella.

Hester sonrió agradecida a su hermana. Y daba gracias al cielo por aquella maravillosa visita, que alegraría sus anodinas jornadas.

Capítulo 6

El salón de baile de la espléndida mansión de lord Hartley estaba repleto de parejas que bailaban al compás de la orquesta situada en una esquina de la sala. A un lado había una mesa alargada con bebida y comida, mientras repartidas por el lugar había sillas y sillones, donde algunos invitados departían.

El teniente acababa de entrar en el lugar en compañía del señor Pembroke. Paseó su vista, buscando a la señorita Holland entre la multitud, pero no la halló en ese instante. Torció el gesto ante aquel desatino, no obstante, decidió ser paciente, pues deseaba hacerle una propuesta que había estado cavilando. Solo esperaba que ella lo recibiera con agrado.

—Buenas noches, teniente. Señor Pembroke, enhorabuena por su compromiso—saludó un amable caballero de pelo canoso.

—Gracias, lord Duncan—respondió el aludido.

—Teniente, debo advertirle que esta noche hay fervientes debutantes e impacientes madres en busca de un buen partido, así que le aconsejo que se esconda. ¡La caza mayor ha empezado! —bromeó.

—Gracias por la advertencia, milord. Descuide, soy especialista en huidas rápidas y sigilosas—contestó jovial.

En ese momento, el teniente vio cómo se acercaba a ellos una dama a la que conocía bien. Alguien a quien uno no podía dejar de contemplar por mucho que lo intentara: la hermosa señora Quinn. La presencia de tan distinguida dama solo podía significar una cosa: que Hester Holland estaba allí.

—Buenas noches, teniente Carmichael. Veo que está muy bien acompañado—saludó la dama con exquisita cortesía.

—Buenas noches, señora Quinn. Desde luego que sí.

—¿Cómo está, señora Quinn? —inquirió lord Duncan.

—Bien, milord, disfrutando de esta velada tan estupenda. Lord Hartley sabe cómo agasajar a sus invitados.

—Por supuesto, mi cuñado siempre ha sabido organizar cualquier tipo de festejo—apuntó lord Duncan. En ese momento, alguien vino a buscar al caballero—. Si me disculpan.

Lord Duncan se marchó, dejándolos a solas entre el gentío.

—A propósito, hacía mucho tiempo que no nos veíamos—comentó el teniente.

—Cierto. Desde la temporada pasada. Porque no asistió a la boda de mi hermano.

—Me temo que no pude acudir porque justo se celebraba la boda de mi primo, el señor Easton.

—Una ausencia más que justificada. ¿Cómo se encuentra?

—Bien, sin novedad.

—¿Y su madre? ¿No le acompaña esta temporada?

—No, ha decidido quedarse en Escocia en esta ocasión. Los viajes cada vez le resultan más agotadores.

—Es comprensible. A nosotros también nos resulta cansado viajar a Londres desde nuestra residencia en Coventry. Y más con dos criaturas.

—Así que han venido con sus hijos. Supongo que en Charles Court habrá un poco de alboroto.

Grace torció el gesto.

—Desde luego. Mis retoños no dejan que nadie se aburra en esa casa. Especialmente a mi hermana Hester. La adoran y ella, afortunadamente, tiene una paciencia infinita con ellos. Aunque a mi madre no le hace demasiada gracia. No le gustan tanto los niños como a mi padre.

—Comprendo. Me suelo encontrar con su padre y su hermana cuando salen a pasear temprano. Me comentaron que su hermana vendría con usted y su madre.

Grace asintió.

—Sí. Aunque no le agradan mucho estos eventos. Mi hermana procura permanecer escondida siempre en situaciones como esta. Si no la encuentra sentada en algún rincón, probablemente la halle en la biblioteca.

El teniente recordó el comentario del coronel esa mañana.

—Entiendo. Le confieso que a mí tampoco me agradan demasiado los eventos con tanto bullicio, así que comprendo a su hermana.

—Hester es experta en encontrar escondites, teniente— bromeó Grace.

Ambos rieron. Entonces, el teniente decidió ir a buscarla, aunque no haría partícipe a nadie de eso.

—Bueno, voy a por otra copa de vino. Si me disculpa, señora Quinn.

—Por supuesto, teniente.

El caballero se alejó hacia la mesa, mientras con la mirada buscaba entre los rincones de la sala el rastro de la señorita Holland. Tras unos minutos, la halló sentada en la zona de las solteronas y las madres, totalmente absorta hablando con *lady* Duncan sobre una serie de actividades caritativas a las que la dama estaba plenamente entregada.

—El caso es que, mi objetivo no es solo ayudar a los pobres en visitas al hospital o al orfanato. Quiero crear un patronazgo para ayudar a los niños del orfanato. Me parte el alma verlos en condiciones tan deplorables.

—¿Y qué va a hacer al respecto?

—Estoy tratando de conseguir patrocinadores. Es complicado. He hablado con mucha gente, pero pocos se animan a colaborar.

En ese instante, Hester tuvo una idea.

—¿Por qué no habla con Maude Chambers? Ella tiene muchos contactos, especialmente en la prensa. Podría crear un evento para recaudar fondos, una especie de rifa tal vez y anunciarla en los periódicos. Así la gente donaría para su causa sin darse cuenta.

A *lady* Duncan le entusiasmó la idea.

—¡Es brillante, señorita Holland! ¿Cómo no se me había ocurrido? Iré a buscarla. Si me disculpa.

Lady Duncan se alejó y fue entonces cuando Hester notó una presencia. Al girar la cabeza, se encontró con la mirada del teniente y en un idioma que ellos solo parecían entender, intercambiaron un mensaje que Hester comprendió enseguida.

A continuación, se levantó despacio y comenzó su huida hacia la salida, donde se encontró al teniente, que la había seguido hasta allí.

—Buenas noches, señorita Holland.

—Buenas noches, teniente—respondió nerviosa.

—He estado buscándola. Me ha costado un poco, pero su hermana me ha dado pistas sobre donde podría estar. Sabe esconderse bien.

—No lo suficiente, créame—aseveró—. ¿Para qué me buscaba?

—Tengo una propuesta que hacerle. No obstante, busquemos un lugar más íntimo, no quiero que nadie nos oiga.

Hester siguió al teniente por un pasillo que conducía a una de las estancias más espléndidas de la casa. La biblioteca de lord Hartley era de las más famosas de toda Inglaterra, ya que contenía obras literarias de gran valor. El dueño presumía de los incunables, grabados y manuscritos que albergaba aquella sala, que fascinó a Hester la primera vez que la pisó siendo una niña.

El teniente abrió la puerta de la estancia donde ardía el fuego de la chimenea de mármol, que iluminaba la sala de forma tenue. Los muros estaban cubiertos de estanterías repletas de libros y en el aire flotaba el aroma a madera, barniz y papel. Un enorme escritorio presidía la sala, colocado justo en el centro. Allí se aproximó Hester, donde había una lámpara de aceite, que encendió con ayuda de una cerilla que cogió de encima de la chimenea.

La habitación se iluminó más, permitiendo que se pudiera contemplar todo con mayor claridad. Se hizo un breve silencio, mientras ambos paseaban su vista por el lugar, que tenía un cierto aire enigmático.

—¿Su biblioteca es muy grande, teniente?

—No tan esplendida como esta, pero poco a poco va creciendo—afirmó—. ¿Y en Charles Court?

—Pequeña pero valiosa.

El teniente se mostró meditabundo.

—Señorita Holland, quería hacerle una propuesta de tipo… comercial.

Hester fijó toda su atención en él.

—Usted dirá.

—Me quedé tan fascinado con su obra que deseo adquirir alguna de sus ilustraciones. O quizás hacerle algún encargo.

Hester se quedó sorprendida.

—Me halaga enormemente su propuesta y me encantaría tal vez realizar algún encargo. Sin embargo…

—¿Sin embargo? —inquirió suspicaz.

—Debo declinar por el momento la oferta. Pero por un buen motivo. De hecho, iba a contárselo.

—Está bien, proceda. No prolongue la incertidumbre—le instó.

Hester esbozó una sonrisa que sorprendió gratamente al teniente, más acostumbrado a su semblante serio.

—Verá, ¿recuerda que usted me animó a enviar mis ilustraciones a un editor? Pues al fin reuní el valor y lo hice. Le sorprenderá saber que pese a estar aterrada, fui capaz de hablar con entereza. Y el resultado no pudo ser mejor. El editor se quedó impresionado y no dudo en contratarme. De modo que durante varias semanas tendré mucho trabajo, me temo.

El teniente no ocultó su alegría.

—¡Esa es una gran noticia! Tenemos que celebrarlo. Traeré dos copas de champán.

En ese instante, Hester lo detuvo.

—Teniente, le pido discreción. No deseo que nadie más lo sepa.

El teniente comprendió su apuro.

—Sin embargo, su trabajo saldrá a la luz.

—El trabajo de H. Haven. Igualmente, le agradezco sus buenas intenciones, pero no es necesario. Con su felicitación me basta. Y le doy las gracias por animarme, aunque fui un poco brusca con usted—comentó avergonzada.

—No se preocupe—respondió afable—. Sin embargo, reitero lo que dije el otro día: es una pena que tenga que ocultarse tras un pseudónimo.

Hester se tensó de repente.

—Es mejor así. Si mi madre lo supiera, para ella sería un gran escándalo.

—No sé por qué no me sorprende—comentó pensativo. De repente, se dio cuenta de que quizás había dicho demasiado—. Disculpe, señorita Holland, no quería…

Ella negó con la cabeza.

—No se inquiete, teniente. Mi madre tiene un carácter difícil y unos principios inamovibles, aunque a mi parecer, equivocados. Todo el mundo lo sabe. No obstante, curiosamente ella encaja mejor en sociedad que yo.

—Yo tampoco siento que encaje, señorita Holland.

Ella se mostró incrédula.

—¿Usted? Yo creo que usted encaja bien en sociedad. Todo el mundo lo admira. Es un héroe de guerra.

—Entre la admiración y la compasión hay una línea muy fina. De hecho, ambas se parecen mucho en los gestos y las palabras. A veces pueden confundirse.

Hester frunció el ceño.

—¿Qué quiere decir?

Él guardó silencio unos instantes, recordando esas miradas de lástima que algunas personas le dedicaban.

—Nada, quizás sean ideas mías.

Hester observó el semblante sombrío del teniente. Percibió un atisbo de tristeza en su mirada y un fuerte deseo de averiguar que era eso que lo afligía se apoderó de ella. Justo cuando iba a hablar, algo irrumpió en la apacible atmósfera.

—¡Hester! —gritó la señora Quinn al otro lado de la puerta.

La señorita Holland se sobresaltó ligeramente. Se giró hacia la puerta y se dio cuenta de que había llegado el momento de despedirse.

—Será mejor que me vaya.

—Sí, será mejor.

—Gracias de nuevo, teniente.

Ella esbozó una sonrisa que dejó al teniente absorto. A continuación, la señorita Holland salió de la estancia, dejándolo a

solas. El teniente se acercó a una de las ventanas y alzó la vista hacia el cielo nocturno, donde la luna brillaba tímidamente.

No había visto en la señorita Holland un atisbo de compasión o pena hacia él. Al contrario, lo trataba como a un igual, sin importar su lesión o su pasado como héroe de guerra. Y eso ciertamente le agradaba.

Mientras tanto, de regreso a su hogar, Hester oía el parloteo incesante de su madre en el carruaje, narrando los chismes de los que había tenido noticia o criticando despiadadamente a alguna invitada cuyo comportamiento o atuendo no fueron de su agrado. Miró a su progenitora con aire cansado. La señora Holland siempre guardaba alguna crítica mordaz para otro ser humano que no cumpliera con sus estrictos principios y su moral encorsetada.

—A propósito, Hester…

La joven dama lanzó un suspiro. Se avecinaba uno de sus desagradables comentarios.

—¿Sí, madre? —respondió.

—¿Dónde has estado parte de la noche? ¿No estarías en esa maldita biblioteca de nuevo? — recriminó.

—¿Y qué hay de malo en ir allí? —inquirió Hester malhumorada.

—Que en las bibliotecas no se encuentran maridos. Debes exponerte un poco, Hester. Aunque, ciertamente, no creo que puedas pescar un gran partido a tu edad. Tendrías que haberte casado hace años, como hizo Grace. Pero no, estabas demasiado ocupada con tus estúpidos libros. Algo que no sirve para nada— espetó.

—No opino lo mismo, madre. No hay nada de malo en aprender y cultivarse—comentó Grace, tratando de ayudar a su hermana.

—¡Tonterías! A los hombres no les gustan las mujeres inteligentes. Por eso tu hermana no ha conseguido casarse. Bueno, tampoco es que la belleza acompañe, sin embargo, eso muchas veces se pasa por alto. Podría haberse casado con algún hombre viudo y mayor que solo deseara compañía. Ese tipo de caballeros no son exigentes.

Hester frunció el ceño ante las desagradables palabras de su madre. ¿Tan poco valía? Estaba tremendamente indignada. Quería gritar y salir de aquel carruaje. Sin embargo, optó por responder a la ofensiva de su madre con un comentario que zanjara el asunto.

—Madre, no se inquiete por ese asunto del matrimonio porque nunca me casaré.

—Entonces cuidarás de nosotros en la vejez. Al menos harás algo útil—replicó.

Grace miró a Hester con un atisbo de pena. Eso es lo que siempre despertaba en el resto de los mortales: lástima. No obstante, tenía otros asuntos en los que pensar y no permitiría que nadie minara su espíritu.

Capítulo 7

Mientras en las calles de Londres caía la noche, en el hogar de los Holland la velada estaba transcurriendo animada y alegre. En el espléndido salón de suelo de madera, con muebles de estilo inglés, presidido por una chimenea de mármol, el ambiente era cálido y acogedor.

Después de varios meses, la familia al completo había conseguido reunirse como antaño, aunque en esta ocasión había un nuevo miembro.

Su hermano John se había casado en febrero con la señorita Lydia Price, hija de un importante letrado. El heredero de los Holland, que llevaba años ejerciendo la abogacía, se veía pletórico junto a su esposa, poseedora de una gran belleza y carisma.

La señora Holland parloteaba sin parar sobre los últimos cotilleos de la Temporada, al tiempo que el coronel charlaba animadamente con su yerno, el señor Quinn, sobre otros asuntos banales.

En ese momento, entre el ligero bullicio de la estancia, Hester esbozó una mueca de agrado al pensar en los futuros proyectos que se avecinaban, todo gracias a la insistencia del teniente Carmichael, que despertó en ella un espíritu luchador que creía no poseer.

—Hacía mucho tiempo que no nos reuníamos todos —comentó su hermana, sentándose a su lado en un sofá de tela rojo.

—Cierto. Creo que desde la boda de John.

Grace contempló a su hermano, que reía junto a su esposa.

—Sí, aunque todavía me resulta extraño ver a John con su esposa.

—Ciertamente—apuntó Hester.

Grace miró a su hermana.

—Seguramente la siguiente seas tú.

Hester negó con la cabeza.

—Lo dudo, Grace. Nadie se fija en la aburrida hija del coronel Holland.

Grace suspiró.

—No eres aburrida, Hester. De hecho, a mí me resultas una mujer muy interesante. Eres brillante e inteligente.

—Eso no es una gran virtud en una sociedad que solo valora la belleza.

—A mí me parece una gran virtud. Yo no me cultivé demasiado cuando era más joven, una decisión que lamento profundamente. Antes pensaba que eso no tendría importancia. Madre me inculcó la idea de que lo importante en una mujer era ser hermosa, virtuosa y buena anfitriona. No consideré las desventajas de ese pensamiento, hasta que empecé a salir al mundo y conocí a gente que había visto y vivido más cosas que yo. Ahí fue cuando comencé a ser consciente de mi ignorancia en muchos asuntos.

Hester se sorprendió ante la afirmación de su hermana.

—No sabía que te sentías así, Grace.

Su hermana se encogió de hombros.

—Ya sabes que no suelo compartir mis inquietudes. En cambio, tú eres más valiente en ese aspecto. Eres honesta y no tienes miedo a decir lo que piensas. Te admiro mucho por ello, Hester.

Esta se emocionó.

—Gracias, Grace.

En ese momento, Hester decidió abordar cierto asunto que solo deseaba compartir con Grace, su persona de máxima confianza. No obstante, sabía que no podría comentarlo en aquella sala, donde todo podía escucharse, aunque se dijera en susurros.

—Grace, me gustaría contarte algo, pero prefiero hacerlo en la biblioteca. Allí podremos hablar más tranquilas. Ya sabes que madre tiene el oído muy bien curtido.

Grace se mostró suspicaz. Sabía que cuando Hester deseaba hablar a solas, era para tratar un asunto importante.

—Sí, claro.

Ambas se escabulleron hacia la biblioteca, que estaba al final del pasillo. Entraron en aquella sala no demasiado grande, con

paredes enteladas en un tono granate cubiertas de estanterías con numerosos libros y un enorme escritorio cerca de la ventana, que daba al jardín. Allí la atmósfera era cálida, con el olor a papel y madera flotando en el aire.

Una vez entraron, Hester cerró la puerta de madera de nogal tras de sí y abordó rápidamente el asunto.

—Grace, te suplico que lo que voy a contarte no lo compartas con nadie. Al menos, por el momento.

Grace se mostró preocupada.

—Está bien, no diré nada.

Hester tomó una bocanada de aire y respiró hondo. A continuación, le contó a Grace su encuentro con el editor y cómo gracias al teniente se había animado a luchar por su sueño. Al acabar, su hermana se mostró emocionada.

—¡Hester, esa es una gran noticia! Siempre supe de tu talento y me daba rabia que tuvieras que esconderlo entre estas cuatro paredes. Sin embargo, ahora podrá verlo el mundo entero. ¡Estoy tan contenta!

Hester esbozó una sonrisa.

—Sí, la verdad es que fue todo gracias al teniente. Su insistencia me empujó a volver a la editorial y a presentarle mis trabajos al editor.

Grace se mordió el labio inferior un poco nerviosa. Tenía una cuestión que le rondaba la cabeza desde la velada en casa de lord Hartley y deseaba formularla con la mayor delicadeza posible.

—Hester, a propósito del teniente, me di cuenta en casa de lord Hartley que habías estado con él en la biblioteca.

Hester tragó saliva, un poco alarmada.

—Grace, te prometo que no pasó nada. Solo conversamos.

—No dudo de tu honestidad, Hester. Sin embargo, necesito saber algo. Por favor, sé sincera, ¿sientes algo por el teniente?

Hester se quedó sorprendida, no obstante, negó enérgicamente con la cabeza.

—No, Grace, por supuesto que no.

—Me alivia saberlo. No me gustaría que te ilusionaras con él.

Hester frunció el ceño, extrañada.

—¿Por qué dices eso?

Grace suspiró.

—No sé si sabes que el teniente estuvo prometido hace tiempo.

Hester se quedó perpleja.

—No lo sabía.

—Pues así es. Fue antes de ir a la guerra. Iba a casarse con una joven de buena familia en cuanto regresara del frente. Sin embargo, la joven rompió el compromiso cuando vio que el teniente había vuelto de la guerra con terribles heridas y lesiones.

Hester notó cómo el corazón se le encogía.

—¿Lo abandonó cuando más la necesitaba?

Grace asintió con el semblante serio.

—Sí, fue cruel y terrible. El teniente, según me contaron, dejó de ser un joven optimista y alegre, y se convirtió en un caballero serio y taciturno. Algo comprensible, por supuesto. Él amaba a esa joven con devoción.

—Y ella se comportó como una cobarde. No puedo creer que haya gente capaz de hacer algo así. Eso me hace pensar que no lo amaba en absoluto—afirmó indignada.

—Probablemente no. Supongo que ella pensó que casándose con un militar tendría su vida asegurada, pero cuidar de un héroe de guerra herido es algo distinto. De hecho, en un principio se dio por sentado que el teniente no volvería a caminar debido a la gravedad de sus heridas, pero no fue así finalmente.

—Ahora comprendo su carácter reservado.

Grace se giró hacia su hermana con gesto preocupado.

—Hester, el teniente tomó la decisión de no volver a entregarse a nadie. Ha estado llevando todos estos años una vida disoluta, propia de un caballero soltero que no desea ataduras. Por eso, te advierto que no albergues ningún sentimiento de afecto por él, porque el teniente no podrá corresponderte.

Hester se mostró incrédula.

—Grace, soy una mujer adulta, capaz de controlar sus emociones. Mi interés en el teniente no va más allá de una amistad.

Grace esbozó una mueca de alivio.

—Me alegra oírte decir eso. No quiero que vuelvas a salir herida como te ocurrió con…

Hester se tensó y alzó la mano, deteniendo así a su hermana.

—Grace, por favor—le pidió.

Su hermana asintió comprensiva.

—Tienes razón, no debemos recordar el pasado. —Grace lanzó un suspiro—. Será mejor que volvamos o se percatarán de nuestra prolongada ausencia.

A continuación, se reunieron con el resto de la familia y departieron animadamente. Las hermanas mostraron una evidente complicidad, pues Grace se sentía plenamente orgullosa de Hester.

La esperanza de que Hester consiguiera volar de aquel nido opresor y extendiera sus alas en libertad parecía mucho más plausible. Quizás ese trabajo podría proporcionarle la oportunidad de conseguir ser independiente al fin y poder encontrar su lugar en el mundo. Grace rezaría para que la providencia estuviera de su parte en ese nuevo camino que emprendía.

Capítulo 8

Eran las cinco en punto cuando Hester se detuvo ante el hogar de los Chambers, una impresionante mansión de fachada blanca de estuco, de tres plantas, altas ventanas y una entrada con un pequeño pórtico sostenido sobre dos columnas.

Hester tocó el timbre y casi al instante, una joven sirvienta abrió la puerta.

—Buenas tardes—saludó Hester, que vestía un sencillo traje azul oscuro, cubierto con una capa del mismo color.

—Buenas tardes, señorita Holland. Pase, por favor.

Hester entró en el vestíbulo de considerables dimensiones, cuyo suelo de madera estaba parcialmente cubierto por una alfombra. Una vez entregó su capa y sombrero, siguió a la sirvienta hasta el piso superior.

La sirvienta llamó a la puerta de una pequeña sala de estar, tras la cual Maude Chambers aguardaba a su visita. Había escrito a su querida amiga, indicándole que debía contarle algo importante, dejando a Maude con una enorme incertidumbre, casi una tortura para una mujer tan llena de curiosidad.

Una vez les dio paso, Hester se adentró en la estancia para saludar a su amiga, que lucía un vestido burdeos que realzaba más su belleza.

—Hester, llevo todo el día esperando tu visita. No he dejado de releer tu nota en busca de pistas—afirmó—. Jennifer, por favor, tráenos el té.

—Sí, señorita.

Hester paseó su vista por la sala, contemplando la exquisita decoración de muebles de madera, chimenea de mármol y varios cuadros que representaban escenas cotidianas de la vida campestre.

—¿Hoy no trabajas en la agencia?

—No, mañana debo entregar mi último artículo y necesito terminarlo antes de acostarme.

—Si no te venía bien mi visita, podrías habérmelo dicho.

—¡Ni hablar! Me tienes en ascuas, así que no demoremos más el asunto: ¿qué es eso tan importante que tienes que contarme?

Hester tomó una bocanada de aire y respiró hondo.

—El teniente lo sabe todo.

Maude frunció el ceño.

—¿A qué te refieres?

Hester comenzó a narrarle todo lo relacionado con su encuentro con el teniente, cómo este descubrió su faceta de ilustradora, cómo la animó a luchar por publicar su obra y todo el asunto de la editorial. Maude abrió mucho los ojos, gratamente sorprendida.

—¡Es maravilloso, Hester! Carmichael no deja de sorprenderme, la verdad. Siempre me ha caído bien. Y no te inquietes, es un hombre de palabra—afirmó.

En ese momento, la sirvienta entró de nuevo portando una bandeja con el té. Tras servirlo, se marchó.

—Me dijo que le encantaría tener una de mis ilustraciones, incluso quería pagarme por ello. Pero en estos momentos, no puedo realizar otro encargo. El trabajo con la editorial me ocupa muchas horas del día.

Maude mostró agrado.

—Le comprendo muy bien. Una de las ilustraciones que me regalaste decora una de las paredes de mi cuarto y no me canso de contemplarla. Estoy segura de que habrá más peticiones cuando te hagas famosa. No obstante, podrías regalarle alguna de tu colección.

Hester asintió.

—Sí, eso he pensado, aunque no sé cuál escoger. No sé qué podría gustarle.

Maude tomó un sorbo de su té.

—Tal vez un paisaje. Algo relacionado con Escocia creo que le gustaría, aunque no sé si tienes algo así.

Hester torció el gesto.

—Lo cierto es que no.

—Bueno, un paisaje bucólico le agradará igualmente—afirmó —. Ojalá más gente supiera la verdad, Hester. Mereces que tu

talento se reconozca.

—Prefiero seguir siendo H. Haven y que nadie conozca mi verdadera identidad. Es mejor así. De hecho, tú también haces lo mismo.

—En realidad, toda la profesión lo sabe, pero no desean admitirlo. Últimamente, ya no me escondo. Además, mi trabajo en la agencia me está dando la oportunidad de ser yo misma. Tengo un gran aliado, ciertamente. No todo el mundo acepta trabajar con una mujer.

—¿A veces no tienes miedo? Ya sabes, del peligro.

—Es la esencia de mi trabajo. Además, siempre voy preparada, ya lo sabes. Nunca dejo nada al azar. El mal acecha y hay que estar lista para defenderse o atacar.

—Eres muy valiente, Maude. Creo que yo no podría hacerlo.

Maude negó con la cabeza.

—No te subestimes, Hester. Además, ahora que has sacado a relucir esa valentía que llevabas años escondiendo, serás imparable.

Hester dio un sorbo a su té, poco convencida con esa idea, aunque no dijo nada en respuesta.

Aquella noche en su camino de regresó a Charles Court, observó absorta las fachadas de las lujosas viviendas de Belgrave Square, que tenían un brillo majestuoso a la luz del atardecer.

De repente, oyó unas voces cerca del centro de la plaza que se aproximaban. Como llevada por una fuerza interior, se escondió detrás de un arbusto, mientras veía a un grupo formado por tres mujeres y dos hombres. Reconoció a uno de ellos: era el teniente.

Sin saber por qué, su corazón se sobresaltó y unas traviesas mariposas revolotearon en su estómago. Él reía mientras una de las jóvenes, que era una verdadera beldad, se agarraba de su brazo en una actitud cómplice. Observó el comportamiento despreocupado del teniente, que seguía sonriendo. Parecía alguien distinto, más cómodo y alegre. No recordaba haberlo visto así, pues con ella siempre había sido amable, pero cordial.

Agachó la mirada, analizando su anodino aspecto. Qué distinta era al resto. Ella no brillaba ni destacaba. En cambio, el

teniente parecía vivir en otro universo, rodeado de gente hermosa que lo admiraba.

Sacudió la cabeza y en vez de acercarse a saludarlo, se alejó a toda prisa.

En cuanto llegó a casa, se sentó a cenar con sus padres a solas, pues esa noche Grace y el señor Quinn habían salido.

—¿Y bien? ¿Cómo ha ido tu encuentro con tu díscola amiga?

Hester tragó el trozo de pollo y contestó con parsimonia.

—Bien.

Su madre arqueó una ceja, mientras su padre se limitaba a comer.

—¿Eso es todo?

Hester suspiró.

—Conversamos sobre temas intrascendentes, madre. No hay nada que contar.

Su madre alzó una ceja.

—Aunque todo el mundo tiene en alta estima a los Chambers, no sé si su hija Maude es una compañía recomendable para ti, Hester. Tiene ideas demasiado revolucionarias y no entiendo como *lady* Chambers tolera que su hija permanezca soltera y trabaje, ¡con un hombre además! Creo que no deberías frecuentar tanto su compañía.

Hester apretó la mandíbula. No estaba dispuesta a guardar silencio.

—Madre, me gustaría que aceptaras que soy una mujer adulta que toma sus propias decisiones y soy yo quien debe elegir que amigos desea tener. Y te guste o no, Maude Chambers seguirá siendo mi amiga.

Su madre lanzó una carcajada.

—Vamos, Hester, tú no tienes el criterio de una mujer adulta. Si así fuera, sabrías bien que es importante tener buenas conexiones sociales. La gente habla y no sabes la vergüenza que siento cada vez que hablan de ti y de tus malas compañías.

—Lamento avergonzarte, pero no puedes hacer nada al respecto.

En ese momento, el coronel decidió intervenir:

—Por favor, no discutáis. ¿Podemos tener una cena en familia tranquila?

No obstante, su bienintencionada intervención fue totalmente ignorada.

—¿Sabes? Uno de tus muchos defectos es la soberbia. Te crees que sabes más que el resto por ser una mujer cultivada y estudiosa. Sin embargo, aquí estás, viviendo de la caridad de tu familia. Y el día que tu padre y yo no estemos, irás de un lado a otro, estorbando a tus hermanos y convirtiéndote en una criatura inservible—espetó.

Hester apretó la mandíbula, enfadada. No podía soportar más aquella humillación, de modo que, para no generar una discusión, se levantó.

—Se me ha quitado el apetito. Si me disculpáis—dijo, saliendo de la estancia para desesperación de su padre.

El coronel se giró hacia su esposa.

—¿Por qué siempre tienes que atacarla?

La señora Holland tomó un sorbo de vino tan tranquila.

—No son ataques, querido. Es la realidad. Hester debe aceptar su papel en esta familia. Si no quiere un marido, deberá seguir mis indicaciones. Mientras esté en esta casa, las normas son las que yo imponga—replicó.

El coronel lanzó un suspiro totalmente hastiado. La convivencia entre su hija y su esposa era simplemente imposible. No había ningún punto de entendimiento, sobre todo por parte de la señora Holland. Una situación insostenible que no tenía remedio.

Mientras tanto, Hester subió a su cuarto, donde consiguió hallar la paz que no había tenido durante la cena. Cerró la puerta tras de sí y respiró hondo. Cada día se le hacía más complicado seguir en Charles Court, pues la presión y los ataques de su madre eran cada vez mayores. Observó su reflejo en el espejo, escrutando sus rasgos nada destacables.

Poco o nada podía hacer si en sociedad lo que realmente te aseguraba un esposo era la belleza. Tampoco ningún pretendiente se había molestado en conocerla y descubrir su inteligencia y agradable carácter. Hacía años que Hester se había rendido y había buscado

refugio en la pintura. Sus personajes y paisajes eran los únicos que nunca la juzgaban. Bueno, en realidad no, pues su padre y Grace eran su único apoyo en aquella casa.

Se dirigió a su mesa, sobre la que yacía una hoja en blanco. Recordó la sugerencia de Maude y llevada por el agradecimiento al teniente, decidió que, a pesar del mucho trabajo que tenía, este merecía un dibujo original que le recordara a sus lejanas tierras.

En ese instante, alzó la vista y observó la estantería que tenía enfrente, donde reposaban algunos libros. Uno de ellos captó su atención. Se levantó, lo agarró entre sus manos y ojeó sus páginas. Era la novela *Rob Roy* de Walter Scott. Ahí encontró una hermosa descripción, que evocaba un bello paisaje de las Tierras Altas.

Absolutamente inspirada por las palabras del escritor escocés, se sentó a esbozar siluetas y líneas, que al cabo de un par de horas se transformaron en un paisaje. Pese al entusiasmo ante la obra que estaba creando, sus ojos empezaron a cerrarse debido al cansancio, de modo que detuvo su tarea, dejando el resto para el día siguiente.

Una vez se metió bajo las sábanas, cerró los ojos, sumergiéndose en un profundo sueño que le llevó años atrás, cuando era tan solo una niña. Era una noche de verano en Charles Court, en la que una terrible tormenta asolaba Londres.

Hester, de ocho años, no conseguía caer rendida en los brazos de Morfeo. A su lado estaba Grace, que descansaba plácidamente, ajena a sus tribulaciones. Con los ojos muy abiertos, Hester posó su mirada en la ventana, donde pudo ver el resplandor de un trueno, que la hizo sobresaltarse.

De repente, oyó una especie de sollozo que despertó su curiosidad. A pesar del miedo, decidió salir de la habitación para comprobar qué sucedía.

Caminó sigilosamente por el pasillo, guiada por el lamento que provenía del cuarto de su madre. Se asomó discretamente por el umbral de la puerta semiabierta de la estancia, donde todo era oscuridad.

Entró y vio una figura hecha un ovillo en el suelo. Al aproximarse, descubrió que su madre estaba llorando desconsoladamente. La niña, en un gesto de ternura, se arrodilló a

su lado y acarició sus cabellos, tratando de consolarla. Sin embargo, lo que sucedió a continuación se convirtió en una pesadilla.

Su madre se incorporó rápidamente, agarrando su mano con fuerza. Tal fue así que Hester notó un terrible dolor en el brazo. Se encontró con su progenitora cara a cara, con el pelo revuelto y la mirada amenazante.

—¿Cuánto tiempo llevas ahí? —inquirió furiosa.

Hester tembló de miedo.

—Yo…

Su madre apretó más su brazo.

—Hester, más te vale no contar nada de lo que has visto o no respondo de mis actos. ¿Está claro? —la amenazó.

Hester asintió con lágrimas en los ojos debido al miedo.

—Sí, madre.

Su madre la soltó, ocasión que Hester aprovechó para salir corriendo. Entró en su habitación, se metió bajo las sábanas y buscó refugio en los brazos de Grace, que se revolvió.

—Hester, ¿qué ocurre? ¿Tienes frío? Estás temblando—dijo soñolienta.

Hester se acurrucó más contra ella, mientras cerraba los ojos, aún humedecidos. Grace, como siempre en un afán protector, la envolvió entre sus brazos. Allí era donde siempre se sentía segura.

De repente, abrió los ojos, notando que aquellos brazos parecían más grandes. No recordaba que su hermana tuviera esa complexión tan robusta. Tampoco ese delicioso olor cítrico. Al alzar la vista, su corazón palpitó con fuerza al descubrir que quien la abrazaba era el teniente Carmichael, que la contempló con ternura y esbozó una media sonrisa.

El sueño terminó cuando Hester se despertó al día siguiente sobresaltada. ¿Qué le estaba ocurriendo con el teniente Carmichael?

Capítulo 9

Aquella mañana de abril un poco fría el sol iba poco a poco bañando con su luz las calles de Londres. El teniente se dirigía a su lugar de trabajo con una pequeña esperanza: encontrarse a Hester Holland.

La noche anterior, cuando llegó a casa para celebrar una animada velada entre amigos, una de las sirvientas le entregó un paquete cuyo remitente era H. Haven. Su emoción fue tal que dejó a sus amigos en el salón departiendo y fue a la biblioteca apresuradamente para descubrir su contenido.

Cuando contempló aquella hermosa ilustración donde se podían ver unos verdes prados salpicados de flores con forma de cardo de color morado, símbolo de Escocia, de fondo unas imponentes montañas con sus cumbres nevadas, y una casa gris situada a orillas de un enorme lago con pinceladas de azul oscuro y añil, sintió su corazón sobrecogerse.

Cuando estaba a punto de cruzar Belgrave Square vio a lo lejos al coronel y a su hija caminando juntos. El teniente esbozó una mueca de agrado.

—Buenos días, coronel. Señorita Holland.

Ambos hicieron una reverencia.

—Buenos días, teniente. Hace un día espléndido—apuntó el coronel.

—Desde luego. Parece que la primavera ha llegado a Londres para quedarse.

Hester miró al teniente con timidez, guardando silencio.

—Por cierto, ¿acudirá esta tarde al club de caballeros? Mi yerno y yo iremos para departir con viejos amigos y quizás jugar alguna partida de cartas.

—Me temo que no podré, esta tarde tengo un compromiso—respondió.

—Vaya. Sin embargo, espero que pronto el señor Pembroke y usted se unan a nosotros en una partida. La última vez fue muy divertido.

—Por supuesto, coronel.

—¡Oh, casi se me olvida! Quisiera aprovechar la ocasión para invitarle a la velada que celebramos cada año por estas fechas en Charles Court. Será el sábado. No sé si tiene otros compromisos como en otras ocasiones—comentó el coronel.

El teniente había rechazado anteriormente la invitación a Charles Court debido a que en la Temporada solía estar bastante solicitado. Sin embargo, esta vez tenía un buen motivo para asistir, de modo que decidió dar una respuesta afirmativa.

—Acepto la invitación, coronel—respondió dejando a ambos gratamente sorprendidos.

—¡Espléndido! Entonces, si no nos vemos antes, le esperamos el sábado, teniente—contestó el coronel entusiasmado.

—Allí estaré, coronel. —En ese instante, oyó a lo lejos las campanas de una iglesia cercana, indicando que se hacía tarde—. Si me disculpan, debo marcharme, el deber me llama.

—Por supuesto, no le entretenemos más, teniente.

—Que tengan un buen día—se despidió.

Hester se sumergió en sus cavilaciones mientras veía al teniente alejarse. ¿Le habría gustado la ilustración que le envió? Obviamente, era un asunto que no iban a discutir delante del coronel, no obstante, Hester deseaba conocer sus impresiones. Esperaba encontrar el momento oportuno para poder conversar sobre ello con el teniente.

—Hester, ¿puedo decirte algo?

La voz de su padre hizo que se alejara de sus cavilaciones.

—Claro, padre. ¿De qué se trata?

—Hoy te noto distinta.

Hester inclinó la cabeza.

—¿De verdad? Creo que estoy como siempre.

El coronel esbozó una mueca suspicaz.

—No, hay algo en tu semblante que parece diferente. Una luz especial. ¿Tal vez se trata de algún pretendiente?

—¿Por qué crees que se debe a eso?

—Es lo más corriente, sobre todo en una dama joven como tú.

—Ya no soy tan joven, padre.

—¡Pamplinas! Eres una chiquilla. Y cualquier caballero se sentiría afortunado de tenerte a su lado.

Hester apretó el antebrazo de su padre en señal de afecto.

—Gracias, padre. Sin embargo, no es este el caso.

—De todas formas, lo que sea bueno para ti, Hester, lo será también para mí—indicó con ternura, haciendo que Hester sonriera en respuesta.

∞∞∞

El espléndido sol bañaba con su luz el bullicioso Hyde Park aquella tarde. Como la jornada era tan propicia, muchos habían decidido disfrutar de los placeres de un paseo al aire libre. Los Holland salieron a caminar a Hyde Park para reencontrarse con amigos y conocidos y, sobre todo, dejarse ver, algo fundamental en la Temporada.

Mientras el coronel y su yerno decidieron irse al club de caballeros, la señora Holland, su hijo John junto a su esposa, Grace con sus hijos y la institutriz, y Hester caminaron sobre uno de los senderos que yacía cerca del Serpentine mientras conversaban.

La señora Holland presidía la comitiva en compañía de un par de amigas suyas, *lady* Whitaker y la señora Parsons, a quienes conocía desde hacía años. Las damas parloteaban sobre jugosos cotilleos y comentaban atuendos y aspectos sobre las personas a las que veían por allí. Siempre desde un punto de vista crítico, por supuesto.

Detrás de ellas, John charlaba con Hester sobre otras cuestiones más agradables.

—Aunque me gusta mucho Londres, no podremos quedarnos durante el resto de la Temporada, porque tenemos que ir a Bibury—

comentó John contento.

Hester miró a su hermano extrañada.

—¿Bibury? ¿Qué se te ha perdido a ti en Gloucestershire?

—Nuestra futura casa en el campo. Como el hermano de Lydia heredará la propiedad de Surrey, decidimos comprar nuestra propia casa de campo, para alejarnos de vez en cuando del bullicio de Londres.

—¿Y ya la habéis elegido?

—Sí, es una propiedad pequeña pero encantadora, con espacio suficiente para albergar a nuestra familia. Estoy convencido de que te encantará, Hester.

Esta sonrió.

—No lo dudo. Siempre has tenido buen gusto. Tengo entendido que es un pueblo muy bonito.

—Lo es, ciertamente. Estamos deseando empezar a preparar la casa. En cuanto esté todo listo, estás invitada a visitarnos cuando gustes.

A Hester le agradó la idea. Pasar unos días en una encantadora casa de campo, lejos del escrutinio materno, le resultaba una idea muy conveniente.

—Iré en cuanto tenga ocasión, te lo aseguro.

—Será fantástico. Haremos excursiones por el campo y disfrutaremos de la tranquilidad de la campiña.

Hester esbozó una mueca de agrado ante tan apetecible perspectiva.

Al cabo de unos minutos, sus sobrinos reclamaron su atención, pues les había prometido ayudarles a hacer volar la cometa que habían traído con ellos. Se apartaron del camino, deteniéndose en una explanada de hierba y allí soltaron la cometa, aprovechando una propicia brisa que hizo que enseguida se elevara.

En ese momento, el teniente cabalgaba cerca de allí, disfrutando de aquella agradable jornada. A su paso saludaba a conocidos con una mueca de agrado. Al alzar la vista al cielo, divisó una preciosa cometa con forma romboidal de llamativos colores. Un recuerdo de infancia regresó a él, cuando salía al monte con Alistair y sus primas a corretear y a hacer volar sus cometas.

De repente, vio como la cometa quedaba atrapada en una rama de árbol. Decidió acercarse y descubrió para su sorpresa a la señorita Holland con sus sobrinos. Sonrió al pensar que últimamente el destino parecía cruzar sus caminos.

Una vez se detuvo ante ellos, Hester esbozó una mueca de sorpresa.

—¡Teniente Carmichael! —exclamó.

Él levantó ligeramente el ala de su sombrero.

—Señorita Holland, volvemos a encontrarnos.

—Eso parece—respondió ella con timidez.

El teniente alzó la vista hacia la cometa, que estaba atrapada en una de las ramas.

—Compruebo que tienen problemas.

—Eso me temo.

—Por favor, señor, ¿podría bajarnos la cometa? —intervino James.

El teniente asintió.

—Creo que puedo alcanzarla. Veamos…—Guio a su caballo hasta la rama donde estaba atrapada la cometa, estiró el brazo y con un rápido movimiento consiguió liberarla. Un hecho que tanto Hester como sus sobrinos celebraron con aplausos.

—¡Muchas gracias! —dijeron los niños casi al unísono.

El teniente sonrió.

—No hay de qué.

A continuación, le entregó la cometa a la señorita Holland, que observó que tenía una pequeña raja.

—Habrá que coserla, me temo—comentó Hester para disgusto de sus sobrinos.

—Es normal que se haya dañado. Sin embargo, tiene arreglo —aseveró el teniente.

Los niños sonrieron aliviados ante aquella afirmación.

—¡Teniente Carmichael! ¡Qué maravillosa casualidad! —intervino enérgicamente la señora Holland.

El teniente centró su atención en la dama, a pesar de que no tenía demasiadas ganas de interactuar con ella.

—Buenas tardes, señora Holland. Veo que está muy bien acompañada—respondió en referencia al grupo.

—Ya sabe que siempre sé rodearme adecuadamente.

—¿Los acompaña también el coronel?

—Me temo que mi esposo está entretenido en otros menesteres—explicó—. ¿Le apetece acompañarnos? Aunque no sé si interrumpimos su paseo.

El teniente miró a Hester de reojo. En ese instante, ella tenía la vista puesta en la cometa, como si tratara de pasar desapercibida a ojos de su madre.

—Si no les incomoda mi presencia. De hecho, pensaba caminar un rato.

—Oh, por supuesto que no, teniente. Es bienvenido a unirse—respondió la señora Holland con tono rimbombante.

El teniente se apeó del caballo y se colocó al lado del equino al tiempo que agarraba las riendas. Su intención era aproximarse a la señorita Holland para poder hablar con ella, sin embargo, la aparición de las damas más mayores, encabezadas por la señora Holland, imposibilitó la conversación.

Vio con impotencia como Hester se colocaba atrás, al lado de su hermana y sus sobrinos.

—Disculpe a mi hija y a mis nietos. Son demasiado impetuosos. Insistieron en traer la cometa, y al final, solo le han causado molestias—dijo la señora Holland con desagrado.

—No ha supuesto ninguna molestia, señora. Además, los niños han sido muy educados. Puede sentirse orgullosa.

La dama pareció incómoda.

—Y dígame, teniente, ¿es cierto eso que dicen de que la señorita Burgess posiblemente se convierta algún día en la señora Carmichael? —indagó, cambiando de asunto.

Hester no pudo evitar mostrarse atenta a la conversación mientras el teniente fruncía el ceño.

—¿Quién le ha dicho tal cosa?

—Llegamos a esa conclusión cuando supimos que había invitado a la joven dama a una velada en su casa recientemente—indicó la señora Parsons.

—Mi única relación con la señorita Burgess se debe a que es prima de mi querido amigo el señor Pembroke. Están de visita en la ciudad y no solo invité a ella a esa velada, sino también a más amigos. La señorita Burgess está ya comprometida, de hecho, su prometido asistió también a esa velada. De modo que, me temo que sus conclusiones son erróneas—zanjó, dejando a las damas perplejas.

El teniente giró la cabeza y miró a Hester, que apartó la vista disimuladamente. Estaba algo confundida al haber sentido alivio cuando descubrió que la información que su madre había vertido era falsa.

—Sin embargo, debe encontrar esposa, teniente. Un hombre de su clase no debería quedarse solo. Cuando asista a nuestra velada en Charles Court, me aseguraré de que salga de allí emparejado—afirmó la señora Holland entusiasta.

Al teniente le inquietó su ímpetu.

—No es necesario, señora. Solo deseo disfrutar de una agradable velada entre amigos. Dejemos que el destino decida.

—Oh, pero al destino a veces hay que ayudarle—añadió la señora Parsons pizpireta.

Ante aquel avasallamiento, el teniente decidió que había llegado el momento de irse. Lo único que lamentaba era no haber podido hablar con la señorita Holland.

—Disculpen, pero acabo de recordar que debo atender un asunto importante.

—Oh, es una lástima, teniente—dijo la señora Holland—. No obstante, le esperamos en Charles Court.

El teniente se subió a su caballo y lanzó otra mirada a Hester.

—Allí estaré—respondió inclinando su sombrero.

En cuanto se alejó de allí, la señora Holland y sus amigas no perdieron tiempo en lanzar sus más duras críticas contra él.

—El teniente a veces puede ser muy frío. No entiendo por qué es tan remilgado, teniendo en cuenta que es un lisiado. Debería estar contento de que alguna dama desee desposarse con él—afirmó la señora Parsons con desprecio.

—Ciertamente, peca de soberbia—añadió *lady* Whitaker.

Hester no pudo soportar tales comentarios, de modo que se puso a la altura de las damas para salir en defensa del teniente.

—Están ustedes equivocadas. El teniente no posee ni un ápice de soberbia, al contrario, es un caballero honorable y gentil. No solo tiene una buena posición social, sino que es apuesto e interesante. A esto hay que añadirle su arrojo y su sentido del deber como militar que ha luchado en las guerras que ha librado nuestra nación. Todo esto hace que cualquier dama desee casarse con él—sentenció alzando el mentón—. Y ahora, si me disculpan, yo también debo marcharme. Grace, ¿me acompañáis a casa?

Su hermana asintió.

—Por supuesto, Hester. ¿John?

—Nosotros iremos a casa también—respondió.

Y así, las damas se quedaron a solas, totalmente perplejas ante las palabras de Hester, que las había dejado sin argumentos. Porque en la alta sociedad cuando a uno lo halagan, debe mantenerse alerta, pues en cuanto da la espalda, salen a relucir las víboras que no dudan en escupir su veneno.

Capítulo 10

Aquella tarde, tras una animada comida, el señor Pembroke y el teniente acudieron a una elegante sastrería situada en la concurrida Oxford Street. En el interior del establecimiento había varios clientes que estaban probándose distintas prendas, al igual que el señor Pembroke, a quien un sastre estaba ajustándole un elegante traje, al tiempo que el teniente observaba desde una esquina.

En esos días, el señor Pembroke había asistido a varias sesiones y reuniones en el Parlamento, pues el curso político estaba en pleno apogeo.

—¿Y cómo están yendo las cosas en el Parlamento? —inquirió el teniente.

—Creo que podremos sacar adelante la propuesta, aunque con algunas correcciones. Sin embargo, la ley educativa tendrá que esperar por ahora. No hay consenso.

El teniente torció el gesto.

—Comprendo. Sin embargo, no entiendo el motivo de tantos reparos.

—Hay gente que no considera la educación algo esencial para los ciudadanos. Muchos desean mantener sus privilegios y ven la educación del proletariado como un elemento peligroso. Creen que cuanto más sepan los obreros, más posibilidades hay de que se rebelen contra el sistema. Y ciertamente, yo creo que sería posible, pero también lógico. Si el sistema no es justo, uno debe rebelarse contra él. Aunque yo lo hago desde la política.

—Coincido con tu opinión. No podemos mantener un sistema injusto.

El señor Pembroke miró a su amigo con un gesto incrédulo.

—¿Desde cuándo eres tú un revolucionario?

El teniente se encogió de hombros.

—Nunca lo he sido. No obstante, no estoy ciego ante la realidad que me rodea.

—Me alegra oírte decir eso—comentó—. A propósito, vi a tu vecino el coronel en el club con su yerno. Es un caballero muy afable y simpático. Desde luego, su esposa y él son polos opuestos.

El teniente asintió.

—La señorita Holland es muy parecida a él. Lo cierto es que siento una gran simpatía por ella, sobre todo, por el hecho de tener que convivir con la señora Holland.

>>Ayer me crucé con ella en Hyde Park y ni siquiera pudimos conversar, porque la señora Holland y sus amigas me avasallaron con preguntas indiscretas sobre mi vida privada—se defendió malhumorado.

—No sé por qué no me extraña.

—Fueron muy impertinentes. Me preguntaron directamente si había algún compromiso entre tu prima y yo, y me reiteraron que debía encontrar esposa. Incluso la señora Holland se ofreció a encargarse de ese asunto—explicó.

—Es lo malo de ser un gran partido, William. Aunque la señora Holland no tendría que buscar muy lejos, ya que su propia hija sería la opción más adecuada para ti.

El teniente abrió mucho los ojos, notando su pulso acelerarse.

—¿Qué quieres decir?

El señor Pembroke se rio.

—Vamos, William. Piensa en ello. La señorita Holland es una dama inteligente, discreta y de buena familia. Según Maude, posee ideas avanzadas, no una moral encorsetada. Estoy convencido de que tenéis muchas cosas en común y eso es esencial en un matrimonio.

—Pero ninguno de los dos siente nada por el otro. Además, yo no deseo casarme—sentenció.

—¿No estás harto de las casamenteras y solteras que te persiguen cada temporada? ¿No te agota esa soledad tan abrumadora?

—Es una soledad elegida, Thomas—afirmó.

—Estoy convencido de que en el fondo deseas una grata compañía. Alguien que te espere en casa, con quien compartir animadas charlas y momentos agradables en tu hogar. Alguien que esté a tu lado cuando lo necesites.

>>Piensa que la señorita Holland está en la misma situación. De hecho, diría que su situación es peor, porque debe soportar la tortura continua de vivir con una madre que la controla y la humilla. El matrimonio, a pesar de que ser una cárcel para muchos, significa la libertad para otros.

El teniente consideró la idea unos segundos, sin embargo, enseguida la desechó. ¿El motivo? Para él todo ello era una locura que no estaba dispuesto a cometer. Prefería la soledad a embarcarse en la aventura del matrimonio.

—Creo que no sería buena idea.

En ese momento, oyeron un tintineo cerca de allí, indicando que eran las cinco. El teniente se dio cuenta de que se hacía tarde, pues esa noche acudiría precisamente al hogar de los Holland y debía prepararse.

—Debo marcharme, Thomas.

Este esbozó una media sonrisa.

—Nos vemos esta noche.

El teniente salió de la sastrería, regresando a Primrose House con presteza. A pesar de esperar tener la oportunidad esa noche de conversar con Hester Holland, temía que la señora Holland volviera a interponerse entre ellos. Pidió a la providencia que no fuera así.

Capítulo 11

Charles Court, unas horas más tarde…

En el salón de los Holland la atmósfera era bulliciosa y alegre. Los anfitriones conversaban en distintos grupos, al igual que sus hijos, que recibían a su vez a los invitados que poco a poco llegaban a Charles Court. En la amplia estancia habían habilitado una mesa alargada en un lateral, donde había servida comida y bebida.

El teniente entró en el lugar acompañado del señor Pembroke y la prometida de este, la señorita Kent, que iba agarrada de su brazo. Lucía un traje oscuro, corbatín y camisa blanca. Su barba perfectamente recortada aumentaba más su atractivo, y no tardó en captar el interés de las féminas allí presentes.

No obstante, su atención estaba en otro menester, pues había acudido a aquella velada con la única misión de poder conversar con la señorita Holland.

—Bienvenidos a Charles Court—saludó John Holland.

—Buenas noches, señor Holland—respondió el señor Pembroke.

—Es un honor que hayan venido. Especialmente, el teniente. Creo que es la primera vez que asiste a una velada en esta casa, si no me equivoco—apuntó John.

El teniente centró su atención en su interlocutor.

—Cierto, señor Holland.

—A propósito, enhorabuena por su compromiso, señor Pembroke y señorita Kent. ¿Ya tienen fecha para el enlace?

—Será en septiembre, si Dios quiere—intervino la señorita Kent dichosa, haciendo sonreír a su prometido.

—Una buena época. Evitarán la lluvia. El día de nuestro enlace fue terriblemente lluvioso. Su primo se casó en las mismas fechas, ¿verdad, teniente?

—Sí, así es.

—Espero que tuviera mejor suerte que nosotros. Aunque en Escocia suele llover bastante.

—Como solemos decir los escoceses, en Escocia solo hay dos estaciones: junio e invierno. —Los presentes rieron—. Sin embargo, en el día de la boda de Alistair no fue invierno, sino junio.

—Brindo por su buena suerte—dijo John alzando su copa.

—Hablando de brindar, deberíamos ir a por algo de beber—propuso el señor Pembroke.

—Por supuesto, qué cabeza la mía. Allí les servirán lo que pidan—indicó John, señalando la mesa alargada—. Permítanme acompañarlos.

Mientras se abrían paso entre los invitados, el teniente siguió buscando a Hester con la mirada, sin éxito. En cuanto le sirvieron la bebida, tomó un pequeño sorbo de su copa de vino, saciando ligeramente su sed.

—¡Teniente! ¡Qué alegría verlo en nuestra humilde morada! —exclamó la señora Holland.

Al oír su voz, el teniente notó cierto malestar. Le desagradaba enormemente ese tono cínico que empleaba con todo el mundo. Tragó saliva, se irguió y esbozó una media sonrisa, ya que ante todo estaba la cortesía que sus padres le habían inculcado.

—Buenas noches, señora Holland. Es un honor que me hayan invitado.

—¡El honor es nuestro! Aunque se ha hecho de rogar todos estos años—respondió en un ligero tono de reproche.

—Más vale tarde que nunca, ¿verdad? —intervino el señor Pembroke.

—¡Señor Pembroke, no le había visto!

—Como para no verme—masculló el caballero burlón.

—Y veo que está muy bien acompañado. ¿Cómo está, señorita Kent?

—Bien, señora—respondió con timidez.

En ese instante, la señora Holland agarró a la señorita Kent, alejándola de su prometido, que frunció el ceño.

—Lo lamento, señor Pembroke, pero me llevo a su prometida un rato. Queremos saber todos los detalles de la boda y no voy a

permitir que se vaya sin contárnoslos—dijo la señora Holland.

La señorita Kent miró a su prometido con gesto de apuro. No obstante, no protestó.

—Pobrecita mía, van a espantarla. Mi Jane es una muchacha tranquila de campo, no está habituada a tratar con víboras—comentó preocupado.

—No creo que debas subestimarla. En el campo hay muchos animales salvajes. Seguro que sabrá lidiar con un grupo de madres cotillas.

—Tienes razón, mi Jane puede con esas y con lo que sea—afirmó soñador, contemplando embelesado a su prometida, que hacía frente al interrogatorio del grupo de amigas de la señora Holland con buen talante.

De repente, el teniente alzó la vista y vio como un sirviente se acercaba a él.

—Disculpe, teniente, tengo un mensaje para usted.

El teniente y el señor Pembroke intercambiaron una mirada.

—Usted dirá.

—La señorita Holland solicita que se reúna con ella. Lo está esperando.

El teniente se quedó sorprendido, aunque le agradaba la idea.

—Por supuesto.

—Si es tan amable de acompañarme, señor—le pidió el sirviente.

Se giró hacia el señor Pembroke.

—¿Te importa?

—¡En absoluto! Tu dama te aguarda—comentó pícaro.

El teniente resopló mientras negaba con la cabeza. A continuación, siguió al sirviente. Se alejaron del salón y se encaminaron por un corto pasillo hasta unas escaleras que llevaban al piso inferior, donde estaba la cocina. Al fondo había una puerta que el sirviente abrió, indicándole que la señorita Holland lo esperaba allí.

Al salir notó una ligera brisa fría, que le resultó reconfortante. En aquel solitario patio la oscuridad dominaba el ambiente, pues la

única iluminación era una lámpara de aceite que estaba colocada encima de una mesa baja.

Ahí vio al fin a Hester, sentada en una silla de madera. La dama lucía un vestido malva con escote en forma de uve, el pelo recogido en un moño trenzado y un chal de seda de color gris sobre sus hombros. En su regazo tenía un plato de comida y sobre la mesa había una copa de vino.

Hester esbozó una sonrisa.

—Buenas noches, teniente. Espero no haberlo importunado al pedirle venir aquí.

—En absoluto. Me ha sorprendido, ciertamente. Normalmente las grandes veladas de la Temporada transcurren en los salones, no en el área del servicio.

—Cuando hay grandes eventos en casa, prefiero estar aquí, es más tranquilo. Y, además, estoy cerca de la cocina, así como antes que el resto—explicó riéndose.

—Buena estrategia, señorita Holland. Aunque pensaba que le agradaba más la biblioteca.

—Hoy no, allí me encontraría mi madre más rápido y me obligaría a volver al salón.

—Comprendo—comentó el teniente.

—Por favor, siéntese, teniente. Como verá, le he preparado un asiento—dijo, señalando la silla que tenía a su lado—. ¿Quiere algo de comer? He puesto en este plato varios tipos de canapés, un poco de fiambre y queso.

El teniente se acomodó a su lado.

—Creo que probaré el canapé de paté, tiene buen aspecto.

—Está riquísimo, se lo aseguro.

Hester le ofreció el pequeño manjar, que él degustó con deleite.

—Sí, realmente delicioso—aseguró.

—Dado que ayer no tuvimos ocasión de hablar, supongo que ya habrá visto el dibujo.

—Desde luego que sí.

Hester se mordió el labio inferior, nerviosa.

—Le ruego que sea sincero. ¿Le gustó?

El semblante del teniente se tornó serio, algo que generó a Hester mayor inquietud.

—Confieso que no me ha gustado… ¡Me ha encantado! Su retrato del paisaje escocés me ha transmitido muchas emociones. Me hizo recuperar hermosos recuerdos. No obstante, al verlo me surgió una pregunta: ¿Usted ha estado en Escocia?

—No, señor. Nunca he estado.

—¿Y cómo ha conseguido plasmar el paisaje de forma tan realista?

—Me basé en las descripciones que Walter Scott plasmaba en algunas de sus novelas.

—Me deja asombrado, señorita Holland. Le reitero mis felicitaciones.

Hester esbozó una sonrisa.

—Muchas gracias.

—Le confieso que ayer me habría gustado contarle mis impresiones sobre la ilustración, pero, por desgracia, y no deseo ofenderla, su madre a veces puede resultar…

—¿Absorbente?

El teniente asintió.

—Sí, creo que ese es el adjetivo correcto.

Hester se rio.

—Lo es la mayoría del tiempo—afirmó.

Tras dar un sorbo a su copa de vino, el teniente se animó a preguntar:

—Señorita Holland, ¿cuándo y por qué empezó a dibujar?

Hester viajó atrás en el tiempo, a su infancia.

—Todo empezó siendo niña. Solía aislarme del mundo y siempre tenía la cabeza en las nubes. Me gustaba imaginar lugares y criaturas, y, además, me encantaban los cuentos. De modo que, un buen día y de forma muy rudimentaria, comencé a dibujar aquellos lugares y personajes que residían en mi imaginación. No es que fuera gran cosa, pero plantó una semilla que acabó germinando con el tiempo.

>>Durante varios años, solo me dediqué a la lectura y al dibujo. Descubrí las novelas de misterio de Ann Radcliffe y sus

personajes y entornos me cautivaron de tal forma que siempre trataba de evocarlos y plasmar escenas de sus obras. Por ejemplo, conservo una ilustración que hice de una escena de El romance del bosque. Puedo decir que ella fue mi gran influencia.

>>Durante muchos años fue un simple pasatiempo, pero con el paso del tiempo se convirtió en mi bálsamo.

Justo en ese momento, se abrió la puerta, apareciendo ante ellos la señora Kirkdale, la cocinera de Charles Court. La dama era una mujer rolliza, ya entrada en años, con unos ojos azules casi cristalinos y unos cabellos rubios que asomaban por debajo de su gorro de cocina. Lucía un traje gris y un gran delantal. Entre sus manos portaba un plato de porcelana que contenía un delicioso postre: profiteroles rellenos de nata y chocolate.

—Señorita Hester, veo que está acompañada. Espero no importunarles—saludó la mujer con una amable sonrisa.

Al teniente le agradó enseguida la mujer, que transmitía una gran calidez que le resultó familiar.

—No nos importuna, señora Kirkdale—respondió Hester afable.

—He traído lo que me pidió, para el teniente y para usted. Su postre preferido. Pero no se lo diga a su madre. Ya sabe que no le gusta que la consienta—advirtió apurada.

Hester se rio, mientras el teniente esbozaba una media sonrisa.

—No, descuide. Además, me llevaría una buena regañina—afirmó—. A propósito, le presento al teniente Carmichael.

—Es un placer, teniente—respondió inclinándose.

—El placer es mío.

—Espero que le gusten los profiteroles.

—Estoy seguro de que sí. Tienen muy buen aspecto, señora Kirkdale.

—Vamos, pruebe uno—le animó Hester.

El teniente tomó un profiterol y dio un ligero mordisco. Enseguida notó en su paladar el dulce sabor de la nata y la masa, que sintió que se derretía en su boca.

—¡Está delicioso! —exclamó con un gesto de deleite.

Ambas sonrieron complacidas.

—Sabía que le gustaría—comentó Hester—. Desde que los probé siendo tan solo una niña, se convirtió en mi postre preferido.

—Recuerdo el primer día que bajó a la cocina. Aún vivía su abuelo en esta casa y habían venido ustedes de visita. La señorita Hester apenas llegaba a la mesa, era muy tímida y tenía mucha vergüenza. Estaba sacando los profiteroles y me pidió uno con su vocecilla temblorosa. Era adorable. Y desde entonces, no ha dejado de hacernos visitas—explicó la señora Kirkdale con un ápice de ternura en su voz.

—Es uno de mis rincones preferidos de la casa.

—Si hasta sabe algunas recetas y créame que la señorita Hester tiene buena mano con la cocina.

Hester se mostró apurada ante la mirada fija del teniente, que estaba asombrado.

—Vaya, parece que es usted muy versátil, señorita Holland. No deja de sorprenderme.

Hester notó sus mejillas arder.

—Exagera, teniente.

—Bueno, será mejor que vuelva dentro. Hay mucho que hacer.

—Gracias, señora Kirkdale.

—Un placer como siempre, señorita—respondió, guiñándole un ojo.

La dama desapareció, dejándolos a solas de nuevo.

—¿Ha cocinado alguna vez para su familia, señorita Holland?

Hester se encogió de hombros.

—Una vez, pero mi madre lo desaprobó. Dijo que las cocinas no eran lugar para una señorita como yo. En su opinión, mi deber es convertirme en una buena anfitriona y en una esposa servicial y obediente.

—Sin ofender, estoy en total desacuerdo con su madre. No hay nada de malo en aprender otras habilidades, además de las que la sociedad espera de usted.

Hester esbozó una media sonrisa de agradecimiento.

—Me alegra saber que pensamos lo mismo, teniente. No suelo encontrarme con mucha gente que comparta mi visión del mundo.

—Es difícil, sí.

—Además de eso, mi timidez hace que me cueste dar el primer paso en una conversación.

—La timidez puede ser un gran enemigo a veces.

—El problema es que muchas veces la gente malinterpreta mi timidez. Creen que soy soberbia y fría. Y no es esa mi intención.

El teniente torció el gesto, pues él, hasta hacía poco, tenía precisamente esa opinión de la señorita Holland.

—Comprendo lo que dice porque me ocurre lo mismo. En opinión de muchos, soy un hombre reservado y frío.

—Pues permítame decirle que están equivocados. Con los Holland usted ha sido siempre muy atento y amable, teniente, especialmente con mi padre. Él tiene una gran opinión de usted. Siempre presume del buen vecino que tiene.

El teniente se rio, dejando a Hester fascinada, ya que su rostro se iluminó con una preciosa sonrisa que sobresaltó su corazón.

—El coronel siempre ha sido muy amable conmigo. Me conoce desde hace mucho.

—Le tiene en gran estima.

Entonces, el teniente decidió regresar al tema anterior.

—Y volviendo al asunto de la cocina, le advierto que me ha entrado curiosidad. Sería estupendo probar alguno de sus platos.

Hester agachó la mirada, apurada.

—Bueno, aprendí algunos, sobre todo postres. No es que sea una gran cocinera.

—Confieso que yo sé manejarme un poco entre los fogones.

Hester inclinó la cabeza con interés.

—¿De verdad?

—Sí. Mis padres me enseñaron todo lo necesario para valerme por mí mismo. Además, también trabajé en la granja antes de alistarme. Aprendí a ordeñar, labrar, elaborar queso, cuidar de los

animales, de los cultivos, y por supuesto, cocinar. Aunque en el ejército también nos enseñaban todas esas habilidades.

—Pero tenía entendido que su padre era militar. Coronel de Infantería.

—Sí, lo era. Se retiró hace muchos años, cuando mi abuelo murió y heredó sus tierras. Aunque somos los terratenientes y tenemos jornaleros que se ocupan del trabajo, mi padre quiso que aprendiera y conociera bien la granja y su funcionamiento, igual que hizo mi abuelo con él.

—Es una actitud muy distinta a la de muchos terratenientes. Normalmente, ninguno se dedica a las labores del campo.

—Mi padre se moriría del aburrimiento si no tuviera nada que hacer. Es un espíritu inquieto.

—¿Y usted no pensó en volver a Escocia y dedicarse a la granja?

El teniente suspiró.

—Lo cierto es que lo pensé, sin embargo, sentía que me quedaba mucho por hacer por nuestra nación. Y me gusta el puesto que tengo ahora, me permite tener tiempo para mis aficiones.

—¿Y cuáles son? Aparte de la lectura.

—La jardinería, por ejemplo.

Hester asintió.

—Así que la jardinería. Supongo que su interés vendrá de su vida en el campo.

—Podría decirse que sí. Lo heredé de mi madre. Le encanta cuidar del jardín. Ya lo hacía cuando estaba soltera, en el hogar de sus padres. Desde niño, me gustaba ayudarla en ese menester.

—Lo cierto es que el nombre de su hogar ya ofrece una pista de que en su interior alberga un bonito jardín. ¿El nombre tiene algo que ver?

—No le di yo ese nombre, ya lo tenía. Sin embargo, sí que albergó un hermoso jardín antes de que la comprara. Pero cuando entré a vivir estaba abandonado. Llevaba tiempo sin cuidarse.

—Pero usted le dio una nueva vida.

—Sí, ese fue mi principal objetivo. Me gusta dedicarle tiempo. Me permite alejarme de mis tribulaciones y olvidarme del mundo.

—¿Y qué plantas tiene en el jardín?

—Peonías, un pequeño rosal, hortensias y una enredadera que trepa por uno de los muros. Tengo también un pequeño invernadero. No es un jardín muy grande, pero es acogedor. Un pequeño oasis en medio de esta metrópoli.

—Suena muy agradable. Me encantaría verlo algún día.

—Está invitada a venir a Primrose House cuando guste, señorita Holland.

—Y aparte de la jardinería, ¿qué más le gusta hacer en su tiempo libre?

—Montar, practicar esgrima. Aunque esto último me cuesta más, debido a la lesión. No puedo dar grandes estocadas y Pembroke se aprovecha de ello para vencerme siempre que tiene ocasión.

Hester se rio.

—Comprendo.

—¿Y usted, señorita Holland?

Hester se encogió de hombros.

—Me gusta una buena lectura, dar largos paseos y viajar.

—Veo que tenemos más aficiones en común.

—Eso parece.

Se hizo un breve silencio, que el teniente se animó a romper.

—Tengo entendido que vivió en Gales una temporada. ¿Permaneció allí mucho tiempo?

—Unos cinco años, hasta que mi padre enfermó y decidí regresar para estar a su lado.

—Su tía es viuda de un militar, ¿cierto?

—Sí, tío Gareth era capitán de infantería. Murió poco después de irme a Gales con ellos. Cuando llegué estaba ya enfermo y tras su muerte, decidí quedarme para ayudar a mi tía a superar la pérdida. Cuando quise darme cuenta, habían pasado cinco años.

—Supongo que su tía no estaría disconforme.

—No, de hecho, no le gustó que me fuera. Decía que era mi madre quien debía cuidar a mi padre, sin embargo, preferí marcharme.

—Su padre y usted se llevan muy bien, por lo poco que he visto.

—Sí, él siempre me defiende. Dicen que soy su favorita, pero no sé si esa afirmación es demasiado vehemente. Comparada con mis hermanos, soy la oveja negra.

—Como dice mi padre, mejor ser la oveja negra, porque al menos se destaca entre el rebaño.

Hester se rio.

—Nunca lo había visto de esa manera. Su padre es un hombre muy sabio.

—Sí, siempre tiene dichos para todo.

En ese momento, oyeron las campanas de una iglesia lejana, indicando que eran ya las doce. Ambos se percataron de que las horas habían transcurrido muy deprisa sin apenas darse cuenta.

—Vaya, se ha hecho tarde—comentó el teniente sorprendido.

—Sí.

De repente, apareció por la puerta un sirviente.

—Señorita Holland, su madre la está buscando.

Hester asintió comprensiva. Si su madre la hallaba a solas con el teniente, esto generaría un enorme problema.

—Debemos regresar al salón. Iré yo primero, así no nos verán juntos.

El teniente se levantó al mismo tiempo que ella.

—Por mí no hay inconveniente en que me vean con usted.

Hester negó con la cabeza.

—No sería una decisión acertada, créame. Puede llevar a equívocos—afirmó—. Ha sido un placer, teniente.

—Igualmente, señorita Holland.

Tras esto, Hester se marchó, dejándolo a solas. Pocos minutos después, él decidió salir de Charles Court, tras despedirse de los anfitriones y de su amigo Pembroke.

En cuanto salió de la casa, se vio envuelto por el silencio y la quietud que reinaba en la solitaria calle a esa hora intempestiva, momento que aprovechó para sumergirse en sus cavilaciones.

Había sido una velada sumamente placentera en aquel pequeño patio con la única compañía de la señorita Holland. Hace

unas semanas no se habría imaginado semejante acercamiento con una de sus vecinas. Muchas veces detrás de esos personajes que nos encontramos cada día en nuestra rutina, se esconden personas realmente interesantes.

Recordó la conversación que tuvo con la señora Berenson sobre esa familia que parecía perfecta. Los Holland eran la envidia de muchos, pero había alguien en aquella casa que debía aparentar quizás algo que no era. Sí, esa era la señorita Hester.

No obstante, esto hizo al teniente reflexionar. Porque en algún momento del tiempo todos mostramos una máscara ante el mundo que no nos representa, que esconde nuestro verdadero yo. Y todo con el fin de pasar desapercibido, de encajar en los modelos de conducta que una parte de la sociedad establece.

En las reuniones sociales de la Temporada había auténticos buitres deseosos de criticar y cebarse con el mal ajeno. Un simple desvío en el camino, un acto que se saliera de lo convencional, significaba convertirse en una especie de proscrito que no tenía derecho ni al más mínimo resquicio de afecto y comprensión.

Pensó en aquellos que despectivamente calificaban a la señorita Hester como una solterona. Una mujer que no había conseguido marido estaba abocada a un terrible ostracismo y a la falsa piedad de los que dicen ser misericordiosos y temerosos de Dios.

Recordó en ese instante las miradas compasivas que lo contemplaban con lástima, ocultando casi siempre un evidente desagrado, cuando volvió de la guerra convertido en un héroe casi tullido. Aquellos sentimientos de pérdida, de dolor, regresaron para golpearle con firmeza.

Sacudió la cabeza, quitándose esa sensación de nostalgia envenenada que lo invadió. Él comprendía a la señorita Hester mejor que nadie, lo que reforzó su idea de convertirse en su amigo y aliado. Una amistad auténtica en un mundo inhóspito.

Capítulo 12

Aquella jornada soleada, Grace y Hester habían disfrutado de una animada tarde de compras. Aprovechando que los pequeños de la casa habían ido a pasear con su institutriz a Hyde Park, y el señor Quinn y el coronel estaban visitando a un amigo, las hermanas habían recorrido Oxford Street, adquiriendo algunos artículos, como libros y ropa. Agotadas pero contentas, entraron en Charles Court charlando y riendo, cuando alguien interrumpió su diversión abruptamente.

—Señorita Holland, señora Quinn, la señora me ha pedido que les informe que hay un invitado y que acudan al salón de inmediato para el té—informó el mayordomo con gesto serio.

Grace y Hester se miraron extrañadas.

—No sabíamos que hoy tendríamos un invitado, Higgins—comentó Grace.

—Ha sido inesperado, señora.

—Dígale a la señora que iremos enseguida—respondió Hester amable.

—Sí, señorita—contestó el mayordomo haciendo una reverencia y marchándose a continuación.

—Higgins está más solemne de lo habitual. Qué extraño—dijo Hester mientras subían las escaleras.

—Yo estoy intrigada por saber quién es el misterioso invitado.

A los pocos minutos, las hermanas bajaron al salón para reunirse con su madre y con el inesperado visitante. En cuanto entraron en la estancia, Hester escrutó al caballero entrado en años, de rostro algo envejecido, pelo canoso y semblante adusto. Notó su mirada fija en ella, observándola con frialdad, como si fuera un trozo de carne o una yegua que iba a comprar. Un escalofrío recorrió su cuerpo en ese instante, al tiempo que un mal presentimiento cruzaba su mente.

—Oh, ya estáis aquí. Sir Zacharias, le presento a mi hija mayor, la señora Quinn, y a mi encantadora hija mediana, la señorita Hester. —Esta alzó una ceja en una mueca suspicaz ante el impostado halago de su madre—. Hijas mías, este caballero es sir Zacharias Iverson, un viejo amigo de nuestra familia.

Hester y Grace se miraron sorprendidas, pues nunca habían oído hablar de ese caballero.

—Es un placer, sir Zacharias—comentó Grace.

—El placer es mío, señora Quinn. —Entonces, dirigió su atención hacia Hester—. Señorita Holland, su madre se quedó corta en cuanto a su descripción. Desde luego, es usted más hermosa y aparenta ser mucho más joven.

Hester se revolvió incómoda.

—Gracias por el cumplido, sir Zacharias.

—Vamos, tomemos asiento, o el té se enfriará—apuntó la señora Holland.

A continuación, se acomodaron en los sofás que había allí. Hester se colocó junto a su hermana, buscando cierta protección, pues constantemente notaba la mirada del caballero sobre ella.

—Sir Zacharias es un acaudalado viudo, dueño de varias minas en el norte del país y de dos preciosas propiedades: una en Manchester y otra en el campo, en un encantador lugar llamado… ¿cómo me dijo que se llamaba?

—Mablethorpe. Está junto al mar—indicó, dando un sorbo a su taza de té.

—Vaya, Hester, parece el lugar perfecto para disfrutar del buen tiempo, ¿verdad, sir Zacharias?

—Por supuesto.

Hester se tensó.

—¿Qué quieres decir, madre? —inquirió suspicaz.

Grace tragó saliva, nerviosa. No le estaba gustando hacia donde estaba derivando esa conversación.

—Bueno, que cuando te desposes con sir Zacharias, podrás disfrutar del mar, tesoro.

Hester abrió mucho los ojos, al igual que Grace.

—Madre, ¿qué acabas de decir? —espetó Hester enfadada.

Notó cómo por sus venas hervía su sangre y cómo el calor subía hasta su rostro.

—Hester, sir Zacharias y yo estuvimos hablando hace poco, en casa de lord Hartley. Te vio y le gustaste. Me ha explicado que tiene ya cinco hijos, todos independizados, y que le agradaría volver a desposarse con una dama joven y jovial como tú. Yo creo que haríais una excelente pareja—explicó su madre entusiasmada.

Hester no podía creer lo que estaba oyendo.

—Señorita Hester, si me lo permite. Opino que es usted una mujer muy hermosa y para mí sería el mayor de los placeres en mi vejez disfrutar de una compañía tan agradable. Y bueno, si usted desea traer un hijo al mundo, yo no tendría ningún inconveniente. A pesar de mi edad, todavía me veo capaz de engendrar—afirmó con un ápice de lascivia en su voz.

Grace no supo que decir, sin embargo, Hester no tardó en hablar. Se puso en pie, irguiendo su cabeza y dijo:

—Lamento decirle que debo rechazar su propuesta de forma contundente y firme, sir Zacharias.

Su madre se mostró indignada.

—¡Hester! ¿Qué estás diciendo? No puedes rechazar una proposición así. A tu edad no tienes elección.

—¡Sí la tengo, madre! Prefiero quedarme soltera para el resto de mis días, que casarme con alguien a quien no amo. De modo que, lo lamento, sir Zacharias, esta conversación ha terminado—sentenció, saliendo de la habitación a toda prisa.

Grace miró a su madre con desprecio mientras sir Zacharias se disponía a marcharse.

—Jamás en mi vida me he sentido tan humillado, señora Holland. Pensé que usted era una mujer de palabra, pero veo que no es así. Me aseguró que la muchacha aceptaría—afirmó malhumorado.

—Lo siento mucho, sir Zacharias. Hester siempre ha sido una rebelde, nunca ha seguido mis órdenes. Sin embargo, no se apure, la convenceré…

—Ya es tarde, señora. No pienso volver a esta casa nunca más. Y me aseguraré de que todo el mundo sepa que los Holland

son una compañía poco recomendable—zanjó.

—Y yo me aseguraré de explicar a quien quiera oír la verdad que usted estaba dispuesto a forzar un matrimonio con una joven que podría ser su hija—intervino Grace enfadada.

Sir Zacharias la miró horrorizado, sin decir nada en respuesta. Tras marcharse, la señora Holland dirigió primero su ira hacia Grace.

—¿Cómo te has atrevido a hablar al caballero de esa forma?

—Porque él ha ofendido a mi familia. Y parece que a ti no te ha importado, porque no has dudado en arrastrarte ante él, madre—espetó, cruzándose de brazos.

—¡Es la única oportunidad que tendrá tu hermana! Y la ha desperdiciado porque ella es demasiado digna y distinguida para el resto de los mortales, que para ella carecemos de importancia. Siempre tan soberbia—dijo molesta.

—Hester puede tener algunos defectos, pero la soberbia no es uno de ellos—afirmó Grace—. A propósito, ¿padre es conocedor de este asunto?

—No, por supuesto que no, porque lo habría estropeado todo. Él se habría enterado en el momento oportuno.

—Te recuerdo que, sin su consentimiento, esta boda no podría celebrarse.

—Lo habría aceptado porque, él igual que yo, sabe que Hester no puede aspirar a nada más.

Grace se indignó ante tan duras palabras.

—¿De verdad crees eso? ¿Cómo puedes ser tan cruel con tu propia hija?

—No es crueldad, es la verdad, Grace. Hester carece de belleza, de gracia y de título. Además, ya tiene veintiocho años. Es mayor para desposarse. Ningún joven pretendiente la querría—replicó alterada.

Hester, que estaba en su cuarto, pudo oír con claridad toda la discusión. Apoyó las manos sobre el tocador, mientras unas lágrimas se deslizaban por sus mejillas. Alzó la vista, contemplando su imagen en el espejo: su rostro anodino, su mirada color miel empañada y enrojecida, sus facciones hinchadas. ¿Quién amaría a alguien tan simple? Obviamente, nadie. Ni siquiera su propia madre.

Al darse cuenta de que la situación ya era insostenible, tomó una importante determinación: no podía seguir más tiempo en aquella casa. Llevada por la rabia y la angustia, bajó las escaleras a toda prisa, cogió su abrigo y su sombrero, y salió de Charles Court con lo puesto, sin ningún tipo de equipaje.

Sus pies parecían guiar sus pasos solos. Caminó sin rumbo, cruzó la plaza, ignorando a los transeúntes y perdiéndose entre las calles del barrio de Belgravia, totalmente ajena a la fuerte discusión que su hermana seguía teniendo con su madre.

Aunque todo había sucedido muy deprisa y quizás había sido una decisión precipitada, Hester no estaba dispuesta a soportar más las faltas de respeto de su progenitora.

La oscuridad se cernía sobre la ciudad cuando llegó al hogar de su hermano, en el número 68 de Eccleston Square, en el barrio de Pimlico. Se detuvo ante la fachada de estuco blanco que albergaba una casa de cuatro plantas y altos ventanales. La vivienda adosada a otras propiedades se hallaba en una tranquila plaza alargada poblada en su centro por una espesa arboleda.

Hester llamó al timbre, aguardando ante la puerta oscura de madera con su pulso acelerado por el nerviosismo y con un evidente agotamiento después de caminar casi dos horas sin descanso, pues había recorrido gran parte del barrio de Belgravia antes de ir a casa de su hermano. Tomó una bocanada de aire y respiró hondo, tratando de serenarse.

La puerta se abrió después de unos interminables minutos, sobresaltando a Hester.

—Buenas tardes, ¿qué desea? —preguntó una joven sirvienta a la que Hester no conocía.

Había estado anteriormente en casa de su hermano, aunque no recordaba a nadie del servicio.

—Buenas tardes, soy Hester Holland, la hermana del señor Holland. ¿Está mi hermano en casa?

—Sí, señorita. Por favor, entre, iré a avisarle—respondió la sirvienta, cediéndole el paso.

Hester se adentró en el pequeño vestíbulo, donde se hallaban las escaleras en un lateral y un pasillo que conducía a otras

estancias.

—Por favor, permítame su sombrero y su abrigo—le pidió la sirvienta. Tras entregarle las prendas, la joven volvió a hablar—. Acompáñeme, si es tan amable.

Hester siguió a la muchacha al salón, que estaba justo al lado. Se quedó de pie, cerca de la gran chimenea de mármol, mientras la sirvienta desaparecía de la sala. Contempló la amplia estancia donde predominaban los tonos claros, habitada por elegantes muebles de madera de estilo inglés, un par de sofás granates y con una espléndida ventana mirador que daba a la plaza.

Su pulso aún estaba acelerado por el fuerte enfrentamiento con su madre, que parecía no entender su postura. El solo hecho de imaginarse casada con ese hombre tan siniestro le generaba repulsión y terribles escalofríos.

—¡Hester! ¿Qué haces aquí a estas horas? —inquirió su hermano preocupado, acercándose a ella con presteza. Hester observó a su cuñada detrás de él con gesto interrogante.

—John, lamento haberme presentado sin avisar, pero ha ocurrido algo terrible…

A continuación, pasó a explicarles lo sucedido en Charles Court. Por momentos, la voz de Hester se quebraba debido a la angustia y la desazón, y encontraba cierto consuelo en su hermano, que posaba su mano en su hombro en señal de afecto.

—¿Por qué habrá cometido semejante locura? No puede hacer eso sin tu consentimiento, Hester—afirmó su hermano.

—Pues lo ha hecho, John.

—¿Padre sabe algo de esto?

—Según le dijo a Grace, él no sabe nada.

—Me extrañaría que él lo consintiera. Es un disparate—añadió incrédulo.

—Lamento venir aquí a perturbar la paz de vuestro hogar, sin embargo, no se me ocurrió otro sitio. Grace no tiene casa en Londres.

—No te preocupes, hermana, has hecho lo correcto—indicó John—. Puedes quedarte esta noche, o el tiempo que necesites.

—Prometo quedarme el menor tiempo posible.

—Querida cuñada, no hay prisa. Estamos encantados de tenerte aquí—intervino Lydia—. ¿Dónde está tu equipaje?

Hester se mostró apurada.

—No he traído nada. Salí tan deprisa de allí que…

—No te preocupes. Le pediré a uno de mis sirvientes que vaya a buscarte algo de ropa mañana a Charles Court. Por ahora, ordenaré que te preparen una habitación—dijo su hermano mientras llamaba a un sirviente.

—Gracias, John—respondió Hester con un ápice de emoción en la voz.

Media hora más tarde, Hester ya estaba instalada en una habitación de invitados pequeña pero acogedora, con vistas a la plaza. No necesitaba nada más, solo un digno lecho donde dormir y un techo bajo el que cobijarse, lejos de su temible madre. Bajó a cenar con la joven pareja, que iniciaron una conversación llena de temas banales sobre la Temporada.

Hester se percató de que no había entablado demasiadas charlas con su cuñada, de un carácter risueño, aunque algo superficial. Era consciente de que Lydia no compartía sus mismas aficiones y gustos, pues se había criado para ser una buena y obediente esposa, que solo daba importancia a su vida en el hogar y a su buena imagen en sociedad.

John, por otro lado, había crecido al amparo de su madre. En muchas ocasiones él se había mantenido al margen de las discusiones y los desprecios de la señora Holland hacia Hester, aunque tampoco los había apoyado abiertamente.

Él siempre había sido el admirado heredero, el que hacía todo bien y había conseguido además una esposa que sabía mantenerse en el lugar que le correspondía. Una especie de trofeo para un avispado abogado que ya era socio de un importante bufete. No podían ser más distintos. Sin embargo, seguían siendo hermanos.

Esa noche, Hester tardó en conciliar el sueño debido a que las palabras de su madre se repetían una y otra vez en su cabeza.

Lanzó un suspiro de tristeza. Nunca podría esperar de su madre comprensión, puesto que ella no sabía el significado de esa

palabra. La señora Holland, al igual que Lydia, habían sido educadas para casarse con un buen partido y deberse a él de por vida.

Probablemente nadie le preguntó jamás cómo se sentía, qué pensaba. Entonces, entendió en parte su actitud, su rencor hacia la vida, hacia la libertad de la que gozaba Hester a pesar de ser mujer. Una libertad inalcanzable para la mayoría de los mortales.

En esos momentos, estaba realmente confusa, sin saber bien qué camino tomar. Lo más fácil sería marcharse a Gales de nuevo. Sin embargo, no era el momento apropiado para ello. Necesitaba terminar las ilustraciones y entregárselas a la editorial para así poder percibir algún ingreso. De modo que, por ahora, la huida a Gales quedaba descartada.

La tristeza se apoderó de ella al darse cuenta de su terrible realidad: si nada cambiaba, dependería de la caridad de otros para encontrar un poco de paz en su anodina vida.

Capítulo 13

En Grosvenor House, el hogar del Almirante Gordon en Belgravia, el ambiente era alegre y jovial. Numerosos invitados llenaban el salón de baile, en cuyo centro danzaban varias parejas. El teniente había acudido allí acompañado del señor Pembroke, que estaba en esos momentos conversando con un grupo de invitados, perdido en algún rincón de la sala.

Mientras tanto, el teniente estaba apoyado en una columna, contemplando la estancia ovalada de altos techos donde colgaban lámparas de araña de cristal, con paredes forradas de paneles de madera blancos, altos ventanales y cortinas de terciopelo dorado. En su mano sujetaba una copa de vino que iba bebiendo poco a poco al tiempo que se sumergía en sus cavilaciones.

Hacía días que no veía al coronel y a la señorita Holland en su paseo matinal. Normalmente, cada mañana se cruzaba con ellos y el hecho de que esto no sucediera le generó cierta inquietud. ¿Y si le había sucedido algo al coronel? Debido a sus achaques y a la edad, esa posibilidad era del todo tangible.

Lanzó un suspiro y dio otro sorbo a su copa. Justo en ese instante, vio frente a él a Maude Chambers, que en cuanto cruzó una mirada con el teniente, se acercó a él con presteza.

—¡Carmichael, justo estaba buscándote! —exclamó en cuanto estuvo delante de él.

—Buenas noches, Maude. Hacía mucho que no te veía.

—Muchos compromisos, ya sabes. ¿Cómo estás?

Él se encogió de hombros.

—Como siempre.

Maude estrechó la mirada suspicaz.

—Tu semblante serio no dice lo mismo.

Él asintió.

—Tienes razón. Si te soy sincero, hay algo que me inquieta.

—Entonces, imagino que estarás al tanto de lo ocurrido. Por eso te buscaba, de hecho.

El teniente esbozó un gesto interrogante.

—¿A qué te refieres, Maude?

—De lo que pasó hace unos días en Charles Court. —El teniente guardó silencio, lo que dio pie a Maude para comprender que, efectivamente, el caballero no estaba informado de los acontecimientos—. Verás, hace unos días vino a verme la señora Quinn a Cecil House y me contó que Hester se marchó de Charles Court tras discutir con su madre.

El teniente se quedó atónito.

—No tenía noticia. ¿Y por qué discutieron?

El gesto de Maude se tornó serio, casi indignado.

—La señora Holland le hizo una emboscada a Hester. Invitó a sir Zacharias Iverson a Charles Court. No sé si conoces al caballero, es dueño de varias minas en el norte del país, un viudo rico de avanzada edad.

El teniente negó con la cabeza.

—Me temo que no conozco al caballero.

—Solo te diré que es un hombre siniestro y altivo. Y la diferencia de edad con Hester es abrumadora. Su hijo menor tiene la misma edad que ella—explicó—. El caso es que la intención de la señora Holland era casar a Hester con ese hombre. Y por supuesto, ella no estaba dispuesta a ello.

El teniente no salía de su asombro ante la revelación.

—¿En serio? Pero es una locura—afirmó él.

—¡Por supuesto que lo es! Hester jamás se casaría con un hombre así. Obviamente, discutieron por este motivo y Hester decidió marcharse. Está harta de las humillaciones y las faltas de respeto de la señora Holland.

—¿Y adónde ha ido? —inquirió preocupado.

—A casa de su hermano. Me dijo la señora Quinn que fue una decisión precipitada, fruto del momento.

Entonces, la imagen del coronel cruzó su mente.

—Supongo que el coronel estará muy disgustado. Porque no creo que él fuera conocedor de este asunto, ¿verdad?

—No, descubrió todo cuando Hester ya se había ido. La señora Quinn me contó con lágrimas en los ojos que su padre se alteró muchísimo y que intentó convencer a Hester de que volviera, pero fue en vano. Lleva días alicaído—explicó Maude con pesar.

El teniente se acarició el mentón, meditabundo.

—Hay que encontrar alguna solución.

—La solución es que Hester consiga ser independiente. Aunque es difícil. No es una rica heredera, ni tampoco tiene un sustento propio. Tampoco puede estar huyendo a Gales, ni quedarse en casa de su hermano eternamente. No me gustaría que se convirtiera en la tía solterona que cuida de los niños del matrimonio. Porque de otra manera se convertiría en un estorbo. —En ese momento miró alrededor, comprobando que estaban alejados de oídos curiosos—. Y si te soy sincera, aunque la esposa de John Holland parece inocente y bondadosa, sé que Hester será causa de conflicto.

—¿A qué te refieres?

—Que la señora de John Holland sonríe mientras prepara el puñal para asestarte algún golpe. Ella quiere ser la única anfitriona y señora de su hogar y no le agrada su cuñada solterona. Comparte de hecho su punto de vista con su suegra respecto a Hester. En más de una ocasión he oído despiadadas críticas hacia ella por boca de la entonces dulce señorita Shelby, poco antes de casarse con John.

—Es decir, que John ha encontrado a alguien igual a su madre.

—¡Exacto! Por eso temo por Hester. La señora de John Holland es igual de malvada que su madre—indicó preocupada.

El teniente caviló unos instantes, buscando una solución que no terminaba de llegar.

—Aunque probablemente me odie después por decir esto, es evidente que la solución más rápida y fácil sería que Hester se casara con un buen hombre que la respetara y aceptara su forma de ser, para así poder tener siempre un hogar y poder dirigir su vida como le plazca. La otra opción sería convertirse en institutriz, ahí siempre tendría comida y techo, pero las condiciones probablemente sean horribles, y sin referencias no podría aspirar a trabajar en una

buena casa con un sueldo considerable—comentó Maude meditabunda.

En ese momento, por la mente del teniente cruzó una idea que muchos considerarían alocada. No solo por lo repentino del asunto sino porque eso supondría renunciar a un principio que él llevaba años manteniendo con firmeza.

—Alguna solución hallaremos para ayudar a la señorita Holland, Maude—indicó el teniente distraído.

—Sí, entre todos podremos ayudarla.

—De modo que está alojada en casa de su hermano.

—Sí, así es.

Él asintió.

—Entiendo—zanjó—. Y cambiando de asunto, recibí carta de Alistair. Me dijo que Roslyn y él ya están plenamente instalados en Glasgow.

—Recibí las mismas noticias de Roslyn. Está muy contenta—afirmó Maude sonriente—. ¿Tienes planeado ir a Escocia este año?

—En verano iré a Glencoe a visitar a mis padres.

—Es una pena que este año no haya venido la señora Carmichael.

—Los viajes cada vez se le hacen más tediosos. Y, por otro lado, desea estar con mi padre, cuidándole un poco. Muchas veces se cree que tiene veinte años y hace cosas que no debe y que perjudican su salud.

—Un espíritu joven.

El teniente esbozó una media sonrisa.

—Sin duda—comentó—. Por cierto, leí tu último artículo sobre esa asesina. ¿Cómo descubristeis que era ella?

Maude se irguió orgullosa al oír la mención de uno de los últimos casos que habían resuelto y se dispuso a contarle al teniente todos los detalles.

Terminada la velada, el teniente partió a su hogar sin dejar de pensar en la idea que había tenido. Debía considerar seriamente cuándo y cómo plantear la cuestión, que suponía dar un importante paso no solo en su vida sino en la de la señorita Holland.

Se imaginó por unos instantes a la sensible dama subyugada por su dominante progenitora, que estaba dispuesta a casar a su hija con un ser terrible con tal de evitar los malintencionados cuchicheos de aquellos que no tienen otro pasatiempo en la vida que criticar a los demás. Él no deseaba ser un héroe para nadie, sin embargo, en esta ocasión, no le quedaría más remedio que intentarlo con tal de ayudar a una amiga.

Capítulo 14

Aquella tarde la lluvia asolaba las calles de Londres, alejando la primavera de la ciudad por unas horas. El agua se deslizaba por las orillas de las aceras solitarias formando pequeños arroyos mientras los transeúntes buscaban refugio en tabernas y hogares.

Hester se encontraba en Grosvenor Chapel, una pequeña iglesia de ladrillo situada en el barrio de Mayfair, donde el teniente le había pedido que se encontraran. La joven dama estaba sumergida en sus pensamientos, sentada en uno de los bancos en soledad, pues no había nadie a esa hora en el templo.

De repente, a su mente regresó un acontecimiento acaecido la noche anterior, cuando se levantó de madrugada embargada por la sed y salió de la habitación para ir a la cocina en busca de un vaso de agua. Mientras caminaba por el pasillo con sigilo, pasó justo por delante del cuarto del matrimonio Holland y pudo oír con claridad la voz de su cuñada pronunciando su nombre.

—Ya lleva casi una semana aquí, John, y no hay perspectiva de que se marche—comentó malhumorada. Hester se quedó quieta, sin mover un músculo, con el corazón encogido ante el tono inquisitivo de su cuñada, que siempre se había mostrado dulce con ella—. Pasa horas encerrada en su cuarto, sin realizar ninguna tarea útil. ¿Por qué no regresa a Charles Court? Allí es donde debería estar una solterona como ella, cuidando de su padre. O tal vez podría ir a Gales con tu tía.

Su hermano lanzó un suspiro.

—Sería lo más sensato, pero Hester es impulsiva y nunca se ha llevado bien con mi madre. Y respecto a mi tía Agnes, el viaje es muy largo y no puede estar molestando a nuestros parientes.

—Pues creo que tu madre tiene razón. Solo ha hecho lo mejor para ella. Tiene un techo, comida en la mesa y no tiene otras preocupaciones. Hester debería aceptar su destino, John. Ya no está

en edad de elegir marido. De hecho, sir Zacharias no era tan mala elección, teniendo en cuenta su situación.

—Hester no entiende que su única opción es el matrimonio. Aunque, en mi opinión, sir Zacharias es demasiado mayor para ella.

—¿Y si le presentas tú a alguien? Archibald Brooks está soltero o Leonard Hutton.

Hester recordó los rostros de aquellos dos caballeros de modales toscos y bajo intelecto. Aunque no eran tan mayores como sir Zacharias, prefería estar enjaulada con un tigre antes que pasar un minuto con esos dos caballeros.

—Puede que no sea mala idea—afirmó John.

Hester cerró con fuerza los ojos mientras sentía una punzada de dolor en el corazón. Que su propio hermano estuviera de acuerdo con la visión de su esposa, que se había quitado al fin su máscara, y de su madre, decía mucho del aprecio que le tenía.

Cuando era niño, siempre andaba detrás de ella, aguardando el momento de los juegos y escuchando cada cosa que Hester le contaba. No obstante, al crecer él se posicionó con su madre y se distanció de ella.

En ese momento, consideró que ciertamente había sido una mala idea ir a casa de John, donde estaba claro que resultaba un estorbo.

Volvió al presente cuando sintió una presencia detrás de ella. Se dio media vuelta y vio al teniente.

—Buenas tardes, señorita Holland.

Hester tragó saliva, nerviosa.

—Buenas tardes, teniente.

Repasó el impecable aspecto del teniente pese a la lluvia que caía con fuerza en el exterior: traje oscuro, camisa blanca y un abrigo negro a juego con su sombrero, que sostenía entre sus manos enguantadas junto a su bastón.

—Lamento haberle pedido que salga en un día como hoy, pero necesitaba hablar con usted de un asunto urgente, señorita Holland.

Hester asintió comprensiva.

—Usted dirá, teniente.

Él miró alrededor.

—¿Qué le parece si hablamos tomando una taza de té? He visto que hay un salón de té aquí al lado.

Fueron hacia el lugar con presteza, mientras la lluvia se intensificaba y se oían truenos a lo lejos. No era ciertamente un día propicio para salir, sin embargo, Hester prefería estar allí bajo la lluvia con el teniente que regresar a casa de su hermano.

Entraron finalmente en el establecimiento, que estaba casi vacío, salvo por un par de parejas de clientes que conversaban animadamente. En el aire podía sentirse el agradable calor en contraste con el frío del exterior y el aroma a té y pastas. Se acomodaron junto a un gran ventanal que daba a la calle, que apenas se veía debido a que las gotas de lluvia empañaban los cristales.

Hester se frotó las manos con nerviosismo tras quitarse la capa y el sombrero. El teniente pidió té y unas pastas de acompañamiento. La joven dama contempló al teniente con expectación, aunque intuía lo que iba a decirle. Probablemente ya estaba enterado de su huida a casa de su hermano y había ido a verla para tratar de convencerla de que volviera por el bien de su padre.

Hester se sintió a lo largo de esos días terriblemente culpable, sobre todo cuando su padre y Grace se presentaron en casa de John para pedirle que recapacitara y volviera. Sin embargo, ella se negó en rotundo a seguir soportando más la terrible convivencia con la señora Holland.

En cuanto les sirvieron la bebida, el teniente se dispuso a hablar.

—Señorita Holland, supongo que sabe por qué he venido a verla, ¿verdad?

Hester suspiró.

—Se ha enterado de mi huida de Charles Court.

—Así es. Me lo dijo la señorita Chambers. Pensé que usted misma me lo contaría, Hester. Teniendo en cuenta que la considero una amiga.

Hester notó un atisbo de malestar en el tono del teniente.

—No se lo conté a nadie, teniente. No he querido molestar a los pocos amigos que tengo con mis tribulaciones—respondió apurada.

—Esto no es una simple tribulación, Hester. ¿Cuál es su plan? ¿Seguir viviendo en casa de su hermano eternamente? —inquirió serio.

—Por supuesto que no. Aún tengo que terminar las ilustraciones y realizar la entrega. En cuanto eso suceda, podré conseguir un poco de dinero y me marcharé a Gales con mi tía—se defendió.

—Si le soy sincero, no creo que sea lo más acertado. Usted debería…

—Volver a Charles Court, ¿verdad? Y seguir padeciendo y soportando las humillaciones de mi madre, porque, obviamente, las solteronas no tenemos sentimientos y merecemos todo lo malo que nos pase—espetó indignada—. Si ha venido para decirme eso, puede volver por donde ha venido, teniente.

Dio un sorbo a su taza de té tratando de serenarse mientras el teniente no apartaba su mirada de ella. Observó las sombras bajo sus ojos, señal de la falta de sueño, y la palidez de su rostro. Comprendía que estaba en una situación desesperada, sin embargo, él iba a aportarle la solución.

—No he venido a pedirle que regrese a Charles Court, Hester. Aunque tal vez deba hacerlo un tiempo hasta que todo se solucione.

Hester se mostró suspicaz.

—No le comprendo, teniente.

Él dio un sorbo a su taza, notando el ligero sabor de la bebida y su calidez recorriendo su garganta. Había pasado una larga noche casi en vela eligiendo las palabras precisas para ese momento.

—Usted lo que necesita es un marido comprensivo, que respete su profesión. Alguien que, dentro de la prisión que es el matrimonio, le deje libertad para hacer y deshacer.

Hester se quedó atónita.

—Dice lo mismo que mi madre, teniente. Supongo que estará de acuerdo con que me case con sir Zacharias. ¡Pues no pienso

hacerlo! Prefiero arrojarme al mar antes que casarme con ese hombre—sentenció enfadada.

El teniente se rio, haciendo que Hester se indignara.

—Es usted muy dramática, Hester. Parece una heroína trágica salida de un poema de Byron. Se nota que es una artista.

—¡No se burle! Le estoy hablando muy en serio—respondió molesta.

Él detuvo su risa y carraspeó.

—No será necesario que se case con sir Zacharias. Para usted tengo otro candidato.

Hester negó con la cabeza.

—No, teniente, no voy a casarme.

Él alzó una ceja.

—¿No siente ni siquiera curiosidad por saber quién es el candidato? Puede que la propuesta le interese, se lo advierto.

Hester inclinó la cabeza, expectante.

—¿De quién se trata?

—Es un alto mando del ejército, dicen que es un héroe de guerra, pero él no se siente así. Tiene un buen puesto, una casa en el barrio de Belgravia, dicen que también es agradable al trato y un buen hombre. Aunque eso lo dijo usted de él, en realidad.

Hester notó su pulso acelerarse.

—Así que lo conozco…

El teniente esbozó una media sonrisa.

—Lo tiene delante, señorita Holland.

Hester abrió mucho los ojos sorprendida ante aquel giro de los acontecimientos. Se mordió el labio inferior con nerviosismo, mientras notaba como su piel se erizaba. No podía ser, pensó.

—Teniente, por favor, no se burle de mí—le pidió sin creerse nada de lo que estaba sucediendo.

El teniente se inclinó hacia delante, mirándola fijamente.

—No estoy bromeando ni burlándome de usted, señorita Holland. Hablo completamente en serio. Le estoy haciendo una propuesta formal de matrimonio.

Hester tragó saliva, inquieta, y miró alrededor, comprobando que nadie escuchaba.

—Pero no tiene sentido, usted es uno de los solteros más codiciados de toda Inglaterra y yo una simple solterona, hija de un militar. No poseo fortuna ni belleza. Puede tener a la mujer que quiera. La más hermosa, la más inteligente, la más…

El teniente, en un alarde de atrevimiento, posó su mano sobre la suya, que estaba encima de la mesa. Sintió el frío del dorso de la mano de Hester, que estaba aturdida.

—Hester, nuestro matrimonio supondría una solución para ambos. Considera la situación. Tú estás a merced de la crueldad de tu madre, de la caridad de tus familiares. Sí, Gales es una opción, pero ¿qué sucederá el día que tu tía Agnes no esté? No puedes quedarte allí eternamente. Eres una humilde artista que aún no ha hecho fortuna y, por lo tanto, no tienes sustento ni hogar propio. No solo tendrías que soportar las vejaciones de tu madre en Charles Court, sino que pronto tu cuñada hará tu vida imposible en Eccleston Square. —Hester se sorprendió ante esto último—. Sé por una fuente fiable que la señora de John Holland no tiene buena opinión de ti.

>>Por otro lado, estoy cansado de esquivar a madres y madrinas casamenteras que solo buscan un buen partido para sus hijas. Unas muchachas con las que no tengo nada en común. Sin embargo, contigo es distinto, Hester. En ti no solo he encontrado a una amiga sino también a una igual. Un ser incomprendido y solitario que valora su libertad por encima de todo.

>>No puedo prometerte un matrimonio por amor, pero sí una vida tranquila y segura. Primrose House será tu hogar, un lugar donde podrás sentirte protegida, donde nadie te cuestionará, donde serás libre para dar tus opiniones, para hacer lo que quieras. —Hester sonrió ante esta idea—. En definitiva, un sitio propio en el mundo, Hester. A cambio, solo me conformaría con tu agradable compañía.

—Y con ser el primero en ver mis ilustraciones—apuntó.

Él se rio.

—¡Por supuesto!

La dama caviló durante unos instantes. Era la idea perfecta para escapar de aquella situación, sin embargo, las dudas seguían

asolándola.

—¿Y qué sucedería si usted se enamorara de otra mujer?

—Eso no ocurrirá, Hester.

Entonces, otra cuestión asomó por su cabeza.

—¿Y si desea un heredero?

El teniente torció el gesto. Francamente, no había pensado en ello, aunque tiempo atrás si habló de ese asunto con Gloria.

—¿Deseas tener hijos?

Hester abrió mucho los ojos y tragó saliva.

—Bueno, pensé en ello en algún momento. Ahora mismo, no lo sé.

El teniente se encogió de hombros.

—En ese caso, podríamos plantear la cuestión y llevarlo a cabo. Por mí no habría ningún impedimento. Obviamente, solo nos uniríamos en el lecho con ese propósito. Tendremos nuestras habitaciones separadas.

Hester asintió comprensiva.

—Sí, entiendo. Todo muy práctico.

—Así es.

Se hizo un breve silencio, que Hester rompió enseguida.

—No estoy muy segura de que esto sea lo correcto. Creo que necesito pensar en ello.

—Por supuesto, puedes tomarte el tiempo que necesites. Sé que no soy el marido perfecto y en días como estos, puedo resultar una pesada carga.

Hester negó con la cabeza.

—No, teniente, no diga eso.

—Es la verdad. Mi lesión no se porta bien en días tan húmedos. Sin embargo, si aceptas mi propuesta, seré un marido comprensivo y leal, Hester. No tendrás que preocuparte de nada y siempre podrás contar conmigo para lo que necesites. Bueno, aunque no aceptes, igualmente, mi amistad la tendrás.

Hester esbozó una tímida sonrisa.

—Gracias, teniente.

Al cabo de unos minutos, salieron del establecimiento. La lluvia había cesado, aunque en el aire aún se percibía el olor a

humedad. Se había hecho el silencio entre ellos, lo que dio tiempo a Hester para sumergirse en sus cavilaciones.

Un torbellino de emociones la asolaron en esos instantes en aquella solitaria calle de Londres junto al teniente. Este se aproximó a la acera y detuvo una diligencia. Mientras el vehículo se aproximaba, los pensamientos se agolparon en la mente de Hester: la furia de su madre, el afecto forzado de su hermano, las palabras de su cuñada, las miradas burlonas en los eventos de la Temporada. Todo pasó ante sus ojos velozmente, hasta llegar a la propuesta de matrimonio del teniente, que había tenido lugar minutos antes.

Regresó a la realidad y vio al teniente hablando con el cochero. Entonces, se giró hacia ella y Hester pudo contemplar su preciosa mirada verde resplandeciente bajo la luz plateada que iluminaba Londres aquella jornada.

Tragó saliva mientras notaba los latidos de su corazón acelerarse. Tenía la solución a todos sus problemas ante sus ojos. No existía razón posible para demorar el inicio de una nueva vida que prometía ser mejor.

—Señorita Holland, he indicado al cochero que la lleve a casa de su hermano.

Hester esbozó una sonrisa complacida. Un lugar seguro donde sentirse protegida, donde sentirse libre. El teniente tendió la mano para ayudarle a subir al carruaje y ella lo agarró con fuerza, dejando al caballero desconcertado cuando se quedó quieta mirándolo fijamente.

—Teniente, mi respuesta es sí—zanjó ella sonriente y subiendo al carruaje a continuación.

El teniente cerró la puerta tras ella con una sonrisa en los labios. Se miraron a los ojos y surgió una extraña sensación que hacía mucho tiempo que ninguno experimentaba: esperanza e ilusión.

El carruaje partió rumbo a Eccleston Square y Hester lanzó un suspiro de alivio. Parecía ser que su situación iba a cambiar de forma drástica, no obstante, no podía sentir más que dicha. Mientras tanto, el teniente permanecía unos minutos más en aquella solitaria calle.

Había acudido a esa cita con la expectativa de que quizás Hester Holland se negara a casarse con él. Recordó su conversación con Pembroke y su alocada idea de que lo mejor para el teniente era casarse con ella. No obstante, lo que hace unos días era una insensatez, ahora cobraba todo el sentido.

Porque en la vida nunca sabemos por dónde nos va a llevar el destino.

Capítulo 15

Querido Alistair:

Espero que te encuentres bien cuando recibas esta carta. El contenido de mi misiva será algo distinto al que estás acostumbrado, porque tengo una noticia que darte: voy a casarme con la señorita Hester Holland.

Te imagino en estos momentos con un gesto de asombro, tratando de asimilar esta inesperada noticia. Te aseguro que también lo ha sido para mí, pues no ha sido algo planeado. Si te preguntas si mis padres están enterados, te informo que lo sabrán casi al mismo tiempo que tú.

Sé que es toda una sorpresa e imagino que estarás sonriendo ilusionado, pensando que quizás Cupido me haya alcanzado con sus flechas después de tantos años. No obstante, temo desilusionarte.

Te confieso, en total confidencia, ya que no deseo que mis padres conozcan la verdad, que mi enlace con la señorita Holland no es por amor.

Como te dije en mi anterior misiva, en los últimos tiempos, entre la dama y yo se ha forjado una bonita amistad.

Aunque me parece una mujer de grandes cualidades, el amor no ha surgido entre nosotros. El motivo real de esta boda es hacer posible que la señorita Holland no se case con un hombre indeseable, como es deseo de su madre, y goce de la libertad que le brindará un marido comprensivo como yo. En mi caso, también me beneficia, pues al fin conseguiré que debutantes y madres casamenteras dejen de perseguirme.

Soy consciente de que el matrimonio es un compromiso de por vida, una prisión para mucha gente. Sin embargo, en nuestro caso supondrá una liberación. No podría encontrar esposa más adecuada para mí, Alistair. Hester es brillante,

inteligente y compartimos aficiones comunes al igual que principios e ideas.

En cierta manera, nuestro matrimonio es sumamente convencional, puesto que la mayoría de la gente no se casa por amor sino por interés. En nuestro caso, ese interés no nos genera incomodidad alguna y nos es del todo conveniente.

A pesar de que probablemente dudes de las intenciones de Hester, algo lógico teniendo en cuenta que no la conoces, te aseguro que he tomado esta decisión con pleno convencimiento. De hecho, ella fue quien tuvo dudas, temerosa de que estuviera equivocado. Sin embargo, finalmente aceptó y vamos a casarnos dentro de un mes.

Sé que debido a los acontecimientos algo precipitados no podréis asistir al enlace ni mis padres ni tú. Por eso Pembroke ejercerá como mi padrino. Sin embargo, mi deseo es hacer una gran celebración en Glencoe, ya que aquí en Londres la ceremonia será mucho más formal y encorsetada. Te dejo a cargo de ese asunto.

En cuanto esté todo organizado, volveré a escribirte.

Manda saludos a Roslyn.

Tu querido primo,
William.

En el salón de Charles Court la tensión podía cortarse con un cuchillo. Hester estaba de pie paseándose delante de la chimenea, que estaba encendida aquella tarde lluviosa. El tintineo de un reloj cercano indicó que eran ya las cinco, la hora en la que el teniente Carmichael debía presentarse para reunirse con el coronel Holland.

Hester había regresado a Charles Court tras informar a su hermano de que iba a casarse con el teniente y que deseaba volver al hogar familiar antes del enlace. Pese a que su hermano le insistió en que podía quedarse, Hester decidió no hacerlo al ver el gesto de alivio de su cuñada.

En Charles Court recibió un cálido y efusivo recibimiento por parte de Grace, su cuñado, sus sobrinos y su padre, que se

emocionó al volver a abrazarla. En cambio, para su madre resultó indiferente.

Cuando anunció la propuesta del teniente, la señora Holland no se creyó la petición de matrimonio, incluso se rio a carcajada limpia ante la mirada atónita del matrimonio Quinn y el coronel.

No obstante, el resto de los miembros de la familia se alegraron no solo de su regreso, sino de su inminente enlace.

Aunque no había peligro de que el teniente cambiara de idea, Hester estaba invadida por el miedo. Un miedo del pasado que no había conseguido superar. De hecho, se alegró de que su madre no estuviera allí esa tarde, porque así no tendría que soportar su crispación y sus comentarios malintencionados, que aumentarían más su nerviosismo.

De repente, el sonido del timbre la sobresaltó y no pudo evitar que sus pies corrieran con presteza hasta el umbral de la puerta del salón. Vio al fin al teniente, que iba elegantemente vestido con un traje azul marino.

Tras entregarle su abrigo y su sombrero al sirviente, giró la cabeza y se encontró a Hester. Esta lo miró dubitativa y esbozó una sonrisa en cuanto él le guiñó un ojo, en señal de complicidad. Su corazón se sobresaltó ante ese simple gesto.

A continuación, el teniente siguió al sirviente hasta la biblioteca, donde aguardaba el coronel, mientras Hester permanecía en el umbral de la puerta, expectante.

Cuando al fin el teniente entró en la estancia, halló al coronel frente al escritorio con gesto serio, aunque en cuanto se encontraron, su semblante se iluminó.

—Teniente Carmichael, bienvenido—saludó tratando de levantarse.

No obstante, el teniente alzó una mano.

—Por favor, coronel, no es necesario que se levante—respondió, acomodándose en una silla frente a él—. ¿Cómo se encuentra? Hacía días que no nos veíamos. Ya no coincidimos en nuestro paseo matutino.

El coronel suspiró.

—No, ciertamente. Supongo que sabrá que ha habido un poco de revuelo en Charles Court.

—Sí, lo sé. Sin embargo, ahora las circunstancias han cambiado.

—Desde luego. Hester nos dio la noticia nada más regresar, dándome una enorme alegría— afirmó contento.

—Eso significa que contamos con su bendición, supongo.

El coronel asintió.

—Si mi Hester ha aceptado, no tengo nada que objetar. La única pena es que volverá a marcharse, pero sé que estará en un buen hogar con usted, teniente—afirmó para satisfacción del teniente—. ¿Y ya habéis elegido fecha? Disculpe el atrevimiento de ser informal, no obstante, vamos a ser parientes.

—Por mí no hay ningún inconveniente, coronel. Seremos familia, así que siéntase libre de tratarme como a uno más— respondió jovial—. Y respecto a su pregunta, hemos pensado que la boda se celebre dentro de un mes.

El coronel se quedó sorprendido.

—¿Cuál es la prisa?

El teniente se encogió de hombros.

—Simplemente, es deseo de Hester no prolongar demasiado su estancia en Charles Court debido a su mala relación con la señora Holland. No desea que haya más discusiones ni enfrentamientos en la convivencia.

El coronel asintió comprensivo.

—Sí, entiendo. Siempre han tenido mala relación, desde que Hester era niña. Es la decisión más prudente. Mi Hester es sabia— comentó con cierto pesar.

—No se inquiete, podrán seguir saliendo a pasear. Al fin y al cabo, somos vecinos. Hester no se irá lejos. Bueno, pasaremos algunas semanas al año en Glencoe.

—Obviamente, tú también tienes una familia, y muy lejos, de hecho. Hay que cuidar de los nuestros.

El teniente esbozó una media sonrisa.

—Sí.

—Entonces, no se hable más. Haz las gestiones necesarias y que la boda se celebre cuanto antes. Ambos tenéis mi bendición—anunció orgulloso.

—Gracias, coronel—respondió contento.

De repente, el semblante del coronel se tornó serio.

—Sin embargo, quiero que me prometas algo, William—dijo liberando cualquier formalismo.

—Lo que quiera, coronel.

—Cuida a mi Hester y procura que sea feliz. Aquí creo que nunca ha llegado a serlo—le pidió con tristeza.

El teniente se irguió.

—Por supuesto, coronel. Tiene mi palabra de que haré a Hester feliz.

El coronel sonrió.

—Es una promesa—dijo levantándose y estrechando al fin su mano.

Minutos después, el coronel y el teniente se dirigieron al salón, donde aguardaba Hester con el corazón en un puño. Al ver a ambos contentos y charlando animadamente, sintió un enorme alivio. Parecía ser que todo había ido bien.

Su padre se acercó a ella y le dio un fuerte abrazo, que emocionó a Hester. Durante unos segundos volvió a la infancia, cuando se sentía segura y protegida entre los brazos de su padre.

—Hija, como le he dicho al teniente, tenéis mi bendición y podéis contar conmigo para lo que necesitéis.

Hester sonrió.

—Gracias, padre.

En ese momento, se oyó cierto alboroto proveniente de la entrada principal, haciendo que los tres miraran hacia la puerta. Apareció ante ellos la señora Holland, recién llegada de su visita. Cuando alzó la vista y descubrió al teniente, esbozó una sonrisa forzada que encerraba una inesperada sorpresa.

—¡Teniente Carmichael! Es un honor que nos haya obsequiado con su visita. Disculpe mi ausencia, no sabía que vendría esta tarde—dijo haciendo una leve reverencia.

Hester estuvo a punto de replicar a semejante embuste, sin embargo, prefirió guardar silencio. Ciertamente, el Drury Lane había perdido a una gran actriz, ya que su progenitora sabía perfectamente a que se debía la visita del teniente, aunque no quisiera creerlo.

—No se preocupe, señora Holland. De hecho, llega en el momento justo para conocer la grata noticia que tenemos que darle. —La señora Holland se mantuvo expectante, dejando que el teniente prosiguiera—. Me complace anunciarle que Hester y yo contamos con la bendición del coronel para casarnos.

La señora Holland abrió mucho los ojos, sorprendida. No obstante, pasó de la sorpresa al entusiasmo en tan solo unos segundos, dejando a su hija desconcertada.

—¡Qué maravillosa noticia! Oh, Hester, querida, qué feliz soy —afirmó contenta.

Se acercó a Hester y le dio un rápido abrazo, para a continuación centrarse en el teniente.

—Querido teniente, bienvenido a la familia.

—Gracias, señora Holland.

A partir de ese instante, la señora Holland monopolizó la conversación.

—Pero sentémonos, tenemos mucho que planear—dijo, acomodándose en uno de los sillones, gesto que todos imitaron—. Veamos, ¿ya tenéis fecha?

El teniente, que se sentó al lado de Hester en un sofá, tomó la palabra.

—Queremos que la boda se celebre dentro de un mes como muy tarde.

La señora Holland frunció el ceño.

—¿A qué viene tanta prisa? —inquirió suspicaz.

El teniente y Hester intercambiaron una mirada.

—No deseamos esperar más, señora Holland. Mi mayor anhelo es empezar mi nueva vida con Hester lo antes posible— explicó sonriendo a la joven dama, que se sonrojó ligeramente.

—Entiendo. Bueno, es poco tiempo, pero si comenzamos ya con los preparativos, creo que lo conseguiremos. Mañana mismo

iremos a la modista para encargar tu traje, Hester, y elaboraremos la lista de invitados. También debemos elegir iglesia…

La señora Holland parloteó sin descanso, planeando todos los detalles con sus días y sus horas para llevar a cabo un evento tal vez demasiado extravagante para lo que Hester realmente deseaba. Se habría conformado con una ceremonia discreta en una pequeña capilla con pocos invitados. No obstante, la señora Holland tenía otros planes y no iba a cambiarlos.

Observó discretamente al que oficialmente era su prometido. El teniente se mostraba paciente y comprensivo, dejándose llevar por la corriente. Se notaba que había luchado en muchas batallas, pues conocía bien cuando pasar a la ofensiva o guardar silencio.

Al cabo de una hora, el teniente dio por terminada su visita a Charles Court y Hester decidió acompañarlo hasta la puerta.

Se quedaron de pie bajo el pórtico de la entrada, uno frente al otro. Hester lo miraba con cierta timidez, sin creerse aún que fuera a casarse con aquel caballero atractivo y culto, al que siempre había admirado.

—Lamento que mi madre haya monopolizado todo el asunto de la boda. Yo preferiría algo más discreto y privado, pero ella…

—No te inquietes, dejemos que haga su voluntad, así no tendrás problemas.

—Siento que tus padres no puedan asistir. Me encantaría conocerlos antes de la boda.

—Sobre eso, si te parece bien, había pensado que, tras nuestra boda en Londres, viajemos a Glencoe. Así conocerías a mi familia y podríamos celebrarlo con ellos.

Hester asintió.

—Por supuesto, me parece bien.

El teniente sonrió.

—Estupendo. Además, creo que es un destino perfecto para nuestra luna de miel. Cerca de Glencoe hay rincones muy bonitos.

Hester esbozó una media sonrisa ante la apetecible perspectiva.

—Creo que es una gran idea.

—Entonces, está decidido. Y ten paciencia con tu madre. Solo será un mes.

—Sí.

El teniente levantó el ala de su sombrero.

—Nos veremos estos días. Que descanses.

—Hasta pronto—se despidió ella.

A continuación, el teniente se alejó de Charles Court hasta desaparecer tras la esquina de la calle. Hester se llevó una mano al pecho, donde su corazón latía desbocado. Había sido un día lleno de emociones fuertes, de inquietud y alegría al mismo tiempo. Sabía que esas semanas que se avecinaban serían intensas y que serían la comidilla de las conversaciones de la Temporada.

Se imaginaba a las cotillas asombrándose ante el hecho de que la insignificante Hester Holland fuera a casarse con el laureado y atractivo teniente Carmichael. A pesar de la crueldad que encerraba esa comparación, Hester no podía estar más feliz. Al fin saldría de un hogar donde no era dichosa.

Cierto era que el teniente Carmichael encerraba algunos misterios. Sin embargo, la idea de ir poco a poco descubriendo más sobre él era algo que entusiasmaba a Hester. Se abría ante ella un nuevo camino.

Capítulo 16

A pesar de que el día había amanecido nublado, el teniente y el señor Pembroke salieron a cabalgar por Hyde Park. Recorrieron al galope las explanadas de césped, donde apenas había gente, ya que muchos habían preferido quedarse en casa ante el desapacible tiempo.

Había transcurrido una semana desde la petición de mano oficial en Charles Court, y tras esto, los acontecimientos se habían sucedido a toda prisa: visita a su sastre de confianza en Londres para encargar su traje, numerosa correspondencia, decidir la lista de invitados y solicitar las dispensas para la boda.

—Si te soy sincero, cuando me contaste que ibas a casarte pensé que estabas bromeando. Has estado tantos años afirmando que jamás te casarías, que cuando al fin ha sucedido el milagro, casi no lo creo.

El teniente lanzó una carcajada.

—Es lógico. De hecho, aún no me hago a la idea.

Pembroke frunció el ceño.

—Pero si fuiste tú quien lo propuso.

—Cierto. Sin embargo, eso no lo hace menos sorprendente.

—Entonces, la boda será en tres semanas. ¿Y cuáles son vuestros planes posteriores?

—En cuanto se celebre la boda, al día siguiente partiremos a Escocia. Allí haremos una pequeña celebración con mi familia.

—Lástima que tenga que perdérmela. En Glencoe sabéis organizar buenos festejos—afirmó Pembroke. De repente, su gesto se tornó serio—. ¿Tus padres son conocedores de que esta boda es por conveniencia?

—No, no están enterados. Él único que lo sabe es Alistair.

—¿Y lo aprueba?

—Si lo aprueba o no, no me ha hecho partícipe de ello. Solo me ha transmitido sus buenos deseos—respondió—. No obstante,

deduzco que no estás muy de acuerdo con esta boda, ¿cierto?

—No soy quién para opinar, William. Entiendo que estás haciendo un gesto noble y sincero ayudando a esa dama. Sin embargo, me habría gustado que las cosas fueran de otra manera. Aunque nunca se sabe. Puede que, con el tiempo, lo que empezó como un matrimonio por conveniencia, se convierta en uno por amor.

El teniente negó con la cabeza.

—No, amigo mío, eso no sucederá.

Pembroke no dijo nada en respuesta, a pesar de que albergaba un halo de esperanza de que, efectivamente, ese matrimonio se transformara y, por ende, William fuera plenamente feliz. Una felicidad que se había negado durante largo tiempo.

Llegaron al final de su ruta establecida, en la entrada del parque. Al comprobar sus relojes, vieron que ya era casi la hora de almorzar.

—Pembroke, ¿asistirás esta noche a la velada de lord Travis?

—¡Por supuesto! No quiero perderme las reacciones de los invitados tras conocer la noticia de vuestro compromiso. Debo intercambiar impresiones—respondió jovial.

El teniente se rio.

—Te veré esta noche.

El teniente se alejó en dirección a Belgrave Square sumergido en sus pensamientos. Esa semana se había publicado el anuncio de su compromiso y las reacciones no se habían hecho esperar, sobre todo, en la Oficina de Guerra, donde había recibido numerosas felicitaciones. También algunos conocidos con los que solía cruzarse le hicieron llegar sus buenos deseos.

A quién apenas había visto últimamente era a Hester, que, según le contó el coronel, estaba realmente atareada con los preparativos. En su empresa contaba con la dirección de la señora Holland, que hacía y deshacía a su antojo, y con su hermana Grace, que mediaba para frenar las ansias controladoras de su progenitora. Una lucha que parecía perdida.

Por otro lado, en Primrose House la noticia se había recibido con sumo agrado, ya que casi todo el personal conocía a la señorita

Holland y tenían una grata opinión de ella. Especialmente, la señora Berenson, que le hizo saber al teniente que, en su opinión, Hester era la candidata perfecta para ser su esposa.

El teniente llegó finalmente a su hogar y tras cambiarse fue al comedor, donde le aguardaba su almuerzo. Estaba comiendo un delicioso trozo de pollo cuando la señora Berenson irrumpió en la estancia.

—Disculpe, señor, le traigo un paquete que acaba de llegar de Escocia. Es de su madre. Viene acompañado de una nota.

La señora Berenson le entregó la caja de pequeñas dimensiones y la misiva. El teniente observó ambos objetos con curiosidad, no obstante, no se demoró en descubrir su contenido. Abrió la carta en la que reconoció la letra manuscrita de su madre y pasó a leerla.

Querido William:

Espero que te encuentres bien al recibir esta carta. No sabes la alegría con la que recibimos la noticia, que, pese a haber sido toda una sorpresa, nos ha llenado el corazón de felicidad. Aunque no conocemos a tu Hester todavía, gracias a tus palabras y a tu primo Alistair, que nos ha hablado de ella, tenemos la certeza de que es una buena mujer.

Como bien sabes, debido a lo precipitado de todo el asunto y al estado de salud de tu padre, que no está para hacer largos viajes, no podremos acompañarte ese día. Sin embargo, Alistair nos ha dicho que está preparando una pequeña fiesta para celebrarlo cuando vengáis a Glencoe, algo que nos hace una enorme ilusión.

Aparte de darte nuestra más sincera enhorabuena, el otro motivo de esta carta es hacerte llegar un objeto importante. Se trata del anillo de compromiso que tu padre me regaló cuando nos casamos. Como bien sabes, este anillo perteneció primero a tu abuela, a quien le dio buena suerte en su largo matrimonio. Y a nosotros nos ha acompañado la buena estrella en todos estos

años juntos. Por eso, quiero que se lo entregues a Hester, para que vuestro matrimonio sea igual de feliz que el nuestro.

Sé que es una joya sencilla, quizás anticuada, pero tu abuelo la adquirió con gran esfuerzo y tiene un enorme valor sentimental para los Carmichael. Espero que a Hester le guste.

Nos veremos pronto, hijo mío.

El teniente abrió la caja comprobando que la joya estaba cuidadosamente resguardada. En ese momento se dio cuenta de que, efectivamente, no había obsequiado a Hester con ningún regalo por su compromiso. Su madre había sido mucho más considerada que él.

Guardó la joya y tomó la determinación de dársela esa noche, en la que se expondrían por primera vez juntos tras el anuncio de su enlace. Sintió cierto alivio al pensar que ya no tendría que esquivar a las casamenteras, aunque tendría que hacer frente a los curiosos. Tomó una bocanada de aire y respiró hondo, paseando su vista alrededor de la solitaria estancia.

Su vida de soltero estaba a punto de cambiar. Ya no volvería a gozar de la soledad de su hogar. Quizás a otro le habría sobrepasado ese cambio, sin embargo, él se sentía cómodo. Porque la compañía de Hester Holland le resultaba agradable y sabía bien que ella no se entrometería en su rutina, que buscaría también su espacio.

De repente, una idea cruzó su mente. Una idea quizás precipitada, pero que estaba convencido de que sería bien recibida. Terminó su almuerzo y fue en busca del señor y la señora Berenson para contarles el plan que se le había ocurrido.

Los Berenson no pusieron objeción alguna, afirmando que tenían un conocido que podía ayudar en esa empresa. El teniente sonrió contento. Sería un pequeño cambio en una de las estancias que no resultaría demasiado aparatoso, pero que a Hester le encantaría. O eso esperaba.

Capítulo 17

En Charles Court se preparaban para asistir a Cheshire House, la casa señorial de lord Travis en Londres. Era una noche importante, pues sería la primera aparición del teniente y Hester tras el anuncio del compromiso.

Hester se hallaba en su cuarto, acompañada de una sirvienta, que estaba haciendo los últimos retoques a su peinado. Para la velada había escogido un vestido color malva con escote en forma de pico y manga corta, junto con el chal que su hermana Grace le regaló, como una especie de amuleto de buena suerte, y su cabello iba recogido en un moño trenzado.

Dieron dos ligeros golpes en la puerta que sobresaltaron a Hester, que estaba distraída analizando su aspecto ante el espejo.

—¡Adelante! —instó al visitante.

Su hermana entró en la estancia ataviada con un precioso vestido blanco de muselina con el mismo corte. Hester se quedó absorta contemplando a Grace, que siempre resplandecía.

—Hester, estás preciosa—afirmó Grace mientras se acercaba.

Esta esbozó una media sonrisa.

—Gracias. Aunque no puedo competir contigo en belleza.

Grace negó con la cabeza.

—Esto no es ninguna competición. Además, esta es tu noche, Hester. Serás la absoluta protagonista.

—No sé si me gusta esa idea. Prefiero pasar desapercibida—respondió aturdida.

—Eso no va a ser posible, me temo.

La sirvienta terminó finalmente su tarea.

—Ya está, señorita—anunció, apartándose ligeramente.

Hester sonrió agradecida.

—Muchas gracias, Lucy. Has hecho un gran trabajo.

—No, señorita. Usted tiene un cabello precioso, fácil de trabajar. Y si me lo permite, coincido con su hermana, está usted

muy hermosa esta noche. Va a deslumbrar a su prometido—afirmó orgullosa.

Hester agachó la mirada con timidez.

—No sé…

En ese momento, llamaron a la puerta, esta vez con insistencia.

—¡Date prisa, Hester! No quiero que lleguemos tarde—gritó su madre.

Grace y Hester se miraron apuradas. Aunque su madre estaba entusiasmada con la boda, no había dejado a un lado su actitud dominante. Salieron de la estancia y bajaron las escaleras, listas para el escrutinio materno.

El coronel sonrió a ambas, al igual que el señor Quinn. No obstante, la señora Holland les dio un rápido repaso con semblante serio.

—Bien, el atuendo es el adecuado. Aunque deberías haberte puesto el collar de brillantes, no las perlas, Hester—apuntó la señora Holland, en referencia a la joya de corte sencillo que lucía.

Hester no dijo nada en respuesta mientras acariciaba con su mano el collar. Este había sido un regalo de su tía Agnes y lo conservaba con enorme cariño.

—Pues yo creo que estás perfecta, hija—intervino el coronel sonriente, gesto que Hester le devolvió.

Minutos después, partieron rumbo a Cheshire House, que no estaba lejos de Charles Court. La mansión de lord Travis era una casa de cinco plantas con fachada de estuco blanco, que ocupaba una de las esquinas de Eaton Square. Los Holland se adentraron en el interior de la lujosa propiedad, maravillándose con la esplendorosa decoración en tonos rojizos y dorados.

No obstante, Hester estaba un poco tensa debido a los nervios. Casi al instante percibió las miradas curiosas de algunos invitados ante su llegada, seguidas de murmuraciones. Tomó una bocanada de aire y respiró hondo, notando enseguida la mano de su hermana en su antebrazo. Intercambiaron una mirada cómplice que serenó ligeramente a Hester.

Al girarse vio a su prometido, que caminaba hacia ellos desde el fondo del salón. Hester esbozó una sonrisa de alivio ante su presencia. El teniente había aguardado impaciente la llegada de los Holland, con su vista fijada en la entrada mientras conversaba con un grupo de viejos conocidos. En cuanto vislumbró a Hester, se abrió paso entre el gentío con una mueca alegre que algunos invitados comentaron.

—Buenas noches—saludó.

—Buenas noches, teniente. Qué espléndida velada. Espero que no le hayamos hecho esperar demasiado, pero es que Hester quería estar perfecta y se ha entretenido arreglándose. Es muy perfeccionista—explicó la señora Holland.

Él esbozó una sonrisa que sobresaltó a Hester.

—Esa es una de sus muchas virtudes—respondió, sin apartar la mirada de ella. Escrutó discretamente su aspecto. Ciertamente, se quedó impresionado con su elegante apariencia. Estaba acostumbrado a sus vestidos sobrios, pero esta vez estaba deslumbrante—. Pasemos al salón de baile y bebamos algo.

Le ofreció el brazo a Hester y ella lo agarró con delicadeza, incluso con un poco de apuro. No estaba habituada a esa cercanía. Enseguida, sintió el calor que desprendía el teniente y el rubor surgió en sus mejillas. Al teniente le resultó encantador que se sonrojara como una debutante al tiempo que se deleitaba con su dulce perfume.

Se adentraron en el salón de baile, donde varias parejas danzaban en el centro mientras las miradas de los invitados se fijaban en ellos. El anfitrión, lord Travis, se acercó a la pareja y les felicitó por el enlace. Lo mismo hicieron otros invitados, haciendo que Hester se sintiera abrumada con tantas atenciones.

—Así que dentro de un mes. Eso es una boda relámpago, teniente—apuntó lord Travis con buen talante—. Pero no se lo reprocho. Cuando uno está enamorado, desea casarse pronto.

—Así es, milord—respondió el teniente.

—Sin embargo, esto no significa que vaya usted a retirarse a Escocia, ¿verdad?

—No, viviremos en Primrose House. Es una casa lo bastante grande para nosotros.

—Y también para sus futuros retoños. Los niños dan mucha alegría a un hogar—indicó lord Travis sonriente.

Hester agachó la mirada con apuro mientras el teniente asentía.

—Desde luego, milord.

En ese momento, al alzar la vista, Hester vio a su querida amiga Maude Chambers.

—¡Y aquí están los futuros novios! —exclamó Maude entusiasta—. ¡Felicidades a los dos!

Ambos sonrieron.

—Gracias, Maude—respondió el teniente.

—Confieso que cuando me enteré de la noticia, no me lo creía. Pensé que se trataba de un hecho insólito, casi inexplicable. Aunque al saber quién era la futura novia, mis dudas se disiparon—explicó, guiñando un ojo a Hester.

En ese instante, apareció Pembroke del brazo de su prometida, uniéndose al grupo.

—¡Buenas noches a todos! Especialmente a la señorita Holland. No he tenido ocasión de felicitarla por su compromiso—dijo jovial.

—Gracias, señor Pembroke.

—Puedes llamarme Thomas, vamos a ser casi familia—afirmó —. Te admiro, Hester. ¿Qué tipo de magia has usado para convencer al soltero de oro del país para casarse?

Hester se encogió de hombros mientras el teniente le lanzaba una mirada reprobatoria a su amigo.

—No ha habido ninguna clase de magia, me temo.

—Han sido su inteligencia y su bondad las que han conquistado al teniente. Igual que me ocurrió a mí hace unos años. Es lo que nos ocurre a todos los que la conocemos, Pembroke—indicó Maude, defendiendo a su amiga.

Este asintió.

—Inteligencia y bondad. Lo dicho, pura magia. Una rara avis en este mundo lleno de sapos y culebras.

Todos rieron ante la ocurrencia. A continuación, Pembroke y el teniente se apartaron del grupo para conversar con otro caballero, mientras Hester se unía a Maude y a la señorita Kent para comentar temas más banales. Ella apenas hablaba, pues estaba atenta a lo que contaba Maude sobre uno de sus últimos artículos.

De repente, se vio invadida por una extraña sensación, que le produjo un escalofrío. Como un eco lejano, una voz familiar llegó a sus oídos. En su mente se agolparon dolorosos recuerdos, que pensaba que ya había enterrado.

Al girarse, el tormento que azotó sus entrañas durante largo tiempo volvió para recordarle que, a pesar de que ahora un atisbo de felicidad y paz se podía ver en el horizonte, el pasado puede regresar para asestarnos un fuerte golpe.

Sus miradas se encontraron y Hester se quedó paralizada, sin mover un solo músculo. Volvió a ser esa joven de dieciocho años con el corazón roto y las ilusiones destrozadas. Ante ella estaba el culpable, ese caballero que ahora la observaba con gesto dubitativo, el único hombre al que había amado: sir Christian Lyon.

Notó cómo la vista se le nublaba y la habitación comenzó a darle vueltas, hasta que finalmente cayó al suelo de forma abrupta. Oyó a lo lejos la voz de Maude llamando al teniente. Enseguida, sintió cómo la envolvía entre sus fuertes brazos, percibiendo su aroma cítrico y su calidez.

Pocos minutos después abrió los ojos lentamente, descubriendo que estaba en otra estancia, lejos del resto. Era una sala pequeña iluminada por varios candelabros. Se hallaba tumbada en un sofá y a su lado estaban el teniente y su hermana Grace.

—Hester, ¿te encuentras bien? —preguntó su hermana preocupada.

Miró alrededor aturdida.

—Sí, creo que sí. ¿Qué ha pasado?

—Te has desmayado—intervino el teniente.

Hester se dio cuenta de que, a pesar de su lesión, había cargado con ella. Se incorporó rápidamente, lo que provocó un nuevo mareo, que la hizo recostarse.

—Tranquila, no tan deprisa. Te has golpeado contra el suelo—dijo el teniente, posando sus manos en sus hombros—. Grace, trae un poco de agua, por favor.

—Enseguida—respondió su hermana, alejándose rápidamente para cumplir el encargo.

El teniente escrutó su rostro con preocupación.

—Teniente, ha cargado conmigo pese a su lesión. Lo lamento mucho—dijo ella apurada.

—William.

Ella inclinó la cabeza.

—¿Cómo?

—Mi nombre es William. No me trates con formalidad, Hester. Vamos a casarnos.

Ella asintió.

—Tienes razón. Igualmente, lamento este deplorable espectáculo. Seguramente estás avergonzado—respondió agachando la mirada.

—No me preocupa eso. Lo que deseo saber es el motivo de ese desmayo.

Ella se encogió de hombros sin mirarlo.

—Creo que ha sido por el cansancio. Llevo días exhausta con los preparativos y no duermo demasiado.

El teniente analizó sus gestos. Tenía la impresión de que había algo más. Cuando la vio entrar en el hogar de lord Travis no vio signos de fatiga. Al contrario, Hester estaba resplandeciente.

—Hester, ¿ha ocurrido algo? ¿Algo que te haya disgustado?

—No, no ha ocurrido nada. Es solo el cansancio, de verdad—insistió esquivando su mirada.

El teniente quería seguir indagando, sin embargo, Grace entró en ese momento con el vaso de agua.

—Toma, bebe un poco. Parece que tienes mejor color, antes estabas pálida.

—Me ha venido bien reposar—comentó, bebiendo un trago e incorporándose con la ayuda de su hermana.

El teniente decidió dar por terminada la velada, pues no deseaba perturbar a Hester.

—Será mejor que regreses a casa, Hester. Debes descansar. Ya nos veremos otro día—se despidió, saliendo de la sala a continuación.

Hester se inquietó al percibir un ligero enfado en el tono serio de su voz. Volvió a tomar un sorbo de agua.

—El teniente tiene razón, será mejor regresar a casa. Por esta noche, ha sido suficiente—indicó Grace. Entonces, miró alrededor, comprobando que seguían a solas—. Hester, me voy a permitir la licencia de darte un consejo como mujer casada: un matrimonio no empieza con buen pie si se ocultan cosas. Confía en él, no permitas que haya secretos entre vosotros. Porque los secretos pueden crear fracturas irreparables en un matrimonio.

Las palabras de su hermana calaron hondo en la mente de Hester, que había tratado de quitar importancia a algo que verdaderamente la tenía. Grace era sabia en esas cuestiones y decidió seguir su consejo. El teniente tenía derecho a conocer su dolor del pasado.

Mientras tanto, en el salón de baile, el teniente fue directamente hacia Maude Chambers. Sabía que ella podría darle las respuestas que Hester no había querido ofrecerle.

—¿Cómo se encuentra? —preguntó Maude preocupada.

—Mejor, está con Grace. Se irán a casa, necesita descansar.

—Me alegro. Por suerte, la señora Holland lo ha achacado a la emoción del momento y no le ha dado importancia. Al menos no en público.

El teniente decidió pasar a la ofensiva.

—Maude, ¿por qué se ha desmayado Hester? Y no me digas que ha sido por el cansancio. Ella me ha dado esa respuesta y no me ha resultado convincente.

Maude se revolvió incómoda.

—Si ella no te lo ha dicho, será por algo. Yo no soy quién para…—El teniente le lanzó una mirada inquisitorial que derribó las reticencias de Maude—. Está bien. Pero no le digas que te lo he contado. ¿Ves a ese caballero de ahí?

El teniente se giró hacia el lugar que indicaba Maude. Vio a un caballero alto, fornido, con barba y de perfil atractivo.

—¿Quién es?

—Sir Christian Lyon. No lo conoces porque hace años que no aparece por los eventos de la Temporada. Ha estado mucho tiempo viviendo en el extranjero, trabajando como diplomático. Sin embargo, esta noche ha decidido reaparecer. ¡Maldito sea! —dijo esto último con desprecio.

—¿Y qué relación tiene con Hester?

—Solo te diré que él fue el motivo de su partida a Gales. Si quieres saber más, no soy yo quien debe contártelo.

El teniente escrutó al caballero, pero desde una visión diferente. Entonces, recordó lo que la señora Berenson le dijo tiempo atrás: que ambos habían sufrido por amor. Un sentimiento de furia lo invadió al imaginar a Hester padeciendo el mismo dolor que él. Y su deseo de protegerla, de ser su apoyo, creció más todavía. Solo esperaba que Hester confiara en él y abriera su corazón.

Capítulo 18

Eran alrededor de las cuatro cuando el teniente entró en Charles Court para acudir al encuentro de Hester. Esta había enviado una nota aquella misma mañana, citándolo allí para contarle algo sumamente importante.

En Charles Court hoy solo se encontraban Grace, la institutriz y sus hijos, pues el resto de la familia estaba atendiendo diferentes compromisos. No obstante, Grace se hallaba en la habitación de los niños inmersa en su labor de punto mientras los pequeños jugaban, dejando así que la pareja pudiera hablar a solas sin inmiscuirse.

El mayordomo condujo al teniente escaleras arriba, donde aguardaba Hester en una pequeña sala de estar de paredes color vainilla, que albergaba un par de sillones, una estantería, una mesa y estaba presidida por una coqueta chimenea de mármol.

A pesar de estar un poco nerviosa, Hester estaba decidida a sincerarse con su futuro esposo.

Pocos minutos después, el teniente entró en la estancia e hizo una reverencia.

—Buenas tardes—saludó cordial.

—Buenas tardes—respondió Hester. Entonces, dirigió su vista hacia el mayordomo, que estaba detrás del teniente—. Por favor, señor Higgins, ¿podría ordenar que nos sirvan el té?

—Enseguida, señorita.

Tras esto, el mayordomo se marchó, cerrando la puerta tras de sí. Se generó un silencio casi sepulcral, que Hester rompió de inmediato.

—Por favor, siéntate.

El teniente obedeció, acomodándose en un sillón frente a ella.

—Me ha dejado intrigado tu nota, Hester.

Ella asintió.

—Lo supongo. Aunque sé que posees una gran intuición y algo debes barruntarte.

—Imagino que tiene que ver con lo que sucedió en Cheshire House.

—Así es.

En ese momento, una sirvienta trajo el té, dejando la bandeja con la tetera, las tazas y unas pastas sobre la mesa. Hester se dispuso a servirlo y una vez estuvo todo listo, ella tomó las riendas de la conversación, sin demorar más el asunto.

—Mi hermana me dijo algo que me resultó de gran importancia: que no debe haber secretos en un matrimonio. Y si queremos que nuestra unión sea fructífera, creo que así debe ser.

—No puedo estar más de acuerdo.

Hester lanzó un suspiro mientras dejaba la taza sobre la mesa.

—Anoche en Cheshire House tuve un reencuentro con el pasado. Con una parte de mi pasado sumamente dolorosa.

—Supongo que te refieres a sir Christian Lyon.

Hester se quedó sorprendida.

—¿Cómo lo sabes?

El teniente también dejó su taza.

—Hester, a pesar del poco tiempo que nos conocemos, anoche vi claramente que mentías cuando dijiste que todo era debido al cansancio. Tuve la certeza al mirarte de que algo te había causado una gran impresión. En la guerra vi muchos casos parecidos: ataques de pánico, aislamiento, desmayos. Todos se producían por un choque emocional que acababa en un colapso a nivel físico.

Hester asintió meditabunda.

—Entiendo—comentó—. Detrás de ese nombre hay una historia. Una historia que explica algunos de mis temores y algunas decisiones que tomé. —Hester hizo una breve pausa mientras viajaba al pasado—. Yo tenía dieciocho años. En aquel entonces, ya había debutado, pero no había recibido ninguna propuesta de matrimonio.

>>Este hecho no me afectó, porque deseaba casarme por amor y aún no había sentido la pasión ni la dicha que eso genera. Hasta que apareció él.

>>Christian era uno de los jóvenes más apuestos que había conocido. Había estado varios años lejos de Londres, primero estudiando en la universidad, y posteriormente, había pasado un año recorriendo Europa.

>>La noche que nos conocimos, en una velada de la Temporada, yo estaba en un rincón alejada del mundanal ruido, cuando de repente, él vino hacia mí y me pidió un vals.

>>En cuanto nuestras miradas se cruzaron, me perdí en aquellos ojos del color del océano y noté cómo mi corazón saltaba dentro de mi pecho. Cupido, en una de sus muchas travesuras, me había atravesado con una de sus flechas, y según me dijo Christian, a él también le sucedió lo mismo. —Hester se detuvo en ese instante, rememorando aquel preciado recuerdo que se tornó en pesadilla—. Conocí la felicidad plena por primera y única vez. No solo bailamos el vals, sino que no nos separamos durante el resto de la noche. Entre sus brazos me olvidé del mundo y dejé de sentirme insignificante.

>>A partir de entonces, nos volvimos inseparables. Me escribía, organizaba encuentros fortuitos, bailaba conmigo en todos los eventos de la Temporada. En aquellos días sentí que flotaba sobre una nube y el mundo me parecía un lugar sumamente hermoso. Había conocido al fin el amor y todo parecía un sueño.

>>Un buen día, me propuso que nos fugáramos a Gretna Green para casarnos. Me aseguró que lo tendría todo dispuesto. Era conocedor de mi mala relación con mi madre, de mis deseos de volar del nido, así que para mí fue la oportunidad perfecta para poder estar con el hombre al que amaba y ser feliz a su lado.

>>Yo, locamente enamorada, accedí, y quedamos en encontrarnos en Belgrave Square a medianoche para tomar una diligencia y marcharnos. Sin embargo, nunca apareció. No sé cuántas horas pasaron, pero llegué a ver el amanecer. A pesar de todo, lo primero que pensé es que debió ocurrirle algo que le impidió venir.

>>Aunque traté de ponerme en contacto con él para saber qué había sucedido, solo recibí una despiadada indiferencia por su parte. Me esquivaba en los eventos, las cartas que le mandaba eran

devueltas sin abrirse. Entré en pánico, pensando que lo había ofendido de alguna forma. La angustia y la tristeza se apoderaron de mí al creer que nuestra historia había acabado por mi culpa. Hasta que me enteré de la verdad de la forma más cruel.

>>Me encontraba en Hyde Park, sentada en un banco, a la sombra de unos árboles. Estaba en completa soledad sumergida en mis cavilaciones, hasta que oí a unos jinetes acercarse.

>>Conversaban a viva voz, bromeando, sin importarles quien pudiera escucharlos. De repente, reconocí una de las voces: era Christian. Me quedé inmóvil, sin mover un músculo. Y ahí fue cuando descubrí la verdad: todo había sido fruto de una apuesta entre sus amigos y él. —Al oír esto, el teniente notó su corazón encogerse al tiempo que su sangre comenzaba a hervir. No obstante, dejó que prosiguiera—. Apostaron que Christian debía conseguir que me enamorara de él y que aceptara fugarme con él antes de que acabara la Temporada.

>>Se rieron al recordar que esa noche me observaron desde una esquina de la plaza, comprobando que, efectivamente, había sido una necia y había acudido a la cita. La estúpida y fea Hester Holland había hecho el ridículo—sentenció con tristeza.

En ese instante, el teniente, en un rápido movimiento, se sentó a su lado y la abrazó en un afán protector. Hester se quedó paralizada unos segundos, hasta que cerró los ojos y se dejó envolver por su calidez, que la reconfortó. El teniente se apartó y la agarró por los hombros.

—Tú no eres nada de eso, Hester. Nunca lo has sido. Ellos son unos seres de la peor calaña y no tienes la culpa de haberte cruzado con ese hombre despreciable ni de que te engañara.

Hester tragó saliva, conteniendo sus lágrimas.

—Lo sé, pero no deja de doler a pesar de todo.

—Sé cómo te sientes. Tiempo atrás yo sufrí por amor y aún no tengo la certeza de haberlo superado. Sin embargo, lo único que sé con claridad es que tú y yo, Hester, somos almas gemelas. Y la providencia hizo posible que nos encontráramos. Juntos nos repondremos del sufrimiento que no merecíamos y emprenderemos un nuevo camino donde ninguno de los dos se sienta solo y

despreciado. Crearemos una nueva vida donde seremos libres y cómplices. Un matrimonio basado en la amistad, en la comprensión y en el respeto. Unos cimientos fuertes para una unión inquebrantable.

Hester no pudo evitar esbozar al fin una sonrisa al oír eso, que arrojaba un halo de luz en las tinieblas de su alma dolida.

—Supongo que ahora comprendes mi huida a Gales. Ese fue el motivo.

—¿Y esa huida te ayudó?

—Sí, allí me sentí segura, lejos de las habladurías. Y hallé la paz que necesitaba.

—Espero que en Primrose House encuentres de nuevo esa paz. Haré todo lo posible porque así sea.

Hester esbozó una mueca de agrado en respuesta. En ese momento, el teniente recordó que había un asunto pendiente.

—Creo que ha llegado el momento de entregarte esto—dijo, metiendo la mano en un bolsillo y sacando una pequeña caja—. Quise dártelo anoche, pero no tuve ocasión.

Hester la agarró con delicadeza entre sus manos con gesto interrogante, aunque no tardó en abrirla. Se quedó maravillada al contemplar el fino anillo de oro con una pequeña amatista en forma redonda en el centro.

—Es precioso. Sin embargo, no puedo aceptarlo—respondió apurada.

El teniente alzó una ceja.

—¿No puedes aceptar tu anillo de compromiso? —Hester lo miró atónita—. Lo envió mi madre desde Escocia. Es una joya con historia, ¿sabes? Mi abuelo, un humilde granjero, que con el tiempo fue enriqueciéndose, le compró este anillo a mi abuela para pedirle matrimonio.

>>Escogió la amatista porque le recordó a sus ojos, de un azul casi púrpura. Le costó mucho esfuerzo reunir el dinero para comprarlo y para poder ofrecerle a mi abuela un sencillo hogar. Sin embargo, su matrimonio duró muchos años, hasta la muerte de mi abuelo, y mi padre lo usó para pedirle matrimonio a mi madre. Otro matrimonio muy duradero. Como ves, ha atravesado dos

generaciones y ahora deberás llevarlo tú. Aunque si no te gusta, puedo comprarte otro…

Hester negó con la cabeza.

—No, desde luego que no. Me encanta. De hecho, no querría algo ostentoso. Me gusta tal y como es. Todavía debo probármelo, no sé si se ajustará bien—comentó dubitativa.

—Vamos a comprobarlo—indicó el teniente agarrando el anillo.

Hester notó un cosquilleo en el estómago al notar entre sus dedos el anillo unido a la calidez del tacto del teniente. Contempló la delicada joya, que le quedaba como un guante.

—No hará falta ajustarlo—anunció Hester absorta.

—Perfecto. Entonces, ya es tuyo.

Hester miró al teniente, emocionada.

—Gracias. Lo cuidaré y lo llevaré con orgullo.

—No albergaba dudas a ese respecto—respondió él sonriente.

En ese momento, se oyó un alboroto en el piso inferior, señal de que alguno de los habitantes de la casa había regresado. Hester suspiró un poco entristecida ante la idea de que aquel momento de intimidad terminara abruptamente.

—Será mejor que me marche—comentó el teniente, levantándose—. A propósito, ¿tienes algún compromiso para este sábado?

—No, creo que no.

—¿Te gusta el teatro?

Hester sonrió.

—Sí, me encanta.

—Tengo un contacto en el Drury Lane que puede conseguirme entradas para asistir a una representación de Macbeth. ¿Te gustaría asistir conmigo a la función del sábado por la tarde?

Hester asintió.

—Por supuesto.

—Perfecto. Después del teatro, te invito a cenar—dijo esto último guiñándole un ojo.

—De acuerdo—respondió contenta.

En ese instante, él agarró su mano entre las suyas y le dio un delicado beso en el dorso, que estremeció a Hester.

—Hasta el sábado.

A continuación, salió de la estancia, dejando a Hester ensimismada. Acarició el dorso de su mano, donde el teniente había depositado el beso, notando aún la calidez de sus labios. Suspiró, soñadora. No recordaba haberse sentido tan contenta ni tan serena. Excepto cuando estaba a solas en su cuarto dibujando o en la biblioteca sumergida en algún libro.

Contarle ese episodio de su vida al que sería su futuro esposo fue un acto liberador, pues llevaba arrastrando aquella pesada carga muchos años. Parecía ser que al fin el dolor se había disipado.

Con el teniente se sentía en un lugar seguro y tranquilo, donde podía ser ella misma. Sonrió meditabunda al considerar que, francamente, su matrimonio no sería por amor, pero sí el remanso de paz que siempre había deseado.

Capítulo 19

Eran las cinco de la tarde de un lluvioso viernes. Afuera las aceras estaban empapadas y apenas pasaban transeúntes por la apacible calle que daba a Cecil House. En el acogedor salón de paredes en tono beige se hallaban *lady* Duncan, *lady* Melinda Chambers, su hija Maude Chambers y Hester.

Celebraban una pequeña reunión entre amigas para conocer los detalles de los preparativos de la boda de Hester, entre otras muchas cosas. En el aire flotaba el aroma de la cálida bebida y el perfume a rosas que tanto le gustaba a *lady* Chambers.

—Y cuéntanos, Hester, ¿cómo van los preparativos? —inquirió *lady* Duncan.

—Van a buen ritmo. Ya hemos recibido respuestas de los invitados, tenemos la iglesia, el lugar del convite y los trajes ya casi listos.

—Es tan complicado preparar un evento así con tan poco tiempo. Supongo que tu madre se habrá estresado mucho—apuntó *lady* Chambers.

—Un poco, pero le gusta mucho mandar. Ha sido un verdadero entretenimiento para ella.

—Yo aún sigo esperando con ansía el día que Maude se case. Como madre de dos varones, no pude participar mucho en la organización, ese papel es más relevante en la madre de la novia. Sin embargo, con Maude será distinto, pienso elegir hasta el color de los manteles—advirtió.

Maude se rio.

—Madre, cualquier esperanza de que me case será en vano. Creo que se casará antes alguno de mis sobrinos.

Lady Chambers resopló.

—No tienes remedio, hija mía. Y más ahora con esa agencia de detectives que te tiene todo el día ocupada y que me mantiene

en una angustia permanente al pensar que puede pasarte algo—dijo seria.

—Madre, ya lo hemos discutido. Y no creo que sea el momento y el lugar. Hoy estamos aquí por Hester.

Lady Chambers asintió comprensiva y sonrió.

—Tienes razón, querida—respondió—. A ese respecto, admito que me sorprendió la noticia, no por el hecho de que Hester se case, sino por el pretendiente. Nuestro querido teniente lleva años huyendo del matrimonio.

—Eso es cierto. No había quien lo pescara—bromeó *lady* Duncan—. Hester, eres la envidia de muchas al llevarte al soltero más codiciado.

Hester se encogió de hombros un poco abrumada.

—Yo tampoco entiendo muy bien cómo ocurrió. Fue una sorpresa su propuesta.

—Desde mi punto de vista, el teniente y tú tenéis mucho en común, y eso en un matrimonio es esencial, querida. En mi opinión, el teniente ha visto en ti a una mujer cabal e inteligente. Un perfil muy alejado de las cabezas huecas que rondan los salones de la Temporada—argumentó *lady* Duncan.

—Para mí sois una pareja ideal—añadió Maude.

Ella conocía el motivo real de ese matrimonio, pero obviamente era un secreto que iría con ella a la tumba.

—Ciertamente, estoy de acuerdo con vosotras: sois la pareja perfecta—indicó *lady* Chambers.

—Alcemos nuestras tazas por nuestra pareja preferida de la Temporada—propuso *lady* Duncan sonriente.

Todas brindaron provocando en Hester un gesto de agrado. Nunca había sido protagonista de un evento importante. Ella siempre había estado entre las sombras. Sin embargo, había llegado el momento de brillar con luz propia.

—A propósito, tengo una noticia que darte hoy, querida Hester—dijo *lady* Duncan.

Hester miró extrañada a la dama, que intercambió una mirada cómplice con las anfitrionas.

—¿De qué se trata, *milady?*

—Después de promocionar la labor de nuestra asociación en prensa, hemos conseguido que muchas almas caritativas con abultadas carteras donen dinero para el orfanato. Igualmente, organizaremos una rifa antes de Navidad, como tú me sugeriste.

—¡Eso es fantástico, *milady*!

—Y hay más. *Lady* Duncan va a poner en marcha un ambicioso proyecto: una escuela para mujeres adultas en situación desfavorecida—explicó Maude.

Hester no salía de su asombro.

—¿Y cuándo abrirá la escuela?

—El proyecto aún está en los cimientos. Contamos con el asesoramiento del director de una escuela para obreros, buen amigo de mi esposo. El sitio lo tenemos, será un viejo almacén en Camden que pertenece a los Duncan. Nos falta elaborar un programa, maestras y alumnas. Sin embargo, Maude está dispuesta a ayudarnos a difundir el proyecto en prensa—explicó *lady* Duncan.

—Es magnífico, *milady*.

—También contará, por supuesto, con el patrocinio de varias damas de mi círculo—intervino *lady* Chambers.

—Estamos muy emocionadas con el proyecto—aseveró *lady* Duncan.

—Como dos chiquillas. No paran de hablar del asunto—afirmó Maude.

La emoción ante esos proyectos que prometían traer grandes cambios flotaba en el aire. El resto de la tarde la conversación se centró precisamente en todos los entresijos del asunto. Hester se sentía afortunada al tener la amistad y el aprecio de aquellas damas tan interesantes, que buscaban mejorar el mundo en el que vivían empleando las herramientas que su posición privilegiada les proporcionaba.

Mientras tanto, esa noche, en otro rincón de Londres, concretamente en el pub Lamb & Flag, el teniente se reunía con sus viejos amigos para festejar su próximo enlace. Tomaron un delicioso estofado acompañado de unas jarras de cerveza, al tiempo que conversaban.

—Nunca pensé que llegaría este día, Carmichael. El día en que una mujer consiguiera echarte el lazo—comentó Eric, uno de sus amigos.

—Yo tampoco, aún lo estoy asimilando—añadió Stephen, que ya era un hombre casado.

—Nuestro querido teniente ha encontrado al fin a una mujer que ha destronado a esa maldita víbora que le dio una estocada en el corazón—afirmó el señor Pembroke haciendo que el teniente se revolviera ante ese fatídico recuerdo.

—¡Brindemos por eso! —propuso Stephen.

Alzaron sus jarras y las chocaron en un brindis. Tras tomar un sorbo, el señor Pembroke volvió a hablar.

—Eres un bribón, Carmichael. Me has quitado el protagonismo con tu boda. Hasta hace poco mi querida novia y yo estábamos en boca de todos—le riño con una sonrisa.

—Créeme, preferiría estar en tu lugar ahora. No me gusta ser el tema principal de las conversaciones—aseveró el teniente.

—Lo que no entiendo es la prisa, Carmichael. ¿Tan enamorado estás de esa mujer que no puedes esperar un poco? —En ese momento, una idea cruzó por la mente de Eric—. ¿Acaso la señorita Holland está en estado?

El teniente abrió mucho los ojos, al igual que el señor Pembroke, que lanzó una carcajada ante el descaro de Eric, que era sincero hasta la obscenidad.

—¡Por supuesto que no está en estado! De hecho, aún no hemos llegado a ese extremo. Hemos decidido esperar hasta que nos casemos—contestó contundente—. Lo que ocurre es que, como bien dices, ¿para qué esperar más? Soy un hombre enamorado que está harto de la soledad y quiero tener a mi esposa conmigo cuanto antes—mintió.

—Insólito pero hermoso, Carmichael—apuntó Stephen.

—Perdona mi brusquedad, amigo. Sin embargo, era lógico pensarlo debido a la premura. Te pido mis más sinceras disculpas—añadió Eric arrepentido.

—Si me invitas a otra pinta, estás perdonado—respondió el teniente con una media sonrisa, quitando importancia al asunto.

Conocía de primera mano muchos casos de apresurados matrimonios cuyo motivo había sido precisamente esconder un incipiente embarazo fuera del sagrado vínculo marital. Sin embargo, su caso era bien distinto, aunque solo Pembroke lo sabía.

Tras una animada celebración, Pembroke y él regresaron a casa cuando ya casi estaba amaneciendo, despidiéndose de sus amigos en la entrada del pub. Caminaron por las solitarias calles, en busca de una diligencia que los llevara a sus respectivos hogares. Sus pasos hacían eco en las aceras, que aún estaban mojadas por la lluvia que no había cesado en toda la noche.

—A pesar de ser casi verano, en Londres parece otoño con este tiempo tan desapacible—comentó Pembroke.

—Cierto.

—Espero que para el día de tu boda el tiempo cambie.

El teniente suspiró.

—A pesar del mal tiempo y de que sea probable que a mi futura suegra le dé un ataque de pánico, la boda se celebrará igual—bromeó, haciendo reír a Pembroke.

—No me lo perdería por nada del mundo—afirmó.

Se hizo un agradable silencio durante el cual el teniente se mantuvo pensativo con la vista al frente. Contempló los edificios, las aceras y el cielo por donde empezaba a asomarse el sol.

—¿Le has hablado a Hester de Gloria? —inquirió de repente Pembroke.

El teniente se tensó en ese instante y tragó saliva.

—No, no creo que haya necesidad. Al menos no por ahora.

—En mi opinión, creo que eso no sería justo, William.

—Deseo empezar una nueva vida lejos de ese pasado tan doloroso.

—Creo que sigue siendo doloroso porque no has vuelto a hablar de ello y esa espina se ha quedado incrustada en tu interior, haciendo que el dolor no desaparezca. Quizás contarlo te ayudaría a quitarte esa espina y sanar de una vez por todas—sugirió.

El teniente suspiró con gesto meditabundo.

—Tal vez tengas razón.

Se hizo de nuevo el silencio, que Pembroke rompió enseguida.

—Quiero que sepas que, a pesar de que esta boda sea de conveniencia, me alegro mucho por los dos.

El teniente sonrió a su amigo.

—Gracias, Pembroke.

Minutos después, el teniente llegó a su hogar. En Primrose House reinaba la quietud. Subió sigilosamente las escaleras, procurando no hacer ruido, ya que no deseaba perturbar el sueño de sus empleados.

Finalmente llegó a su cuarto y rápidamente se cambió de ropa para acostarse. Se metió bajo las sábanas, entrando enseguida en calor y cayendo en un profundo sueño casi al instante, tras largas horas en vela. Se transportó rápidamente a un tiempo lejano, cuando era un joven oficial.

Estaba en un precioso rincón de la campiña. Una joven corría delante de él lanzando dulces risotadas mientras él la perseguía con un gesto de felicidad. Finalmente, consiguió alcanzarla, se tambalearon y cayeron sobre la hierba. Ella se tumbó de espaldas, agarrándolo a él por la solapa de su levita con una mueca pícara.

Él, completamente rendido ante ella, besó sus labios. El teniente percibió el sabor a cerezas en su boca, su dulce perfume de rosas embriagándolo. Deslizó sus labios por su delicado cuello, sintió los finos dedos de ella enredándose en sus cabellos. Se dejó envolver por su calidez, su suavidad, esa que tanto extrañaba.

Nunca se había sentido así con ninguna mujer, pese a haber yacido con muchas desde entonces. Sin embargo, el rastro de Gloria sobre su piel, su olfato y su corazón no se había desvanecido.

Abrió los ojos, fijando su vista al techo. Estaba en Primrose House, que se convirtió en su refugio tras el fin de aquella historia. Su hogar, el lugar donde se sentía resguardado del peligro. Donde había huido del amor y el compromiso.

Sin embargo, en unos días, eso iba a cambiar. Hester pasaría a formar parte de su guarida. Entonces se dio cuenta de que, como bien dijo Pembroke, si deseaba comenzar una nueva vida, debía dejar atrás la anterior. Y contárselo a Hester, que había confiado tanto en él, quizás le fuera de gran ayuda para arrancar a Gloria de sus entrañas para siempre.

Capítulo 20

Aquella noche las calles que rodeaban el espléndido teatro Drury Lane estaban bastante concurridas pese a que la lluvia no había abandonado la ciudad, aunque en ese momento había cesado. Esa velada mucha gente acudía al lugar para disfrutar de la función de MacBeth, uno de los clásicos de Shakespeare.

El teniente aguardaba al pie de la escalinata de la entrada, formada por tres arcos que resguardaban unas enormes puertas. Había quedado en verse allí con Hester a las seis, y a pesar de que aún quedaban cinco minutos, empezaba a impacientarse pensando que probablemente su madre no habría aprobado que viniera sola y la estuviera reteniendo.

Finalmente, de uno de los carruajes que se detuvo frente al teatro, se apeó Hester. Esta llevaba un vestido azul oscuro con escote en forma de pico y manga corta, bajo una larga capa negra. Su cabello iba recogido en un moño y lucía un poco de maquillaje en el rostro.

Se acercó con paso firme, a pesar de la inquietud que la embargaba. Pese a haber compartido momentos a solas con el teniente, sentía que este era verdaderamente especial.

El teniente giró la cabeza y entonces vio a la dama. Sintió un enorme alivio al comprobar que había podido acudir a la cita.

—Buenas noches—saludó ella con una tímida sonrisa.

—Buenas noches—respondió él—. Pensé por un momento que no vendrías.

Hester se mostró extrañada y miró la hora en su reloj de bolsillo.

—He llegado puntual…

—Lo sé. Es solo que temí que tu madre te pusiera algún impedimento. Conociendo su carácter tan estricto.

—¡Oh, no te preocupes! Le encantó la idea, de hecho. Al estar prometidos, no ha puesto ningún impedimento.

El teniente asintió gratamente sorprendido.

—Me alegra saberlo. ¿Entramos? —preguntó ofreciendo su brazo.

Hester, con su mano enguantada, aceptó el ofrecimiento. Notó enseguida el calor que desprendía el teniente y su aroma cítrico, lo que le provocó un ligero estremecimiento.

Subieron la escalinata hacia el interior del teatro. Una vez dentro, Hester paseó su vista por el vestíbulo, ligeramente ensimismada con la decoración. Al cabo de unos minutos, se acomodaron en uno de los palcos, desde donde podía verse plenamente el escenario.

Hester observó el impresionante techo con hermosas pinturas, donde colgaba una enorme lámpara de cristal. Después, dirigió su vista a la platea con asientos de terciopelo rojo y a continuación, hacia el resto de los palcos que se hallaban divididos en cuatro pisos, entre columnas neoclásicas de grandes dimensiones.

En el instante en que se quitó la capa, el teniente se fijó en el atuendo de su acompañante. Un precioso collar de perlas con un zafiro en el centro colgaba de su esbelto cuello, combinando a la perfección con el color de su vestido, que era de tafetán. Hester giró la cabeza y lo halló contemplándola, algo que sobresaltó al teniente.

—¿Va todo bien?

Él carraspeó, nervioso.

—Sí, todo bien. Es solo que…

Hester inclinó la cabeza y ladeó la mirada hacia su vestido.

—¿No es apropiado?

El teniente frunció el ceño.

—¿Qué quieres decir?

—El vestido. Algo de mi atuendo—respondió un poco apurada.

El teniente sonrió al tiempo que negaba con la cabeza.

—No, el vestido es perfecto. Estás… estás muy hermosa esta noche, Hester.

La dama se tensó, notando calor en sus mejillas y en su vientre.

—Gracias—musitó nerviosa—. Tú también estás muy elegante.

El teniente lucía un traje negro, corbatín blanco y zapatos oscuros.

—Gracias por el cumplido—respondió jovial—. Ahora que recuerdo, no te pregunté si te gustaba Shakespeare cuando te invité a venir. Espero que no aceptaras por compromiso.

—No, de hecho, me encanta. He leído todas sus obras y MacBeth es de mis preferidas. Además, es un honor acompañar a un caballero escocés a ver la representación de una obra que tanto tiene que ver con Escocia.

El teniente se rio.

—Cierto, parece que la elegí a propósito.

—Me dijiste que tenías un contacto en el teatro. ¿Se trata del productor?

—No, ni mucho menos. Son dos personas que trabajan entre bambalinas. Si lo deseas, puedo pedirles que nos presenten al elenco. Ellas los conocen a todos.

Hester se quedó un poco sorprendida.

—¿Ellas? Así que son dos mujeres.

—Sí, así es.

Una idea cruzó la mente de Hester. ¿Cabía la posibilidad de que esas mujeres fueran antiguas amantes suyas? Era algo tangible, ciertamente. No obstante, se abstuvo de indagar, pues en ese momento, las luces se atenuaron, indicando que la obra iba a comenzar.

Durante la función, ambos permanecieron en silencio, disfrutando de la célebre tragedia de Shakespeare interpretada por brillantes actores, en un ambiente sosegado, donde no había que preocuparse por las apariencias.

Finalizada la obra, el teniente condujo a Hester al lugar donde se hallaban los camerinos. Allí había cierto bullicio, entre actores, tramoyistas y sastres, que se movían de un lado a otro. Recorrieron un largo pasillo y subieron unas estrechas escaleras de madera hasta detenerse ante una puerta. El teniente dio dos ligeros golpes y alguien desde dentro le instó a entrar.

La estancia era amplia, con un tocador, un gran espejo y un perchero en el que colgaban varias prendas. Allí se hallaban dos mujeres jóvenes, que sonrieron al ver al teniente.

—¡Teniente Carmichael, qué alegría verlo de nuevo! —saludó una de las jóvenes.

La otra contempló a Hester con curiosidad.

—Y vemos que ha venido bien acompañado—apuntó.

El teniente esbozó una sonrisa.

—Señorita Fishbourne, señorita Hightower, les presento a mi prometida, la señorita Holland.

Hester hizo una leve reverencia.

—Encantada de conocerlas.

Ambas se miraron atónitas. No era la primera vez que el teniente acudía acompañado a las funciones del Drury Lane, no obstante, la noticia de su compromiso fue toda una sorpresa.

—El placer es nuestro, señorita. No teníamos noticia de su compromiso. Enhorabuena a los dos—dijo la señorita Hightower.

—Muchas gracias—respondió el teniente—. La señorita Hightower y la señorita Fishbourne también se casarán pronto.

Esta afirmación hizo que Hester descartara su teoría de una posible conexión amorosa entre el teniente y esas damas.

—Si Dios quiere, teniente, a finales de este año tendremos boda—explicó la señorita Fishbourne.

—Y la suya será en diciembre, si no recuerdo mal—comentó el teniente a la señorita Hightower.

—Así es—respondió ella feliz—. ¿Y la suya cuándo será?

—Dentro de un par de semanas.

Ambas se quedaron asombradas.

—Vaya, no queda mucho.

—De hecho, venía a invitarles a la ceremonia. Si no tienen otro compromiso.

—Oh, teniente, es usted muy amable. Por supuesto, haremos todo lo posible por asistir. Aunque no sé si tendremos vestuario adecuado para una boda tan… elegante—indicó la señorita Fishbourne con apuro.

—No se preocupen, algo encontraremos. En un teatro hay vestuario para cada ocasión—afirmó la señorita Hightower.

—Por supuesto, nuestra invitación se extiende a sus prometidos—apuntó el teniente—. Siempre hablan tan bien de ellos, que deseo conocerlos.

—Teniente, es usted muy amable—aseveró la señorita Fishbourne sonriente.

El resto del tiempo conversaron con las jóvenes sastras sobre temas relacionados con la obra y el arduo trabajo en el teatro, incluso Hester tuvo oportunidad, gracias a aquellas simpáticas damas, de conocer a los actores.

Finalmente, salieron del teatro, encontrándose con una ligera llovizna que empapaba las aceras y había dispersado a los transeúntes que hasta hacía poco se agolpaban a la entrada del teatro.

El teniente guio a Hester hasta un pequeño restaurante donde había reservado mesa. El lugar no era demasiado grande, en su techo eran visibles las vigas de madera, las paredes eran blancas, tenía una enorme cristalera que daba a la calle y mesas redondas repartidas por el lugar.

El encargado, que conocía al teniente, les condujo hasta una mesa apartada en una acogedora esquina, donde hallarían un poco de intimidad.

—A propósito, quiero aprovechar la ocasión para contarte que ayer entregué las ilustraciones a la editorial y el editor ha quedado encantado. Me ha dicho que incluirán todas—explicó Hester contenta.

El teniente sonrió.

—¡Es una gran noticia! ¿Y cuándo se publicará el libro?

—Según me dijo, en julio, aún sin fecha concreta.

—Es maravilloso, Hester. Debemos brindar por ello. —Alzaron sus copas haciendo un pequeño brindis—. Este será tu primer éxito de muchos.

—Bueno, no vayamos tan deprisa. Prefiero ser cauta.

Se hizo un breve silencio, que el teniente rompió enseguida.

—Espero que no te haya molestado que invitara a esas jóvenes.

—En absoluto. En nuestra boda debe estar la gente que apreciamos y que nos aprecia. Además, esas jóvenes me han resultado muy agradables.

El teniente asintió.

—Sí, lo son.

—¿Y desde cuándo conoces a la señorita Hightower y a la señorita Fishbourne? —inquirió Hester con curiosidad.

El teniente dio un sorbo a su copa de vino.

—Desde hace casi un año. Alistair y yo las rescatamos de unos desalmados.

Hester abrió los ojos sorprendida.

—¿De verdad? ¿Qué ocurrió?

El teniente pasó a contarle el trepidante episodio, dejando a Hester perpleja.

—Has vivido muchas aventuras, no solo en el campo de batalla, si no fuera de él también—. El semblante del teniente se tornó serio de repente, gesto que inquietó a Hester—. Perdona, no deseaba molestarte con el asunto de la guerra.

—No te preocupes, no se trata de eso.

Hester inclinó la cabeza con una mueca preocupada.

—¿Ocurre algo?

El teniente lanzó un suspiro.

—Es solo que deseo contarte algo que aún me resulta doloroso—explicó—. Soy consciente de que ahora mismo estamos en una situación desigual. Tú me hablaste de tu pasado y yo debo hablarte del mío.

Hester supo a qué se refería, puesto que su hermana le puso al corriente de los hechos. Sin embargo, no deseaba que aquella velada tan agradable se tornara triste.

—No es necesario que sea ahora. Respeto que no desees hablar de ello.

Él tomó una bocanada de aire y respiró hondo, fijando su mirada en Hester, que notó un cosquilleo en el estómago ante la intensidad de esos ojos verdosos.

—Deseo hacerlo ahora que al fin he reunido el valor. — Hester se mantuvo en silencio, expectante. El teniente viajó atrás en el tiempo, cuando conoció a la única mujer que fue capaz de adueñarse de su corazón—. Tenía diecinueve años, acababa de regresar de un largo viaje y me hallaba en Londres. Aún no tenía residencia fija aquí, así que me quedaba en casa de los Pembroke en Mayfair durante la Temporada.

>>Una noche asistimos a un baile en casa de lord Stampford. Yo hasta entonces no había conocido el amor. Era un joven militar que solo pensaba en vivir aventuras y ver mundo. Sin embargo, todo cambió aquel día.

El teniente hizo una pausa con la mirada perdida en algún lugar del tiempo. Era como si estuviera viendo ante él la escena que estaba narrando.

—El salón de baile estaba abarrotado, con parejas danzando un elegante vals. Paseé mi vista, distraído, un poco aburrido incluso, pues nada me resultaba interesante en aquel salón. Hasta que algo entre la multitud llamó mi atención.

>>Observé la falda flotante de un vestido de muselina azul meciéndose con suavidad en el aire. Alcé la vista y descubrí una piel de porcelana, unos sedosos cabellos oscuros y un rostro ovalado iluminado por una sonrisa de ensueño enmarcada en carmín.

>>Me quedé cautivado, contemplando a aquella hermosa hada que parecía haberse escapado del bosque y había ido a parar a aquel salón lleno de simples y anodinos mortales. Lancé una pregunta, deseoso de saber su nombre y alguien lo pronunció cerca de mi oído: Gloria Peyton.

Hester tragó saliva, un poco obnubilada por la narración que estaba escuchando. Las palabras del teniente eran dignas del mejor poeta, uno que amó profundamente y que compone versos sobre su amor perdido.

—Pembroke nos presentó formalmente y aunque estaba muy solicitada esa noche, me concedió un baile, que luego siguió a otro y después a otro, hasta el final de la velada. Cuando nos despedimos, sentí que una parte de mi ser se desgarraría al pensar que no

volveríamos a vernos. Sin embargo, ella me permitió escribirle y así comenzó nuestra historia.

>>En ese tiempo que estuvimos juntos, aprovechábamos cualquier ocasión para vernos. Yo escuchaba con deleite el timbre de su dulce voz y el sonido armonioso de su risa cuando yo lanzaba alguna de mis ocurrencias. En aquel entonces era un joven alegre y bromista, que siempre buscaba agradar y hacer sonreír a todos aquellos que me rodeaban.

>>Gloria se convirtió en mi mundo, en mi alma gemela, la mujer con quien deseaba compartir mi vida. Y ella pensaba lo mismo, así me lo hizo saber. Muchas veces planeamos nuestro futuro: ella se convertiría en la esposa de un militar, viajaría conmigo alrededor del mundo, descubriríamos lugares maravillosos, culturas lejanas, siempre juntos. También hablamos de nuestra descendencia, de cuantos hijos deseábamos tener, incluso pensamos los nombres.

>>Le prometí que, cuando ascendiera en el ejército, compraría una propiedad y nos casaríamos. Ella aceptó y en cuanto se lo dije a mis padres, planearon viajar a Londres para conocerla ese mismo año.

>>Todo era felicidad y buenos presagios. La providencia parecía haberse puesto de nuestro lado. No obstante, la guerra en China lo cambió todo. Solicitaron que me uniera a mi batallón para acudir al campo de batalla y a pesar de todo, Gloria prometió esperarme.

>>Pese al miedo, luché con ferocidad para mantenerme con vida y salvar las de mis compañeros, cuyas familias también los aguardaban. Sin embargo, para mi frustración, no conseguí que todos regresaran a Inglaterra. Muchos perecieron en la guerra, creando una herida en mi alma que aún hoy no ha sanado.

Hester, olvidando donde se encontraban y las posibles miradas ajenas, posó su mano sobre su antebrazo, en un gesto de afecto, mientras notaba su mirada humedecerse al pensar en el sufrimiento del teniente. Este la miró y esbozó una mueca de agradecimiento.

—El único motivo que encontré para sobrevivir en aquel infierno era Gloria. Conseguí ascender rápidamente, lo que me permitiría casarme con ella en cuanto regresara. No obstante, el destino me golpeó con fuerza aquel día, en plena batalla junto al río cuando me alcanzó el proyectil de un cañón. Ese momento lo cambió todo.

>>Pasé semanas en un hospital de campaña hasta que mi padre fue a buscarme y regresamos a Escocia. Durante mi convalecencia escribí a Gloria contándole lo que había sucedido, con la esperanza de que nada hubiera cambiado, pese a que los médicos decían que era probable que no volviera a caminar.

>>Cuando entré en mi hogar en Escocia, lo hice ayudado de unas muletas. Ya no era el mismo. Mi cuerpo estaba lleno de heridas que dejaron graves cicatrices, mi pierna no funcionó del mismo modo nunca más y mi carrera parecía haberse truncado.

>>Pero lo peor estaba por llegar. En cuanto pisé Escocia, recibí carta de Gloria dándome la peor de las noticias: anuló nuestro compromiso porque había aceptado otra propuesta de matrimonio, y, por lo tanto, mis sueños e ilusiones se perdieron en ese instante en la oscuridad.

>>Mi alma se desgarró y mi corazón se partió en mil pedazos que no he conseguido recomponer. No solo tenía heridas en mi cuerpo, sino también en mi alma. La guerra me cambió, sin embargo, el abandono de Gloria me destruyó por completo. No volví a ser el mismo. La alegría de ese joven oficial desapareció, dando paso al carácter taciturno y reservado del teniente herido en la guerra. Un héroe maldito que había perdido al amor de su vida.

Hester cerró los ojos, conteniendo sus lágrimas de dolor por el teniente. La rabia y la tristeza se mezclaron en su interior.

—Entendí con el tiempo que Gloria no me amaba con la misma intensidad que yo a ella. Quizás se dejó deslumbrar por mis promesas de aventuras, por la idea de casarse con un héroe. Y cuando descubrió que ese héroe ya no existía y que tendría que casarse con un lisiado, su ideal se resquebrajó y vio solamente a un hombre herido al que probablemente tendría que cuidar de por vida.

>>Creo que esa idea le aterró y prefirió la comodidad de un matrimonio que le aseguraría una vida segura y plena. Libre de los terrores nocturnos, de las pesadillas, de los gritos en la noche, del insomnio, de las dolencias y de la desdicha.

Hester tragó saliva y agachó la mirada, con el corazón encogido. El teniente apartó su antebrazo, alejándose así de su tacto.

—Me temo que te he asustado. No sé si ha sido una buena idea contarte esto. Soy un hombre demasiado complicado e imperfecto, Hester. Si has cambiado de opinión al oír mi historia, lo comprenderé—se lamentó.

Ella negó con la cabeza con plena firmeza.

—En absoluto. De hecho, me he reafirmado en mi decisión, William—respondió contundente, dejando al teniente asombrado—. ¿Es que acaso yo soy perfecta? ¿Acaso no tengo defectos? Los tengo todos y ninguno. Yo también he sufrido, he padecido humillaciones de la persona que más debía protegerme. Han minado mi espíritu, han tratado de hacerme sentir que no valgo como ser humano, que soy una vergüenza. Sin embargo, aquí estoy. Comprendo tu dolor y tu angustia. También tengo miedo, ya que no sé qué nos deparará este matrimonio.

>>No obstante, no pienso echarme atrás. Al fin he encontrado a alguien que me comprende, que desea escuchar lo que tengo que decir, alguien en quien puedo confiar. Y deseo que tú hagas lo mismo.

>>Acepté este matrimonio con todas sus consecuencias. Y quiero que sepas que estaré aquí cuando me necesites, no tengas miedo a expresar tu dolor ni tu angustia. Porque yo seré quien te agarré cuando estés al borde del precipicio y tomaré tu mano para guiarte cuando estés sumido en la oscuridad.

El teniente se quedó en silencio, totalmente consternado ante tan vehementes palabras. Jamás había conocido a una mujer como Hester Holland. Una mujer que se expresaba con el corazón, pero desde la más pura sensatez y honestidad.

Regresaron en el mismo carruaje, envueltos en el silencio. El teniente echaba rápidos vistazos a Hester, que tenía su mirada

perdida en las calles vacías. Se sentía liberado tras haber contado su historia y notó que el peso del tormento y la tristeza que lo habían dominado durante largo tiempo se había aligerado en parte.

El carruaje se detuvo frente a Charles Court y el teniente ayudó a Hester a apearse. Tomó su mano enguantada y guio a la joven dama hasta la entrada. Allí se detuvieron unos breves instantes para despedirse.

—Ha sido una velada muy agradable. Gracias por la invitación —dijo Hester con una tímida sonrisa.

El teniente asintió meditabundo.

—Sí, aunque el último acto haya sido un poco trágico.

Ella negó con la cabeza.

—Ni mucho menos. Ha significado mucho que hayas confiado en mí.

—Tú confiaste en mí primero y no deseaba que hubiera secretos entre nosotros.

—Eso es empezar con buen pie—afirmó ella contenta. Entonces, lanzó un suspiro, pues no deseaba despedirse, aunque debía hacerlo—. Será mejor que entre, se hace tarde.

El teniente agarró su mano entre las suyas y en un gesto atrevido, le quitó el guante. Hester notó su calidez y su fuerza sobre su piel, lo que le generó un estremecimiento. De repente, él acercó el dorso de su mano a sus labios y lo besó.

—Que descanses—se despidió, soltando al fin su mano.

Hester se quedó paralizada, sin saber qué hacer, hasta que vio partir el carruaje y al fin entró en casa. Subió a su habitación un poco absorta, dejando que sus pies guiaran sus pasos.

Una vez llegó a su cuarto, cerró la puerta despacio y apoyó su espalda sobre la madera. Acarició el dorso de su mano, donde aún podía sentir el rastro del beso que el teniente había depositado. Cerró los ojos y sonrió soñadora, notando cómo un ápice de ilusión se asomaba en su corazón.

Capítulo 21

Quedaba tan solo un día para la ceremonia y en Charles Court la actividad era incesante. No solo se preparaban para la partida de Hester sino para una visita inminente que vendría desde Gales.

La futura novia se hallaba con sus sobrinos en el jardín jugando ante la atenta mirada de Grace y su esposo. Las risas flotaban en el aire y el ambiente era cálido, con un sol radiante que invitaba a disfrutar de aquella jornada. De repente, apareció una sirvienta:

—Señores, la señora Sayer y sus primos acaban de llegar.

Los presentes dejaron lo que estaban haciendo para acudir al vestíbulo a recibir a sus parientes. Hester sonrió emocionada al ver a su tía Agnes. La dama, de edad avanzada, lucía el pelo canoso y surcos en su rostro ovalado, que a pesar del tiempo no había perdido su belleza de antaño.

—¡Tía Agnes! —exclamó Hester, lanzándose a sus brazos para desaprobación de su progenitora.

—¡Querida sobrina, qué alegría verte! —respondió. Se apartó ligeramente y contempló su aspecto—. Estás radiante, tesoro. Como la futura novia que eres.

Hester no perdió la sonrisa.

—Gracias, tía.

A continuación, saludó efusivamente a su prima Sharon, que iba acompañada de su esposo, el señor Ashton, su hija de doce años, la hermosa Mia, y de su hijo pequeño, Gareth, de diez años. Después hizo lo mismo con su primo Nicholas, que venía con su esposa, la afable Cordelia, y con sus hijas gemelas, Matilda y Emma, que tenían siete años.

Mientras los más pequeños se reunían con los hijos de Grace para comer en la habitación de los niños, el resto acudió al comedor para degustar un delicioso almuerzo en familia.

—Así que un militar escocés. Desde luego, en esta familia buscamos los maridos lejos de casa—bromeó tía Agnes.

—El teniente lleva siendo vecino nuestro desde hace años. La verdad es que nos sorprendió a todos la noticia, hermana—explicó el coronel.

—Muchas veces el amor surge tras una amistad. De hecho, es mejor así, al menos ya os conocéis desde hace tiempo—apuntó su prima Sharon.

—¿Y adónde iréis de luna de miel? —preguntó Cordelia.

—Iremos a Escocia. La intención es conocer al resto de su familia, que, por desgracia, no podrá asistir a la boda.

—Escocia es un bonito destino. Tiene lugares muy hermosos. Nosotros fuimos a Edimburgo el año pasado y nos encantó—indicó su primo Nicholas.

—Si no recuerdo mal, en una de tus cartas decías que el teniente era de Glencoe, ¿verdad? —dijo tía Agnes.

—Así es.

—Según vi en un mapa, está frente a las aguas del lago Leven. Los lagos en Escocia son muy grandes—apuntó Nicholas.

—Sí, es casi como estar delante del mar—añadió el señor Ashton.

—Yo lo único que conozco de Escocia son las novelas de Walter Scott y los poemas de Burns—intervino la hija de Sharon con timidez.

—Pues ahora tendremos un primo escocés, tesoro—indicó Sharon sonriente.

—¿Y vestirá el tartán y el kilt, prima Hester? —preguntó la muchacha llena de curiosidad.

Hester se encogió de hombros.

—No lo sé. Supongo que sí, dado que suelen lucirse en las ocasiones importantes.

La conversación transcurrió por otros derroteros más centrados en la vida en Gales de tía Agnes y sus hijos, además de los eventos de la Temporada, el asunto preferido de la señora Holland. Hester no podía evitar comparar siempre a su tía con su

progenitora, tanto en sus comportamientos como en sus actitudes ante la vida.

Tía Agnes era una mujer optimista, vivaz, pese a perder a su marido demasiado pronto, mientras que la señora Holland era severa y siempre veía las cosas desde el lado más oscuro y pesimista.

Dos mujeres totalmente diferentes que formaban parte indisoluble de la vida de su padre. La señora Holland trataba de disimular la animadversión que le despertaba su cuñada, pero Hester lo veía claramente. No la soportaba. La envidia y los celos se mostraban discretamente en algún apunte mordaz o en las miradas de desprecio que le dedicaba.

Esa tarde también recibieron la visita de John y su esposa, a quien Hester no veía con los mismos ojos desde que supo lo que opinaba de ella.

En un momento dado, decidió salir al patio, pues la atmósfera en Charles Court era un poco agobiante debido al ajetreo de las visitas. Apoyó la espalda sobre un muro y respiró hondo. El cielo estaba despejado, hacía una temperatura agradable, lejos del calor asfixiante que había reinado durante el día y la luz del atardecer brillaba con sus cálidos tonos.

La inquietud se cernió sobre Hester al pensar en el día siguiente. Sería, sin duda, una jornada vertiginosa. Sabía que era el paso definitivo hacia su libertad, pero el miedo también le invadió ante el enorme cambio que daría su vida.

—Vaya, este es un buen lugar para esconderse—comentó tía Agnes, asomándose por la puerta.

Hester esbozó una sonrisa. La presencia de su tía siempre serenaba cualquier inquietud que la abordara.

—Desde luego.

—Imagino de quien te escondes—dijo, colocándose a su lado —. Aunque veo que tu madre está encantada con esta boda. Supongo que el teniente es de su agrado.

—Supones bien.

Su tía inclinó la cabeza.

—¿Y para ti también lo es? —inquirió curiosa.

Hester asintió.

—Sí, tía. El teniente es un buen hombre: amable, atento e inteligente.

—Por lo que me contaste en tus cartas, y tras hablar con tu padre y tu hermana, creo que también me agradará. Ellos tienen en alta estima al teniente.

—No hay motivo para lo contrario.

—Me alegra que Grace y tú hayáis encontrado buenos esposos. No puedo decir lo mismo de John.

Hester se encogió de hombros.

—Bueno, él está enamorado de su esposa.

Su tía lanzó una ligera carcajada.

—¿Enamorado? Yo no usaría esa palabra. No creo que sea capaz de amar de verdad a alguien. Ha heredado el carácter de tu madre, aunque sabe aparentar bondad. No niego que quizás en algún momento llegó a apreciaros a ti y a Grace, pero eso cambió cuando mi cuñada empezó a moldear su carácter a su imagen y semejanza.

>>Desde niño ha sabido bien lo que suponía su posición y que él tendría mayor poder que vosotras. Su esposa es un reflejo de ello. Ha encontrado a una mujer que es un calco de su madre y de sí mismo. ¿Crees que no me he enterado de porqué te fuiste de casa de John? Nunca podrás contar con él, Hester.

—Lo sé—se lamentó.

—En cambio, Grace y tú os parecéis más a tu padre, sois de carácter más bondadoso. Y os tenéis la una a la otra. Aunque ahora también estará el teniente—afirmó—. Lo que no me contaste es cómo te lo pidió.

Hester no pudo evitar sonreír al recordar aquel instante inesperado que cambió su vida para siempre. A continuación, pasó a contarle a su tía cómo se produjo la pedida de matrimonio. La dama miró a su sobrina con ternura al comprobar cómo su rostro se iluminaba al narrar ese momento tan especial.

—Y así fue. Toda una sorpresa. Yo pensaba que nunca me casaría.

—Eso pensé yo también hasta que apareció tu tío Gareth y mi existencia cambió por completo.

Hester notó una punzada de dolor al recordar a su tío, a quien tanto apreciaba.

—Me entristece que tío Gareth no esté mañana en mi boda.

Su tía Agnes agarró una de sus manos entre las suyas.

—Estará en espíritu, tesoro. Él te está viendo desde arriba y velará por ti.

Hester abrazó a su tía en un gesto de afecto.

—Todo irá bien, Hester—le susurró cerca de su oído, serenando sus inquietudes. De repente, tía Agnes recordó algo—. A propósito, te hemos traído un regalo. Ven conmigo.

Minutos más tarde, Hester estaba reunida con Sharon, Cordelia, Mia, su hermana y su tía en su cuarto, recibiendo un regalo muy especial: un camisón de algodón de tirantes con unas flores bordadas en la falda.

—Para tu noche de bodas, tesoro—dijo su tía Agnes.

Hester contempló la prenda absorta.

—Es muy bonito.

—El teniente se va a quedar impresionado cuando te vea con él puesto—afirmó Sharon emocionada.

—Aunque no creo que lo lleves mucho tiempo—añadió Cordelia con picardía, haciendo que las presentes estallaran en carcajadas y provocando que las mejillas de Hester ardieran al imaginarlo.

Unas horas más tarde, tras una cena ligera, llegó el momento de ir a descansar, ya que al día siguiente sería el gran evento en Charles Court.

Eran casi las doce de la noche y la casa estaba en silencio. Pese a intentar conciliar el sueño, Hester no consiguió dormirse. Salió de la cama y se acercó a la ventana para contemplar el exterior con aire meditabundo. La oscuridad se cernía sobre las calles de Londres, por donde pocos transitaban a esa hora intempestiva.

Sería su última velada en Charles Court. A pesar de que Primrose House estaba muy cerca, un ápice de nostalgia se apoderó de su ánimo ante la idea de marcharse. Se apartó de la ventana y contempló la estancia ya casi vacía, pues sus pertenencias se hallaban dentro de unos baúles. Solamente sobresalía como una

especie de fantasma su traje de novia, que estaba colocado en un perchero de pie.

Hester se acercó y acarició la suave muselina de la falda. No era un vestido ostentoso, sino discreto y sencillo, un reflejo de sí misma. Entre el color blanco predominante sobresalían unos sutiles bordados florales morados que le daban un toque alegre al conjunto.

Finalmente, salió de la estancia con intención de ir a la biblioteca en busca de algún libro que desterrara el insomnio. Bajó sigilosamente, deseosa de no despertar a nadie. Sin embargo, al llegar al vestíbulo, percibió una luz que provenía del salón.

Llevada por la curiosidad entró en la estancia. Allí encontró a su padre sentado frente a la chimenea, con la mirada perdida y una copa de coñac en la mano. Recordó haberlo visto así tiempo atrás, tras una fuerte discusión con su madre que lo dejó completamente devastado.

—¿Hester? ¿Eres tú?

—Sí, padre—respondió, adentrándose en la estancia.

—Deberías estar descansando, mañana será un día ajetreado.

—Lo sé, pero no consigo dormir.

—Es natural. Yo tampoco pude conciliar el sueño el día antes de mi boda. Estaba terriblemente nervioso, pero a la vez feliz. Llevaba enamorado de tu madre mucho tiempo y que aceptara mi proposición fue como un sueño—explicó con un atisbo de nostalgia en su voz, acompañada de un deje de tristeza en su mirada.

Hester se sentó en un sillón frente a él y lanzó un suspiro.

—Admito que tengo cierto temor a esta nueva vida que me espera.

—El miedo también forma parte de la vida. Sin embargo, no albergo ninguna duda de que tu matrimonio será un éxito. El teniente y tú os queréis. Y eso es lo más importante.

Hester torció el gesto, pues su padre no era conocedor del verdadero motivo de su compromiso.

—Sí, por supuesto, eso es importante.

Entonces, su padre, en un rápido movimiento, agarró su mano, donde lucía su anillo de compromiso.

—Me apena tanto que te marches, hija. Sufrí tanto cuando te fuiste a Gales y esa última vez hace un mes, pero entendí tus motivos. Es complicado convivir con tu madre.

Hester contempló a su padre. Los surcos de su rostro, que denotaban su edad, el pelo canoso y el semblante cansado. Recordaba su jovialidad, su enorme sonrisa cuando regresaba de algún viaje y abría sus brazos para abrazarla. Sin embargo, poco a poco fue perdiendo su alegría, sus ganas de luchar, y se resignó.

—Padre, ¿puedo hacerte una pregunta?

—La que quieras.

Hester se mordió el labio inferior, temerosa de que aquella cuestión que iba a plantear abriera una herida.

—¿Alguna vez te has arrepentido de casarte con madre?

Se hizo un breve silencio, que sirvió para que el coronel considerara su respuesta.

—A veces sí, lo admito. No por mí, sino por ella. Porque sé que nuestro matrimonio la hizo tremendamente desdichada.

—¿Y qué hay de tu sufrimiento? ¿Por qué siempre antepones sus deseos, sus necesidades, a los tuyos? —inquirió ligeramente indignada.

El coronel suspiró.

—Porque, a pesar de todo, sigo amando a tu madre. La quise desde la primera vez que la vi y la seguiré queriendo hasta que me muera. Cuando amas a alguien, Hester, aunque no te corresponda, deseas por encima de todo su felicidad. Y hay amores que, pese al dolor que nos generan, no podemos apartarlos de nuestro corazón— afirmó. Entonces, le dio una palmada cariñosa a Hester en la mano —. Pero eso no te ocurrirá a ti. No, tú serás afortunada. Naciste para ser amada, Hester. Y no te preocupes, todo saldrá bien.

Hester esbozó una media sonrisa y miró con una mezcla de ternura y remordimiento a su padre. Odiaba mentirle, sin embargo, si así evitaba que se disgustara, jamás le contaría la verdad.

Mientras tanto, en Primrose House, el teniente se hallaba en el salón, delante de la chimenea, con un vaso de brandy en la mano y fumando un cigarro. Lucía solo una camisa blanca con un chaleco gris por encima y pantalones negros. Tampoco el sueño había venido

en su busca en su última noche de soltería. Esa tarde había estado con sus amigos en el pub, pero había decidido regresar a casa pronto para tener un aspecto adecuado al día siguiente.

Estaba sumido en sus pensamientos cuando de repente dos golpes en la puerta lo sobresaltaron ligeramente. Le extrañó un poco que a esa hora intempestiva hubiese aún alguien despierto.

—Adelante—instó al visitante.

A continuación, la puerta se abrió y entraron los Berenson, que vestían sus batas de dormir. La señora Berenson además llevaba también un gorro de color blanco, que recogía su cabello un poco desordenado.

—Buenas noches, teniente. ¿Aún sigue despierto? —preguntó la mujer entrando en la estancia seguida de su marido.

—Sí, señora Berenson. Y por lo que veo, no soy el único. ¿Ocurre algo?

—Me temo que son los nervios, señor. Muchos cambios se avecinan—contestó el señor Berenson.

El teniente suspiró.

—Sí, así es. —En ese momento, tuvo una idea—. ¿Desean acompañarme? Si me quedo más rato a solas, acabaré bebiéndome la botella entera y mañana no sería un novio presentable. No quiero que la novia salga espantada—bromeó.

—Será un honor, señor—respondió el señor Berenson acercándose al mueble donde estaban guardados los vasos y las bebidas—. Querida, ¿tú también beberás brandy?

La señora Berenson se sentó frente al teniente en una silla.

—Para mí mejor un *whisky*.

El teniente se sorprendió gratamente.

—Vaya, señora Berenson, le gustan las bebidas fuertes.

—Soy medio escocesa como usted, teniente. Mi gusto por el *whisky* es herencia familiar. Aunque lo tomo muy de vez en cuando, no piense usted que paso el día con la boca pegada al vaso.

El teniente se rio para asombro de ambos. Llevaban años trabajando para el caballero, de talante serio y reservado, y era la primera vez que le oían reír de una forma tan desinhibida.

—Entonces, me uno a usted. *Whisky* para mí también, señor Berenson—le pidió dando un largo trago a su copa y dejándola sobre la mesa.

El mayordomo entregó a ambos los vasos de *whisky* y propuso un brindis.

—Por su matrimonio, señor.

—Y por la futura señora Carmichael—añadió la señora Berenson.

Tras brindar, el teniente habló de nuevo.

—Mañana será un día complicado.

—Sí, y muy ajetreado. Pero no se preocupe, está todo listo, señor—indicó el señor Berenson.

—Supongo que estará nervioso—apuntó la señora Berenson.

El teniente asintió.

—Un poco. Habrá muchos cambios en esta casa.

—Es un poco abrumador, sin embargo, el talante de la señorita Hester es bueno. Se adaptará enseguida—afirmó la señora Berenson—. Y tal vez, dentro de un tiempo, oigamos por aquí pequeños pasitos. Sería una enorme alegría que esta casa se llenara de niños, teniente.

Este tragó saliva y se revolvió.

—Sí, bueno, aún es pronto—comentó—. Ustedes tienen dos hijos, ¿cierto?

—Cada uno por su lado. Mi Jack fue fruto de mi primer matrimonio, y Lisa es hija del señor Berenson, de su primera unión.

—Ambos somos viudos—explicó el señor Berenson.

El teniente asintió comprensivo.

—Entiendo. Pero entonces no tienen un hijo en común.

—No, cuando nos casamos, yo ya no podía tener hijos. Después de tener a mi Jack, me quedé encinta de nuevo, pero lo perdí y también mi capacidad para concebir. Por eso, cuando enviudé y conocí al señor Berenson, no fue posible.

—Vaya, es una pena.

—De todas formas, eso no fue impedimento para nuestra unión. Ambos perdimos a nuestros seres queridos siendo aun

jóvenes y encontramos de nuevo el amor en la madurez—indicó el señor Berenson mirando a su esposa.

—Nunca es tarde—apuntó el teniente.

—Y para usted tampoco, teniente. No sabe lo mucho que nos alegramos de que al fin haya encontrado a una compañera de vida. Estaba muy solo en esta casa—dijo la señora Berenson.

—Ya no volveré a estarlo—comentó casi para sí mismo.

En ese momento, el reloj que había allí marcó que ya era casi la una.

—Creo que será mejor que vayamos a dormir. Mañana nos espera un gran día—apuntó el señor Berenson, levantándose.

—Cierto. Y usted también debería descansar, teniente—añadió la señora Berenson.

—Iré enseguida. Gracias por hacerme compañía—respondió con una media sonrisa.

Se quedó de nuevo a solas, envuelto en la quietud del lugar. Cerró los ojos un instante y un rostro cruzó su mente: Gloria le sonreía desde un lugar del pasado. Sin embargo, ese momento duró poco, porque otra imagen se interpuso: la mirada color miel de Hester y su gesto amable. La pasión que sintió años atrás daría paso a la serenidad del matrimonio con Hester Holland. Y una agradable sensación de bienestar se apoderó de él, haciendo que cayera enseguida en un profundo sueño.

Capítulo 22

En Charles Court la actividad era incesante aquella mañana. El servicio de la casa ultimaba con ahínco los detalles de la celebración, mientras ayudaban a cada miembro de la familia a arreglarse. Por fortuna, sería un día propicio para la ceremonia al aire libre, puesto que Londres había amanecido con un radiante sol y una temperatura algo calurosa, aunque agradable.

Hester se ajustó la falda de su vestido de muselina al tiempo que la doncella le retocaba el peinado, un sencillo moño trenzado. Se contempló unos instantes ante el espejo: su rostro lucía un poco sonrojado debido quizás a los nervios, sus labios estaban cubiertos de un suave carmín rosado y sus ojos estaban ligeramente maquillados. El vestido se adaptaba perfectamente a su silueta y enseguida llegó el velo para completar el conjunto.

Hester tomó una bocanada de aire y respiró hondo, notando en su estómago un ligero hormigueo, al igual que en las palmas de sus manos.

—Listo—anunció la doncella—. Si me lo permite, debo decirle que está usted muy bonita, señorita.

Hester sonrió.

—Muchas gracias, Lucy.

—La vamos a extrañar mucho, señorita—afirmó la doncella un poco emocionada.

—Yo también a vosotros. Sin embargo, estaré muy cerca, prácticamente al final de la calle, así que nos veremos a menudo.

La doncella asintió.

—Cierto, señorita.

Entonces, Hester se giró hacia la muchacha.

—Lucy, quiero darte las gracias por haber sido mi doncella todo este tiempo. Y si algún día necesitas referencias, no dudes en acudir a mí—dijo Hester.

La muchacha asintió.

—Gracias, señorita. Gracias por ser tan buena conmigo.

—No hay de qué.

En ese momento, alguien llamó a la puerta. La sirvienta abrió y fue entonces cuando Hester vio el impecable aspecto de su hermana, que lucía un vestido azul.

—Ya es la hora—anunció—. Estás preciosa, Hester. El teniente se va a quedar deslumbrado en cuanto te vea, ¿verdad, Lucy?

—Desde luego, señora—respondió alegre.

Hester tragó saliva.

—No sé si seré capaz de llegar al altar con las piernas temblorosas.

—No te preocupes, padre te ayudará. No permitirá que te caigas antes de llegar. Está tan entusiasmado, que se ha empeñado en no llevar el bastón.

Hester abrió mucho los ojos, alarmada.

—Pero sin el bastón no podrá caminar bien….

—Tranquila, ya le he convencido de que no haga locuras. Sabes que tengo un gran poder de persuasión—aseveró.

De repente, se oyeron unos pasos que se detuvieron en el umbral de la puerta. Hester vio a sus sobrinos asomados.

—Niños, pasad—les instó.

Los niños iban elegantemente vestidos con trajes azules, igual que su madre. Winnie lucía además un recogido decorado con algunas flores.

—Qué elegantes estáis—afirmó Hester contenta.

Los niños la contemplaron absortos.

—Tú pareces una princesa, tía—dijo la niña.

Hester no pudo evitar ruborizarse.

—Gracias, tesoro—musitó aturdida.

—Bueno, será mejor que nos marchemos. Padre está abajo esperando—intervino Grace.

—¿Y madre?

—Camino de la iglesia con Reggie y John. Te esperamos abajo —respondió Grace, saliendo de la estancia acompañada de la doncella y sus hijos.

Hester aprovechó esos instantes de soledad para echar un último vistazo a la que hasta ahora había sido su habitación. Durante años, había deseado marcharse para ser libre y ahora que lo había conseguido, se vio invadida por la nostalgia. Aquellos muros conocían bien sus alegrías y sus tristezas. Sin embargo, había llegado el momento de emprender un nuevo camino.

Finalmente, se dirigió al vestíbulo, donde aguardaban su padre y su hermana junto a sus sobrinos. En cuanto oyó sus pasos, su padre alzó la vista y se quedó asombrado.

—Hester, tesoro, estás preciosa—dijo con orgullo—. La novia más bonita de Inglaterra. Que digo de Inglaterra, ¡del mundo!

Hester se rio, al igual que Grace.

—Padre, creo que exageras—respondió reuniéndose con él al pie de la escalera.

—¿No estás de acuerdo, Grace?

—Por supuesto que lo estoy—afirmó su hermana—. Y ahora, vámonos. El teniente espera.

Salieron de Charles Court rumbo a la iglesia de Saint James en Picadilly, donde se oficiaría la boda. Hester, sentada al lado de su padre en el carruaje, contemplaba las abarrotadas calles de Londres aquel sábado soleado. La población había aumentado en esos últimos meses con el pleno auge de la Temporada. Afortunadamente, su boda no sería multitudinaria, pues solo habían invitado a las personas más cercanas.

Al cabo de varios minutos, el carruaje se detuvo ante la puerta de la iglesia, una construcción hecha de ladrillo rojo y piedra, con una alta torre donde podía verse un reloj que marcaba en ese momento las doce.

Mientras tanto, en el interior del templo, el teniente aguardaba frente al altar acompañado de Pembroke, que estaba justo a su lado. Llevaba unos diez minutos aguardando a su futura esposa con un cosquilleo en el estómago que no lo había abandonado desde que se levantó aquella mañana. Aunque ahora guardaba silencio, en Primrose House tuvo tiempo de mantener una breve conversación con Pembroke.

—¿Nervioso? —inquirió su amigo detrás de él mientras el teniente se ajustaba el uniforme.

—Demasiado. Espero que sea capaz de pronunciar las palabras adecuadas.

—Recuerda, solo tienes que decir: sí, acepto. Dos palabras, sencillo— respondió Pembroke—. Todo irá bien, ya lo verás, amigo mío. Al fin serás un hombre casado, quién iba a creerlo.

—No me hago a la idea todavía.

Pembroke se rio.

—Bueno, aun no estás casado. Te quedan un par de horas.

De repente, un temor infundado se apoderó de él.

—Thomas, ¿crees que hago lo correcto? ¿Y si ella se arrepiente? A lo mejor se lo piensa y decide no acudir. Va a casarse con un hombre más mayor y lisiado—comentó preocupado—. Hay mejores candidatos que yo.

Su amigo lo miró fijamente.

—En respuesta a tu primera pregunta, sí, haces lo correcto. Adquiriste un compromiso y vas a cumplirlo. Eso siempre es hacer lo correcto. Y respecto a tu otra cuestión: no, Hester no va a arrepentirse.

>>Hester Holland es una mujer con sentido común y con firmes principios. Y no hay otro candidato mejor que tú para ser su esposo. Así que deja ya de menospreciarte, William.

De repente, un ligero estruendo hizo que el teniente regresara al presente. Las primeras notas de la melodía La marcha nupcial de Mendelssohn empezaron a sonar en el interior de la iglesia. Al fondo del largo pasillo, el teniente vio a la radiante novia precedida por sus sobrinos y del brazo del coronel Holland, que caminaba con la ayuda de su bastón.

El ramo de hermosas lilas que portaba realzaba más la belleza de Hester en esos instantes en los que el tiempo pareció detenerse para el teniente. Este notó su corazón latir desbocado y su pulso acelerarse. No sabía bien si era el nerviosismo o la fascinación que su futura esposa le provocaba. Tal vez ambas cosas.

Hester respiró aliviada al comprobar que el teniente estaba esperándola. Los latidos de su corazón se aceleraron al verlo vestido

con su uniforme de gala y el kilt en color azul y verde con el que estaba más apuesto aún. Temió por un momento que él hubiera reconsiderado su idea y hubiera decidido no acudir. Sin embargo, allí estaba. Ella le dedicó una sonrisa, que dejó al teniente cautivado.

Tras unos interminables minutos, Hester se unió a él en el altar. A partir de aquel momento, centraron su atención en el reverendo que comenzó a hablar de las virtudes y las obligaciones del matrimonio.

Hester notó la mirada de su madre, que estaba en primera fila detrás, clavada en ella. Probablemente estaba esperando algún tropiezo, pero no iba a darle esa satisfacción. Hoy era su día y todo saldría bien.

—Hester Ann Holland, ¿aceptas a William James Carmichael como tu legítimo esposo y prometes serle fiel en la riqueza y en la pobreza, en la salud y en la enfermedad, hasta que la muerte os separe? —preguntó el párroco omitiendo el verbo obedecer por petición expresa del teniente.

Hester lanzó una rápida mirada a su futuro esposo, que se tensó.

—Sí, acepto.

El párroco formuló la misma pregunta al teniente, que no se demoró en contestar:

—Sí, acepto.

A continuación, llegó el momento del intercambio de anillos. El teniente colocó el anillo en el dedo anular de Hester mientras pronunciaba sus votos y ella hizo lo mismo al instante con la mirada ligeramente humedecida por la emoción.

Tras esto, llegó el final de la ceremonia.

—Os declaro marido y mujer. Puede besar a la novia —anunció el reverendo, haciendo que los presentes estallaran en júbilo.

Hester se tensó al tiempo que el teniente apartaba el velo de su rostro. Su mirada se fijó en la suya y este se acercó despacio hasta alcanzar sus labios, sellando con un ligero pero dulce beso aquella unión. Hester notó los fuertes latidos de su corazón resonando y una especie de corriente recorriendo su cuerpo.

Cuando el teniente se apartó, se miraron fijamente un poco aturdidos. Sin embargo, la tensión se suavizó cuando se oyeron los aplausos de los invitados.

Se encaminaron hacia la puerta, donde los aguardaban un grupo de oficiales, todos amigos del teniente y subordinados que alzaron sus espadas, creando así una especie de pasillo por el que desfilaron los novios mientras otros invitados lanzaban pétalos de rosas. A continuación, se subieron al carruaje que los llevaría a Charles Court, donde tendría lugar el convite.

—Bueno, ya hemos superado la ceremonia. Creo que ha ido bastante bien —comentó el teniente a su lado.

—Sí, aunque el velo es un poco molesto. ¿Podrías…?

El teniente hizo que se girara y desenganchó la prenda.

—Ya está. ¿Mejor?

—Mucho mejor—respondió Hester, doblando el velo sobre su regazo—. A propósito, ha sido un gesto precioso por parte de los oficiales el alzar sus espadas a nuestro paso.

El teniente sonrió.

—Recuerda que te has casado con un militar. Es la tradición.

—Cierto.

El teniente se recostó sobre su asiento.

—Estoy agotado y aún no ha empezado el convite.

Hester escrutó el rostro de su ahora esposo.

—Pareces cansado. ¿Dormiste mal?

Él suspiro.

—No dormí demasiado.

—Admito que yo tampoco. Demasiados nervios.

—Me ocurrió lo mismo. Al menos esta noche será más tranquila.

Hester se dio cuenta de que esa sería su noche de bodas. Aunque, efectivamente, no ocurriría nada. Tendrían tiempo de sobra para dormir antes de partir a Escocia al día siguiente.

Llegaron finalmente a Charles Court, donde comenzó el convite. En el salón principal se dispuso una mesa alargada a un lado donde se sirvió bebida y comida, mientras en el centro los invitados conversaban.

—Dios mío, no puedo creer que vayas a abandonarme. Formábamos el club de las solteronas, querida Hester. Aunque me alegra que el motivo de tu salida de ese club sea Carmichael—dijo Maude Chambers.

—Pese a que ya no forme parte del club, sabes que eres siempre bienvenida a nuestra casa.

—Lo sé. Así que, oficialmente, Primrose House será tu hogar.

—Así es.

—Exige a William que te reserve sitio para tus libros, porque ahora que no tienes a ya sabes quién velando por tu moral, podrás adquirir todos los que quieras.

Hester se rio.

—Se lo diré.

—¿Qué tienes que decirme? —inquirió el teniente detrás de ella.

Ambas se giraron hacia él.

—Que debes dejarle un sitio privilegiado en tu biblioteca.

El teniente asintió.

—Ya veremos—comentó distraído.

—Oh, vamos, Carmichael, esa biblioteca tiene que aumentar. Tira algún muro —propuso.

—Dañaría mi colección de George Milcott. Y esa colección es sagrada.

—Iremos añadiendo más libros a esa colección —intervino Hester.

Entonces, vieron acercarse a tía Agnes.

—Me ha parecido oír que hablabais de George Milcott. ¿También os gusta tanto como a mi Hester?

Esta sonrió con timidez.

—Tía Agnes, tienes ante ti a dos fieles seguidores de George Milcott.

—Así que tú, querido sobrino, también eres fiel seguidor de su obra.

—Sí, puedo presumir de tener todos sus libros en mi biblioteca.

La tía Agnes asintió.

—Comprendo. —Entonces, se giró hacia el teniente —. Querido sobrino, ¿podrías acompañarme al jardín? Creo que necesito tomar un poco de aire.

—Por supuesto.

Ambos se alejaron en dirección al jardín ante la atenta mirada de Hester.

Afuera la temperatura era sumamente agradable y cálida y la quietud dominaba el ambiente, en contraste con el alboroto del interior. La tía Agnes se acomodó en una silla y el teniente hizo lo mismo. Ante ellos estaba un jardín pequeño pero acogedor, poblado por hermosas flores y un árbol frutal.

—Siempre que vengo a esta casa, viejos recuerdos me asaltan. ¿Sabes? Yo nací aquí, en el segundo piso, en el dormitorio que ahora es de mi hermano.

El teniente asintió sorprendido.

—¿De verdad?

—Así es. Nací una noche de julio muy calurosa. Eso ya denotaba que tendría un carácter algo apasionado —bromeó—. ¿Tú cuando naciste?

—En enero, en la casa de mis padres en Glencoe.

—He oído hablar de Glencoe, dicen que es un lugar muy bonito.

El teniente sonrió.

—Sí, lo es.

—Así que mañana partís a Escocia.

—Sí.

La tía Agnes contempló unos segundos su copa de vino, como intentando ver algo reflejado en ella.

—Habrás notado que Hester es muy tímida. Le abruman un poco las multitudes.

—En eso nos parecemos.

—Entonces, sabrás cuidar de ella. Posee una enorme sensibilidad, pero también una gran fortaleza, aunque a veces no lo parezca. Supongo que te habló de su época en Gales.

—Sí, me contó el motivo de su partida.

La tía Agnes dio un sorbo a su copa.

—Me alegra que te lo contara. Era algo que llevaba muchos años guardando. Llegó allí destrozada, rota por el dolor. Sin embargo, supo reponerse. Por eso digo que es fuerte. Crece ante la adversidad. Y eso en un matrimonio es importante.

—Usted también estuvo casada con un militar, ¿cierto?

—Así es. Al principio, lo acompañábamos en sus traslados, pero a medida que mis hijos crecieron, decidimos que lo mejor era que los niños y yo permaneciéramos en casa. Y las esperas se hacían demasiado largas—afirmó—. Al menos Hester no tendrá ese problema, porque tú trabajas en la Oficina de guerra. Estaréis más tiempo juntos. Es una gran ventaja.

—Eso espero. A lo mejor Hester se cansa de verme todos los días —bromeó.

La tía Agnes se rio.

—Bueno, es posible que alguna vez se canse, pero no creo que mucho —dijo —. Y cuéntame más de ti, quiero conocer bien a mi nuevo sobrino.

A partir de entonces, el teniente y la tía Agnes conversaron animadamente sobre distintos temas. La dama deseaba saber más de ese hombre que había hecho posible que su sobrina pasara por el altar y así también tener la certeza de que su elección había sido la correcta.

Hester, mientras tanto, charlaba con su hermana y su prima, al tiempo que miraba de reojo hacia la puerta del jardín, preguntándose de qué estarían hablando su tía y su esposo.

—Tranquila, tía Agnes no será dura con él. Solo quiere conocerlo —apuntó Grace.

—Desde que se enteró de la noticia, no hace más que hablar del asunto. Quería conocer al teniente cuanto antes. Ya sabes lo mucho que madre te aprecia, Hester —dijo Sharon.

—Lo sé. Aunque no me gustaría que lo espantara con tantas preguntas. Tía Agnes puede ser muy inquisitiva cuando se lo propone —comentó preocupada.

—Descuida, sabe medir sus palabras —indicó Grace.

Al cabo de una hora, vio a ambos aparecer por la puerta del jardín riendo y charlando como si se conocieran de siempre, algo

que serenó la inquietud de Hester, que intercambió una mirada con el teniente.

En un momento dado, Hester se alejó de la multitud y buscó refugio en su cuarto, donde, para su sorpresa, encontró a su madre sentada en el borde de la cama con una copa en la mano.

—Madre, no sabía que estabas aquí.

La señora Holland dio un sorbo a su copa.

—Ni yo que vendrías. Justo iba a ir a buscarte. Tenemos una pequeña conversación pendiente.

Hester se extrañó.

—¿Qué quieres decir?

—Siéntate —ordenó. Hester obedeció, acomodándose al lado de su progenitora—. Debo hablarte de lo que te deparará esta noche. Como esposa, tienes un deber supremo que cumplir.

Hester se revolvió un poco al comprender a qué se refería. No obstante, dejó que prosiguiera.

—Lo primero que debes saber es que te dolerá. Es inevitable. No será en absoluto placentero, te lo aseguro. Sin embargo, la segunda vez será más llevadero. Deja que él te guie y se encargue de todo. Los hombres siempre tienen más experiencia —explicó en un tono frío y solemne.

Hester tragó saliva mientras jugueteaba con un pliegue de su vestido.

—Sí, madre.

Su progenitora se levantó.

—Ocúpate de engendrar pronto un heredero, esa será tu única misión. —La dama comenzó a pasearse por la estancia —. Creo que convertiré este cuarto en una sala de estar o quizás en un vestidor. Aún no lo he decidido.

Hester se sorprendió al darse cuenta de que su partida no suponía ningún disgusto para la señora Holland.

—Madre, ¿te alegras por mí? —inquirió temerosa.

La señora Holland la miró con una ceja alzada.

—Claro que me alegro por ti. Al fin dejarás de ser una solterona y una vergüenza para mí. Este matrimonio significa que todos mis hijos ya se han casado y harán sus vidas —aseveró —. Sin

embargo, te haré una advertencia, Hester: no quiero escándalo alguno, ni huidas. Has adquirido un compromiso de por vida y pase lo que pase, debes cumplir con tu deber. Ya no estarás bajo el amparo de tu padre sino de tu marido. Dependerás de él para todo, no lo olvides.

—Lo sé, es la ley, aunque no esté de acuerdo—replicó molesta.

—Y me he percatado de que en los votos se ha omitido la palabra obedecer. Es un gran gesto por parte del teniente consentirte semejante estupidez, pero no estires demasiado la cuerda, Hester, o podrías romperla. Debes preocuparte de que tu marido este bien y desee estar contigo. Porque si pierde interés en ti, no tendrás otra opción que quedarte a su lado, aunque él se divierta por ahí.

Hester apretó la mandíbula, enfadada.

—Das por hecho que él dejará de quererme.

—El tiempo pasa y los sentimientos cambian, Hester. En todos los matrimonios ocurre.

—Padre nunca ha dejado de amarte y nunca te ha engañado. Siempre ha permanecido a tu lado, con la misma devoción del primer día.

Su madre resopló.

—Hester, siempre has sido una soñadora, una ilusa. Igual que tu padre. Es lo que más odio de su carácter. Habría preferido que me despreciara, sinceramente. Así habría sido todo más fácil.

Hester notó una punzada de dolor en su corazón al oír aquellas duras palabras. Su madre estaba a punto de conseguir que el día de su boda se tornara sombrío y triste. Pero no iba a permitirlo.

—Será mejor que baje, debo atender a los invitados.

Su madre se mostró incrédula.

—Vaya, veo que la vida de casada te ha aportado coherencia. Me alegra saberlo. Ve, querida, nos veremos abajo.

Hester salió de la estancia y bajó al salón donde los invitados charlaban y reían. Qué distinta atmósfera era aquella. La alegría y el júbilo contrastaban con el ambiente casi irrespirable y opresor que

rodeaba a la señora Holland. Tomó una bocanada de aire y respiró hondo, decidida a olvidar aquella desagradable conversación.

La fiesta se prolongó hasta el final de la tarde y fue entonces cuando los contrayentes decidieron marcharse a Primrose House. Los sirvientes habían cargado las pertenencias de Hester en la parte de atrás y los novios se despidieron de sus familiares y amigos.

Hester sintió un hormigueo en las palmas de sus manos mientras se encaminaban hacia Primrose House, adonde solo tardaron unos minutos en llegar.

En cuanto entraron, fueron recibidos por el personal de la casa, entre los que reconoció a la señora Berenson. Hester oteó a los presentes: había dos doncellas, dos lacayos, una cocinera, una ayudante, el ama de llaves y el mayordomo. En total ocho personas de servicio.

—Buenas noches a todos —saludó el teniente.

—Buenas noches, teniente. Si me lo permite, quería hablar en nombre del servicio y darles nuestra más sincera enhorabuena —dijo el señor Berenson.

—Muchas gracias a todos —comentó Hester con timidez.

—Imagino que estarán muy cansados después de un día tan ajetreado. Sus habitaciones ya están preparadas —anunció la señora Berenson.

—Se lo agradecemos enormemente. Ciertamente, ha sido un día lleno de emociones —indicó el teniente.

A continuación, subieron escaleras arriba donde sus caminos se bifurcaron: el teniente se dirigió a un cuarto contiguo acompañado de un lacayo mientras Hester entraba en otro junto a una doncella y la señora Berenson.

Contempló la estancia decorada en tonos cálidos, con una ventana que deba al jardín. Entre el mobiliario se hallaba una cama con dosel, un tocador, dos mesillas y un armario, todo de madera de nogal. Las paredes estaban cubiertas de papel pintado con discretos motivos florales y una coqueta chimenea presidía el lugar.

—¿Está a su gusto, señora? —inquirió la señora Berenson.

Hester asintió.

—Sí. Es una estancia muy agradable.

—Me alegra oírlo. No obstante, si desea que realicemos algún cambio, no tiene más que pedirlo.

—No, así está bien. Lo único que necesito es colocarlo todo en su sitio.

—De eso se encargará Martha, que será su doncella —explicó la señora Berenson señalando a la muchacha de ojos claros y gesto risueño que hizo una reverencia.

—A su servicio, señora.

—Encantada, Martha —respondió —. Mañana ya nos organizaremos antes de mi partida a Escocia.

—Por supuesto, señora. La dejamos descansar. ¿Mañana a qué hora quiere que la despierten? —preguntó la señora Berenson.

—A las siete estará bien. Así tendré tiempo de organizar mi equipaje.

—Muy bien, señora. Que descanse.

—Señora Berenson… —La dama se quedó quieta donde estaba —. Me alegra mucho volver a verla.

La dama sonrió.

—Yo también, señora—respondió.

Ambas se marcharon dejando a Hester a solas en su nuevo cuarto. Lo cierto era que la presencia de la señora Berenson en esa casa le tranquilizaba. Ella conocía bien sus inseguridades y además de mostrarle todos los pormenores de Primrose House, podría también servirle de guía.

Decidió quitarse su traje de novia, colgándolo en el armario y sacó de uno de sus baúles un sencillo camisón de algodón, que se puso enseguida. De repente, dos golpes en la puerta rompieron la quietud del lugar.

—Hester, ¿estás despierta?

Reconoció la voz del teniente al otro lado y acudió a abrir. No obstante, al darse cuenta de que solo llevaba el camisón, se apresuró a coger su bata y se la puso rápidamente. Abrió la puerta despacio y vio al teniente ya sin su uniforme, solo con una camisa blanca y su kilt.

—Lo siento, ¿te he despertado? —preguntó él preocupado.

—No, aun no estaba dormida. ¿Qué ocurre?

—Quiero enseñarte algo, porque seguramente mañana no haya tiempo. Acompáñame, por favor —la instó.

Llena de curiosidad, siguió al teniente, que iba iluminando el camino con una lámpara de aceite. Fueron al piso inferior, donde finalmente se detuvieron ante una puerta de madera de nogal que el teniente abrió.

Entraron en la estancia, que estaba a oscuras. Hester se quedó quieta mientras él iba encendiendo el resto de las lámparas del lugar. Poco a poco la luz se fue abriendo paso, mostrando una gran habitación con las paredes repletas de libros. Hester paseó su vista por la sala sin poder disimular su fascinación.

—Bienvenida a la biblioteca —anunció el teniente —. Quería enseñarte esta estancia antes que el resto, porque sé que se convertirá en tu preferida.

—Es muy grande —comentó absorta.

—Ven, acércate.

Hester acudió a su encuentro junto a una de las ventanas de la sala.

—He pensado que este sería un rincón perfecto para que puedas trabajar, junto a la ventana, para tener más luz—explicó—. Como ves la mesa es amplia y tiene varios cajones para que puedas guardar tus herramientas, tus pinturas, lo que necesites. También he añadido otra estantería para que puedas empezar tu propia colección. Aunque, obviamente, esta biblioteca es tan tuya como mía. Puedes disponer de ella como prefieras.

Hester estaba un poco abrumada.

—No sé qué decir. Es un gesto muy amable por tu parte.

—Mi escritorio es aquel de allí, justo al otro lado, para no molestarte mientras trabajas—indicó—. Si deseas hacer algún cambio o poner la mesa en otro sitio, solo tienes que decirlo.

Hester negó con la cabeza.

—No, así está perfecto. Muchas gracias.

El teniente sonrió.

—No hay de qué.

En ese instante, su vista se detuvo en una de las estanterías donde vio colocado el dibujo que regaló al teniente.

—Ese es…

El teniente miró en su misma dirección y esbozó una mueca de agrado.

—Sí, en efecto. Creo que este es el mejor lugar para un dibujo tan inspirador. Y espero que la colección aumente.

Ella sonrió en respuesta. De repente, el semblante del teniente se tornó serio.

—Hester…

—¿Sí?

—Recuerda que ahora este es tu hogar. Si necesitas algo o piensas que Primrose House puede mejorar en algún aspecto, no dudes en decirlo. Llevo años viviendo solo y estoy acostumbrado a hacer las cosas a mi manera. Espero que comprendas que todo es nuevo para mí.

—Todo esto es nuevo para ambos. Te agradezco que me brindes la libertad para dar mi punto de vista y actuar bajo mi criterio. Aunque ahora mismo, no tengo ninguna sugerencia. Todavía necesitaré un poco tiempo para adaptarme.

—Por supuesto —comentó —. Bueno, será mejor que vayamos a dormir. Nos aguarda un largo viaje.

—Sí. Me marcho entonces. Buenas noches.

—Buenas noches —respondió el teniente, viendo cómo la joven dama salía de la estancia.

Se quedó unos instantes a solas, contemplando la mesa que sería de Hester. Un pequeño cambio que significaba mucho. Sin embargo, tenía el presentimiento de que su esposa iba a ser una bocanada de aire fresco en su hasta entonces anodina y sencilla vida.

Capítulo 23

Tras una mañana algo ajetreada organizando los últimos detalles del viaje, Hester y el teniente partieron hacia Escocia al mediodía desde la estación de King's Cross. Una vez se acomodaron en su correspondiente compartimento, el teniente habló:

—En Glasgow dormiremos en casa de mi prima Gertrude y viajaremos con ella hasta Glencoe. Si todo va según lo previsto, llegaremos esta noche.

—Estupendo—comentó Hester mirando por la ventanilla los abarrotados andenes.

De repente, se oyó un pitido y el tren comenzó a andar, dejando enseguida atrás la estación. El viaje daba oficialmente comienzo.

—Anoche dormí profundamente. De hecho, recuperé el sueño de la noche anterior.

—Me ocurrió lo mismo—respondió él—. ¿Sabes? La noche antes de la boda estuve conversando con los Berenson. ¿Sabías que la señora Berenson es medio escocesa?

—Creo recordar que lo comentó una vez hace años, cuando trabajaba en Charles Court.

—Os tiene en alta estima a tu padre, a tu hermana y a ti.

Hester asintió.

—Nosotros a ella también. Me apenó mucho que se marchara, aunque comprendí su decisión.

—Me puso al corriente de lo sucedido—afirmó—. Mientras que sobre tu madre he oído cosas poco agradables, todo el mundo habla bien de tu padre. Yo siempre he tenido una gran estima por él.

>>Cuando me instalé en Londres, no dudó en venir a visitarme y decirme que podía contar con él si lo necesitaba. Es muy generoso.

—Sí, es así con todo el mundo.

—Es una rara avis en nuestros círculos sociales, donde la gente suele actuar por interés.

—Ciertamente.

—A propósito, me estaba preguntando, ¿de dónde viene el nombre de Hester? Quiero decir, ¿tiene algún significado especial? —inquirió, cambiando de asunto.

Hester se encogió de hombros.

—Bueno, no me lo pusieron por la protagonista de La letra escarlata, si es lo que piensas.

Él se rio.

—Cierto, no lo recordaba. ¿Entonces?

Hester esbozó una media sonrisa al recordar una bonita anécdota.

—Mi madre deseaba que fuera un niño, pero Grace y mi padre querían que fuera una niña. Quedaba poco menos de dos meses para que naciera. Un buen día, mi hermana entró en la biblioteca para mostrarle a mi padre el libro que le había estado leyendo la niñera: se titulada Esther, pero ella lo pronunciaba como Hester. A mi padre le encantó el nombre. Sin embargo, a mí madre le dio absolutamente igual, porque estaba convencida de que sería niño y me llamaría John.

—Pero no fue así.

—No, fui una gran decepción para ella. No puso reparos al nombre, de modo que mi padre y Grace tuvieron plena libertad para decidir sobre el asunto. Así nació Hester Ann, este último en honor a mi abuela materna. Mi padre quiso así congraciarse con mi madre, aunque no funcionó.

—Y tiempo después llegó el ansiado heredero.

—Sí, John siempre ha sido su favorito. Y nosotras la debilidad de nuestro padre —explicó—. ¿Y por qué William James? ¿Tal vez por William Wallace, el rebelde escocés?

El teniente negó con la cabeza.

—Me temo que no debo mi nombre a nuestro héroe nacional. Aunque a los *sassenach* no os guste demasiado.

—¿*Sassenach*? —inquirió con curiosidad.

—Es una palabra que usamos para designar a los ingleses o a los que no sois de Escocia. Puede llegar a ser despectiva, dependiendo de cómo se use.

Hester torció el gesto.

—Espero que no haya sido así en mi caso.

—No, tú eres una buena sassenach. Además, soy medio inglés por parte de madre, así que tengo sangre sassenach corriendo por mis venas. Y respecto a tu cuestión, William es por mi abuelo materno y James por el mejor amigo de mi padre, a quien perdió cuando aún era un niño.

El semblante de Hester se ensombreció.

—Es un bonito homenaje.

—Sí.

—Por cierto, estuviste mucho rato con tía Agnes ayer. ¿De qué hablasteis?

—De cosas nuestras—contestó de forma enigmática—. Tu tía y yo tenemos mucho en común.

Hester alzó una ceja.

—Así que cosas vuestras. Te recuerdo que, al estar casados, compartimos todo, incluso las confidencias—advirtió.

Él se rio.

—Está bien, te lo contaré. Hablamos principalmente de ti.

Hester se sorprendió.

—¿De verdad?

—Sí, me contó anécdotas, me habló de tu buen carácter. Ah, y también hablamos de George Milcott, de Gales, de tu tío Gareth.

Hester notó su corazón encogerse al recordar a su tío.

—Tío Gareth era un buen hombre.

—Eso me pareció. Y creo que entendí un poco porque tu madre no puede soportarla.

Hester se tensó.

—¿Y cuál crees que es el motivo?

—Tu tía es mucho más abierta y alegre que tu madre. Hace que la gente la admire y desee su compañía. En cambio, tu madre despierta todo lo contrario. Yo creo que envidia esa luz que desprende, la forma en que cautiva a todo aquel que la conoce.

Hester miró por la ventanilla, donde solo se veían grandes llanuras.

—Sí, eso creo yo también.

—Y el hecho de que ella te muestre afecto y te defienda siempre creo que aumenta su animadversión. Quizás sienta que la sustituye en el papel de madre.

—Puede ser.

El teniente percibió que Hester escondía algo tras esas escuetas palabras, aunque prefirió no indagar por el momento.

Al cabo de unas horas, Hester se percató de que habían llegado a Escocia cuando el tren empezó a balancearse con fuerza. A partir de ahí, el paisaje cambió por completo, pasando de los amplios páramos a las imponentes formaciones montañosas de roca y hierba.

El tren arribó a Glasgow cuando la oscuridad se cernía completamente sobre la ciudad. En el andén aguardaba Gertrude McGill acompañada de su esposo y un lacayo. En cuanto vio a su primo bajar del vagón fue corriendo hasta él abriéndose paso entre la multitud.

—¡William! —exclamó, lanzándose a sus brazos.

—Gertrude, qué alegría verte—respondió él abrazándola.

—Han pasado muchos meses desde la boda de Alistair. —Se apartó del teniente y reparó en Hester, que se mordió el labio inferior, nerviosa—. Y tú debes de ser Hester.

—Sí.

Gertrude, en un gesto de cariño, la abrazó, dejando a Hester un poco desconcertada.

—Bienvenida a la familia, querida prima.

Hester sonrió emocionada ante su cálida bienvenida.

—Muchas gracias.

Tras las pertinentes presentaciones, se dirigieron al carruaje que aguardaba cerca de la estación y pusieron rumbo a casa de Gertrude. Hester contempló las calles desiertas de aquella inmensa ciudad escocesa surcada por el río Clyde.

Al cabo de unos minutos, entraron en la casa de tres plantas hecha en ladrillo, situada en el distinguido barrio de Hyndland.

—Os hemos preparado un ligero refrigerio, aunque no sé si habréis cenado—comentó Gertrude mientras subían las escaleras hacia la habitación que habían preparado.

—Hemos cenado, pero me ha entrado hambre al llegarme el olor de la comida. Además, Hester no sabe lo bien que cocinas—explicó el teniente.

Gertrude se rio.

—Como sabía que venías, preparé las galletas de jengibre que tanto te gustan. Pero deja que las pruebe Hester, que tú eres capaz de comerte la bandeja entera—advirtió.

Hester se rio sin decir nada en respuesta. Acababa de descubrir que su esposo era célebre por poseer un apetito voraz. Se detuvieron finalmente ante una puerta de madera de nogal, que Gertrude abrió.

—Y aquí tenéis vuestra habitación. Espero que os guste.

Hester y el teniente se miraron alarmados al denotar el singular en aquella frase. Observaron el cuarto con una sola cama de matrimonio, un armario y una mesa.

—Esta es la habitación de invitados, espero que estéis cómodos.

Hester tragó saliva.

—Es usted muy amable.

—¡No me trates de usted! Ahora somos parientes—respondió Gertrude jovial—. Bueno, dejo que os pongáis cómodos. Os esperamos en el comedor.

A continuación, cerró la puerta tras de sí, dejándolos a solas.

—No te preocupes, dormiré en el suelo—dijo el teniente.

Hester negó con la cabeza.

—¡Oh, no, no podría permitirlo! El suelo está duro y frío. No podrás descansar.

—No te preocupes, he dormido en sitios peores.

Entonces, Hester tuvo una idea.

—Puede que sea atrevido lo que voy a decir, pero, pensándolo bien, la cama es lo suficientemente grande para los dos. Podemos poner una almohada y unos cojines entre medias, como una especie de muro. Dormiríamos cómodamente sin problema.

El teniente miró hacia la cama considerando que la estrategia podría funcionar. Lo cierto era que, la idea de dormir en el suelo cuando al día siguiente debían viajar de nuevo, no le agradaba demasiado.

—De acuerdo. Si a ti no te importa.

—No, no hay problema, de verdad. Me sentiría peor si durmieras en el suelo. Somos adultos, sabemos comportarnos. No pasará nada—aseveró aparentando serenidad.

—Está bien. Espero afuera a que te cambies—dijo, saliendo del cuarto.

Hester tomó una bocanada de aire y respiró hondo. No esperaba aquel giro de los acontecimientos, aunque en realidad era algo comprensible. Eran unos recién casados en plena luna de miel. Lo lógico era yacer juntos.

Escogió un sencillo vestido azul, perfecto para una distendida velada en familia. Se cambió rápidamente, dejando que el teniente hiciera lo mismo mientras ella aguardaba fuera. Al cabo de pocos minutos, bajaron al comedor, donde esperaban los McGill.

—Aquí tenéis unos sándwiches y las galletas. También os he preparado un poco de té, para que no se os atraganten—comentó Gertrude sentándose frente a ellos.

—Y dime, Gertrude, ¿dónde están los niños? —inquirió el teniente.

—Han viajado con Caitlyn y padre a Glencoe hace unos días. Es la primera vez en años que tenemos la casa para nosotros solos. No es que no quiera a mis hijos. Tengo dos, ¿sabes, Hester? A veces es duro. Criar a un niño no es nada fácil y menos a dos. Sin embargo, los echo siempre de menos, aunque en ocasiones me saquen de quicio con sus travesuras.

—Ya los conocerás, son buenos chicos—apuntó el teniente.

—Los niños son una bendición. Esperemos que pronto Alistair y Roslyn nos den una alegría a ese respecto—comentó Gertrude—. Y bueno, espero que vosotros también. ¿Tú que preferirías, Hester? ¿Niño o niña?

Hester y el teniente se sintieron un poco abrumados.

—Querida, no los atosigues. Es pronto aun para pensar en ello—indicó el señor McGill.

—Sí, querida prima, todavía es pronto—añadió el teniente apurado.

Tras cenar subieron a la habitación, donde se dispusieron a prepararlo todo para dormir. Como habían hecho anteriormente, cambiaron sus atuendos turnándose, evitando perturbar la intimidad del otro. Una vez estuvieron listos, Hester colocó estratégicamente las almohadas y se acurrucó en un extremo, dándole la espalda al teniente, que iba ataviado con un pijama.

Hester se tensó un poco al notar el peso del teniente sobre el colchón.

—Buenas noches—dijo sin mirarlo.

—Que descanses—respondió él dándose la vuelta y apagando la lámpara de aceite.

A pesar de que el silencio se apoderó de la estancia, Hester fue incapaz de cerrar los ojos. No obstante, el teniente, vencido por el cansancio, se rindió rápidamente al sueño. Notó enseguida la respiración profunda de su esposo, lo que hizo que Hester también acabara cediendo finalmente. Parecía ser que la luna de miel prometía fuertes emociones para su delicado corazón.

Capítulo 24

Glencoe, al día siguiente…

A través de la ventanilla del carruaje, Hester pudo contemplar las majestuosas montañas, los extensos páramos y las casas con tejados a dos aguas a medida que se aproximaban a Glencoe.

Aquel encantador pueblo situado en la desembocadura del río Coe y bañado por la orilla sur del lago Leven, se hallaba en las Tierras Altas escocesas, de las que Hester había oído hablar tanto.

Tras un sueño reparador, pese al nerviosismo inicial, al despertarse Hester se encontró la cama vacía, puesto que su esposo había sido más madrugador y se había levantado antes que ella. Esto ciertamente evitó una situación incómoda.

Finalmente, llegaron a su destino. Niamh House se encontraba a la entrada del pueblo, rodeada de amplias extensiones de tierra. La propiedad hecha de piedra y dos plantas tenía el tejado a dos aguas de color azul, y cerca de allí, había otra vivienda, que según le explicó el teniente pertenecía a sus primos, los Easton.

—Hogar, dulce hogar—comentó Gertrude—. Saludaré a los tíos y luego iremos a Aileen Lodge.

Aquel día veraniego el cielo estaba un poco nublado y soplaba algo de viento frío. Al ver a Hester acurrucarse bajo su capa, el teniente se rio:

—Recuerda que en Escocia solo tenemos dos estaciones: invierno y junio.

Hester esbozó una media sonrisa.

—Ahora compruebo que es cierto.

Agarró la mano de su esposo, que la ayudó a apearse frente a la entrada de la casa, donde en pocos minutos, aparecieron los Carmichael, sus suegros. Hester se puso algo nerviosa ante tan importante encuentro, no obstante, la cálida sonrisa que ambos mostraron serenó su inquietud.

—Bienvenidos—saludó la señora Carmichael, dando un abrazo al teniente. Entonces, miró a Hester—. Es un placer conocerte al fin. Bienvenida a la familia.

Hester tragó saliva, un poco apurada.

—Gracias, señora.

La señora Carmichael agitó la mano, quitando importancia.

—Nada de señora, ahora somos familia, querida. Puedes llamarme Vivien o simplemente, mamá.

Hester notó una cálida sensación en su corazón, poco acostumbrado a esas muestras de afecto.

—Así lo haré.

—Y ahora es mi turno—intervino el coronel Carmichael—. Encantado de conocerte, Hester. A mí puedes llamarme Fergus o papá igualmente.

El hombre le estrechó la mano, sonriente.

—Es un placer.

—Oh, y veo que luces la reliquia familiar—apuntó Fergus.

Hester miró su dedo anular.

—Sí, y lo llevo con mucho orgullo—afirmó para grata sorpresa del teniente, que permanecía a su lado.

—Ya eres una Carmichael de pura cepa, Hester—aseveró Fergus—. Pero pasad, estaréis agotados. Gertrude, ¿vosotros os quedáis también?

—Oh no, tío, nosotros nos marchamos ya, nos esperan en Aileen Lodge.

—Entonces, nos veremos mañana—se despidió la señora Carmichael.

Tras la marcha de los McGill, entraron finalmente en Niamh House. Allí Hester notó la calidez que desprendía aquel hogar, que le resultó sumamente acogedor.

Subieron las escaleras y tras recorrer un corto pasillo, se adentraron en una amplia estancia donde solo había una cama. Parecía ser que volvería a compartir lecho con su esposo, como ocurrió en casa de los McGill.

—Este es el cuarto de Will, pero ahora será el de los dos cada vez que vengáis a vernos—explicó el coronel.

Hester observó la sencilla decoración con paredes recubiertas con paneles de madera, la coqueta chimenea y las hermosas vistas de las montañas que podían contemplarse desde la única ventana que había.

—Bueno, os dejamos para que os cambiéis. La cena estará en unos minutos, le diré a Juliette que os avise—dijo la señora Carmichael.

Cuando se quedaron a solas, se hizo un breve silencio, que el teniente se apresuró a romper.

—Si quieres, puedo salir de la habitación para que te cambies —propuso.

Hester miró alrededor y vio que había un biombo colocado en una esquina.

—No será necesario, puedo cambiarme ahí detrás.

Él asintió.

—Deben haberlo puesto hace poco. Antes no estaba—explicó —. Entonces, me cambiaré yo también.

Hester sacó de su maleta un bonito vestido verde claro y fue detrás del biombo. El teniente hizo lo mismo que ella, dándole la espalda.

—Tus padres son muy amables—comentó Hester, no deseando permanecer en silencio.

El teniente esbozó una media sonrisa.

—Sí, lo son. Estaban deseando conocerte. Para ellos, eres como una especie de milagro. Siempre guardaron la esperanza de que me casaría y al final ha sucedido.

Hester se rio.

—Comprendo.

Cuando el teniente anunció que estaba listo, Hester salió del biombo luciendo su nuevo atuendo.

—¿Vamos? —le instó él.

Bajaron hasta el comedor, donde ya estaba todo dispuesto para la cena. Tras acomodarse y una vez el personal empezó a servir los platos, la señora Carmichael comenzó su interrogatorio.

—Así que eres hija del coronel Holland.

—Sí.

—Naciste en Charles Court, supongo.

—En realidad nací en Bath, en casa de mi tía materna, la señora Wolford, en Queen's Square. Por aquella época mis padres y mi hermana vivían en Bristol. Mi madre fue a tomar las aguas y se puso de parto. Lo cierto es que fue una sorpresa. El único que nació en Charles Court fue mi hermano.

—De modo que tu nacimiento fue algo inesperado.

—Sí, no me esperaban hasta unas semanas más tarde. Me adelanté.

—Aparte de tu tía en Bath, ¿tienes más parientes?

—Mi tío materno, el señor Holbrook, reside en Canterbury, de donde es mi madre. También tiene una propiedad en Londres, pero no tenemos demasiada relación. Mi madre y él no se hablan desde que yo tengo memoria.

Los presentes se mostraron sorprendidos.

—Las relaciones familiares a veces son complicadas—comentó la señora Carmichael.

—Sí.

—¿Y respecto a tu familia paterna?

—Mi padre solo tiene una hermana, vive en Gales. Con ella tengo una relación muy estrecha, a pesar de la distancia—explicó con una sonrisa.

—De hecho, tuve oportunidad de conocerla, madre. Tía Agnes es una mujer muy agradable—intervino el teniente.

—Entonces, tendremos que conocerla nosotros también. Aunque Gales está un poco lejos—apuntó.

—Ya hallaremos el modo—indicó el teniente.

—Respecto a tus hermanos, he conversado en alguna ocasión con tu hermana y debo decir que es encantadora.

—Sí, Grace es muy agradable. Tenemos muy buena relación.

—¿No así con tu hermano, querida? —inquirió con curiosidad.

Hester se encogió de hombros.

—Con John tengo una buena relación, pero no demasiado estrecha. Él siempre está muy ocupado. Además, se casó recientemente, y bueno, está centrado en su nueva vida.

—Eso nos pasa a todos. Incluso a vosotros os ocurrirá—intervino el coronel.

—De modo que, hija de militar y esposa de militar—apuntó la señora Carmichael.

—Y sobrina. Mi tío era el capitán Gareth Sayer—indicó Hester.

En ese momento, el coronel Carmichael abrió mucho los ojos.

—¿Gareth Sayer? ¡Dios santo! Yo coincidí con tu tío en numerosas ocasiones. De hecho, estuvimos en el mismo regimiento un tiempo—explicó. Entonces, miró a su hijo—. Will, el destino ha hecho de las suyas para llevarte ante esta mujer.

—Así que conoció a mi tío—respondió Hester sorprendida.

—Desde luego. Guardo muy buen recuerdo de él.

A partir de entonces, el coronel dominó la conversación, narrándole a Hester anécdotas vividas con su querido tío Gareth. El teniente observó a ambos con deleite. Su esposa parecía haberse ganado el aprecio del coronel gracias a su paciencia y su saber estar, pues escuchaba atentamente las chanzas de su querido padre con una sonrisa en los labios.

Al cabo de unas horas, derrotados por el cansancio del viaje, decidieron que había llegado el momento de entregarse a los brazos de Morfeo cuando la noche se cernió sobre Glencoe. Ya familiarizados con la situación, Hester colocó las almohadas entre ellos a modo de barrera y se puso el camisón al resguardo del biombo.

—Creo que has conquistado a mi padre por completo. Has tenido suma paciencia con él. Cuando se pone a recordar sus batallas, no hay quien lo detenga—comentó el teniente mientras se metía en la cama.

Hester se rio.

—Tu padre es muy simpático y agradable. Y, además, me ha contado muchas anécdotas sobre tío Gareth—explicó—. Ha sido bonito saber que aún hay gente que lo recuerda con afecto.

En cuanto Hester se metió en la cama, el teniente apagó la lámpara de aceite. Ambos se giraron, dando la espalda al otro y rápidamente, cerraron los ojos.

Hester cayó en un profundo sueño que pronto se tornó en pesadilla. En su ensoñación se vio a sí misma siendo niña, presenciando una discusión entre sus padres.

—¡Te odio! Lo peor que pude hacer fue casarme contigo— gritó su madre.

—Clarissa, por favor, no digas eso. Yo te quiero… Por favor…— suplicó su padre.

—¡No te acerques! ¿Cómo puedes ser tan patético, suplicándome? Ya has conseguido que me quede encinta otra vez, y no va a suceder nunca más, nazca lo que nazca. Me repugna cuando me tocas, cuando te siento cerca. ¡Déjame en paz! ¡Ojalá en uno de tus viajes el mar te engulla y nunca regreses! —espetó furiosa.

De repente, la imagen se transformó y el escenario cambió. Su padre y ella estaban en la cubierta de un barco, arreciaba una terrible tormenta y el mar estaba agitado.

—¡Padre! —gritaba la Hester niña desesperada.

Su padre se giró hacia ella, completamente empapado.

—Mi Hester…

En ese instante, una ola gigantesca engulló a su padre. Hester corrió hacía la barra y oteó el océano.

—¡Padre! —lo llamó.

Otra ola más inmensa se la tragó y la escupió en el fondo del océano. Allí vio a su padre inerte mientras ella sentía que se ahogaba.

—¡Hester, despierta!

Abrió los ojos ante la llamada del teniente. Vio su rostro cerca del suyo y sintió sus manos sobre sus hombros.

—Tranquila, era una pesadilla—dijo sobresaltado. Hester tomó una bocanada de aire y respiró hondo, notando su corazón agitado —. ¿Estás bien?

Se incorporó mientras el teniente se sentaba a su lado.

—Creo que sí. Ha sido horrible—respondió aun conmocionada.

—Has comenzado a agitarte y a llamar a tu padre. La pesadilla tenía que ver con él, supongo.

—Sí.

—Si quieres, puedes contármelo…

Hester negó con la cabeza.

—No, prefiero volver a dormir. Mañana nos espera un día ajetreado—respondió, tumbándose—. Buenas noches.

El teniente suspiró.

—Buenas noches.

A pesar de que Hester no había querido dar mayor importancia al asunto, el teniente intuía que su esposa escondía algo doloroso que había preferido por ahora guardar en las profundidades de su alma. No obstante, estaba dispuesto a averiguar qué se escondía tras ese resquicio de oscuridad que veía en la mirada de Hester. Solo necesitaba encontrar el momento adecuado para descubrirlo.

Capítulo 25

Glencoe había amanecido con un espléndido sol y una agradable temperatura, propicia para disfrutar de sus paisajes. Hester abrió los ojos lentamente, poco a poco desperezándose y se dio cuenta enseguida de que su esposo ya no estaba, igual que sucedió la mañana anterior. Miró el reloj que había sobre la mesilla, comprobando que eran las siete.

Se vistió rápidamente y bajó las escaleras rumbo al comedor, donde se encontró a su suegra a punto de desayunar. La señora Carmichael, que estaba hablando con una sirvienta, se giró y sonrió al verla.

—Buenos días, querida.

Hester, un poco apurada, se acercó.

—Buenos días. Lamento haberme levantado tan tarde.

—¡Oh no, querida, no te apures! Aún es pronto. De hecho, yo no he desayunado todavía. Estaba a punto de decirle a Cathy que fuera a despertarte.

Hester miró alrededor.

—¿Dónde están el coronel y William? —preguntó.

—Salieron temprano. Son muy madrugadores. Se levantan pronto, desayunan y se ponen a trabajar en la granja. Cuando está en Londres, William también madruga, incluso en su día de descanso. Aunque supongo que ya lo sabes.

Hester se mordió el labio inferior, nerviosa.

—Por supuesto.

Se acomodó al lado de la señora Carmichael, y a continuación, les sirvieron el desayuno, consistente en unas tostadas, mantequilla, mermelada y té.

—Todo esto lo hacemos aquí, en la granja—explicó la señora Carmichael.

Hester quedó gratamente sorprendida.

—Tiene muy buen aspecto. —Untó un poco de mantequilla y mermelada sobre el pan, y en cuanto notó el sabor dulce y tierno en su paladar, esbozó una mueca de agrado—. Delicioso.

La señora Carmichael sonrió.

—Antes de volver a Londres, os daremos unos cuantos tarros de mermelada. Es nuestra especialidad. La vendemos en los mercados de los alrededores.

>>Son pequeños ingresos, pero bienvenidos siempre. No es que tengamos apuros. La pensión de Fergus es holgada y también yo heredé por parte de mi familia una propiedad que tenemos en alquiler. Mis inquilinos son una acaudalada familia norteamericana que paga religiosamente.

>>Además de eso, hay cuatro propiedades más aquí en Glencoe con sus respectivos terrenos que arrendamos desde hace años a varias familias de la zona. Son propiedades compartidas con los Easton. Y eso también nos aporta buenos ingresos.

>>Sin embargo, siempre está bien tener ahorros por si vienen tiempos difíciles. También para el alimento de los animales y el jornal de los trabajadores. Eso siempre debe estar cubierto.

—Por supuesto.

—Te cuento todo esto porque, algún día, esto también será tuyo. Y no sé cuánto tiempo más nos quedaremos en este mundo. La edad va haciendo estragos.

Hester torció el gesto.

—Creo que exageras.

—Ni mucho menos, querida. Fergus y yo tenemos nuestros achaques. Por ejemplo, cuando volví de mi último viaje a Londres, sentí como si un tren me hubiera arrollado. Ya no es como antes. Y Fergus hace mucho que no realiza viajes largos. Le agotan terriblemente. Luego están sus problemas de espalda, de riñón. Han sido muchos años trabajando tanto en el ejército como en la granja. El médico le ha dicho que deje ya de trabajar, pero él se niega.

—¿Y eso por qué? Podría delegar en alguien más joven.

—Él argumenta que se moriría del aburrimiento metido todo el día en casa. Le gusta atender a sus animales y cuidar de sus hortalizas—explicó.

—En ese aspecto le entiendo.

—Siempre he creído que dejará este mundo el día que no pueda trabajar más en la granja. Prefiero que muera haciendo lo que le gusta—afirmó. Entonces, la señora Carmichael decidió cambiar de asunto—. Y ahora, hablemos de lo que nos deparará la jornada.

>>Primero, debemos ir a visitar al resto de la familia, para que te conozca. Después, nos acercaremos con Roslyn a Fort William, donde visitaremos a la modista y haremos algunas compras.

—¿Fort William?

—Es la ciudad más cercana, allí hay de todo. Queríamos recoger unos adornos florales que encargamos para la fiesta. Aunque si no te agradan, podemos cambiarlos.

—No, seguramente estén bien.

—No quiero que te conformes, Hester. En esta casa, todos podemos dar nuestra opinión. Eres una Carmichael y si algo no te gusta, debes decirlo—replicó la señora Carmichael.

A Hester le agradó aquel comentario.

—Así lo haré—respondió.

Minutos después, la señora Carmichael fue a cambiarse y Hester decidió esperar fuera. Salió de la casa y contempló lo que sus ojos alcanzaban a ver: las montañas lejanas y las explanadas repletas de cultivos.

—¡Buenos días! —saludó el teniente detrás de ella.

Hester se giró y se sonrojó al contemplar su sonrisa, que parecía más brillante y jovial. El teniente caminaba junto a un caballo, que llevaba agarrado de las riendas.

—Buenos días. No te vi al despertarme.

—Lo siento, es que era demasiado temprano y pensé que preferirías descansar un poco.

Hester asintió meditabunda.

—¿Dónde has estado?

—He ido a cabalgar un poco. Echaba de menos este paisaje.

Hester paseó su vista alrededor.

—Es muy hermoso.

—Ahora iré a ayudar en la granja. Supongo que te irás con mi madre a Aileen Lodge, ¿verdad?

—Sí. Después iremos a Fort William.

—Te gustará, es una ciudad grande.

—Sí, supongo—respondió con timidez.

—¡William, querido! Debo regañarte por desatender a tu Hester. Podrías haberte quedado más tiempo en la cama, lo habríamos entendido perfectamente—comentó la señora Carmichael con picardía, ya lista para la partida.

Hester se sonrojó al tiempo que el teniente agachaba la mirada.

—Hester estaba cansada, madre. Ha sido un viaje largo. Prefería que descansara hoy, teniendo en cuenta que mañana tendremos una gran fiesta, ¿verdad? —inquirió, mirando a su esposa.

—Sí, por supuesto—se limitó a responder.

—Bueno, marchémonos, querida, o se nos hará tarde. Recuerda que hoy almorzareis solos, hijo.

—Descuida. Que disfrutéis de las compras—contestó él, alzando el ala de su sombrero.

Hester siguió a la señora Carmichael hasta el carruaje y una vez subieron, este partió hacia Aileen Lodge, que estaba muy cerca. Allí fueron recibidas de forma abrumadora por la cálida familia Easton: Alistair, su esposa Roslyn y las hermanas Easton junto a su prole. Enseguida, Roslyn la hizo sentir bienvenida entre extraños, pues ambas también padecían una timidez crónica y eran las recién llegadas a la familia.

—Bienvenida a esta ruidosa familia, Hester—bromeó Alistair con una encantadora sonrisa.

—Hermano, tampoco somos tan ruidosos. No espantes a la pobre muchacha—le recriminó Gertrude, haciendo reír a Hester.

—Bienvenida, Hester. Soy Roslyn, la esposa de Alistair. Sé que eres amiga de Maude.

—Sí, Maude me habló mucho de ti. Es un placer conocerte al fin.

—Y enhorabuena por la boda. Fue una lástima no poder ir, pero en Glasgow teníamos asuntos pendientes que atender.

—Es comprensible.

—Me dijo Gertrude que os alojasteis en su casa.

—Sí, así es.

—Imagino que no pudiste ver Glasgow en todo su esplendor. La próxima vez, si vais más días, os daremos alojamiento en nuestra casa y te enseñaremos la ciudad.

—Eres muy amable, Roslyn. Si no me equivoco, tú también eres escocesa, ¿cierto?

—De Callander. Cerca de Edimburgo.

—Supongo que te integraste rápido en la familia.

—Sí, bueno, como le ocurre a todo el mundo. Al principio, todos son cambios, pero al final creas tu propio hogar. Los Easton y los Carmichael son dos familias acogedoras y vivaces. En mi caso, mi madre también es inglesa, como la señora Carmichael. Para ellas fue difícil al principio, por la diferencia de carácter y un poco el estilo de vida. Sin embargo, ambas consiguieron ser muy felices aquí. No obstante, la mayor parte del tiempo estaréis en Londres, supongo.

—Sí, estaremos cerca de mi antigua casa, de hecho.

—Entonces, el cambio no será brusco. Suelen decir que William es el más sassenach de la familia, por la de años que lleva viviendo en Inglaterra—comentó divertida.

Hester se rio.

—Imagino que ha adquirido muchos usos y costumbres inglesas.

—Sin embargo, tiene alma de guerrero escocés

Hester esbozó una media sonrisa.

—Eso es verdad.

Al cabo de un par de horas, las tres se dirigieron a Fort William, donde pasarían el resto del día hasta el atardecer. Durante el largo camino, Hester se quedó absorta contemplando el bello paisaje que se abría a su paso: espesas arboledas flanqueaban el camino de tierra, por donde a veces se asomaban las aguas azul oscuro del fiordo de Linnhe.

Pocos minutos antes de llegar, el camino se transformó en un sendero rodeado de páramos solitarios. Tras subir una pequeña colina pudieron contemplar la ciudad, situada a orillas del fiordo, en todo su esplendor.

El carruaje se adentró en las calles de Fort William, que estaban bastante transitadas a esa hora del día, pues había mercado. Una vez el cochero detuvo el coche en una de las avenidas principales, la señora Carmichael dio instrucciones de que aguardara, pues no se demorarían mucho.

Primero fueron a recoger unos vestidos, y a continuación, visitaron una floristería. Allí Hester contempló con deleite los hermosos adornos florales engarzados con lazos de seda y hojas de distintas plantas. Unas coloridas combinaciones que iban desde el rosa hasta el azul.

—Son preciosos. Gracias por encargarlos.

—¿Te gustan? Podemos encargar otros con otra flor que te guste más. Mañana los llevarán a Glencoe a primera hora, aún estamos a tiempo—insistió la señora Carmichael.

—¿Qué flor es esta? —inquirió, al ver un adorno cuya flor era de color blanco.

—Es brezo blanco, es una flor que crece en las Tierras Altas. Se emplea en las bodas porque dicen que trae buena suerte—explicó Roslyn.

Hester observó meticulosamente la flor.

—Es preciosa. Me encanta—afirmó con una sonrisa.

Horas más tarde, tras dar un largo paseo por la ciudad, regresaron a Niamh House, donde aguardaba la familia Easton al completo para compartir con ellos una animada velada. Hester se acomodó entre Roslyn y su suegra, y frente a ella se hallaban el teniente y Alistair.

—Esos dos se volvieron inseparables desde el mismo día que nació Alistair—explicó la señora Carmichael—. Se llevan casi diez años de diferencia, pero William siempre sintió un afán protector hacia Alistair. Y Alistair lo seguía a todas partes desde que gateaba. Han formado una unión inquebrantable desde entonces.

>>Uno de los momentos más tristes y difíciles para los Carmichael fue cuando murió mi querida cuñada, que Dios la tenga en su gloria. Durante un tiempo, nos trasladamos a Glasgow para ayudar a mi cuñado, que estaba devastado por la pérdida. Las niñas eran jóvenes y Alistair era muy pequeño. Fergus se hizo cargo del

negocio, mientras yo me encargaba de la casa y de mis sobrinos. Fue una época dura, pero para eso está la familia, para ayudarnos en lo bueno y en lo malo.

Hester se conmovió ante esta historia.

—¿Y el señor Easton consiguió salir adelante? —inquirió, mirando al caballero, que conversaba con Fergus Carmichael.

La señora Carmichael suspiró.

—Digamos que sobrevivió. Para él, su esposa lo era todo. Se casaron muy enamorados y lo siguieron estando hasta el final. Mi cuñada era un ángel. La persona más bondadosa que he conocido. Y muy alegre. Alistair se parece mucho a ella.

>>Cuando oficialmente Fergus me presentó a su familia y anunció su intención de casarse conmigo, ella me hizo sentir como parte de la familia desde el primer momento. Porque con mi suegra fue un poco complicado.

—No obstante, Fergus te regaló su anillo de pedida. Pensaba que ella estaba de acuerdo —apuntó Hester.

—Sí, es cierto. Sin embargo, al principio tuvo muchas reservas —afirmó—. Verás, el bisabuelo materno de Fergus fue parte de los rebeldes que sufrieron la terrible represión tras la rebelión jacobita. Murió ahorcado y sus bienes fueron requisados por el ejército inglés.

>>Así que, cuando Fergus decidió casarse con una inglesa, mi suegra, que había oído la historia de su abuelo, guardaba mucho rencor a los ingleses, como es lógico. Sin embargo, pronto se dio cuenta de que yo no era una casaca roja y que tan solo era una inocente muchacha de veinte años que se había enamorado de su hijo.

—En Callander también oímos historias de la rebelión y hay gente que guarda mucho rencor a los ingleses. Pero, como dice mi padre, debemos mirar hacia delante—intervino Roslyn.

—Pues como os decía, costó un tiempo que me aceptara. Mi suegro en cambio fue distinto, fue un gran aliado. Era tan bueno y noble.

—¿Y qué opinó tu familia? —preguntó Hester con interés.

La señora Carmichael se encogió de hombros.

—Mi padre estuvo de acuerdo en cuanto conoció a Fergus y mi madre tampoco puso impedimentos. Su mayor temor era que me quedara soltera y ya pensaban que con veinte años nadie querría casarse conmigo.

—Yo oficialmente era una solterona a mis veintiocho años— aseveró Hester.

—Un caballero puede permanecer soltero hasta los cincuenta si quiere, y nadie dice que es un solterón, ni lo aíslan socialmente ni lo miran con lástima. En cambio, una mujer que permanece soltera es tratada con desprecio. Nunca podré entender esa doble moral— protestó Roslyn.

—No puedo estar más de acuerdo. Incluso dentro de nuestras propias familias sufrimos desprecio por nuestro estado civil—añadió Hester con pesar, detalle que no pasó desapercibido para la señora Carmichael.

—Parece que hasta que no te casas, no existes para el mundo —indicó Roslyn.

—Supongo que con el tiempo eso irá cambiando. Esa es la esperanza que tengo. Aunque no creo que lo vea, probablemente vuestras hijas sean las que provoquen el cambio en la sociedad— apuntó la señora Carmichael.

De repente, el rostro de Roslyn palideció.

—Hace un poco de calor aquí, ¿verdad? —comentó ligeramente sofocada.

—¿Te encuentras bien? —inquirió Hester preocupada.

—Creo que iré a tomar un poco de aire. Aquí hace mucho calor.

Al levantarse, su vista se nubló y se desvaneció. No llegó al suelo porque Hester la agarró con fuerza. Esto generó un enorme revuelo en los presentes, tanto fue así que Alistair y el teniente cruzaron al otro lado de la mesa a toda prisa.

Alistair cogió a su esposa en brazos y siguiendo las indicaciones de Fergus, la llevó al salón contiguo, donde la tumbó en un sofá.

—Roslyn, mi amor, despierta—pedía, acariciando su rostro.

—¿Qué ha ocurrido? —inquirió el teniente.

—Se puso pálida de repente. Dijo que quería salir a tomar un poco de aire y al levantarse, se desmayó—explicó la señora Carmichael.

Hester recordó un hecho acontecido tiempo atrás. Grace llevaba unos meses casada y se encontraban en el salón de Charles Court conversando, cuando de repente su hermana comenzó a sentirse indispuesta y se desmayó. Se armó un gran revuelo, con un escandaloso sermón de su madre incluido, sin embargo, descubrieron enseguida la maravillosa causa de aquel desmayo.

—Puede que esté…—comentó de repente, haciendo que todos centraran su atención en ella.

La señora Carmichael comprendió enseguida la situación.

—Encinta—añadió con una sonrisa.

Alistair y el teniente se quedaron atónitos.

—¿Es eso posible? —preguntó Alistair alarmado.

El coronel Carmichael se rio.

—Pues depende del empeño que hayas puesto, querido sobrino—bromeó.

Hester y el teniente se rieron discretamente, mientras la señora Carmichael lo reñía.

—Fergus, no seas grosero.

—Lo mejor será que el médico lo confirme—indicó Hester.

En ese instante, Roslyn despertó.

—¿Qué ha pasado? —preguntó intentando incorporarse.

—Te has desmayado, *mo gradh*—replicó Alistair, aferrándose a la mano de su esposa.

A Hester le enterneció enormemente ese gesto lleno de amor.

—Comprendo—comentó meditabunda—. Alistair, yo…

De repente, el teniente se percató de la situación y decidió que debían salir todos de la habitación.

—Dejémoslos a solas. Vamos—ordenó.

A continuación, se dirigieron al comedor, donde el resto de la familia aguardaba noticias. Tras afirmar que todo estaba bien, prosiguieron la conversación hasta que Alistair irrumpió en la estancia acompañado de Roslyn y confirmaron lo que todos

sospechaban. Esa semana Roslyn había acudido al médico por unas náuseas y este había dado su diagnóstico.

La atmósfera se tornó más alegre aún, incluso la señora Reid, una de las hermanas de Alistair, tocó el piano del salón para deleite de todos, que se animaron a cantar canciones escocesas tradicionales.

Hester se sentía un poco extraña entre tanto júbilo, acostumbrada a ambientes más solemnes. Sin embargo, le agradaba la calidez de aquel hogar.

Agotada tras un ajetreado día, subió a la habitación antes que el teniente, pues él se había quedado conversando en el salón. Se metió bajo las sábanas, entrando en calor enseguida. A pesar de ser verano, las noches allí eran sumamente frías.

Esbozó una sonrisa al recordar la animada velada que había culminado con una agradable sorpresa. Se había sentido apreciada entre todos esos extraños que la habían recibido en su seno como a una más. Era como si un hermoso hechizo hubiera transformado su pasado más sombrío en un bonito presente y en un prometedor futuro.

No obstante, la punzada de la culpabilidad asoló su corazón. Lástima que su matrimonio fuera una farsa y que ella no fuera una Carmichael de verdad. Sabía que en cuanto regresara a Londres, el hechizo escocés se rompería.

Capítulo 26

Eran alrededor de las cinco de la mañana cuando Hester se despertó. La tímida luz del amanecer se asomaba por la ventana, iluminando tenuemente la habitación. A su lado, vio al teniente plácidamente dormido.

Se levantó sigilosamente y tras vestirse despacio para no hacer ruido, salió de la estancia. Bajó las escaleras y se dirigió a la entrada de la casa envuelta en su chal.

En cuanto salió de la casa, notó cómo una suave brisa acariciaba su cabello suelto, mientras contemplaba el paisaje montañoso. Percibió el aroma a humedad y tierra mojada que flotaba en el aire. Cerró los ojos unos instantes, dejándose envolver por la quietud del lugar en esa tierra mágica donde habitaban hadas, duendes y guerreros.

—Buenos días. Veo que hoy tú también has madrugado— comentó el coronel Carmichael detrás de ella.

Hester abrió los ojos, sobresaltada ante la repentina aparición.

—Buenos días—saludó apurada—. Espero no haberte despertado.

—No, tranquila. Yo suelo estar en pie a esta hora. Las viejas costumbres nunca se pierden—afirmó—. Supongo que no habrás desayunado nada.

—No, aún no. Pero no te molestes…

—Vamos, entra. Lo mejor para comenzar la jornada es un buen desayuno.

Hester acompañó a su suegro hasta la cocina, donde el hombre le preparó una taza de té y le sirvió unas tostadas.

—Muchas gracias, Fergus.

—No hay de qué—respondió, sentándose frente a ella—. Lamento que no desayunemos en el comedor, pero aquí es donde suelo desayunar.

—No importa. Aquí está bien.

—Supongo que estarás acostumbrada a otra forma de hacer las cosas, teniendo en cuenta que vienes de una gran casa.

Hester se encogió de hombros.

—Las cocinas son iguales en todos los sitios: pequeñas o grandes, mejor o peor equipadas. Pero de aquí comemos todos, ricos y pobres.

El coronel asintió.

—Tienes toda la razón.

Comenzaron a degustar el desayuno y el coronel volvió a hablar:

—¿Has conseguido dormir? Veo cansancio en tus ojos.

Hester suspiró.

—Sinceramente, no he podido conciliar el sueño.

—No debes estar inquieta. Hoy solamente celebraremos que William al fin se ha casado. Es la noticia más importante de Glencoe. Bueno, de toda la zona—explicó divertido.

—Lo sé. Es que han sido muchos cambios. He pasado de una vida tranquila en Londres, a conocer a mucha gente nueva y ser protagonista de un evento.

—¿Londres y tranquila en una misma frase? Sorprendente—comentó incrédulo.

—Sí, ciertamente ese calificativo no es del todo acertado. Sin embargo, mi vida no era demasiado emocionante.

—Bueno, ahora vivirás la gran aventura del matrimonio. En ella hay días buenos, días malos y días terribles. No obstante, es una experiencia bonita en conjunto. Yo no cambio mi vida junto a Vivien y mi William por nada. Aunque hayamos sufrido mucho en el camino —afirmó meditabundo—. Supongo que William te habló de su regreso de la guerra, de cuando estuvo prometido.

—Sí, me habló de ello. Debisteis sufrir mucho por él.

—El dolor de un hijo es mayor que el propio. Cuando me avisaron de que lo habían herido, le pedí a Dios que, si había llegado su hora, que me llevara a mí en su lugar. No deseaba sobrevivir a mi hijo—explicó con un atisbo de pesar en su voz—. Y debe ser que me escuchó, porque cuando llegué al hospital de campaña, William

estaba vivo. Me daba igual si no podía caminar de nuevo, al menos deseaba que viviera a nuestro lado.

>>Y cuando regresamos y recibió esa maldita carta desde Londres… La quemé en cuanto pude. No quería rastro alguno de esa… Prefiero no recordar ni su nombre—espetó molesto.

Hester tragó saliva mientras acariciaba el borde de su taza, que aún estaba caliente.

—Es mejor dejar el pasado atrás. Debemos vivir el presente y mirar hacia el futuro.

—Tienes razón, eso pasó hace mucho tiempo y William te ha encontrado. No sabes la alegría que nos llevamos cuando nos escribió para contárnoslo, Hester. No te conocíamos, pero ya te queríamos como a una Carmichael más. Has sido una bendición para él. Yo pensaba que mi hijo se quedaría solo en este mundo cuando nos marcháramos, pero por suerte no será así—dijo apretando su mano, que estaba sobre la mesa. Hester sintió como si fuera su propio padre quien estuviera ahí—. Por favor, prométeme que cuidarás de él. William parece fuerte, sin embargo, tiene un corazón frágil y te necesita más de lo que él es capaz de admitir.

De nuevo, el sentimiento de culpa regresó con más fuerza. Si el coronel supiera la verdad quizás no la miraría como a una hija, sino como a una oportunista. Tragó saliva, nerviosa, aunque respondió con firmeza, porque, al fin y al cabo, ambos cuidarían mutuamente del otro. Eran aliados en un matrimonio de conveniencia.

—Así lo haré.

El teniente despertó alrededor de las seis, cuando ya había amanecido. Se estiró con delicadeza para no privar a Hester de su sueño, sin embargo, al girar la cabeza, se dio cuenta de que ella no estaba. Frunció el ceño, extrañado, de modo que se vistió rápidamente y bajó al comedor, donde no había nadie.

Fue entonces a la cocina, y allí estaba la cocinera, la señora Elwes, una mujer rechoncha y entrada en años, que lo conocía desde niño.

—Buenos días, señora Elwes.

—Buenos días, señor.

—Por casualidad, ¿ha visto a mi esposa?

La señora Elwes esbozó una sonrisa.

—Está en el corral con su padre. Hoy se ha levantado muy pronto.

El teniente se sorprendió, no obstante, decidió ir a buscarla.

—Gracias, señora Elwes.

—A propósito, ¿va a desayunar ahora?

—Sí, volveré enseguida.

Salió de la cocina por una puerta que daba al patio, que conectaba directamente con el corral. Allí vio a las gallinas comiendo, pero ni rastro de Hester. De repente, oyó unas voces familiares cercanas que provenían de uno de los establos.

—Ahora estira hacia abajo y saldrá la leche—indicó el coronel Carmichael.

El teniente vio al fin a Hester sentada al lado de una de las vacas de la granja. Entre sus piernas había un cubo colocado y a ritmo suave iba poco a poco apretando la ubre de la vaca, consiguiendo llenar el cubo de leche. Hester sonreía feliz ante su logro.

—¡Bien hecho! Creo que con un poco más podremos hacer queso—dijo el coronel.

—¿De verdad? —inquirió emocionada.

—Sí, pero hay que conseguir un poco más. Claudine está colaborando. Creo que le has caído bien.

Hester se rio.

—Eso espero.

El teniente no pudo evitar esbozar una media sonrisa ante la complicidad que mostraban su padre y Hester.

—Buenos días a los dos—interrumpió.

Hester y el coronel lo miraron.

—Buenos días, hijo. Como ves, tu esposa ya ha empezado a familiarizarse con el trabajo en la granja—explicó orgulloso el coronel—. Ha dado de comer a las gallinas, está ordeñando una vaca y ahora iba a enseñarle los cultivos.

—Vaya, sí que te has debido levantar temprano, Hester.

Ella se encogió de hombros.

—Sí, esta vez he madrugado.

—Bueno, hijo, si no te importa, aquí tenemos que seguir trabajando—le indicó el coronel.

El teniente puso un fingido gesto dramático.

—¿Estás insinuando que estorbo, padre?

—¡Pues sí! No tenemos la culpa de que seas un dormilón. Desayuna y vete a cabalgar, como hace la gente importante de Londres. Nosotros seguiremos trabajando un poco hasta que tu madre venga a buscar a Hester.

Hester se rio discretamente al ver como su marido torcía el gesto como un niño pequeño que ha recibido una regañina.

—Está bien, me iré. Ya veo que Hester puede defenderse.

—Y bastante bien, ¿verdad, querida nuera?

Hester sonrió.

—Sí.

El teniente se rio.

—Vaya dos os habéis ido a juntar. Os veré más tarde.

Dicho esto, se alejó de allí, de regreso a la cocina. Después de terminar de guardar la leche, Hester acompañó al coronel hasta un amplio terreno lleno de cultivos de diferentes hortalizas. Escuchaba al coronel atentamente, mientras este le contaba las distintas etapas de la cosecha y los cuidados de los cultivos.

Para Hester todo aquello sonaba como una lengua desconocida o antigua, pues estaba acostumbrada a las comodidades de la gran ciudad. Sin embargo, allí en mitad del campo, conversando con aquel envejecido caballero, sentía que aprendía mucho más de la vida y del mundo. Que más allá de las ciudades había otros lugares donde el tiempo iba más despacio, donde todo se apreciaba de un modo distinto.

Tras desayunar, el teniente se reunió con Alistair para ir a dar un paseo a caballo. El paisaje, dominado por las montañas al fondo, presentaba frondosas arboledas y verdes prados bañados por el radiante sol.

Cabalgaron por la orilla del río Coe, cuyas aguas se deslizaban entre las rocas creando un placentero sonido. Finalmente, se detuvieron para descansar un poco a la sombra de un árbol.

—¿Y cómo se encuentra Roslyn? —inquirió el teniente mientras esperaba a que su caballo bebiera.

—Mejor, aunque ha tenido nauseas esta mañana. Dicen mis hermanas que es lo normal—comentó preocupado.

El teniente le dio una palmada en el hombro.

—Tranquilo, Roslyn es fuerte. Y confía en la palabra de tus hermanas, ellas han pasado por lo mismo y son quienes mejor pueden aconsejaros.

—En eso tienes razón—respondió. Entonces, decidió cambiar de asunto—. ¿Y tú cómo estás? No hemos podido hablar a solas de cierto asunto del que todos hablan.

—Hester, claro.

—Naturalmente.

El teniente suspiró.

—Bien, supongo. La situación aún es un poco extraña. No me he hecho a la idea de que soy un hombre casado.

—Pero en realidad no es del todo cierto. Ante la ley estás casado, sin embargo, ante Dios…

—Nos casamos en la casa del señor, Ali—apuntó.

—Ya sabes a que me refiero. Vuestro matrimonio es una farsa, William.

—Espero que solo tú lo sepas—advirtió serio.

—En realidad, Roslyn también lo sabe. —Justo cuando el teniente iba a lanzarle una reprimenda, Alistair añadió—. No obstante, mi esposa es una tumba.

El teniente torció el gesto.

—Eso espero.

—Oye, ¿es cierto que dormisteis en la misma habitación en casa de Gertrude?

—Me temo que es cierto. Y en Niahm House también.

Alistair se quedó sorprendido.

—Una situación incómoda y tentadora a la vez.

—Puede que al principio fuera incómoda, pero hemos hallado un método que nos resulta a los dos confortable y que no implica dormir en el duro suelo. Para mí es como dormir con una hermana, así que no es en absoluto tentador—explicó tan tranquilo.

—Vamos, William, Hester es una mujer atractiva e inteligente. Creo que podría tentarte perfectamente.

—En absoluto. Ambos hemos llegado a un acuerdo beneficioso y seguiremos como hasta ahora. En Londres dormiremos en habitaciones separadas, cada uno hará su vida y nos haremos grata compañía.

Alistair alzó una ceja.

—Qué aburrido suena eso. ¿Y qué ocurre si alguno de los dos se enamora del otro?

—Eso no está contemplado porque simplemente no va a suceder.

—Yo no descartaría esa posibilidad.

—Reitero que eso no sucederá. Así que no hay de qué preocuparse. ¿Volvemos? —zanjó, subiendo a su caballo.

Alistair siguió a su primo con gesto meditabundo mientras el teniente trataba de borrar la absurda idea que su primo había planteado. ¿Enamorarse Hester de él? Imposible. Si viera sus horribles cicatrices, saldría huyendo horrorizada. ¿Y él podría enamorarse de Hester? Tampoco. Hester estaba lejos de ser su ideal de mujer. No obstante, en ella había encontrado una grata compañía. Solamente eso.

Capítulo 27

En cuanto la tarde cayó sobre Glencoe, la fiesta en honor al enlace del teniente Carmichael dio comienzo. En el gran jardín de Niahm House se había dispuesto una mesa alargada con abundante comida y bebida, se habían colocado sillas repartidas en diferentes lugares para que los invitados pudieran acomodarse, y en un rincón había una pequeña orquesta formada por celebres músicos de Glencoe que amenizaba con su música el evento.

En el centro los invitados bailaban típicas danzas escocesas mientras otros charlaban en grupos. Hester era el tema principal de todas las conversaciones. Era la gran desconocida del clan, la sassenach que había conseguido cazar al soltero de oro de Glencoe.

—Así que hija de un militar, ¿verdad? —inquirió una vecina anciana.

—Sí, señora MacDugall.

—¿Y en qué guerras ha luchado tu padre? Porque aquí tenemos al teniente, que guerreó en… ¿cómo se llama ese sitio? ¿Ese que está tan lejos?

—China, madre—le corrigió su hija, la señora Guiness, una respetable dama que rondaba los cuarenta.

—No entiendo por qué se tuvo que ir tan lejos. Allí no se nos ha perdido nada. Esos señores que arreglen sus asuntos—comentó la anciana.

—No es tan sencillo, madre. Si fuera así, no habría guerras—apuntó la señora Guiness.

—Eso es cierto. Y respecto a su pregunta, mi padre participó en la guerra de Crimea y en la primera guerra anglo-china—explicó Hester.

—Oh, debió de ser terrible tener a su padre tan lejos y expuesto a los peligros de la guerra. Supongo que su pobre madre sufriría terriblemente—comentó la señora Guiness.

Hester agachó la mirada.

—Sí, terriblemente—musitó.

—¡Hester! —dijo alguien a su espalda. Se giró y vio a Alistair sonriendo—. ¿Me concedes este baile?

La dama se sonrojó.

—Oh, yo no soy una buena bailarina. De hecho, soy bastante torpe. Probablemente te pisaré—respondió apurada.

—No te preocupes. Soy experto en esquivar pisotones—afirmó guiñándole un ojo y haciendo que Hester se riera.

—Está bien—cedió.

Ahora comprendía porqué Alistair había conquistado a la tímida Roslyn. Simplemente, desprendía encanto por cada palmo de su piel. Agarró la mano del caballero y se dirigieron al centro, donde él fue explicándole los pasos. Con cierta torpeza, Hester siguió su ritmo, dejándose envolver por la música y el júbilo que la rodeaban.

En otro rincón, el teniente contemplaba a su esposa divertido, con una mirada llena de ternura. Probablemente, si estuviera allí la señora Holland, ya estaría protestando, diciendo que ese baile y el hecho de que Hester levantara ligeramente su falda era indecoroso, impropio de una señora. Sin embargo, nadie allí diría nada. Hester podía ser libre al fin.

Inclinó la cabeza, observando cómo sus mejillas se sonrojaban y su mirada se iluminaba, lo que la convertían en una especie de hada llena de encanto, añadiendo además al conjunto su precioso vestido azul celeste, que se adaptaba a su esbelta figura.

—¿Por qué no has sacado a tu esposa a bailar? —inquirió su madre, sentándose a su lado.

—Ya lo he hecho Alistair y lo hace muy bien.

—Te he visto en la Temporada bailar con muchas damas. ¿Por qué no con Hester?

—Estoy cansado, ha sido un día agotador.

—El matrimonio requiere trabajo. Un trabajo de conquista. Todos los días hay que ganarse el sitio y el interés del otro—advirtió.

—Lo sé, madre—respondió serio.

La señora Carmichael miró a su nuera con ternura.

—Me gusta mucho Hester, William. Es maravillosa. Tu padre me ha contado que han pasado toda la mañana en la granja y que la

muchacha no tenía reparos en mancharse el vestido.

>>Puede que aparente a primera vista ser una mujer frágil, una damisela londinense que no parece saber lo que es el esfuerzo, sin embargo, nos ha sorprendido gratamente. Porque confieso que teníamos cierto temor a lo que nos íbamos a encontrar. Al fin y al cabo, no sabíamos apenas nada de ella.

>>Lo que no he dejado de preguntarme es: teniendo en cuenta que os conocéis desde hace tiempo, ¿cómo surgió después de tantos años la llama del amor?

El teniente consideró bien la respuesta que iba a dar. Una respuesta envuelta en una gran mentira.

—Surgió a fuego lento, madre. Digamos que empezamos a conocernos con mayor profundidad, comprendimos que éramos iguales en carácter y en ideas, y finalmente, supimos que éramos almas gemelas—explicó sin más detalles.

La señora Carmichael sonrió soñadora.

—Oh, ese es el amor que perdura. Puede que un amor apasionado encienda un gran fuego que nos despierta grandes emociones. No obstante, su llama se extingue con la misma rapidez con la que se prende. En cambio, conocerse, llegar a esa comprensión mutua que solo pocos alcanzan, eso es para siempre, William. Es lo que me ocurrió con tu padre.

El teniente frunció el ceño.

—Según me contaste muchas veces, fue amor a primera vista. Y eso tiene mucho que ver con la pasión—apuntó.

—Bueno, sí. Es cierto que nos gustamos en cuanto nos vimos. Pero nos conocimos poco a poco. Te aseguro que, si tu padre hubiera sido un grosero y un patán, no me habría casado con él, por muy apuesto que me pareciera—afirmó rotunda.

El teniente asintió meditabundo.

—Sí, tiene sentido.

La señora Carmichael volvió su vista hacia Hester, que estaba conversando con una de las hermanas Easton.

—¿Y qué es lo primero que te enamoró de ella?

El teniente volvió a pensar cuidadosamente su respuesta. No obstante, conocía las cualidades de Hester y sabía con certeza las

que más le agradaban.

—Su inteligencia, su bondad, su amabilidad, como cuida de su padre, su paciencia con él.

—Están muy unidos, ¿verdad?

—Sí, siempre salen juntos a pasear cada mañana.

—Pues espero que lo sigan haciendo. Al fin y al cabo, seguiréis siendo vecinos de los Holland.

—Sí, descuida, madre. Hester tendrá toda la libertad que desee, no voy a ser un marido tirano que solo la quiere para él.

—Me enorgullece oírte decir eso—aseveró—. Y aparte de su personalidad, que ya de por sí es grandiosa, yo destacaría su belleza física. Tiene unos ojos preciosos, una mirada brillante y una sonrisa encantadora. Supongo que opinarás lo mismo.

El teniente contempló a su esposa, que ahora charlaba con Alistair y Roslyn. Estudió sus rasgos, que para él seguían siendo poco destacables, aunque consideraba que su rostro con sus mejillas sonrosadas le daba un aire radiante.

—Comparto tu opinión, madre.

Justo en ese momento, comenzaron a sonar las gaitas, iniciando un nuevo baile. Alistair y Roslyn enseñaron a Hester los pasos del baile tradicional de las Highlands, uno de los más difíciles.

Siguió las instrucciones bajo la atenta mirada del teniente, que observaba cómo Hester alzaba ligeramente su falda, mostrando así sus pies y moviéndolos al ritmo de las gaitas. Vio su sonrisa, mostrando así la alegría que le deparaba ese instante.

Allí en un ambiente lleno de extraños parecía más feliz que en Charles Court o en cualquier evento de la Temporada, donde siempre se escondía en un rincón. En Niamh House nadie permitió que se alejara del resto, porque todos deseaban que formara parte de la fiesta. Una fiesta en su honor, por supuesto. Ni siquiera el día de su boda bailó, pues la celebración fue mucho más comedida.

Enseguida aprendió los pasos y se unió a un grupo de amigos del teniente que le dieron la bienvenida con júbilo. El teniente esbozó una mueca de agrado al comprobar que Hester se había ganado el afecto de su familia y amigos. Al menos, eso facilitaría las

cosas cuando tuvieran que regresar en alguna ocasión y fingir que eran un matrimonio de verdad.

Al cabo de una media hora, Hester se acercó a él y se sentó a su lado. El teniente se había quedado solo, pues su madre estaba departiendo con otros invitados. Se giró hacia su esposa, que estaba un poco acalorada debido al baile.

—¿Lo estás pasando bien?

Hester sonrió.

—Sí, mucho. Además, he aprendido el baile de las Highlands. Y no he pisado a nadie. Eso es todo un éxito—bromeó, haciendo reír al teniente.

—Eres una buena alumna. Quizás incluso tengas algo de sangre escocesa y no lo sabes.

Hester inclinó la cabeza.

—¿Quién sabe? Aunque ahora soy un poco escocesa, ¿verdad? Soy una Carmichael.

—Eso es cierto.

—¿Tú estás bien?

—Sí, aunque un poco cansado.

—Supongo que tu pierna te impide bailar, ¿no? —preguntó con delicadeza.

—En realidad puedo bailar, pero tiene que ser algo menos enérgico.

—Comprendo.

—Pero tú puedes seguir bailando si quieres, no tienes que quedarte conmigo si no lo deseas.

—Prefiero descansar y conversar contigo, si no te importa.

El teniente negó.

—Por supuesto que no.

Se hizo un breve silencio, que Hester rompió enseguida.

—Nunca me había sentido tan libre y contenta. Aquí puedo ser yo misma, sin nadie que me critique y me observe.

—En realidad eres el centro de todas las conversaciones.

—Ya sabes a qué me refiero. Aquí todo es más sencillo.

—¿Qué quieres decir?

Hester suspiró.

—El contacto con la tierra, con la naturaleza. No hay frivolidades. Se da importancia a lo que realmente la tiene: tener un plato de comida en la mesa, un techo, disfrutar del atardecer tras un largo día de trabajo, pasar tiempo con los seres queridos. Me recuerda a mi vida en Gales con mi tía Agnes. No tenía tantas complicaciones.

—Pues tu vida será así a partir de ahora: sencilla y tranquila.

En ese momento, aparecieron unos viejos amigos de su esposo que monopolizaron la conversación y comenzaron a contar anécdotas y chanzas. Aunque la íntima atmósfera se diluyó, a ninguno de los dos le importó. Porque cuando estás rodeado de gente maravillosa, solo quieres que el tiempo pase lentamente y disfrutar de la buena compañía.

Capítulo 28

Transcurrieron varios días en los que se sucedieron las visitas a viejos amigos y familiares que deseaban conocer a la esposa del teniente. Hester los había conquistado a todos con su discreción y saber estar, mostrando gran complicidad con su esposo.

El último día en Glencoe, el teniente se unió a su padre en el desayuno, y este aprovechó que estaban solos para compartir sus impresiones.

—Te has buscado una buena mujer, hijo. Hester ha sabido ganarnos a todos. Y no se le da mal la granja. Creo que el día que os quedéis con todo esto, sabrá administrarla. Tiene buena cabeza para eso. El otro día me ayudó con unas cuentas y me propuso algunas ideas para mejorar los beneficios de la granja.

El teniente se quedó sorprendido.

—¿En serio? No me había dicho nada.

—Bueno, supongo que no quiso darse importancia. Va a llevar muy bien Primrose House. Es muy sabia.

—Eso no lo dudo.

—Me quedo tranquilo sabiendo que la granja estará en buenas manos cuando ya no estemos—afirmó—. Solo espero que pronto nos deis nietos. Tengo ganas de que nuestra familia crezca.

El teniente carraspeó nervioso.

—Aún es pronto para ello, padre.

—Cierto. No hay que precipitar los milagros. Todo a su tiempo.

Finalmente, llegó la hora de partir hacia Glasgow, donde tomarían un tren rumbo a Londres. Los Easton ya se habían marchado el día anterior, de modo que solo quedaba despedirse de los Carmichael.

—Cuidaos mucho y escribidnos a menudo—le pidió la señora Carmichael a Hester mientras le daba un abrazo.

—Así lo haremos.

—¿Lleváis la mermelada? —inquirió el coronel.

—Sí, padre.

—Os esperamos pronto. Que en Londres el aire es terrible y aquí limpiareis vuestros pulmones—dijo el coronel.

—¿Tal vez en Navidad? —sugirió la señora Carmichael.

—Aún no lo sé, pero lo intentaremos—contestó el teniente, abrazando a su padre.

Entonces, Fergus se acercó a Hester.

—Nos alegra tanto tenerte en la familia, Hester—afirmó, haciendo que esta se emocionara—. Ya le he dicho a William que te cuide. Y cuida tú también de él, ¿de acuerdo? Te lo confiamos.

—Así lo hare—aseveró.

Tras despedirse, subieron a la diligencia que los llevaría a Glasgow. La luz del atardecer fue bañando con su luz los campos y las montañas al paso del carruaje, una imagen que dejó a Hester absorta.

Se vio embargada por una sensación de tristeza al tener que abandonar Glencoe y a sus suegros, que tan buena acogida le habían ofrecido. Ahora regresarían a Londres, donde la calidez de las lejanas Tierras Altas se disiparía y volverían los fríos y rígidos encuentros sociales.

Cuando llegaron a la estación de tren ya reinaba la oscuridad en Glasgow. En esta ocasión, decidieron no quedarse en la ciudad e ir directamente al tren, pues el teniente debía volver a Londres para retomar sus asuntos en la Oficina de Guerra lo antes posible. Pasarían la noche viajando y aprovecharían para descansar en su compartimento, que no compartirían con otro pasajero.

Una vez el tren partió, Hester cayó en un profundo sueño gracias al suave vaivén, que la mecía como si fuera un bebé en una cuna. El teniente se quedó un poco más despierto, sumergido en una lectura.

Mientras tanto, Hester viajó al pasado en su sueño. Tenía unos seis años y estaba peinando a una de sus muñecas en el salón de Charles Court. De repente, oyó unos sollozos que hicieron que mirara hacia la puerta. Dejó a su muñeca, subió al piso superior, siguiendo el sonido, y se adentró por el pasillo.

El sollozo era cada vez más próximo, hasta que se detuvo ante la puerta de la habitación de su madre, la abrió y allí descubrió a su progenitora llorando desconsoladamente. Con sigilo se acercó hasta casi situarse a su lado.

En ese instante, un detalle llamó su atención: en una de sus manos su madre portaba el retrato de un joven soldado que le resultó familiar.

De repente, su madre se giró, descubriendo que estaba allí. Hester sintió el terror asolándola cuando la mirada de su madre se posó sobre ella y vio como su boca se movía en un gesto de furia. Su madre comenzó a gritar, pero no entendía el contenido de sus palabras pues sonaban como un eco lejano e ininteligible.

Su respiración comenzó a agitarse hasta que al fin abrió los ojos asaltada por una enorme angustia, y ante ella se encontró al teniente, que se había sentado a su lado y estaba agarrándola por los hombros.

—Hester, ¿te encuentras bien? Has tenido una pesadilla.

Esta tragó saliva, un poco avergonzada.

—Sí, estoy bien. O eso creo.

Miró al teniente, que la observaba con los brazos cruzados sobre su pecho con gesto suspicaz.

—Te ocurrió lo mismo hace unos días. ¿Has vuelto a tener la misma pesadilla?

Hester suspiró.

—No, ha sido ligeramente distinta, pero tenía a la misma protagonista.

El teniente inclinó la cabeza.

—Si deseas contármelo, estoy dispuesto a escuchar.

Hester agachó la mirada y jugueteó con un pliegue de su falda. Ciertamente, consideraba que tal vez era necesario contar aquel secreto familiar que la atormentaba y que parecía perseguirla últimamente.

Sin embargo, temía la reacción del teniente. ¿Y si él consideraba un error el haberse casado con ella después de conocer la terrible realidad que asola Charles Court y que ha hecho a su familia tan desgraciada?

De repente, notó la calidez de la mano del teniente sobre la suya. Sus miradas se encontraron y vio en los ojos de su esposo algo que le agradó.

—Deseo que confíes en mí, Hester. Estoy aquí para apoyarte en lo que necesites—aseveró.

Hester tomó una bocanada de aire y respiró hondo. No debía temer la mala opinión del teniente, porque era la única persona a quien podría contarle incluso su secreto más inconfesable.

—Aquella primera noche en Escocia, esa pesadilla contenía un recuerdo, igual que esta. Son recuerdos de mi infancia y de mi vida junto a mis padres.

Hester comenzó a narrarle el contenido de sus pesadillas, dejando al teniente atónito.

—¿Esa discusión entre tus padres sucedió de verdad?

—Me temo que sí. Fue una de muchas. Mi madre… siempre ha odiado a mi padre—afirmó con pesar.

—¿Y a qué se debe ese odio?

Hester agachó la mirada.

—Porque nunca lo ha querido. El matrimonio de mis padres fue de conveniencia para mi madre, pero de amor para mi padre. Mi madre se vio obligada a buscar un buen partido que solventara la dura situación económica de su familia.

>>Mi abuelo, antes de fallecer, había contraído algunas deudas, así que mi tío, el señor Holbrook, propuso que se casara con un joven y condecorado capitán al que conocía desde hace tiempo. Mi padre, además, le había comentado a mi tío que se había enamorado de mi madre nada más conocerla y le pidió que mediara para así favorecer ese matrimonio.

>>Su idea era poco a poco ganarse su corazón, porque la amaba de verdad. Sin embargo, mi madre no pensaba del mismo modo. Ella se vio abocada a aceptar ese matrimonio. Había rechazado una proposición anterior y ante el temor de convertirse en una solterona, cedió finalmente.

>>Aunque mi padre trató de conseguir su amor, no lo consiguió, a pesar de darle todo lo que ella pedía.

>>Al año de casarse nació mi hermana Grace, que resultó una decepción, porque mi madre quería un varón para así tener un heredero y no volver a compartir lecho con mi padre.

—¿Tu padre lo sabía?

—Al principio, creo que no. Sin embargo, tiempo después lo descubrió. También está el odio irremediable que siente por mi tía Agnes, que fue claro desde el principio.

—Sí, es evidente la animadversión que sienten la una por la otra.

—Mi tía nunca la aceptó, porque vio claramente que no quería a mi padre y que tampoco nos quiere a nosotras.

—Es comprensible.

—Pero el motivo principal de ese odio de mi madre hacia mi tía tiene nombre propio: el capitán Gareth Sayer.

El teniente frunció el ceño.

—¿Tu tío?

Hester asintió.

—Sí. Hace tiempo descubrí un secreto que llevo guardando muchos años. Ni Grace ni John lo saben.

—¿Y de qué se trata? —inquirió con interés.

Hester tragó saliva.

—Antes he mencionado que mi madre recibió una propuesta de matrimonio que rechazó. Pues fue mi tío Gareth quien la formuló. —El teniente se quedó atónito ante esta revelación. No obstante, dejó que prosiguiera—. Mi madre pasó muchos veranos en Little Haven con su familia. Tío Gareth era el hijo de un tendero que no tenía porvenir.

>>Se conocían desde niños, y en algún momento del tiempo, esa amistad se convirtió en amor. Tío Gareth decidió enrolarse en el ejército y le pidió a mi madre que lo esperara, que en cuanto consiguiera un porvenir podrían casarse. No obstante, contra todo pronóstico, ella rechazó la propuesta al no estar convencida de que aquella historia tuviera futuro.

>>Debido a esto, tío Gareth se marchó con el corazón roto y mi madre se quedó con su familia. Pasó el tiempo y un buen día, mi

tía Agnes anunció su compromiso con un capitán del ejército de su majestad, que no era otro que tío Gareth.

>>Por aquel entonces, mi madre acababa de casarse y estaba encinta. El impacto fue tremendo, en palabras de tío Gareth. Ninguno de los dos tuvo noticias del otro durante años y aquel reencuentro en esas circunstancias trastocó el matrimonio de mis padres.

>>Mi madre no aceptó que tío Gareth se casara con mi tía y siempre que tenía ocasión, trataba de menospreciarla. Pero no consiguió romper esa relación, al contrario, el amor de mis tíos era fuerte y verdadero, y para su disgusto, se casaron.

>>A esto había que añadirle que Grace y yo fuimos sus mayores decepciones, y pagaba con nosotras su frustración

—Eso es terrible, Hester—comentó impactado.

—Sí, aunque creo que mi dolor no es comparable al de mi padre. Un día descubrí a mi madre en el salón, lanzándose a los brazos de mi tío, suplicándole que se fugaran, que la llevara con él lejos de nosotros, que no nos quería, que odiaba su vida.

>>Y mi tío, que sí amaba a su esposa y apreciaba a mi padre, le pidió que recapacitara, que aceptara su realidad. El recuerdo de mi madre llorando desconsolada aun me sobrecoge. Nunca nos quiso y la hemos hecho desgraciada.

El teniente agarró su mano entre las suyas.

—Eso no es justo, Hester. Vosotros no tenéis la culpa. Ni tu padre, ni tu hermana ni tú. Ni siquiera tu hermano.

—Oh, él ha sido su único consuelo. Volcó todo su amor en él. Ese amor que nunca nos dio. En cambio, mi padre fue quien nos dio todo su cariño a Grace y a mí. Para él fuimos una bendición. Por eso lo quiero tanto y me apena dejarlo solo con ella. Nunca ha tenido palabras amables para él, siempre ha sido cruel y despiadada, a pesar de que él sigue amándola.

—Muchas veces amamos a quien más daño nos hace.

Hester notó sus ojos humedecerse.

—Grace y yo hemos sido las únicas que hemos comprendido la angustia de mi padre, pese a que él siempre trataba de ocultarlo.

No deseaba que nada estropeara nuestros momentos con él, ni siquiera su pesar.

—¿Y tu tío Gareth? ¿Crees que él seguía amando a tu madre?

—Le hice esa misma pregunta hace tiempo, cuando me fui a vivir a Gales. Sentía que necesitaba respuesta a esa cuestión que llevaba años atormentándome. Sin embargo, él, con su gesto amable de siempre, me respondió con rotundidad que olvidó a mi madre muchos años atrás. Cuando conoció a mi tía no había rastro de ese amor de juventud. Él amó a mi tía hasta el fin de sus días.

El teniente asintió meditabundo.

—Él consiguió olvidar y mirar hacia el futuro—comentó.

—Por el contrario, mi madre nunca dejó de mirar al pasado. Cuando descubrí lo que sentía por mi tío Gareth, mi relación con ella empeoró. Más humillaciones, más desprecios. A eso hay que añadirle que odiaba mi buena relación con mis tíos y que mi padre me protegiera tanto.

—Es lo que haría cualquier padre, proteger a sus pequeños. Y también lo hacen las madres, aunque este no sea el caso.

—Grace supo manejar sus desprecios y pronto se convirtió en la mujer que mi madre siempre deseó, lo que posibilitó que sus criticas se concentraran en mí. No culpo a Grace, obviamente, pero ella tuvo la fortuna de nacer con belleza y encanto. Cualidades de las que yo carezco.

El teniente contempló su rostro, donde vio esos hermosos rasgos que la señora Carmichael describió.

—Eso no es cierto, Hester. Tu posees belleza y encanto. Quizás poco corrientes, pero no eres menos que Grace ni que John. Tienes cualidades muy valiosas. De modo que, no te menosprecies, por favor—le pidió con un atisbo de ternura que conmovió a Hester.

—Gracias por tus palabras. Espero que no te hayas arrepentido de haberte casado conmigo, teniendo esta familia tan problemática.

Él se rio.

—Al contrario, me reafirmo en mi decisión. Conocer esa historia me ha hecho ver un atisbo de humanidad y sentimientos en tu madre. Pensé que carecía de ellos. No te ofendas.

—No, no me ofende, tienes razón. Aunque esos sentimientos sean una tormenta que arrasa con todo.

—A partir de ahora, todo será diferente, Hester. No deseo que vuelvas a tener angustia ni miedo. Primrose House será siempre tu hogar y yo seré tu fiel aliado—afirmó el teniente.

Hester notó su corazón sobrecogerse. Y agradeció a la providencia que el teniente se cruzara en su camino.

∞∞∞

Las horas transcurrieron rápido como un viento veloz y cuando quisieron darse cuenta, estaban entrando en Primrose House.

—Bienvenido, teniente. Señora Carmichael. Supongo que estarán agotados después de tan largo viaje—dijo el señor Berenson.

—Lo cierto es que sí—respondió el teniente.

—¿Desean cenar algo? La señora Chastain ha preparado una sopa y un poco de pollo.

—Sí, creo que nos vendrá bien—contestó Hester.

Un lacayo subió sus maletas mientras ellos se dirigían al comedor para cenar. Devoraron sus platos con voracidad debido a las muchas horas que habían transcurrido desde su última comida.

—Entonces, ¿has disfrutado del viaje a Escocia? —inquirió el teniente.

—Desde luego. Ha sido maravilloso. No solo por los paisajes y la comida, sino por tu familia. Han hecho que me sienta plenamente bienvenida.

—Me alegra oírlo. Supongo que habrás encontrado también inspiración.

—¡Desde luego! Ya tengo varias ideas para crear nuevas ilustraciones. Creo que pronto estrenaré mi nueva mesa de trabajo.

—Espléndido. Estoy deseando ver tus nuevas obras—afirmó —. A propósito, hay otra cuestión que deseaba comentarte y tiene

que ver con los eventos de la Temporada. Aún tengo algunas invitaciones por responder. Sé que no te agradan demasiado, pero hay invitaciones que no puedo rechazar.

—Oh, no te preocupes por eso. Para mí no es inconveniente acompañarte.

El teniente asintió complacido.

—Perfecto. Entonces, pasado mañana asistiremos al cumpleaños del Almirante Smith. Fue uno de mis superiores y celebra un baile en su casa de Mayfair. Si no tienes atuendo, ya sabes que puedes comprar lo que necesites con mi cuenta.

Hester se mostró apurada.

—Gracias, pero creo que no será necesario.

En ese momento, sonó el tintineo de un reloj cercano que marcó las nueve.

—Será mejor que vaya a dormir, mañana me espera un día ajetreado. Puedes quedarte si quieres.

—No, yo también iré a descansar, ha sido un día agotador.

Tras dar las buenas noches a los miembros del servicio que aún no se habían acostado, subieron las escaleras en dirección a sus habitaciones. Hester se detuvo ante la puerta de su cuarto y miró al teniente.

—Buenas noches—se despidió.

—Buenas noches—respondió él.

Hester entró en su cuarto y cerró la puerta tras de sí. Se cambió rápidamente, se metió bajo las sábanas, envolviéndose en su calidez y cayó en un profundo sueño.

Después de todos aquellos días ajetreados, comenzaba su nueva vida.

Capítulo 29

El teniente había salido temprano aquella mañana mientras Hester descansaba un poco más. Su doncella entró en la estancia para despertarla, pues ya eran más de las siete. Con delicadeza corrió la cortina, haciendo que Hester abriera los ojos lentamente.

—Buenos días, señora.

Hester se estiró bajo las sábanas, plenamente descansada tras un sueño reparador.

—Buenos días.

—¿Ha dormido bien, señora?

—Desde luego. Estaba tan cansada que caí rápidamente en un profundo sueño—aseveró mientras se incorporaba—. ¿Qué hora es?

—Son las siete y media, señora.

Hester abrió mucho los ojos.

—Vaya, es muy tarde.

—El teniente pidió que la dejáramos descansar.

—Supongo que él ya se ha marchado.

—Salió temprano, sí—respondió abriendo el armario—. ¿Qué vestido desea ponerse?

Hester no tardó en decidirse.

—El gris estará bien.

La sirvienta le ayudó a vestirse y al cabo de unos minutos estaba en el comedor, degustando su desayuno en soledad hasta que entró la señora Berenson.

—Buenos días, señora—saludó la dama—. Espero que haya descansado.

—Buenos días, señora Berenson. Sí, desde luego.

—Me alegra oírlo—afirmó—. ¿Qué planes tiene para hoy?

—Iré a Charles Court a visitar a mi padre y después regresaré para atender unos asuntos en la biblioteca. También me gustaría que

me mostrara todos los pormenores de Primrose House cuando tenga algo de tiempo.

—Estupendo. A propósito, aprovecho para mostrarle el menú que hemos pensado para esta semana. Si desea algún cambio, no tiene más que decirlo—dijo la señora Berenson, entregándole un papel.

Hester ojeó el menú cuidadosamente elaborado, con comidas y cenas para los distintos días de la semana.

—Para el sábado no hay cena programada.

—Exacto. Es por la fiesta del almirante.

Hester asintió.

—Cierto, me lo comentó William.

La señora Berenson esbozó una sonrisa tierna que no pasó desapercibida para Hester.

—¿Qué ocurre, señora Berenson?

—Oh, nada malo, señora. Es solo que me gusta la idea de que esté aquí. Aún se me hace raro que sea una mujer casada. Recuerdo cuando serví en Charles Court, cuando usted era solo una niña.

—Sí, a mí también me resulta extraño—respondió con una media sonrisa.

—Sin embargo, estoy segura de que será muy feliz aquí con el teniente. Es un buen hombre. Y no lo digo porque sea mi señor.

—Estoy completamente de acuerdo con usted. Y yo también me alegro de estar aquí, y más rodeada de gente amable, que además me conoce. No me siento entre extraños.

—Estamos aquí para lo que necesite, señora.

Una hora más tarde puso rumbo a Charles Court donde esperaba hallar a su padre y salir a pasear juntos. Era un cálido día de julio y la Temporada estaba alcanzando su punto más álgido. Hester se mostraba meditabunda mientras recorría el corto trayecto. Aquella plaza que tan bien conocía tenía un aire diferente en ese momento. Era como si la viera por primera vez, pero desde otra perspectiva.

Llegó finalmente hasta el que hacía tan solo unas semanas era su hogar y en cuanto llamó al timbre no tardaron en abrir la

puerta.

—¡Señorita Hester! Quiero decir, señora Carmichael. Qué sorpresa verla—saludó una de las sirvientas de la casa.

Hester sonrió.

—Buenos días, Mildred. ¿Está el coronel en casa?

—Sí, señora.

La sirvienta le cedió el paso y Hester se quedó un poco agazapada en el vestíbulo. Aunque había sido su casa hasta hace muy poco tiempo, se sentía extraña. Acompañó a la sirvienta hasta el salón, donde vio a su padre sentado en un sillón leyendo el periódico.

—Coronel, la señora Carmichael ha venido a verlo—anunció la sirvienta.

El coronel apartó su vista del periódico y se levantó con gesto de alegría. De hecho, casi pierde el equilibrio debido a la emoción.

—¡Hester, hija! —exclamó alzando los brazos.

Corrió hacia su padre y le dio un sentido abrazo.

—Hola, padre.

El coronel se apartó, mirándola de arriba abajo.

—Estás radiante, hija. Veo que la luna de miel te ha sentado bien.

Hester se rio.

—Sí, tengo mucho que contarte. Por cierto, ¿dónde está madre? —inquirió un poco temerosa.

—Salió temprano, tenía un compromiso. Sabes que Grace regresó a Coventry, ¿verdad?

—Sí, recibí carta suya en Escocia. Me habría gustado despedirme de ellos en persona.

—Reggie no podía quedarse más, tenía asuntos que atender y Grace prefería volver a casa. No ha sido fácil con tu madre… ya sabes—explicó serio.

Hester asintió comprensiva.

—Sí, sé a qué te refieres. ¿Y John?

—Han ido a Bibury a su nueva casa. Lydia ya encargó algunos muebles aquí en Londres. Lo que queda de verano, se dedicarán plenamente a los arreglos de la casa.

—Algo me comentó John, sí—respondió Hester—. Padre, ¿te apetece dar un paseo? Hace una mañana espléndida.

El coronel sonrió ante la propuesta.

—¡Por supuesto!

Al cabo de unos minutos, ambos salieron de Charles Court siguiendo su ruta habitual, aunque hoy sería un poco más larga. El coronel no tardó demasiado en pedirle detalles sobre su estancia en Escocia.

Mientras caminaban por las calles londinenses, Hester contaba con deleite todo lo que había vivido en aquellas tierras lejanas. Se deshizo en halagos con sus suegros y con la familia Easton, que habían hecho que se sintiera bienvenida y acogida en su seno.

—Me alegra tanto lo que escucho, Hester. Es maravilloso que los Carmichael te hayan acogido como a una más.

—Estoy deseando que los conozcas, padre. Además, el coronel Carmichael me dijo que conoció al tío Gareth, que compartieron regimiento un tiempo.

El coronel asintió meditabundo.

—Vaya, el mundo es más pequeño de lo que parece.

—Él estuvo en infantería, igual que tú.

—En cambio, tu esposo decidió alistarse en la Marina Real.

—Supongo que no deseaba que sus méritos se vieran cuestionados por su parentesco con el coronel.

—Tomó una sabia decisión. Aunque sus méritos y medallas son merecidos con creces, hija. Te has casado con un héroe de guerra.

—Y soy hija de otro héroe—aseveró con orgullo, apretando su antebrazo con afecto.

El coronel negó con la cabeza.

—No, solo fui uno más entre muchos en la batalla. La pena es que pierdes a muchos amigos y acabas por darte cuenta de que las medallas no te van a devolver todo ese tiempo y a esas personas que perdiste—explicó un poco entristecido.

—No removamos el pasado, padre. No en un día tan hermoso.

—Tienes toda la razón. Oye, ¿de verdad ordeñaste una vaca?

Hester sonrió y retomó el tema anterior, contándole a su padre su breve experiencia en la granja de los Carmichael. Al cabo de casi una hora, llegaron finalmente a Charles Court entre risas y gestos alegres. Sin embargo, esta animada atmósfera se vio interrumpida por la presencia de la señora Holland, que había regresado de su cita.

La dama estaba de pie en el salón con una ceja alzada y semblante severo, contemplando a su hija.

—Vaya, veo que has vuelto a Londres. Podrías haber avisado de que venías a hacernos una visita—espetó.

—Vamos, querida, esta es su casa. Puede venir cuando quiera —defendió el coronel.

—Te equivocas. Esta ya no es su casa, Primrose House lo es ahora. Y debe, por cortesía, avisar antes de visitarnos—respondió contundente.

Hester apretó la mandíbula. No obstante, decidió no discutir.

—Madre, me alegra ver que estás de tan buen humor, como siempre. Lamento tener que marcharme, pero, como bien dices, en Primrose House tengo asuntos que atender. Nos veremos otro día.

Dicho esto, se fue de allí sin dar lugar a la réplica de su madre. No pensaba dejar que volviera a humillarla nunca más.

Regresó a Primrose House donde el ambiente era mucho más acogedor. La señora Berenson le indicó que había llegado correspondencia, de modo que fue a la biblioteca para leer tranquilamente las misivas.

Había diversas cartas de remitentes que no conocía, claramente dirigidas a su esposo. Por otro lado, únicamente había una carta para ella: de su querida amiga Maude Chambers.

Su amiga le contó que pasaría parte del verano fuera de Londres. Primero en Hertfordshire, donde tenían un caso que resolver; después iría a Bath a tomar las aguas con su madre; y tras esto a Glasgow, a visitar a su querida amiga Roslyn. Desde luego, Maude no tenía tiempo de aburrirse, pensó.

Posteriormente, se citó con la señora Berenson para que le enseñara los entresijos de la vida diaria de Primrose House. Tras la

comida, se dedicó al dibujo el resto de la tarde, esbozando distintos bocetos inspirados en Escocia.

Mientras tanto, en otro rincón de Londres, el teniente salía al fin de la Oficina de Guerra después de un ajetreado día. Habían quedado muchos asuntos pendientes durante su ausencia, de modo que las horas transcurrieron deprisa, sin tregua.

Caminó hasta Primrose House con gesto meditabundo, pero también notando el cansancio en sus músculos. Contempló las calles, que aún tenían vida a esa hora, pues todavía el sol bañaba con su luz cada rincón de la ciudad.

Cuando llegó a Belgrave Square y atisbó la fachada de Primrose House, esbozó una media sonrisa, preguntándose si Hester estaría allí. Al entrar en la casa, se encontró al señor Berenson.

—Buenas noches, teniente—saludó.

—Señor Berenson. ¿Está…?

—La señora lo espera en el salón, serviremos la cena dentro de unos minutos.

El teniente esbozó una mueca de agrado al saber que Hester estaba aguardando su llegada. Entró en el salón al cabo de unos minutos y vio a su esposa de pie ante una de las ventanas, contemplando la calle. Se giró y le dedicó una cálida sonrisa.

—Hola. ¿Cómo ha ido tu día?

Él se acercó.

—Ajetreado. Había muchos asuntos pendientes.

—Lo imagino. La cena estará enseguida, así podrás descansar.

—¿Y tú? ¿Cómo te ha ido el día?

—Bien. Bastante productivo. Gracias a la señora Berenson he ido conociendo más rincones de la casa y su funcionamiento. Tengo que acostumbrarme a todos los cambios.

—Es lógico.

—Y también he tenido tiempo de trabajar en mis nuevas ilustraciones.

—Espero poder verlas pronto.

—Bueno, son solo bocetos por ahora—explicó. Entonces, el gesto de Hester se tornó serio—. Además de eso, hoy fui a Charles

Court.

—¿Todo bien por allí? Sé que tenemos pendiente una visita formal a tus padres después de la luna de miel.

—Tendremos que avisar con mucha antelación, órdenes de mi madre.

El teniente frunció el ceño.

—¿Cómo si fuéramos unos extraños? ¿Has discutido con ella?

—Pues…

En ese momento, el señor Berenson anunció que la cena estaba lista, de modo que Hester decidió continuar dando detalles de su reencuentro con sus progenitores durante la cena.

El teniente escuchó todo el relato, desde el paseo con el coronel hasta el abrupto encuentro con la señora Holland. Aunque no le sorprendió, se sintió ofendido por la actitud de su suegra.

—No puedo entenderlo. Al fin te casas, que es lo que quería, y responde de esta forma—comentó molesto.

—Yo tampoco. Sin embargo, prefiero no buscar conflictos con ella. Sobre todo, por evitarle un disgusto a mi padre.

—Descuida. Obraremos como ella pide.

—A propósito, ha llegado mucha correspondencia, te la he dejado en el escritorio.

—Perfecto. ¿Tenemos muchas invitaciones?

—Eso creo. La señora Berenson me puso al día. Conoce todos nuestros compromisos.

El teniente sonrió.

—Sin ella y su buena memoria estaríamos perdidos, créeme.

Hester se rio. Entonces, decidió cambiar de asunto.

—Tengo curiosidad, ¿qué asuntos resuelves en la Oficina de Guerra? Comprendo que no puedes dar demasiados detalles, pero me gustaría entender tu labor.

El teniente se sorprendió ante esto. Normalmente, la gente consideraba su trabajo de despacho un asunto aburrido. No obstante, Hester parecía mostrar un genuino interés.

—Verás…

El resto de la velada, el teniente se explayó sobre su labor, con Hester escuchando atentamente e interviniendo de vez en

cuando. Ciertamente, el teniente se percató de que el tiempo transcurre tan rápido como el vuelo de un pájaro cuando la conversación es amena y la compañía agradable.

Esa noche se fue a dormir con una grata sensación, puesto que había confirmado que su convivencia con Hester no solo sería confortable y apacible, sino también interesante. A partir de ese día, los momentos como aquellos se sucederían.

Capítulo 30

En Primrose House se instaló una agradable rutina que cambió casi por completo la vida del teniente y Hester. Mientras él acudía a su despacho cada día, Hester se encargaba de velar por todo lo que acontecía su nuevo hogar, mientras dedicaba parte de la jornada a sus ilustraciones.

Una mañana recibió un importante paquete que llevaba tiempo esperando: era el libro de cuentos que la editorial había publicado por fin. Abrió el contenido y contempló la cuidada edición que albergaba sus ilustraciones.

Hester no pudo evitar emocionarse al ver su trabajo plasmado en papel impreso, accesible al público. Durante el resto del día aguardó con expectación el momento de la cena para darle a conocer al teniente tan maravilloso ejemplar. Porque fue gracias él que decidió ser valiente y mostrar al mundo su obra.

Oyó la puerta de entrada alrededor de las seis, sabiendo perfectamente que el teniente acababa de llegar. Él entró en el salón para saludarla y enseguida se encaminaron al comedor, donde se acomodaron. Hester estaba ligeramente nerviosa, deseosa de mostrarle el libro.

Mientras les servían la comida, se hizo un tenso silencio, que el teniente se apresuró a romper.

—¿Qué tal el día?

Hester no apartó la vista de su plato.

—Bien. ¿Y el tuyo?

—Ajetreado.

—Comprendo.

Se hizo de nuevo el silencio. El teniente miró de reojo a su esposa, que estaba visiblemente nerviosa.

—Hester, ¿tienes algo que contarme? —inquirió suspicaz.

Ella se mordió el labio inferior.

—Lo cierto es que sí. Bueno, en realidad, tengo que mostrarte algo.

El teniente asintió.

—Entiendo. ¿Y qué…?

—Espera, vuelvo enseguida—dijo levantándose.

Al cabo de unos minutos entró de nuevo en el comedor con el libro entre sus manos. Se lo entregó y el teniente se mostró desconcertado.

—¿Qué es esto?

Hester sonrió.

—El libro de cuentos. Ya es oficial. H. Haven ya es ilustradora de cuentos—explicó Hester contenta.

El teniente sonrió.

—¡Al fin! ¿Puedo?

—Claro.

El teniente abrió con delicadeza el libro y se deleitó contemplando las ilustraciones. Duendes, hadas, unicornios. Seres de leyenda cuidadosamente dibujados, coloreados con vivos colores.

—¿Te has basado en alguien real para crearlos?

Hester tomó un sorbo de su copa de vino.

—En este caso no. Aunque hay rostros muy bellos en el mundo real que son realmente inspiradores.

—¿Yo podría inspirar alguno de tus personajes? —preguntó con interés.

Hester consideró la respuesta.

—No lo sé. Tal vez un príncipe, o un brujo misterioso—respondió divertida.

—Un brujo… Comprendo. Así que me ves como un villano—comentó torciendo el gesto.

—No tiene por qué. Puedes ser un brujo bueno como Merlín, por ejemplo.

—Pero Merlín no actuó bien al principio.

—Es cierto, sin embargo, acabó redimiéndose. Siempre estuve convencida de que él no podía imaginarse que Uther Pendragon era en realidad un ser malvado. A veces no conocemos del todo a la que gente en la que confiamos.

El teniente asintió meditabundo.

—Tienes razón. Entonces, dejaré que me conviertas en un mago bueno.

Hester sonrió ante la ocurrencia y entre ellos se creó una distendida atmósfera que permaneció el resto de la velada. Para el teniente, aquellos momentos se habían convertido en preciados tesoros.

∞∞∞

El sábado por la mañana, el teniente se dirigió al jardín, donde tenía tareas pendientes. Hester observó desde una de las ventanas como atendía con delicadeza las plantas. Era una especie de ritual que lo aislaba del resto del mundo. Contempló su rostro sereno, concentrado en su cometido, que era regar unas bellas rosas.

Se había despojado de su chaqueta y su camisa marcaba unos brazos y un torso fuertes, lo que provocó que Hester notara su respiración agitarse ligeramente.

¿Cuántas mujeres habrían estado entre esos robustos brazos?, se preguntó. Sacudió la cabeza, aturdida, tratando de serenar los apresurados latidos de su corazón.

Al cabo de unas horas, se prepararon para asistir al cumpleaños del almirante Smith. Hester escogió un hermoso vestido verde y lució para la ocasión un moño bajo, que le daba un aire sereno y poco llamativo.

Se reunió con el teniente en el vestíbulo y enseguida partieron hacia Mayfair, donde se hallaba la residencia del almirante. En cuanto llegaron, fueron recibidos por la multitud que se agolpaba en el lujoso salón de la mansión. Hester contempló la exquisita decoración en tonos claros, las lámparas de cristal, las elegantes esculturas de madera y mármol, y el mobiliario de estilo inglés.

El almirante saludó al teniente con efusividad, dando la bienvenida a Hester con una cálida acogida, que hizo posible que su

inquietud se disipara.

No obstante, no tardó mucho en separarse de su esposo, puesto que unas damas de edad avanzada comenzaron a rodearla y a interrogarla sobre su recién estrenado matrimonio.

—Señora Carmichael, bueno, para mí hasta hace poco era la señorita Holland—indicó una dama a la que reconoció como una de las conocidas de su madre.

—Le confieso que aún me cuesta acostumbrarme a mi nuevo apellido.

—¡Y es un noble apellido, señora! El teniente es un gran partido—apuntó otra—. Hizo el servicio con mi George, que no siguió la carrera militar, pero siempre tiene buenas palabras para su esposo.

—Es muy amable de su parte.

En ese momento, una elegante dama de esbelta figura, pelo oscuro y rostro ovalado se unió al grupo.

—Buenas noches, señora Carmichael. No sé si nos han presentado, soy la señora Pembroke. Supongo que conoce a mi hijo Thomas, es buen amigo de su esposo.

—Oh, es un placer conocerla, señora Pembroke. Y enhorabuena por la boda de su hijo. Ya no queda mucho.

La dama, de gesto amable, sonrió.

—Sí, ya imaginará lo contenta que estoy. Costó un poco casarlo, pero al final, cayó en las redes del amor. Aunque nunca pensé que Carmichael se casaría antes. Parecía imposible—apuntó.

Hester tragó saliva.

—Fue fruto de un arrebato apasionado.

La dama alzó una ceja.

—¿Carmichael apasionado? Nunca lo habría pensado. Sin embargo, el amor nos puede convertir en seres indomables y llevarnos a la locura—afirmó con buen talante.

—Cierto.

—Lamenté no acudir a la boda, pero tuvimos que viajar a Cambridge por una urgencia familiar.

—Espero que no fuera nada grave—respondió Hester preocupada.

—¡Oh, no fue por algo malo! Desde luego que no. Es que mi hija mayor me ha dado una nieta preciosa. No quise perderme el nacimiento—explicó contenta.

Hester comprobó cómo su rostro se iluminó.

—Felicidades, es una gran noticia.

—Espero que mi hijo me dé nietos pronto y así aumentemos la familia—comentó emocionada.

—Estoy convencida de que sí.

—Aunque creo que tú y Carmichael os adelantareis, por una cuestión de tiempo, claro—indicó la señora Pembroke con picardía.

—¿Ya tienen nombres pensados? —inquirió otra dama.

Hester comenzó a ponerse nerviosa.

—No, la verdad. Aún es un poco pronto.

—Oh, tampoco debe posponerse, el tiempo corre, querida—apuntó otra.

Hester dio un sorbo a su copa de vino, tratando de serenarse. Aunque era lógico que ese asunto se comentara al ser una recién casada, era realmente incómodo.

Al cabo de un par de horas, el teniente fue a buscarla para regresar a casa, pues él también había tenido suficiente. Subieron al carruaje y se dirigieron a Primrose House. Mientras Hester miraba por la ventanilla las solitarias calles, el teniente habló:

—¿Has disfrutado de la velada? Te he visto rodeada de gente.

—Sí, aunque me he sentido un poco abrumada con tanta atención. No estoy acostumbrada.

—Me temo que somos el tema de conversación de media sociedad londinense por lo inesperado de nuestro matrimonio.

—Ciertamente. El matrimonio, desde luego, puede cambiarte la vida de forma radical. Pasas de ser una solterona invisible a una mujer casada que atrae todas las atenciones.

—A mí me ha ocurrido lo mismo.

Hester miró a su esposo con una ceja alzada.

—Vamos, nunca has sido invisible en sociedad.

—Eso es cierto. Aunque antes el interés por mí era distinto. Ya no me persiguen las madres ni las casamenteras.

Hester se rio en respuesta. Se hizo un breve silencio, que ella rompió enseguida.

—Aunque ha habido ciertos momentos incómodos. Muchas damas me insistían en saber si ya estábamos… bueno, pensando en tener criaturas.

El teniente se tensó en ese instante.

—Bueno, es lógico que ese asunto se comente—respondió—. Recuerdo que hablamos brevemente del tema el día que aceptaste mi propuesta. Si lo deseas, mi oferta sigue en pie.

Hester se mordió el labio inferior.

—Lo tendré en cuenta.

Se hizo de nuevo el silencio en el carruaje y permaneció así hasta que llegaron a Primrose House. Subieron a sus respectivas habitaciones, deteniéndose ante las puertas de sus cuartos.

—Buenas noches—se despidió Hester.

—Que descanses—respondió él.

Minutos después, ya en la intimidad de su cuarto, Hester se quitó el vestido y se puso su camisón. Durante unos segundos se contempló en el espejo, estudiando su figura y su rostro. Sus ojos fueron de forma instintiva a su vientre, imaginando como sería llevar a un niño en sus entrañas. Un hijo suyo y del teniente.

Notó un cosquilleo en la boca del estómago y cerró los ojos unos instantes. Su imaginación la llevó a verse a sí misma rodeada por los brazos del teniente, que repartía besos por su cuello y acariciaba su piel con delicadeza. Un estremecimiento envolvió todo su ser.

Abrió los ojos abruptamente y sacudió la cabeza ante semejante fantasía, que casi la conduce a la locura. Se metió bajo las sábanas, dispuesta a olvidarse de sus cavilaciones.

Mientras tanto, el teniente terminaba de desvestirse frente al espejo al tiempo que se sumergía en sus pensamientos. Pese a haber elegido durante años la soledad, en el fondo, siempre había querido ser padre.

Quizás podría cumplir ese sueño con Hester. No sería una familia llena de amor entre los cónyuges, pero estaba convencido de que ella podría ser una gran madre.

Cierto era que ambos compartían ese anhelo, no obstante, por el momento no mencionaría el tema hasta que ella estuviera preparada. Si hace unos meses alguien le hubiera dicho que se encontraría en esa situación, no lo habría creído. Pero en la vida a veces nada sale como uno planea.

Capítulo 31

El verano transcurrió deprisa, entre la asistencia a distintos eventos de la Temporada y las diferentes rutinas de ambos. Cuando quisieron darse cuenta, el mes de septiembre había llegado.

Aquella mañana, Hester había estado en la editorial tratando los detalles de su próximo encargo. En esta ocasión sería la creación de unas ilustraciones para una novela de Charles Dickens, un autor al que admiraba.

Por la tarde se encerró en la biblioteca para sumergirse en la lectura de la novela, al tiempo que anotaba ideas en un papel para comenzar a dibujar, pues dentro de dos semanas debía entregar los primeros bocetos.

Esa noche, el teniente no había ido a cenar, debido a que tenía una reunión en el ministerio, así que Hester ordenó que le sirvieran algo ligero para poder seguir trabajando.

Eran alrededor de las doce cuando su estómago emitió un ruido, síntoma del enorme apetito que la invadió. Comprobó que, a pesar de haber cenado, la comida no había sido suficiente para saciarse, de modo que salió de la biblioteca y fue a la cocina.

Comprobó que no había nadie, ya que el servicio al completo había ido a descansar hacía varias horas. Para evitar perturbar su descanso, caminó con sigilo portando una lámpara de aceite que iluminó sus pasos.

Entró en la cocina y fue directa hacia una de las alacenas. De ahí extrajo un tarro que estaba lleno de deliciosas galletas de mantequilla.

Justo en ese momento, llegó el teniente a Primrose House, donde comprobó que todo estaba prácticamente en penumbra, a excepción de la biblioteca. Se dirigió a esa estancia, pero no vio a nadie. Al volver al pasillo, oyó unos ruidos provenientes de la planta de abajo, de modo que fue hacia allí.

Hester se hallaba en esos momentos sirviéndose un vaso de leche que había sacado de la fresquera, cuando oyó unos pasos que se acercaban por las escaleras. Se sobresaltó y escondió el vaso tras ella como si fuera una niña pequeña a quien estaban a punto de descubrir haciendo una travesura. No obstante, al ver al teniente, sintió cierto alivio.

—Hester, ¿qué haces aquí a estas horas?

Ella tragó saliva.

—Es que tenía un poco de hambre y he bajado a por un tentempié—explicó.

El teniente miró hacia la mesa alargada que había allí, comprobando que había un plato repleto de galletas.

—Pues lo cierto es que yo también tengo hambre. ¿Te importa que te acompañe?

Hester esbozó un gesto de agrado.

—En absoluto. ¿Quieres un poco de leche?

—Sí, por favor.

El teniente se acomodó y Hester se unió a él enseguida, tras entregarle un vaso con leche. Durante unos segundos, comieron en silencio, hasta que el teniente volvió a hablar.

—Están deliciosas.

—Sí. ¿Y cómo ha ido tu reunión?

—Larga y tediosa. Pensé que no acabaría nunca—afirmó—. ¿Qué tal tu día?

—Provechoso. Tengo un nuevo encargo: voy a ilustrar la próxima novela de Charles Dickens—anunció orgullosa.

El teniente se quedó asombrado.

—¡Enhorabuena! Mi esposa va a convertirse en una celebridad. Brindo por ello.

Hicieron un pequeño brindis ante tan grata noticia.

—A propósito, hoy han llegado las plantas que pediste para el jardín y también las semillas para el invernadero—explicó Hester.

—Vaya, han sido rápidos.

—Cuando he preguntado a la señora Berenson, no sabía bien qué plantas eran.

—Compré dedaleras, milenrama, ageratum y delfinios. Y para el invernadero, semillas de lavanda y albahaca.

Hester se mordió el labio inferior, nerviosa, ante la propuesta que iba a hacer.

—¿Podría ayudarte? No sé demasiado, pero me gustaría aprender.

El teniente se mostró dubitativo.

—No sé. Es un trabajo que requiere delicadeza y a lo mejor se estropea alguna planta.

Ciertamente, para el teniente el jardín era su refugio, el lugar donde más le gustaba estar, alejado del resto del mundo. Que hubiera una intrusa no le resultaba atrayente.

—Te prometo que seguiré tus indicaciones y que trabajaré con sumo cuidado.

A pesar de sus reticencias, el teniente decidió ceder.

—Está bien. Pero si empiezas a hacer mal las cosas, tendrás que volver a la casa—advirtió.

—Naturalmente—respondió.

Al cabo de unos minutos, Hester se dispuso a recogerlo todo, no obstante, vio que el teniente también se levantó para ayudarla.

—Déjame, te ayudo.

—Oh, no es necesario. Puedo hacerlo yo—dijo, arrebatándole su plato con delicadeza.

Se fue hacia la pila, donde se dispuso a lavar los utensilios.

—Entonces, al menos deja que seque los platos—insistió él.

Hester esbozó una mueca de sorpresa.

—Me dejas asombrada.

Él alzó una ceja.

—¿Por qué?

—Normalmente, los hombres no realizan este tipo de tareas.

—En el ejército desde luego que sí.

—¿De verdad?

—Sin duda. No siempre he sido teniente, ni dirigí un batallón. Al principio fui un soldado más, que tuvo que realizar muchas tareas. Lavé ropa, platos, fregué suelos, barrí. Y no olvides que también he trabajado en la granja. Sé el esfuerzo que todas esas tareas suponen

para cualquiera, por eso, aprecio mucho el trabajo de aquel que debe hacerlo cada día—explicó—. Sin embargo, tus delicadas manos se estropearán. Supongo que no acostumbrabas a hacer esto en Charles Court.

—Si mi madre me viera en estos momentos, lo desaprobaría con vehemencia—afirmó divertida, haciendo reír al teniente—. Todas las mujeres aprendemos a cuidar de la casa, aunque en mi caso, a ordenar y dirigir las tareas, además de ser buenas anfitrionas y esposas serviciales. Y me temo que no destaco en ninguno de esos campos.

—No estoy de acuerdo. Creo que diriges bien Primrose House. Y todavía no has tenido ocasión de ser anfitriona porque tu esposo es un caballero un poco huraño al que le gusta estar tranquilo en su hogar.

Hester se rio.

—Bueno, en realidad eso me gusta porque yo también lo soy.

—Somos un matrimonio de huraños—bromeó él.

—Y creo que no nos está yendo tan mal—apuntó ella.

El teniente contempló a Hester con un halo de ternura.

—Desde luego.

Sus miradas se encontraron bajo la luz de la lámpara de aceite, haciendo que el ambiente se tornara íntimo. Hester notó su corazón estremecerse ante la intensidad que aquellos hermosos ojos desprendían. Invadida por la vergüenza, se apartó, secándose las manos con un paño.

—Será mejor que vaya a dormir. Mañana nos espera un día atareado.

—Cierto—respondió él aturdido.

—Buenas noches—se despidió ella, subiendo las escaleras con presteza.

El teniente se quedó unos minutos a solas en la cocina, aún un poco turbado por aquellos instantes en los que sintió su pulso acelerado y su corazón latiendo desbocado. Cuán cautivadora se veía Hester tan solo con la luz del candil, envuelta en la oscuridad del lugar.

Esbozó una mueca de agrado al percibir el rastro de su perfume con olor a jazmín. Rememoró su breve conversación, durante la cual flotaba el aroma a mantequilla de las galletas que habían comido.

De repente, un enorme anhelo de repetir un momento tan sencillo pero dichoso como aquel surgió en él y no lo abandonaría en toda la noche.

∞∞∞

El día había amanecido soleado, a pesar de la lluvia que había caído durante parte de la noche. Los primeros días de septiembre presagiaban un final de verano menos cálido y más lluvioso, algo beneficioso para el hermoso jardín de Primrose House.

Todo estaba preparado para la tarea a la que dedicarían la mañana: las macetas, los sacos de tierra, el abono y los utensilios. Hester llevaba un par de guantes puestos y un delantal para evitar mancharse en la mayor medida posible. Estaba un poco nerviosa ante la solemnidad de su esposo, que estudió su atuendo y tras dar el visto bueno, comenzó a darle instrucciones.

—Bien, empezaremos con las plantas de fuera. Primero debemos poner tierra en la maceta. —El teniente comenzó a hacerlo ante la atenta mirada de Hester—. Después, cogemos la maceta que contiene la planta, damos unos suaves golpes y la sacamos del tiesto.

Hester vio como él extraía la planta con suma facilidad y la colocaba sobre la nueva tierra. A continuación, echó el abono, cubriendo con más tierra los huecos. Una tarea que parecía fácil.

—Ahora tú—indicó.

Hester se concentró en la tarea, todo parecía ir bien, hasta que tuvo que extraer la planta de su tiesto original. Dio los golpes, imitando al teniente, sin embargo, la planta parecía no querer abandonar su sitio. Se inquietó un poco al ver que no podía hacer

algo tan sencillo y más ante la atenta mirada de su esposo. No obstante, el teniente acudió en su ayuda.

Se colocó a su lado y guio las manos de Hester.

—Mira, golpea así, justo en este punto.

El perfume de jazmín entró en sus fosas nasales, al tiempo que su cercanía lo turbó ligeramente.

—De acuerdo—respondió ella, obedeciendo. Al hacerlo, finalmente pudo extraer la planta y la colocó en la maceta, imitando cada movimiento aprendido.

El teniente sonrió satisfecho.

—Ya has plantado tu primera planta—anunció.

Hester esbozó una sonrisa que iluminó su rostro. Aunque para el teniente era una actividad cotidiana, para ella significaba un enorme triunfo. El teniente tragó saliva, nervioso. Su corazón daba saltos en su pecho ante ese sencillo gesto que transformó a la anodina Hester en una especie de ninfa del bosque que trataba de embrujarlo con su belleza natural y nada impostada.

—Sigamos—dijo al fin, girándose y concentrando su atención en otra planta.

Pocos minutos después, hicieron lo mismo en el invernadero, donde el teniente comprobó que Hester no necesitaba su ayuda. Cuando terminaron, observó que ella tenía la cara manchada de tierra, al igual que las manos enguantadas y el delantal. No obstante, su rostro estaba radiante, como el de una niña que estaba disfrutando de un rato de juegos.

En ese momento, ella se giró hacia él, centrando su atención en un punto de su rostro.

—Tienes un poco de tierra. Espera, que te la quito—dijo Hester, sacando un pañuelo de su bolsillo.

Se acercó al teniente, que se quedó quieto, expectante, mientras percibía la calidez de la mano de Hester, que limpió con suma delicadeza un trozo de su mejilla. El teniente observó su rostro, su mirada color miel y sus largas pestañas, al tiempo que notaba cómo su respiración se entrecortaba por su cercanía.

—He limpiado una parte, pero tendrás que lavarte con agua y jabón—comentó ella ajena al torbellino de sentimientos que

envolvían al teniente.

—Sí, ahora lo haré. De hecho, tú también…

—Supongo que estoy hecha un desastre. Sin embargo, nadie dijo que la jardinería fuera un trabajo en el que nadie se mancha— bromeó.

Él esbozó una media sonrisa.

—Cierto. Aunque una dama distinguida sentiría pavor al llenarse de tierra sus delicadas manos.

—Me temo que no soy una dama distinguida. Solo una mujer sencilla.

—Yo no te describiría así, Hester.

Ella alzó la vista con curiosidad.

—¿Y cómo me describirías?

Se hizo el silencio unos instantes, provocando que el ambiente se tensara entre ellos. Entonces, antes de que el teniente pudiera hablar, Hester se adelantó.

—¿Cómo vas a decir algo bueno de mí, si estoy hecha un desastre? Será mejor que vuelva adentro y me limpie o la señora Berenson me regañará por sentarme a la mesa con las manos sucias —respondió divertida.

Tras esto, se alejó de él a toda prisa, entrando en la casa. El teniente se quedó unos segundos más allí, reteniendo en su interior las palabras que deseaba decir. No obstante, estas se quedaron en sus pensamientos, pues no se atrevía a pronunciarlas. Temía que aquello significara un acercamiento mayor hacia Hester y que el pacto se rompiera de algún modo. Porque ese matrimonio seguía siendo una bonita farsa.

∞∞∞

El domingo por la tarde, Hester se hallaba en el salón leyendo plácidamente, mientras el teniente había salido al club de caballeros, donde había quedado con Pembroke. Pensaba que sería una tarde

tranquila, no obstante, recibió una sorpresiva visita de Maude. Al verla, sonrió dichosa.

—Maude, ¿qué haces aquí?

—¿Tú que crees? Vengo a hacerte una visita. No nos hemos visto desde tu boda.

—Cierto.

A continuación, ambas se sentaron y una sirvienta sirvió té y unas pastas.

—¿Dónde está Carmichael?

—En el club de caballeros—respondió—. A propósito, leí tu último artículo sobre ese caso de Hertfordshire. Es fantástico.

Maude sonrió complacida.

—Gracias. Ha sido un verano intenso. No he parado de viajar.

—¿Cómo fue tu estancia en Bath?

—Un poco aburrida. Madre insistió en tomar las aguas. Creo que cada vez le resulta más tediosa la Temporada y fue una excusa para huir un poco de los compromisos sociales. Supongo que le estoy contagiando mi animadversión—bromeó.

—¿Y cómo está Roslyn?

—Bien, con buena salud. Ya sin las náuseas. Están muy felices.

—Me alegra saberlo.

—Por cierto, ¿cómo vas con esas ilustraciones para Dickens?

—Bien, ya he hecho la primera entrega. Y están muy contentos.

—Me alegra tanto que prosperes. No esperaba menos. Siempre dije que tenías talento.

Se hizo un breve silencio, que Maude rompió enseguida.

—¿Y qué tal tu vida de casada con William?

—Tranquila. William es un buen hombre y respeta mi trabajo.

—Tienes suerte de que no haya caído sobre ti el yugo del matrimonio y de las decisiones de tu esposo.

—Para mí este matrimonio fue una liberación, ya lo sabes.

—¿Solo eso? —inquirió con suspicacia.

Hester se tensó un poco, aunque no entendía bien el motivo.

—Claro, solo eso.

—No sé, mi instinto me dice que hay algo más. ¿Tal vez una ligera atracción?

Hester tragó saliva, recordando algunos de los momentos de cercanía que había vivido en las últimas semanas.

—En absoluto. William y yo somos amigos. No hay atracción ni nada semejante.

Maude inclinó la cabeza.

—Tus mejillas sonrojadas contradicen esa afirmación. Vamos, Hester, no hay nada de malo en que William te resulte atractivo. Ni tampoco en que, en un futuro, este matrimonio sea una realidad y no una farsa.

—Eso no es posible. William no siente atracción alguna por mí. De hecho, sé que en el pasado tuvo romances con algunas de las mujeres más bellas de la sociedad londinense. No puedo compararme.

—Por supuesto que no, porque tú eres mucho mejor. Un rostro hermoso se transforma en algo anodino si no lleva nada en su interior. Es una caja vacía rodeada de adornos. Además, tú eres su esposa, Hester. Eres la persona que más cerca ha estado de él.

—Por un sólido pacto en el cual él se libraría de la persecución de las damas casaderas y yo sería libre del yugo de mi madre. Eso es todo. Creo que fue un acuerdo ventajoso para ambos, un matrimonio de conveniencia bien avenido. Y si no te importa, prefiero cambiar de asunto—zanjó.

Maude comprobó que estaba adentrándose en un territorio inexplorado y que no le correspondía.

—Está bien. Hablemos de mi último caso, hubo muchos giros inesperados…

El resto del tiempo, la conversación versó sobre los avances en el último caso resuelto por Chambers & Sheridan. Al cabo de una hora, Maude decidió regresar a casa.

—A propósito, mi madre me dijo que te había invitado a tomar el té mañana con nosotras pero que no podías venir—comentó en el vestíbulo mientras se ponía la capa—. ¿Qué compromiso tan importante te impide acompañarnos?

—Recibí invitación de la señora West, la esposa del…

—Capitán West, trabaja en la Oficina de Guerra.

Hester frunció el ceño.

—¿Cómo sabes eso?

—Conozco a mucha gente, querida—afirmó—. ¿Y te ha invitado solo a ti?

—Sí. ¿Hay algo de malo? —inquirió suspicaz.

Maude se mostró meditabunda, aunque enseguida negó con la cabeza.

—No, no hay nada de malo. Lo único que me sorprende es que acudas sola. Normalmente, siempre vas con William.

—La señora West especificó que sería un encuentro estrictamente femenino. Ha invitado a otras amigas suyas, distinguidas damas de la alta sociedad, según me dijo en su nota.

—Tengo mis dudas a ese respecto—afirmó—. No obstante, son encuentros bastante aburridos. Los temas principales de conversación son los últimos rumores y chismorreos que corren por los eventos de sociedad. Nada interesante.

—Estoy acostumbrada. Mi madre no es que tuviera amigas intelectualmente estimulantes y en alguna ocasión me tocaba acompañarla a encuentros de este tipo. Me comportaré con cautela y me marcharé en un par de horas. No quiero causarle a William ningún inconveniente con los West.

—De todas formas, si empiezan a sobrevolar los puñales, márchate sin miramientos.

Hester frunció el ceño.

—¿Por qué habría de ocurrir eso?

—Es solo una advertencia por si acaso.

Hester miró a su amiga suspicaz.

—Maude, ¿hay algo que deba saber?

—No, tranquila. Es simplemente un consejo de amiga—contestó, dándole un beso en la mejilla—. Me marcho, querida. Ya sabes dónde encontrarme.

A continuación, Maude salió de Primrose House sembrando la duda en Hester, que no acababa de entender el mensaje que contenía la advertencia de su amiga.

Esa noche, cenó en soledad, pues el teniente no volvería hasta más tarde. Aprovechó la quietud para sumergirse en sus pensamientos.

Sabía que su esposo no había amado realmente a otras mujeres, a excepción de Gloria. Sin embargo, estaba convencida de que había roto muchos corazones, porque no era difícil enamorarse de un hombre como él. Notó su corazón palpitar al pensar en ello. Tomó una bocanada de aire y respiró hondo.

No debía considerar ni por un segundo entregarle su corazón al teniente. Debía guardarlo bien, en esa coraza con la que lo cubrió tiempo atrás. No deseaba volver a sufrir por un amor no correspondido, a pesar de que Maude estaba convencida de que podía haber algo más entre el teniente y ella. De nuevo, negó con la cabeza. Para Hester el amor era un imposible inalcanzable.

Capítulo 32

Aquella tarde en el club de caballeros el ambiente era distendido y animado. El teniente se encontraba en una de las salas, sentado en un sillón frente a su buen amigo Pembroke, que estaba fumando un cigarro, al tiempo que el teniente tomaba una taza de té. Tan solo quedaban dos semanas para que se celebrara la boda de Pembroke, que estaba pletórico.

—¿Y cómo van los preparativos? — preguntó el teniente.

—Pues la verdad es que estará todo a tiempo. Mi querida Jane se ha esmerado y ha sido capaz de domar a dos fieras como mi madre y mi suegra para ponerse de acuerdo en todo—afirmó orgulloso.

—Jane va a ser una gran esposa, Thomas. Sois perfectos el uno para el otro.

Pembroke suspiró.

—Es la mujer de mis sueños. Y comprende bien mi labor en el Parlamento. No es fácil estar casada con un político, ¿sabes?

—No lo dudo.

—Pero ella desde el inicio entendió mi trabajo. Y, además, comparte mis principios. Es un poco como Hester en ese sentido. Son mujeres avanzadas a su tiempo.

El teniente no pudo evitar sonreír al pensar en ella.

—Sí, eso es verdad.

—¿Y cómo os van las cosas? Me refiero especialmente a la convivencia.

—Lo cierto es que muy bien. Hemos llegado a un gran entendimiento en casi todos los aspectos. Cada uno se ha marcado su propia rutina. Coincidimos durante la cena y siempre tenemos algún tema de conversación.

Pembroke alzó una ceja.

—Suena muy aburrido, Carmichael.

El teniente frunció el ceño.

—¿Aburrido? Al contrario, eso es imposible. Hacemos otras actividades juntos, como dedicarle tiempo al jardín.

Pembroke abrió mucho los ojos, sorprendido.

—¿Has dejado que te ayude? ¡Pero si el jardín es tu rincón sagrado!

El teniente se encogió de hombros.

—Es una gran ayudante. Trata con sumo cuidado las plantas.

—A mí nunca me has dejado—le reprochó.

—Pembroke, eres un gran orador, pero un pésimo jardinero.

En ese instante, Pembroke esbozó una sonrisa ladina.

—Es curioso que Hester haya conocido esa faceta tuya. Ninguna de tus amantes ha visto el jardín de Primrose House.

—Ella no es mi amante, es mi esposa—puntualizó.

—Podría ser también tu amante—respondió serio.

El teniente tragó saliva y agachó la mirada.

—Ni hablar, eso es imposible—afirmó tajante—. Y ahora, cambiemos de asunto.

Mientras tanto, en otro rincón de Londres, Hester, acompañada de su doncella, llegaba al hogar de los West, en el distinguido barrio de Kensington. La casa de cinco plantas tenía la fachada de estuco blanco y dos grandes columnas sostenían el pórtico de la entrada.

Ambas entraron en el vestíbulo, donde una sirvienta condujo a Hester a un elegante salón. En la estancia predominaban los tonos pastel, el mobiliario era de madera pintada en color dorado de estilo Luis XVI, tal vez un poco recargado para su gusto, y al fondo de la estancia había una chimenea de mármol sobre la que podía verse un retrato de la familia West.

En el lugar se encontró sentadas en los sofás y sillones a cinco damas de distintas edades. Una de ellas llamó poderosamente su atención. Poseía una belleza incontestable: cabellos rubios, ojos verdes felinos, rostro ovalado, piel de porcelana y una figura perfecta que destacaba sobre un vestido granate. Hester se sintió ciertamente insignificante ante ella, con su sencillo atuendo de color gris y su anodino aspecto.

—Señora Carmichael, bienvenida—saludó la señora West, una dama de cabellos rubios, aunque con algunas canas, que guardaba un sospechoso parecido con la beldad que no dejaba de observarla.

—Es usted muy amable, señora West. Gracias por invitarme.

—Oh, querida, no hay nada que agradecer—respondió con un tono rimbombante—. Permítame presentarle a mis invitadas: la señora Todd, esposa del general Todd; la señora Fleming, esposa de un importante comerciante; la señora Goodall, esposa del capitán Goodall; y, por último, mi querida hermana, la señora Foster, viuda del capitán general Foster.

Hester se sorprendió ante aquellas presentaciones, describiendo a las mujeres a través de las profesiones de sus esposos.

—Encantada.

Al mirar de nuevo a la señora Foster, comprendió el parecido. Sin embargo, había algo más en ella que le generaba un halo de inquietud. Hester se acomodó junto a la anfitriona mientras una sirvienta traía el té. Tras servirlo al gusto de cada una, la sirvienta se marchó y se retomó la conversación.

—Señora Carmichael, si no recuerdo mal, usted también proviene de familia de militares, ¿verdad? —comentó la señora West.

—Así es.

—Tengo entendido que tanto su padre como su tío participaron en diferentes contiendas.

—Sí, aunque fue hace mucho tiempo.

—Parece cosa del destino que se haya casado con un héroe de guerra como el teniente—apuntó la señora Goodall.

Hester forzó una sonrisa.

—Sí, eso parece.

—¿Cómo se conocieron el teniente y usted? —inquirió de repente la señora Foster.

Hester tragó saliva, nerviosa, ante la atenta mirada de la dama, que no solo poseía un físico envidiable, sino también una voz profunda y seductora.

—Hemos sido vecinos durante mucho tiempo, y un buen día, empezamos a conocernos mejor hasta que surgió entre nosotros

algo más que una amistad.

—Sin embargo, su boda fue muy precipitada. Fue llamativo, teniendo en cuenta que el teniente nunca había considerado la idea del matrimonio—indicó la señora Foster.

—La pasión nos empuja a cometer locuras y no deseábamos esperar más—replicó tratando de disfrazar su mentira con una sonrisa.

La señora Foster escrutó su aspecto.

—La pasión. Curioso—comentó con cierta ironía que a Hester le desagradó.

—Desde luego fueron la comidilla de todos los eventos durante la Temporada. Ha sido, sin duda, la boda del año—aseveró la señora Todd.

—A propósito, el otro día acudí a un evento en casa de lord Forrester y oí hablar de ese disparatado proyecto de *lady* Duncan. Parece ser que va a crear una escuela para mujeres adultas pobres —comentó la señora Fleming, cambiando de asunto.

—Me habló *lady* Chambers del asunto y no alcancé a comprenderlo. ¿Qué utilidad puede tener para una mujer adulta educarse? —inquirió la señora West.

Hester decidió intervenir:

—Lo cierto es que mucho, señora West. Muchas mujeres no han tenido la posibilidad de acceder a una buena educación cuando eran más jóvenes, porque tuvieron que ponerse a trabajar para ayudar a sus familias.

>>Algunas ni siquiera saben algo tan básico como leer y escribir, lo que les da una enorme desventaja en cualquier ámbito de la vida. Y ojalá algún día cualquiera pueda acceder a una buena educación sin importar su clase social. Por eso, creo que el proyecto que *lady* Duncan va a llevar a cabo es magnífico.

—Así que es usted una de esas mujeres que defiende a los desamparados. Como una especie de Juana de Arco—soltó la señora Foster con sorna.

Las demás rieron ante la ocurrencia, al tiempo que Hester se sentía incómoda y ofendida. No obstante, decidió hacer caso al consejo de Maude.

—Si me disculpan, necesito ir al lavabo—dijo, levantándose.

—Oh, la sirvienta le indicará donde está, querida—comentó la señora West.

Salió de la estancia donde había percibido cierto aire opresor y siguió las indicaciones de la sirvienta. Entró en el baño y cerró la puerta tras de sí. Se tomó unos minutos para analizar lo que acababa de presenciar en aquel salón.

Intuía que la señora Foster tenía algo contra ella por su forma de hablarle, sin embargo, no entendía el motivo de su inquina, pues nunca se habían visto antes. Por otro lado, estaba la actitud altiva de las damas, burlándose del proyecto de su querida *lady* Duncan. Consideró que lo mejor sería excusarse para regresar a Primrose House, el único lugar donde se sentía a salvo.

Salió del baño y en cuanto se acercó a la puerta del salón, que estaba entreabierta, oyó las voces de las invitadas y de la señora West. Justo cuando estaba a punto de entrar, algo la detuvo, haciendo que se tensara.

—Todavía no puedo comprender cómo ha podido casarse con ella. Es tan distinta a ti, querida Constance. No posee belleza, ni título—apuntó la señora Goodall.

—Desde luego que no. ¿Y habéis visto con que altanería hablaba? Se cree mejor que nosotras—indicó la señora West molesta.

—No entiendo por qué la has invitado, Joan—protestó la señora Todd.

—Es por mi aprecio al teniente Carmichael. Ante todo, está el deber, querida. Sin embargo, compadezco a ese pobre hombre. Seguramente viva engañado pensando que su esposa es un alma cándida—aseveró la señora West.

—Yo creo que se casó con ella por lástima. Todos conocemos la naturaleza bondadosa y caritativa del teniente. ¿Por qué quién podría casarse con una mujer fea, anodina y aburrida como ella? —intervino la señora Foster.

Todas rieron ante esto.

—De todas formas, pronto se aburrirá de ella, y el teniente buscará el calor y la pasión en otro lugar—añadió la señora Foster

con un deje pícaro, provocando de nuevo las risas de las presentes.

A pesar de que tiempo atrás ese tipo de comentarios habrían herido profundamente sus sentimientos, en aquel momento, una fuerza desconocida se apoderó de ella, infundiéndole un enorme valor. Tomó una bocanada de aire y respiró hondo, al tiempo que en su mente esbozaba con claridad lo que iba a decir.

Abrió la puerta de golpe, haciendo que las damas se sobresaltaran, algo que le encantó, porque estaba dispuesta a acallar sus malintencionadas afirmaciones.

—Respecto a lo que han dicho, quisiera hacer algunas aclaraciones. En primer lugar, lamento si el hecho de tener opinión propia les resulta ofensivo y altivo. No obstante, no pienso cambiar ese aspecto de mi carácter.

>>Y, en segundo lugar, lamento mucho, señora Foster, que el teniente me eligiera a mí en vez de a usted para desposarse. Puede que no sea perfecta, que sea, como dice usted, fea, anodina y poco interesante, sin embargo, no tengo la culpa de que mi esposo me adore—afirmó, esbozando una sonrisa triunfal—. Señora West, le agradezco su invitación, aunque si trata así a todos sus invitados, dudo que reciba muchas visitas. Que pasen buena tarde.

Dicho esto, Hester cerró la puerta dejando a las damas sin palabras y sin dar lugar para replica alguna. Se marchó de aquella casa con la cabeza alta y con un gesto complacido, pues no iba a dejar que volvieran a humillarla.

Subió al carruaje junto a su doncella, que percibió que algo había cambiado en el ánimo de su señora.

—Señora, ¿se encuentra bien? —inquirió con delicadeza.

Hester se giró hacia ella.

—De hecho, me encuentro muy bien, Martha. —De repente, se dio cuenta de que quizás había obrado con demasiada valentía, sin pensar en las consecuencias—. Aunque quizás me he excedido.

La doncella decidió no indagar más, no obstante, su respuesta la dejó sorprendida. Entraron en Primrose House, donde se toparon con la señora Berenson en el vestíbulo.

—Buenas tardes, señora. Vaya, ha regresado pronto.

Hester le entregó su capa a la doncella.

—Sí, es que tengo mucho que hacer, por eso he decidido volver antes. Por favor, ¿podrían servirme un té en la biblioteca? Y no me preparen cena, no tengo demasiado apetito—ordenó—. Si me disculpan.

Ambas observaron cómo Hester desaparecía escaleras arriba. La señora Berenson se quedó extrañada y no dudó en preguntarle a la sirvienta.

—Martha, ¿ha ocurrido algo en casa de los West?

La muchacha miró alrededor, comprobando que no había nadie.

—No conozco los detalles, pero creo que ha generado cierto revuelo.

—Comprendo. Solo espero que no haya sido grave—comentó preocupada.

Hester cerró la puerta de la biblioteca tras de sí y respiró hondo. Cierto era que había sido liberador decirles a esas damas, que para ella no eran tales, todo lo que pensaba. No sabía qué le había ofendido más: que hablaran de ella en términos deplorables o que cuestionaran su matrimonio. Aunque en realidad, esto último no era una mentira. No obstante, se sintió culpable por el teniente, puesto que sabía de su estrecha relación con el capitán West y no deseaba crearle problemas.

Sacudió la cabeza y fue hacia el escritorio para seguir trabajando. Ya pensaría en algo cuando regresara su esposo a Primrose House.

Unas horas después, el teniente entró en casa con una sonrisa en los labios. Siempre le ocurría cuando regresaba a Primrose House desde que Hester vivía allí. Se adentró en el vestíbulo y enseguida oyó pasos que se acercaban.

—Buenas noches, teniente—saludó la señora Berenson.

—Buenas noches, señora Berenson. ¿Qué hace despierta? Son más de las diez, pensé que se habría acostado ya.

—Me he entretenido leyendo y le he oído entrar. ¿Desea algo de cena?

—No se preocupe, me prepararé un ligero tentempié. ¿La señora se ha dormido ya?

—No, está en la biblioteca trabajando. De hecho, no ha cenado.

El teniente negó con la cabeza.

—Cuando Hester se mete en la biblioteca, se olvida del mundo—afirmó—. Vaya a descansar, señora Berenson.

—Muy bien, teniente. Buenas noches—se despidió, marchándose a continuación.

El teniente fue a la cocina y preparó una bandeja con dos vasos de leche, además de un buen plato repleto de pastas, las preferidas de Hester. Con una sonrisa emocionada dio dos golpes en la puerta de la biblioteca, y abrió a continuación, sin esperar respuesta.

En ese momento, Hester, que estaba plenamente concentrada, alzó la vista y al verlo, agachó la mirada, tratando de esconder su culpa.

—Buenas noches. Me ha dicho la señora Berenson que no has cenado, así que te he traído unas pastas y un vaso de leche. Un gran esfuerzo merece un buen manjar para reponer fuerzas—explicó, dejando la bandeja sobre la mesa.

—Eres muy amable. Aunque no tengo demasiado apetito —mintió, pues al ver las galletas se le hizo la boca agua.

El teniente frunció el ceño, extrañado ante su tono inquieto.

—Hester, ¿te encuentras bien?

Ella asintió, sin mirarlo.

—Sí, estoy bien. Un poco cansada.

El teniente se mostró suspicaz.

—¿Cómo ha ido tu encuentro con la señora West?

Ella se tensó.

—Bien, todo bien—respondió con aire distraído. Entonces, decidió cambiar de asunto—. ¿Y qué tal con Pembroke? Supongo que nervioso con su boda, ¿verdad?

—Sí, está contento y nervioso a la vez. Es lo que suele suceder—contestó sin dejar de mirarla—. Hester, ¿de verdad va todo bien? Tengo la impresión de que me ocultas algo.

Ella tragó saliva, nerviosa. A pesar de tratar de disimular, sabía que se enteraría de lo ocurrido tarde o temprano.

—Está bien, no me queda más remedio que confesar. Verás…

Comenzó a narrar los acontecimientos ante la atenta mirada de su esposo, que se mostró primero serio, después atónito, hasta estallar en carcajadas.

—Lamento si esto supone un conflicto con el capitán, pero es que no pude soportarlo. Si quieres, puedo ir a pedirle disculpas a la señora West—respondió apurada.

Él detuvo su risa.

—Ni hablar, no tienes de qué disculparte. Es ella en todo caso la que debería hacerlo por su grosería.

—Entonces, ¿no estás enfadado?

—En absoluto. Hiciste lo correcto. No puedo estar más orgulloso de ti—aseveró con afecto.

Hester sonrió aliviada.

—Confieso que estaba preocupada. No sé cómo fui capaz. Normalmente, guardo silencio, pero esta vez no pude tolerarlo.

—Has defendido tu honor, Hester. Es una noble causa.

—Sí, eso creo. De todas formas, la señora Foster estaba dominada por el demonio de los celos. No le hizo gracia que te casaras conmigo. No soporta que una criatura insignificante como yo haya conseguido cazar a un soltero de oro.

El teniente alzó una ceja, incrédulo.

—¿Criatura insignificante?

—Fea, anodina y poco interesante. Esas fueron sus palabras —añadió.

—Entonces, debía estar hablando de otra, porque esa no eres tú, Hester.

Ella notó una ligera calidez en su vientre.

—Eres muy amable.

—Es la verdad —respondió sin miramientos—. Lamento que hayas tenido que encontrarte con la señora Foster. Si llego a saberlo, no te habría animado a ir.

—No tienes la culpa. De todas formas, nos habríamos encontrado en algún momento del tiempo. Era inevitable—apuntó. Hester se mordió el labio inferior mientras contemplaba las galletas —. El caso es que ahora sí que tengo hambre.

El teniente sonrió con picardía y le guiñó un ojo.

—Yo también.

Empezaron a degustar aquel sencillo manjar en silencio, hasta que Hester decidió abordar cierto asunto que llevaba un tiempo cavilando.

—William…

—¿Sí?

—¿Has estado con muchas mujeres? Aparte de Gloria y la señora Foster.

Él se tensó un poco.

—Sí, varias. Aunque no me gusta hablar de ello.

—Solamente tengo curiosidad por saber qué tipo de mujer te agrada. La señora Foster es muy hermosa. Supongo que ese es tu tipo de mujer.

—No, lo cierto es que he estado con diferentes tipos de mujeres con bellezas distintas.

—¿Alguna vez has estado con una mujer casada?

Él agachó la mirada.

—Sí, lo confieso. Solo una vez. Pero no voy a decirte su nombre.

—No deseo que lo hagas. Admiro tu discreción. Hay muchos hombres a los que les gusta alardear de sus conquistas.

—No apruebo esa clase de comportamiento. Me parece abominable. La intimidad es algo sagrado para mí.

—Comparto totalmente tu parecer—aseveró—. Lo que nunca comprenderé es esa distinción entre hombres y mujeres.

—¿Qué quieres decir?

—Cuando un hombre yace con varias mujeres es admirado y elogiado. En cambio, si una mujer soltera decide hacer eso, es vista como una meretriz.

>>Por ejemplo, si en un matrimonio acordado como el nuestro, ambos quisiéramos tener amantes, a mí me sacrificarían como a un cordero por pecadora, mientras que tus actos no tendrán consecuencia alguna.

—Es totalmente cierto. Y comparto tu opinión. Creo que eso debería cambiar, aunque ahora mismo, lo veo imposible.

—La sociedad tendría que dar un gran salto en cuanto a los derechos de la mujer, desde luego.

Se hizo un breve silencio, que el teniente se animó a romper.

—Hester, respecto a lo que has dicho sobre tener un amante, ¿hay algún caballero que te interese?

Ella negó con la cabeza.

—Oh no, era solo una situación hipotética para ilustrar mi argumento. De hecho, no creo que suceda.

—¿Y por qué no?

—Porque no hay ningún caballero interesado en mí. Nunca lo hubo y jamás lo habrá —respondió apurada.

El teniente contempló a su esposa con fascinación.

—No creo que eso sea cierto.

Hester intercambió una mirada con el teniente, notando su pulso acelerarse ante aquellos ojos que la observaban fijamente. Entonces, decidió dar por terminada la velada.

—Ya es muy tarde. Será mejor que vayamos a descansar —dijo, levantándose, al tiempo que recogía el vaso y el plato—. Buenas noches.

El teniente vio cómo Hester salía apresuradamente de la estancia. Esbozó una media sonrisa al rememorar sus mejillas sonrojadas y su mirada color miel observándolo con timidez. A pesar de que probablemente el capitán West le pediría explicaciones de lo ocurrido esa tarde, no podía sentirse más orgulloso de la valentía de Hester.

De repente, imaginarla en brazos de otro le generó un enorme sentimiento de impotencia y repulsa. No obstante, si eso sucedía, él no tenía derecho a impedírselo.

A pesar de ser un matrimonio pactado, Hester se había convertido en parte de su familia, en alguien esencial en su existencia. Deseaba ser su refugio, el lugar en el que ella se sintiera segura. Su hogar, al fin y al cabo. Como ella ya lo era para él.

Capítulo 33

Aquella jornada en Londres tendría lugar una de las bodas más esperadas del año. Hester estaba terminando de prepararse ante el espejo, examinando su aspecto mientras su doncella daba los últimos retoques a su moño trenzado. Llevaba para la ocasión un vestido granate sin escote y un mantón de color perla con motivos florales.

Mientras tanto, el teniente salía de casa de los Pembroke, acompañado del novio en un carruaje rumbo a Grosvenor Chapel. Por suerte, la lluvia había abandonado Londres ese día y la temperatura era sumamente agradable, un ambiente propicio para una gran celebración.

Cuando llegaron, la iglesia estaba a rebosar. Numerosos invitados aguardaban el acontecimiento, entre ellos, importantes personalidades del mundo de la política y de la sociedad. Ambos se colocaron frente al altar y miraron hacia la entrada de la iglesia, por donde aún seguían entrando los invitados.

De repente, el teniente fijó su vista en una dama en concreto, que lucía un traje granate. Cuando ella alzó la vista, descubrió que se trataba de Hester. Cautivado por la belleza discreta pero fascinante que irradiaba, no pudo apartar sus ojos de ella.

Su corazón comenzó a palpitar con fuerza, sintiendo la urgencia de acercarse a ella, aunque consiguió controlar este impulso. Vio como a su lado se sentaba Maude, con quien empezó a conversar. Vislumbró su sonrisa, tan dulce, y su gesto risueño, que le provocó unas traviesas mariposas en el estómago.

En ese instante, comenzó a sonar la música nupcial, indicando que la novia había llegado. Al cabo de pocos minutos, los novios se reunieron al fin en el altar, contemplándose embelesados.

Hester observó a ambos con su corazón enternecido ante la escena, que fue muy distinta al día de su boda. Aquellos dos estaban inequívocamente enamorados, un hecho que podía

comprobarse en cada gesto y mirada que se dedicaban. Los novios formularon sus votos y fue en ese momento cuando el teniente y ella se miraron, recordando las palabras que pronunciaron en su enlace.

Ella notó una cálida sensación en la boca del estómago ante la intensidad de la mirada del teniente. Una atmósfera íntima había surgido dentro los muros de aquella abarrotada iglesia entre ellos.

Y entonces, como una especie de epifanía, Hester comprendió al fin lo que llevaba tiempo sintiendo en lo más profundo de su corazón.

Aquella verdad dejó a Hester aturdida. Tanto fue así que su estado de confusión se reflejó en su semblante.

—¿Estás bien? —preguntó Maude.

Sacudió la cabeza, saliendo de su ensimismamiento.

—Sí, estoy bien.

Maude miró al teniente.

—Está muy apuesto. Es lógico que te fascine—apuntó con un deje de picardía.

Hester notó sus mejillas arder.

—Ciertamente.

Tras la boda, los invitados se dirigieron al hogar de la familia Kent, en Grosvenor Square, donde tendría lugar el convite. La casa de los Kent era una construcción de ladrillo y estuco de grandes dimensiones, que poseía un excelso salón de baile. Allí se habían dispuesto varias mesas, donde los invitados fueron acomodándose.

El teniente se reunió con su esposa, que aguardaba junto a Maude.

—¿Qué os ha parecido la ceremonia? —inquirió él.

—Muy bonita—respondió Hester con timidez.

—Maravillosa. Y tú has ejercido tu papel de padrino con gran maestría. Se nota que tienes experiencia—apuntó Maude.

Él sonrió, sobresaltando el corazón de Hester más de lo debido.

—Gracias.

—¡Oh, estabais aquí! No os he visto en la iglesia. No dejaba de preguntarme donde estaría mi querida señorita Chambers y mi

matrimonio preferido, los Carmichael—saludó *lady* Duncan jovial.

—Al único al que pudimos ver es al teniente y porque estaba en el sitio más alto—bromeó lord Duncan.

—A esta boda ha asistido medio Londres y gran parte de Inglaterra. Aunque no me extraña, teniendo en cuenta que se unen dos importantes familias—apuntó *lady* Duncan.

—Teniente, ¿me acompaña a por algo de beber? Así dejamos que las damas departan—propuso lord Duncan—. Y de paso, felicito al novio.

—Por supuesto, milord—respondió, a pesar de que querer estar con Hester.

Ambos se marcharon, para alivio de ella, que notaba su pulso acelerado y un poco de calor ante la cercanía de su esposo.

A partir de ese momento, *lady* Duncan tomó la iniciativa, comentando aspectos de la boda y, sobre todo, de los trajes que tanto invitadas como la propia novia habían lucido. Hester se mantuvo ausente, apenas interviniendo, sumida en sus pensamientos.

Un detalle que, más tarde, en ausencia de *lady* Duncan, Maude expuso:

—Te noto distraída. E intuyo que algo te está apartando de esta sala. ¿Vas a contármelo o tendré que torturarte para que me lo digas?

Hester suspiró.

—Sí, lo cierto es que hay algo que no abandona mis pensamientos.

—¿De qué se trata?

Hester miró alrededor, comprobando que estaban rodeadas de gente.

—Será mejor que busquemos un lugar más íntimo.

Salieron de la estancia con intención de buscar un lugar apropiado para hablar a solas. El teniente, que estaba en un rincón conversando con varios caballeros, vio como ambas se marchaban, lo que le generó una enorme curiosidad.

Entraron en una pequeña sala de estar, apenas amueblada con unos sillones, una mesa y una pequeña chimenea. Hester cerró

la puerta, lo que aisló más el lugar del bullicio de fuera.

—¿Y bien? —insistió Maude.

Hester tragó saliva mientras se frotaba las manos, nerviosa.

—Maude, he tenido una revelación que puede cambiar de forma drástica el curso de los acontecimientos.

Esta se inquietó.

—¿Qué clase de revelación?

Hester tomó una bocanada de aire y respiró hondo.

—Me he enamorado de William.

Maude alzó una ceja al tiempo que lanzaba una carcajada.

—¿Eso es todo? Cuéntame algo que no sepa.

Hester miró a su amiga sorprendida.

—¿Cómo puedes saberlo, si acabo de descubrirlo?

—Puede que tú te hayas dado cuenta ahora, pero yo lo intuía desde hace tiempo. De hecho, siempre he pensado que, en el fondo, no solo te casaste con William por un bien común, sino que tú ya albergabas ciertos sentimientos, que han ido creciendo con el paso del tiempo—explicó.

Hester asintió comprensiva.

—Sí, eso tiene sentido. Es cierto que me resultaba un caballero interesante, pero nunca pensé que llegaría a esto.

—¿Y qué hay de William?

Hester se encogió de hombros.

—Ya lo sabes. Él no siente lo mismo.

—¿Tienes la certeza? ¿Se lo has preguntado?

—No, ni siquiera me atrevo a confesarle esto. Sería un desastre y lo estropearía todo. Ya he tenido demasiados fracasos a lo largo de mi vida, no quiero que mi matrimonio sea uno de ellos—respondió inquieta.

—Comprendo. Sin embargo, ocultar lo que sientes tampoco lleva a ninguna parte—apuntó.

Hester suspiró dubitativa.

—No sé qué hacer, Maude.

Entonces, su amiga tuvo una idea.

—Creo que solo hay una solución: tendrás que seducir a tu esposo.

Hester se mostró desconcertada.

—¿Seducirlo?

Maude asintió.

—Sí. Saca a relucir tus encantos. Un bonito vestido, una sonrisa, unas palabras seductoras.

Hester negó con la cabeza, muerta de vergüenza.

—No, eso sería… no sabría cómo hacerlo.

—Puedes entrar una noche en su cuarto con un camisón que muestre más de lo debido. Te acercas al lecho, dejas deslizar un tirante, luego otro ¡y voilá! No podrá resistirse ante la belleza de tu cuerpo desnudo—afirmó con sensualidad.

Hester se rio al tiempo que sus mejillas se sonrojaban.

—Maude, ¿cómo voy a hacer eso? Eres una descarada.

—Vamos, un matrimonio necesita pasión y fuego. Demuéstrale a William que eres una mujer seductora y apasionada. No podrá resistirse. Y te aseguro que te encantará lo que él te enseñará—aseveró, mordiéndose el labio inferior.

—Maude, ¿tú ya tienes experiencia? —inquirió con cautela.

—Aún no. Pero he leído mucho sobre ello. Libros prohibidos que escandalizarían a la mayoría de la gente que hay en ese salón—respondió—. No pierdas la oportunidad, Hester.

Hester consideró la idea unos segundos. Al valorar sus opciones, no era nada descabellado. Deseaba con todo su ser que William correspondiera sus sentimientos. Tal vez aquella fuera una manera radical de hacerlo, pero también sería la más eficaz según Maude.

Mientras tanto, en el salón, Pembroke y el teniente encontraron un momento tranquilo para conversar.

—Al fin soy un hombre casado, ya pertenecemos al mismo club—comentó Pembroke, contemplando su alianza.

—No puedo creerlo, pero así es.

—A propósito, Hester estaba muy hermosa hoy.

El teniente asintió.

—Sí, desde luego.

—Yo que tú andaría con cuidado. Hay muchos seductores a la caza de mujeres casadas solas e indefensas—apuntó.

El teniente se tensó.

—Hester nunca haría eso.

—¿Y por qué no? ¿Qué se lo impide? — preguntó desafiante.

—La lealtad que siente hacia mí. Y si eso ocurriera, quien se atreviera a seducirla, se las vería conmigo—afirmó molesto, dando a continuación un sorbo a su copa de vino.

—Vaya, ha salido el carácter del viejo guerrero escocés. ¿Percibo un atisbo de celos en esa afirmación? —replicó mordaz.

—Son imaginaciones tuyas—espetó.

—Naturalmente—respondió Pembroke esbozando un gesto de triunfo.

En ese momento, vio a Hester a lo lejos siendo abordada por lord Cambridge, uno de los mayores seductores del reino. Estrechó la mirada, observando cómo el caballero le dedicaba una sonrisa y le solicitaba un baile.

Apretó los puños y comenzó a caminar hacia ellos. Hester giró la cabeza, comprobando que su esposo se aproximaba. Su corazón empezó a acelerar sus latidos, hasta que este se detuvo frente a ella.

—Buenas tardes, lord Cambridge. Veo que conoce a mi esposa, la señora Carmichael—saludó serio dedicándole un gesto desafiante.

El caballero se tensó.

—Vaya, no sabía que era su esposa, teniente. Estaba solicitándole a la dama que me concediera el honor de bailar el próximo vals conmigo.

—Me temo que no va a poder ser, porque ya tiene reservado ese baile—respondió el teniente.

Hester se mostró incrédula pues no recordaba tener ningún baile reservado. No obstante, guardó silencio.

—Oh, comprendo. Disculpe, señora Carmichael. Ha sido un placer.

Dicho esto, el caballero se retiró rápidamente. Justo en ese momento, comenzó a sonar el vals. Entonces, el teniente extendió su mano.

—¿Me concedes este baile?

Hester asintió desconcertada y agarró la mano que su esposo le ofreció. Enseguida, notó su otra mano en su cintura y comenzaron a girar despacio, generando cierta expectación.

—¿No te molestará la pierna al bailar?

—Descuida. Un sosegado vals no me supone problema alguno.

—Entiendo—comentó, sintiendo como el calor subía por sus mejillas.

—¿Qué quería lord Cambridge?

—Oh, solo un baile. Me ha parecido muy agradable.

—Debes tener cuidado con él, Hester. Es un seductor. Y, además, le encantan las mujeres casadas—advirtió, serio.

Ella se rio.

—En eso os parecéis, ¿no crees?

—No nos parecemos en absoluto—respondió tajante, sobresaltando a Hester.

—Disculpa, no quería ofenderte—contestó apurada.

Él suspiró arrepentido por su brusquedad.

—Discúlpame tú a mí. No sé qué me ocurre hoy.

—Puede que sea el cansancio. Por cierto, estás muy elegante y has hecho una gran labor como padrino.

Él esbozó una media sonrisa.

—Gracias. Y tú estás radiante, Hester. Estás preciosa. No me extraña que hayas despertado el interés de lord Cambridge.

—No es su interés el que deseo despertar—musitó.

De repente, el teniente notó una ligera molestia en su pierna que le hizo retorcerse.

—¿Te encuentras bien? —inquirió Hester preocupada.

—Creo que mi pierna se ha resentido. Necesito sentarme.

—Por supuesto.

Hester lo ayudó a acomodarse en una silla. Se colocó delante de él, mientras el teniente se frotaba la pierna.

—Han sido demasiadas horas de pie, me temo. Lo siento mucho, Hester.

—No hay nada por lo que disculparse—afirmó amable.

—Sí, por tener un marido con el que ni siquiera puedes bailar un triste vals—respondió apesadumbrado.

Hester se agachó frente a él, y lo miró a los ojos, al tiempo que acariciaba su rostro.

—Para mí tú eres más importante que un vals. —El teniente notó una cálida sensación en su corazón al escuchar aquellas hermosas pero sencillas palabras—. ¿Te encuentras mejor?

Él tragó saliva, ligeramente emocionado.

—Sí.

—Será mejor que volvamos a casa, ha sido un día largo. De hecho, a mí me duelen los pies con estos horribles zapatos. ¡Son una tortura!

Él se rio en respuesta.

Minutos después, regresaron a Primrose House, donde todo era silencio, pues el personal ya estaba en sus aposentos. Subieron las escaleras, dirigiéndose a sus habitaciones. Hester se detuvo ante la puerta de su cuarto.

—Ha sido un gran día—comentó.

—Desde luego.

—Me ha gustado cuando, al ver a su novia, el rostro de Pembroke se ha iluminado. Ha sido un momento muy hermoso—afirmó meditabunda.

—Están hechos el uno para el otro—aseveró el teniente.

—Promete ser un matrimonio feliz—añadió ella—. Bueno, será mejor que vayamos a descansar. Además, mañana tenemos que ir a Charles Court.

—Cierto.

—Creo que estaré más nerviosa que Pembroke hoy. Lamento que tengas que acompañarme. Si quieres, puedo excusarte.

—De ninguna manera. Además, sería más problemático que no asistiera. Tu madre no pasaría por alto semejante afrenta.

—Tienes razón—respondió—. Solo espero que esté en uno de sus días tranquilos.

—Todo irá bien—aseveró él.

Hester suspiró, al tiempo que abría la puerta.

—Buenas noches, William.

En ese momento, él agarró su brazo, tiró de ella y le dio un dulce beso en la mejilla, cerca de la comisura del labio.

—Que descanses—respondió él, cesando su agarre y entrando al fin en su cuarto.

Hester se quedó allí unos segundos, absorta. Se llevó su mano a la mejilla donde aún podía percibir el rastro de ese beso que había estremecido todo su ser.

Entró en su cuarto y apoyó la espalda en la puerta. Aquel acercamiento del teniente alejó cualquier duda: había llegado el momento de sacar sus armas de seducción y derribar las defensas de su esposo.

Capítulo 34

Eran alrededor de las doce de la mañana cuando el teniente y Hester arribaron a Charles Court. A diferencia de la ocasión anterior, para Hester aquella visita sería más llevadera al estar en compañía del teniente. Era la primera vez que acudían juntos tras la boda, pues en casa de los Holland nunca parecía el momento adecuado para celebrar una reunión familiar.

Hester apenas había dormido debido a los numerosos pensamientos que se agolparon en su cabeza a lo largo de la noche. La inquietud dominaba su ánimo, no solo por la visita a su antigua casa, sino por el hecho de que debía abordar cierto asunto con su esposo.

—Bienvenidos a Charles Court. Señora, es un placer volver a verla—saludó el mayordomo con gesto serio.

—Gracias—respondió ella escueta.

A medida que se adentraban en Charles Court, Hester notaba su pulso acelerarse debido al nerviosismo.

Finalmente entraron en el salón, donde se hallaban los Holland acompañados de John y su esposa Lydia. La estampa familiar era sumamente solemne: su madre sentada junto a su cuñada en un sofá, el coronel en un sillón y John de pie al lado de la chimenea.

—Querido yerno, cuanto tiempo sin vernos—saludó la señora Holland con una sonrisa forzada. Al instante, fijó su mirada en su hija—. Hester, veo que has escogido el azul, como siempre. De vez en cuando no estaría mal cambiar de color, querida.

—Sí, madre—respondió escueta.

—Bienvenidos a los dos. Qué alegría veros. Aunque a Hester la veo todas las semanas en nuestros paseos—apuntó el coronel.

—Lamento que mis obligaciones no me hayan permitido hacerles una visita hasta ahora. ¿Cómo se encuentra, coronel? —intervino el teniente.

—Bien, a pesar de los achaques de la edad—respondió.

Intercambiaron saludos con John y su esposa, y tras esto, todos fueron al comedor. Prácticamente en cuanto se sentaron, Lydia Holland monopolizó la conversación junto a la señora Holland, hablando de su nueva casa en Bibury.

—Ya tenemos pintadas las habitaciones principales. Aunque al principio hubo cierto desacuerdo, al final John dejó que yo decidiera —explicó Lydia complacida.

—Tú siempre decides, amor mío—apuntó John burlón.

—¡Es que querías pintar todas las estancias de un color vainilla horroroso! No podía permitirlo—replicó.

El teniente y Hester se miraron conteniendo la risa.

—Desde luego que no. Debemos imponer nuestras decisiones en lo que respecta a nuestro hogar, querida Lydia. No obstante, en el resto de las cuestiones los maridos tienen la última palabra— indicó la señora Holland.

—¿Y cuándo creéis que estará todo listo? —inquirió Hester.

—A principios de octubre. Solo queda terminar de amueblarla. De hecho, Lydia ya ha enviado las invitaciones para la fiesta de inauguración—contestó John.

Hester frunció el ceño.

—¿Fiesta de inauguración? No tenía noticia.

Lydia abrió mucho los ojos, apurada.

—Bueno, es que no hemos invitado a demasiada gente.

—Además, madre sugirió que sería un inconveniente para Grace y para ti—añadió John.

Hester miró a su madre, al tiempo que el teniente ejercía de mero espectador.

—Es lo más lógico y práctico. Grace está en Coventry atendiendo sus obligaciones de madre y esposa. Y tú tienes también tus compromisos. Un viaje a Bibury sería un trastorno. Yo asistiré porque no tengo ningún compromiso, en cambio, tu padre, por temas de salud, tendrá que quedarse—explicó la señora Holland tan tranquila.

—Habría sido un gran gesto de cortesía que se nos hiciera llegar la invitación y poder decidir nosotras si podemos asistir o no—

replicó Hester molesta.

—Bueno, si queréis venir… Aunque será una aburrida fiesta campestre—comentó Lydia nerviosa.

—No te preocupes, tenéis razón. Sería un trastorno—respondió Hester seria.

Intercambió una mirada con el teniente, que esbozó un gesto cómplice.

—Y dime, William, ¿cómo van las cosas en la Oficina de guerra? —inquirió el coronel.

El teniente se enfrascó en una animada conversación con el coronel, algo que a Hester le encantó. Normalmente, el coronel no solía intervenir demasiado en las reuniones familiares, pues su opinión no era valorada en absoluto. No obstante, en el teniente había encontrado a un buen conversador que escuchaba cualquier cosa que tuviera que decir.

Al terminar la comida, Hester y el teniente bajaron a las cocinas para felicitar a la cocinera por el delicioso faisán que habían degustado. Una excusa para alejarse de la atmósfera ciertamente tensa que sobrevolaba el salón.

Ambos se acercaron a una de las ventanas que daba al patio. Estaba empezando a llover en esos instantes, después de una mañana soleada. La fría piedra del suelo estaba comenzando a mojarse a medida que se intensificaba el aguacero.

—Recuerdo aquella velada en el patio. Fue muy agradable—comentó el teniente meditabundo.

—Parece que han pasado años de aquello y tan solo han sido unos meses.

—Sí, el tiempo transcurre muy deprisa.

En ese momento, la señora Kirkdale apareció portando una bandeja con lo que parecían unas deliciosas tartaletas. Hester y el teniente se miraron sonrientes.

—He pensado que les apetecerían unas tartaletas con mermelada de fresa. Están recién hechas. Y sé que a la señorita… bueno, quiero decir, señora, le gustan mucho.

—Muchas gracias, señora Kirkdale. No tenía por qué molestarse—respondió Hester amable.

—Oh, no es molestia. Además, fue petición de su padre—afirmó.

—Entonces, creo que le llevaré unas pocas.

Hester agarró un plato, y con la ayuda de su esposo, fue colocándolas en el recipiente. Subieron a la primera planta, donde se asomaron por la puerta del salón. Allí estaba la señora Holland departiendo con su nuera ante la mirada distraída de John. No había rastro del coronel.

Hester recordó que a su padre le gustaba esconderse en un rincón muy especial de la casa. El teniente la siguió escaleras arriba, y al cabo de pocos minutos, se detuvieron ante una puerta de madera de nogal.

Hester dio dos golpes y el coronel los instó a entrar. Era una pequeña sala de estar, en cuyas paredes podían verse sus condecoraciones, algunas armas y una estantería con libros sobre temas militares y bélicos.

—Padre, esperamos no importunarte.

—Eso depende. ¿Venís solos, soldados? —inquirió suspicaz.

—Sí, señor. Y traemos provisiones—respondió el teniente.

—Entonces, entrad rápido, antes de que venga el batallón del piso de abajo.

El teniente y ella entraron en la estancia y se acomodaron frente a él. Colocaron sobre la mesa el plato con las tartaletas, que el coronel no tardó en degustar.

—Creo que falta un poco de té—comentó el coronel.

—Enseguida pido que lo traigan, padre.

Hester tiró de una cuerda que hizo que enseguida se presentara ante ellos una de las sirvientas. Minutos después, estaban los tres conversando animadamente mientras bebían té y comían tartaletas.

—Cuando Hester era pequeña y yo regresaba a casa, siempre le pedíamos a la señora Kirkdale que preparara tartaletas para celebrar mi regreso—explicó el coronel—. Además, la señora Kirkdale les enseñó a Hester y a Grace a cocinar.

>>No fue fácil, porque mi esposa se oponía a ello firmemente. Ella consideraba que no era propio de una dama andar

en las cocinas. Sin embargo, yo defendí mi propio argumento: si, por ejemplo, Hester y Grace se encontraban perdidas en mitad del bosque con sus maridos, estos podrían ir a cazar y ellas cocinar. Así podrían sobrevivir.

El teniente se rio.

—Buen argumento.

—Ella dijo que estaba loco, puede que sí. Pero en la vida nunca se sabe dónde podemos acabar—afirmó—. A propósito, ¿es cierto que mi Hester sabe ordeñar?

El teniente sonrió, dejando a Hester embelesada.

—Muy cierto, señor. De hecho, tuvo un gran maestro en mi padre.

—Debe tener una existencia muy tranquila tu padre allí en el campo.

—Siempre tiene algo que hacer. Una granja da mucho trabajo.

—Eso es cierto. Al menos tiene una ocupación. Sin tareas ni ocupaciones, el ser humano puede llegar a la locura. Yo odio la vida ociosa, en cambio, a mi esposa le encanta.

>>Mi idea para el futuro era tener mi propiedad en el campo y retirarme allí. Hace años, cuando mis hijos eran pequeños, un caballero llamado Marley me vendía unas tierras con una hermosa propiedad no demasiado grande cerca de Norwich. Tenía muchas hectáreas y un paisaje espléndido. Pero mi querida esposa rechazó la idea. Ella prefería Londres.

—No obstante, hemos vivido en muchos sitios, padre. Y has viajado mucho—apuntó Hester.

—Oh, desde luego nuestra profesión nos da ese privilegio, ¿verdad, William?

—Cierto.

—El lugar en el que más me gustó vivir fue Bristol, ¿te acuerdas, Hester? Bueno, eras pequeña, John no había nacido aún.

—Sí, lo recuerdo, padre—respondió Hester con nostalgia.

—Qué ratos tan maravillosos pasamos allí—afirmó el coronel con nostalgia—. ¿Conoces Bristol, William?

—Sí, fui de visita hace años.

—Algún día tienes que llevar al teniente, Hester, y mostrarle nuestra antigua casa. Era la más bonita del vecindario.

—¿Por qué os fuisteis de Bristol?

El coronel se encogió de hombros.

—Debido a la muerte de mi padre. Fue entonces cuando heredé Charles Court y solicité el traslado a Londres. Me lo concedieron y nos instalamos aquí. No obstante, aquel hogar en Bristol aún me trae gratos recuerdos.

—Podríamos organizar algún viaje para que pueda visitarlo—propuso el teniente.

—Oh, no estoy yo para esos menesteres. Los viajes me agotan.

—A mi padre le ocurre lo mismo. Hace años que no viene a Londres, y mi madre ha decidido quedarse con él para cuidarlo y vigilar que no cometa excesos—indicó el teniente.

—Tu padre es un hombre afortunado por tener a su lado a una mujer que lo quiere—comentó con un deje de pesar.

Hester apretó la mano de su padre en señal de afecto.

—Padre, nos tienes también a nosotras. Y a John.

—John está demasiado ocupado con su vida de casado, hija.

—Reitero lo que ha dicho Hester, coronel. En Primrose House siempre nos tendrá para lo que necesite.

El coronel esbozó una mueca de agrado.

—Sois tan buenos con este anciano despistado.

Hester se rio, al igual que el teniente.

—¿Y quién no tiene despistes, padre? Si no es por William, casi salgo sin sombrero a la calle—bromeó.

—Lo que me gustaría es que pronto me dierais algún nieto que me alegrara un poco la existencia. Mi James y mi Winnie están demasiado lejos.

Hester agachó la mirada, apurada, mientras el teniente se tensaba.

—Bueno, John probablemente te dé nietos pronto, padre.

El coronel torció el gesto.

—Supongo. Pero entre tu madre y Lydia se encargarán de convertirlos en unos malcriados. En cambio, los vuestros heredarán

tu buen talante y la generosidad del teniente.

Hester tragó saliva, notando una cálida sensación en el estómago.

—Eso no puede saberse, padre.

—Habla la voz de la experiencia. No olvides que tengo tres hijos. Y esas cosas se intuyen, hija.

El teniente y ella intercambiaron una mirada, visiblemente nerviosos. De modo que el teniente decidió cambiar de asunto.

—Y dígame, coronel, ¿qué son todas esas condecoraciones?

A partir de entonces, la conversación transcurrió por otros derroteros, para alivio de Hester. Parecía que la providencia seguía dándole señales inequívocas de que había llegado el momento de abordar cierto asunto. Y no había motivo para demorarlo un día más.

Durante el paseo de regreso a casa, se hizo el silencio entre ellos. Hester estaba absorta, considerando la forma más adecuada de abordar la cuestión. Eran alrededor de las cinco, en la calle apenas había gente debido a la lluvia.

—Al final no has tenido ningún conflicto con tu madre— comentó él, sacándola de su ensimismamiento.

—No, lo cierto es que ha sido un encuentro pacífico.

—Aunque hemos tenido que soportar el egocentrismo y la petulancia de Lydia.

Hester lanzó una carcajada.

—Sí, ahora ya no esconde su verdadera personalidad.

—Sinceramente, no me ofende que no nos invitara a la inauguración de la casa. En realidad, es preferible estar lo más lejos posible de alguien así. Y tu hermano en realidad parece no decidir por sí mismo.

—John está cómodo en su situación.

—Me ha gustado conversar con tu padre y contigo. Ha sido el momento más agradable.

Hester esbozó una media sonrisa.

—Es su rincón preferido de Charles Court. Grace y yo siempre íbamos a buscarlo allí y pasábamos largos ratos con él conversando y riendo, lejos del escrutinio de mi madre.

—¿Y cuál es tu rincón preferido de Primrose House?

—La biblioteca, sin duda. Aunque me gusta cualquier estancia de la casa. Sobre todo, cuando estás tú—respondió, sonrojada.

El teniente se quedó sorprendido.

—¿De verdad?

Hester se encogió de hombros.

—Sí. Me agrada mucho tu compañía.

Él esbozó una sonrisa.

—A mí también.

Se hizo un breve silencio que sirvió para que Hester reuniera el valor suficiente para hacer su propuesta.

—William, tengo que decirte algo.

Él fijó su vista en ella ligeramente preocupado.

—¿De qué se trata?

—¿Recuerdas cuando dijiste que si deseaba tener hijos estabas dispuesto a hacer lo posible?

Él tragó saliva, nervioso.

—Sí.

De repente, ella se giró hacia él, justo cuando estaban a tan solo unos pasos de Primrose House.

—Pues me gustaría que fuera esta noche. Si te parece bien—soltó.

El teniente abrió mucho los ojos, atónito.

—¿Esta noche?

—Si prefieres otro momento, no tengo inconveniente.

Él no halló motivos para rechazar la propuesta.

—No, no hay inconveniente—respondió aturdido.

Hester asintió entre aliviada e inquieta.

—Perfecto.

Entraron en Primrose House, y tras saludar al señor Berenson, Hester subió las escaleras para cambiarse para la cena. Cuando entró en su cuarto, abrió uno de los cajones de la cómoda, donde guardaba el camisón de tirantes que su tía le había regalado. Un atuendo perfecto para la seducción.

Capítulo 35

Horas más tarde, el teniente se hallaba en su cuarto dando vueltas como un león enjaulado mientras aguardaba la aparición de Hester. El ambiente en su habitación era cálido, la quietud dominaba el lugar, no obstante, el teniente estaba sumamente nervioso.

Había estado tenso durante toda la velada, especialmente por el atuendo que Hester había elegido. Era un vestido color azul oscuro, con escote en forma de uve, que destacaba su belleza.

Sintió un hormigueo en sus dedos, que deseaban acariciar esa tersa piel descubierta en la zona de su cuello. Apenas habían hablado, pero la tensión podía cortarse con un cuchillo ante la expectación de lo que estaba a punto de suceder.

Hester terminó de arreglarse ante el espejo. Sin rostro de maquillaje, con su piel al natural, el camisón blanco mostraba sus hombros y su escote, dándole un toque sensual lleno de inocencia. Su cabello iba suelto, reposando sobre sus hombros y su espalda en una hermosa cascada ondulada. Tras aplicarse un poco de perfume, tomó una bocanada y respiró hondo. Había llegado el momento de seducir a su esposo.

Se encaminó hacia su cuarto y dio dos golpes sobre la madera, con su pulso acelerado.

—Adelante—respondió el teniente.

La puerta se abrió lentamente y al ver a Hester, el teniente se quedó perplejo. Cerró la puerta tras de sí y caminó hacia él. A la luz de las velas pudo contemplarla con mayor intensidad. El camisón mostraba un cuerpo esbelto y su cabello sedoso caía sobre sus hombros de una manera deliciosa. Sus labios semiabiertos parecían invitarlo a un exquisito beso, sus mejillas sonrosadas le daban un toque inocente encantador y su piel tersa irradiaba una enorme sensualidad.

De nuevo, sintió un hormigueo en los dedos al tiempo que su pulso se aceleraba. Estaba conteniendo sus ganas de perderse en

ella. No obstante, no pudo esconder su deseo, que era visible en sus partes más íntimas.

—Buenas noches—saludó ella tímida.

Él tragó saliva, tratando de suavizar la sequedad de su garganta.

—Buenas noches.

El teniente se acercó a ella hasta estar a escasos centímetros.

—¿Te encuentras bien?

—Confieso que estoy un poco nerviosa.

—Es lógico. Sabes que al principio dolerá un poco, ¿verdad? —dijo él con delicadeza.

—Sí, lo sé. La cuestión es que no sé bien cómo empezar.

El teniente asintió.

—Yo tomaré la iniciativa. ¿Confías en mí?

—Completamente—afirmó contundente.

Él esbozó una media sonrisa.

—Bien.

A continuación, el teniente posó sus manos en sus mejillas y acercándose más, besó al fin sus labios despacio. Primero fue un beso suave, casi tímido, para después profundizarlo, provocando que Hester perdiera fuerza en sus piernas y tuviera que aferrarse a él.

Se apartaron unos milímetros, contemplándose el uno al otro. El teniente agarró su mano e hizo que ambos se sentaran en el borde de la cama. Las caricias continuaron, esta vez él recorrió con sus dedos su cuello, bajando por su clavícula hasta acariciar el borde de su escote, generándole un delicioso estremecimiento. Siguió besándola apasionadamente en los labios, para después continuar por sus mejillas y su cuello.

Hester, ya sintiéndose más segura, deslizó su mano hasta la apertura de su camisa y trató de abrirse paso hasta su pecho. Sin embargo, el teniente detuvo su avance, apartando su mano con delicadeza y estrechándola más contra él.

El teniente hizo que se tumbara y se colocó encima de ella. A pesar de que él era más alto y fuerte, a Hester le encantó sentir su peso, al tiempo que se dejaba envolver por su calidez. Ella acarició su cabello mientras él retiraba uno de los tirantes y besaba su

hombro. Hester cerró los ojos, sumergiéndose en ese calor y esas caricias que estaba deseando profundizar.

Decidió ser ella ahora quien tomara las riendas, así que empujó al teniente, haciendo que se tumbara, al tiempo que ella se incorporaba. Empezó a besar sus mejillas, su cuello y de nuevo deslizó su mano hacia su pecho.

—William, soy tan feliz—dijo ella emocionada y sonriente—. Te amo tanto.

De repente, notó cómo el cuerpo de su esposo se tensaba. El pánico y el miedo habían hecho acto de presencia. Hester alzó la cabeza y observó a su esposo con preocupación.

—Esto no está bien—musitó él aturdido.

Se apartó de ella bruscamente y salió de la cama, dejando a Hester desconcertada.

—William, ¿qué ocurre? —inquirió, tratando de acercarse a él.

No obstante, él se alejó prácticamente al otro extremo de la habitación.

—Esto no debía pasar, Hester. ¿Por qué hemos tenido que estropearlo? Estábamos bien. Todo iba bien. Este matrimonio era perfecto y ahora ya no lo es—replicó él molesto.

Ella se quedó atónita.

—No te comprendo. Pensaba que…

—Hester, creo que esto ha sido un terrible error. No había necesidad de llegar a esto.

Ella empezó a notar un fuerte dolor en su corazón ante el evidente rechazo y la rabia se apoderó de ella con una fuerza que resultó imparable.

—Por supuesto. Ahora comprendo todo. Puedes yacer con cualquier mujer, pero no con tu propia esposa—respondió indignada, levantándose—. ¿Tan terrible sería? ¿Tan horrible soy?

El teniente abrió mucho los ojos.

—Hester, no se trata de eso. Yo…

—No importa. Haz lo que te plazca. Como bien dices, ha sido un terrible error creer por un momento que podrías llegar a amarme. Todo esto estuvo mal desde el principio. Nunca debí pensar que sería posible que alguien me amara tal como soy. A la anodina y fea

Hester. Porque solo merezco indiferencia o caridad. La pobre solterona que no posee ni belleza ni riqueza—espetó furiosa.

—Hester, por favor, no hables así. Eso no es cierto…—replicó él acercándose.

Ella fijó su mirada en él. El teniente comprobó que tenía los ojos humedecidos y que estaba visiblemente herida.

—No he estado más convencida de algo en toda mi vida. Será mejor que me vaya. Ya no hago nada aquí—dijo, saliendo de la habitación.

—¡Hester! —gritó él siguiéndola.

Hester corrió hasta su cuarto y cerró rápidamente con llave. El teniente se colocó ante la puerta, apoyando sus manos sobre la madera.

—Por favor, Hester, ábreme. No podemos dejar las cosas así. Por favor—le suplicó desesperado.

Como respuesta solo recibió el silencio. Al otro lado de la puerta, Hester se había derrumbado sobre la cama sollozando. El dolor que sentía era tan desgarrador que incluso le costaba respirar. La decepción había sido tan inmensa que no sabía si podría superarlo.

Mientras tanto, el teniente, completamente rendido, decidió alejarse del lugar con la esperanza de que, tal vez en unas horas, Hester le ofreciera la oportunidad de explicarse.

Bajó las escaleras y fue al salón, cerrando la puerta tras de sí. Vertió en un vaso una buena cantidad de coñac y lo ingirió con rapidez, con intención de que pronto la bebida hiciera posible que olvidara la vergüenza y la angustia que lo asolaban en ese momento.

Aún podía percibir el calor de Hester sobre su piel, su perfume y la deliciosa sensación que había dejado en todo su ser. Sus hermosas palabras y su declaración fervorosa se repitieron en su cabeza, recordándole que había roto las ilusiones de alguien a quien, en realidad, amaba profundamente. Sin embargo, no sabía bien cómo podría enmendar su error. Solo deseaba que esa noche hubiera sido tan solo fruto de una pesadilla.

∞∞∞

En Londres hacía un par de horas que ya había amanecido, aunque la luz del sol no había podido asomarse entre las espesas nubes que cubrían el cielo. El tiempo había cambiado drásticamente, pues un frío intenso envolvía el ambiente en aquella jornada, haciendo que el verano se marchara definitivamente.

En Primrose House reinaba la incertidumbre. El personal, que ya estaba despierto y preparándose para afrontar la jornada, sabía que algo sucedió la noche anterior. Nadie tenía certeza de lo ocurrido, ni de su gravedad. No obstante, pronto descubrirían las consecuencias.

El teniente se hallaba en el salón, plácidamente dormido, tumbado sobre un sofá. Había bebido tanto, que el sueño le venció rápido. De repente, la señora Berenson irrumpió en la estancia y fue hacia él para despertarlo con presteza.

—¡Teniente! —dijo al tiempo que posaba su mano en su hombro—. Por favor, despierte, ha ocurrido algo terrible.

El teniente abrió los ojos lentamente, notando la fuerte palpitación en sus sienes debido al efecto de la bebida. Se incorporó un poco y miró a la señora Berenson con los ojos entrecerrados.

—¿Qué sucede? ¿Por qué tanto alboroto? —preguntó desconcertado.

Al contemplar el semblante preocupado de su ama de llaves, el teniente supo que se trataba de algo grave. Y a su mente acudió la imagen de Hester.

—La señora se ha marchado, teniente.

Él abrió mucho los ojos, reaccionando al fin y olvidando su dolor de cabeza.

—¿Cómo dice? —respondió notando como sus músculos se tensaban y su corazón empezaba a palpitar a toda velocidad.

—Mire. —La señora Berenson le mostró una nota que Hester le había dejado—. La señora nos agradece nuestro buen trato. Dice que se marcha y que no volverá en un tiempo.

El teniente estaba absorto, asimilando aquellas palabras. De repente, al agachar la vista, vio una nota encima de una mesa. La agarró con presteza, comprobando que era de Hester.

Querido William:

Con todo mi pesar, me marcho de esta casa donde he pasado momentos tan dichosos. Lo ocurrido anoche me hizo darme cuenta de que no deseo conformarme con un matrimonio pactado donde solo hay lugar para la amistad. Ahora que te he entregado mi corazón, no puedo seguir a tu lado sin tener tu amor. Por eso, porque te amo y deseo tu felicidad, no puedo condenarte a seguir casado con alguien a quien nunca amarás.

Me marcho por un tiempo, pues la distancia hará posible que tal vez este amor que albergo por ti disminuya su intensidad. Dejaré todos mis asuntos arreglados y conseguiré un abogado que nos facilite la anulación de este matrimonio. De esa forma, ambos podremos ser libres.

No te preocupes por mí, estaré bien allá donde vaya. Solo necesito un poco de tiempo para sanar mis heridas.

Cuídate.
Con todo mi amor, Hester.

El teniente notó sus ojos humedecerse al tiempo que todos sus músculos temblaban por la angustia y la desesperación. Se levantó y salió de la estancia completamente aturdido.

A pesar de la evidente marcha de Hester, dominado por un halo de esperanza, creyendo que tal vez aquello era una pesadilla, recorrió la casa buscándola, ante la mirada de pena y curiosidad de su personal.

Acabó en la habitación de Hester derrumbándose sobre el borde de la cama. Su perfume aún podía percibirse en el aire y al mirar alrededor, se vio asolado por una terrible sensación de soledad.

No sabía qué podía hacer, pues su cuerpo estaba paralizado, embargado por un enorme dolor. No recordaba haberse sentido así

en mucho tiempo.

Era como si alguien le hubiera arrancado el corazón del pecho y se lo hubiera llevado lejos de allí. Ya no le pertenecía, de eso estaba convencido. Porque ahora tenía dueña.

Allí estaba el solitario guerrero escocés derrotado con su corazón partido en mil pedazos, envuelto en la oscuridad que asolaba su alma y preguntándose: ¿cómo podré vivir sin ella?

Capítulo 36

Little Haven, Gales, tiempo después.

El otoño había llegado a Little Haven con un intenso frío acompañado de fuerte humedad, que impregnaba las calles y hasta la ropa de sus habitantes, que no eran demasiados.

Aquella localidad en la costa de Gales se concentraba en torno a una pequeña playa pedregosa rodeada de bajos acantilados cubiertos de mantos de hierba, cuyo tono verdoso se intensificaba en esta época del año con las lloviznas.

Las casas con tejados a dos aguas, hechas principalmente de piedra, ladrillo y estuco, estaban pintadas de distintos colores, lo que ofrecía un vivaz paisaje. A pesar del desapacible tiempo, a esa hora temprana las calles empezaban a mostrar una incesante actividad gracias al mercado, que se situaba en una céntrica plaza frente a la playa.

Hester había salido a pasear como cada mañana en solitario. Caminaba desde la casa de su tía, en Grove Place, bajaba hasta la playa, seguía por Point Road hasta subir las escaleras que conducían al acantilado, desde donde podían contemplarse el pueblo y las aguas turquesas de la Bahía de Saint Brides.

Aprovechaba ese momento de soledad para sumergirse en sus pensamientos. Había llegado a Gales hacía ya varias semanas, presentándose en casa de su tía al anochecer, lo que generó una enorme sorpresa por su inesperada visita.

Tras su marcha de Primrose House, que se produjo cuando todos dormían y aún no había amanecido, escribió a su padre y a Grace para contarles lo sucedido. Mientras que el coronel se ofreció a interceder para mediar en el conflicto, algo que por petición de Hester no hizo, Grace apoyó por completo su decisión.

Pese a su fuerte determinación, la culpa asolaba a Hester. Consideró que tal vez había sido injusta con el teniente al no haberle

dado oportunidad de explicarse. Sin embargo, su rechazo le había generado tanta tristeza, que su corazón no podía soportarlo.

Cada noche, desde que había llegado, se levantaba en mitad de la madrugada sollozando y aturdida tras alguna pesadilla. En aquellos terribles sueños, el teniente sufría horribles tormentos sin que ella pudiera hacer nada por evitarlo. Porque, a pesar de todo, su amor por él no se había desvanecido.

Solo esperaba encontrar en Little Haven la paz que necesitaba y que el olvido hiciera pronto su efecto en su alma, para así desterrar al teniente de su corazón.

Tras un largo paseo, regresó al hogar de su tía. La casa estaba hecha en piedra de tonos claros, con tejado a dos aguas, contaba con tres plantas y un jardín delantero, delimitado por un muro de piedra bajo.

En cuanto entró en el vestíbulo notó el agradable calor de la casa, en contraste con el frío del exterior. Acudió al salón, donde estaba su tía sentada frente a un pequeño escritorio escribiendo, plenamente concentrada.

Desde que era niña le había agradado el ambiente acogedor que rodeaba el hogar de los Sayer. Aunque su tía vivía sola desde hace años y había sufrido la pérdida de su gran amor, su optimismo y sus ganas de vivir no se habían desvanecido.

—Oh, tesoro, ya estás aquí. ¿Qué tal tu paseo? —saludó sin apartar su vista del papel.

—Agradable a pesar del mal tiempo.

Su tía lanzó una carcajada.

—Aquí la lluvia suele ser una compañía habitual en nuestros quehaceres diarios.

—A mí no me molesta. En Londres también suele llover a menudo, así que estoy acostumbrada. Además, merece la pena disfrutar de semejante paisaje.

—Es hermoso, sí—afirmó. De repente, apartó la vista del papel y lanzó un suspiro—. Es curioso como a medida que pasan los años, los recuerdos vuelven con mayor asiduidad y parecen más vivos que nunca. Como si algo que ocurrió hace treinta años, hubiera sido ayer.

>>Justo ha regresado a mi memoria el día en que tu tío se me declaró. Fue en un día como este.

>>Habíamos estado escribiéndonos durante un tiempo, tan solo como amigos, y yo no albergaba esperanza alguna en casarme, había dado esa causa por perdida.

—¿Por qué razón? Siempre has sido una mujer muy hermosa, tía. Podías tener a cualquier pretendiente.

—Es cierto. Sin embargo, yo apreciaba demasiado mi libertad. Prefería quedarme soltera a casarme con un necio, o con un hombre posesivo que me subyugara.

—Comprendo.

—La cuestión es que, tu tío llegó a mi vida para cambiar mi parecer. Cuando lo conocí, me robó el corazón de inmediato. Era tan distinto a los otros caballeros que había conocido. Era inteligente, culto, amable, generoso. Y me hacía siempre reír. A pesar de todas las penurias que pasó a lo largo de su infancia y juventud, tenía un carácter alegre y creía en el lado bueno del ser humano.

Hester esbozó una media sonrisa llena de nostalgia al recordar a su tío.

—Tío Gareth era un gran hombre.

—Lo era. Por eso me enamoré de él, aunque no me atrevía a decírselo. Me sentía inferior a él en tantas cosas. Sentía que apenas tenía experiencia. Siempre había estado con mi familia, apenas había viajado. Lo más lejos que había estado era en York. Él había visto mundo.

>>El caso es que, se presentó en Charles Court elegantemente vestido y con un gesto solemne que me inquietó un poco. Tomamos el té con mis padres, charlamos de forma distendida, aunque yo estaba muy nerviosa. Su sola presencia hacía que mi corazón latiera desbocado. Entonces, le pidió a mi padre hablar a solas, cosa que no entendí.

>>Decidí no darle importancia, considerando que quizás prefería su compañía a la mía. Así que, salí al pequeño jardín trasero a tomar el aire, y de repente, apareció ante mí. Nuestras miradas se encontraron y sentí unas traviesas mariposas en mi estómago. Quería acercarme a él, y agarrar su mano, pero no me atreví.

>>No obstante, él pareció leer mi pensamiento, porque agarró mi mano entre las suyas, depositó un beso en el dorso y me confirmó que su visita no era fortuita, sino que tenía un importante propósito. Me confesó que me amaba desde el primer instante en que nos vimos y que deseaba pasar el resto de su vida a mi lado.

A pesar de haber oído muchas veces esa historia, tanto por parte de su tía como de tío Gareth, Hester se seguía emocionando.

—Ahí conocí lo que llaman la felicidad completa. Pocas veces sucede en la vida.

—Eso es cierto. —Hester decidió entonces cambiar de asunto —. ¿Y cómo va tu manuscrito?

—Bien, aunque he decidido dar otro giro a la historia. Quiero complicarlo un poco más y teneros en vilo más tiempo. Espero que a William le guste, siendo tan fiel seguidor.

Hester agachó la mirada, notando un halo de tristeza.

—Supongo que sí.

Se hizo un breve silencio, que tía Agnes rompió enseguida.

—He visto que últimamente estás dibujando mucho.

Hester asintió.

—Sí, ya me queda poco para terminar las ilustraciones que me encargó la editorial. Tengo que enviarlas al final de esta semana.

—Supongo que volverás a Londres para la entrega, ¿verdad?

Hester torció el gesto.

—No será necesario, puedo enviarlo desde aquí.

Su tía dejó la pluma sobre el papel y fijó su atención en ella.

—Hester, sabes bien que tu compañía es muy agradable para mí y que no me importa que te quedes. Sin embargo, los problemas no se solucionan huyendo. Debes enfrentarte a la situación antes o después.

Hester asintió.

—Lo sé, tía. Solo necesito un poco de tiempo.

—¿Tiempo para qué? Según me dijiste cuando llegaste estabas decidida a pedir la anulación. En Little Haven no encontrarás a ningún abogado que quiera encargarse de ello. Pero en Londres habrá muchos letrados dispuestos a defender la causa.

>>No obstante, tu esposo merece que al menos discutáis el fin de vuestro matrimonio en persona, Hester. En un matrimonio hay dos personas que deben ponerse de acuerdo. Un proceso de anulación es largo y tedioso, además de suponer un daño a tu reputación. Tendrás que pensar en tu nueva vida. ¿Dónde vas a vivir? ¿Cómo te mantendrás?

—Con lo que gano puedo vivir sin apuros. Podría quedarme aquí contigo una temporada, y más adelante, comprar una propiedad en el pueblo.

—Si es lo que deseas, con más razón debes regresar a Londres para empezar a poner tus asuntos en orden, ¿no crees?

—Sí, tía. Tienes razón. Es lo que debería hacer, pero…

Su tía inclinó la cabeza, contemplándola con ternura.

—Aún amas a William.

Hester tragó saliva, conteniendo el nudo en su garganta. Entonces, recordó un asunto pendiente que le permitiría huir de aquella conversación.

—Será mejor que vaya al mercado a comprar los ovillos que me pediste.

Dicho esto, se marchó de la estancia, dejando a su tía sumida en sus pensamientos.

Hester había heredado el carácter bondadoso de su padre, aunque había resultado ser más valiente que él. Cuando hace muchos años, Agnes descubrió que su cuñada había tratado de seducir a su esposo, alertó a su hermano, que, sin embargo, ya conocía la vieja historia de amor que había unido a Gareth y a la señora Holland en su juventud.

Cuando Agnes le propuso a su hermano que anulara su matrimonio, el coronel, roto de dolor, le confesó que, pese a todo, guardaba la esperanza de ganarse el corazón de su esposa, a quien amaba desde lo más profundo de su alma.

Agnes suspiró meditabunda. Qué sentimiento tan contradictorio era el amor, que podía darnos la mayor felicidad, pero también arrebatárnosla. Nos obnubila de tal manera que somos capaces de aceptar el dolor y la miseria con tal de permanecer al lado del ser que amamos, aunque este nos trate con crueldad.

Hester caminó con presteza cubierta con su capa dispuesta a cumplir los recados y quizás olvidar la conversación con su tía. Algo que le resultó imposible. Las semanas transcurrían y el asunto de la anulación seguía pendiente, situación que no cambiaría mientras permaneciera en Gales. Comprendía que su tía tenía razón, pero ella aún no se sentía preparada para enfrentarse a la realidad que la aguardaba en Londres.

Se adentró en el abarrotado mercado de la plaza, saludando a distintos conocidos y vecinos de su tía, que ya estaban familiarizados con ella. Compró lo que necesitaba y se encaminó hacia la casa dando un corto paseo.

En cuanto llegó a la entrada, vio a una de las sirvientas conversar de forma amigable con el cartero, un muchacho joven y vivaz que siempre se mostraba afable.

—¡*Bore da*, señora! —saludó el muchacho.

Hester esbozó un gesto de agrado al comprobar que la sirvienta tenía las mejillas sonrosadas. Era evidente que entre aquellos dos existía un interés mutuo, aunque Hester no sabía si ambos eran conscientes de ello.

—*Bore da*—respondió Hester, que tenía algunas nociones de la lengua galesa.

—Justo estaba entregándole a la señorita Mary la correspondencia. Hay carta para usted desde Londres, señora— anunció el muchacho con su fuerte acento galés.

—Muchas gracias—respondió, agarrando la correspondencia de manos de Mary—. Que tenga un buen día.

Dicho esto, entró en la casa seguida de Mary, que se despidió del muchacho. Hester pensó que la misiva sería de Maude Chambers, de quien solía recibir correspondencia desde Londres. Su querida amiga había apoyado su decisión al conocer lo ocurrido, aunque no le agradó que se marchara tan rápido sin despedirse.

No obstante, en esta ocasión la carta provenía de un remitente inesperado: el señor Pembroke. Hester, extrañada, decidió ir a la biblioteca, donde había un fuego encendido. Llevada por una súbita curiosidad, abrió el sobre con presteza, descubriendo enseguida su contenido.

Estimada Hester:

Ante todo, deseo pedir disculpas por mi atrevimiento al enviar esta carta, pero el asunto del que debo hacerte partícipe no admite espera ni ceremonia.

Tuve noticia de tu partida de Londres a mi regreso de mi luna de miel cuando fui a visitaros a Primrose House. Para mi sorpresa, en esa primera visita me encontré al viejo William reservado y frío que una vez conocí en el pasado. Entonces me contó lo sucedido, algo que me dejó perplejo, pues nunca habría imaginado que llegaríais a esta situación que parece irreversible.

Desde que te fuiste, el ánimo de William ha ido apagándose con el paso de los días. Su alegría y vivaz carácter se han desvanecido, y ha vuelto a aislarse del mundo en Primrose House. Únicamente sale de la casa para ir al trabajo y según me contó la señora Berenson, apenas come y duerme. Suele encerrarse en la biblioteca o en su cuarto, sin apenas conversar con nadie.

Es como si el mundo hubiera dejado de importarle y solo deseara esconderse, quizás buscando en la soledad un consuelo a su aflicción.

Soy plenamente consciente de que hirió tus sentimientos con sus acciones, sin embargo, el castigo que él mismo se ha impuesto creo que es desproporcionado. Temo por su salud, pues si sigue así, probablemente enferme.

Quizás pienses que es un atrevimiento lo que voy a pedirte, no obstante, no sería un buen amigo si no te implorara piedad. Si en tu corazón aún albergas afecto por él, por favor, regresa a Londres para serenar su espíritu y hacerle saber que al menos cuenta con tu amistad y tu perdón. Tal vez de esa forma volverá a ser el William vivaz que tú conoces.

Espero tu respuesta.
Tu buen amigo,
Thomas Pembroke.

Cuando apartó sus ojos de la carta, las lágrimas apenas dejaban ver a Hester lo que tenía delante. La desolación ante el estado del teniente se apoderó de ella.

A pesar del daño causado, ciertamente, no deseaba que William sufriera. Al marcharse pensó que sería una liberación para él, pues así podría estar con cualquier mujer que deseara. Sin embargo, no había sido así.

La providencia le había enviado un claro mensaje y Hester iba a seguir sus designios.

Capítulo 37

La noche había caído sobre Londres y un frío gélido asolaba la ciudad. A esa hora en las solitarias calles tan solo se oía el traqueteo de algún carruaje lejano. El silencio gobernaba Belgrave Square, durante el día bulliciosa y muy transitada.

En Primrose House la cena ya había sido servida y el personal se preparaba para irse a descansar tras una ardua jornada. La alegría de los meses pasados había desaparecido, dando paso a la solemnidad.

El teniente se hallaba en la biblioteca leyendo, una tarea que lo ayudó a olvidarse del mundo y a mantener su mente ocupada.

Mientras tanto, en la cocina, los Berenson departían ante una taza de leche caliente, muy apropiada para una velada tan fría.

—¿Crees que nevará esta noche? —inquirió la señora Berenson.

—Es probable. Aunque sería una nieve tardía. El año pasado por estas fechas, ya teníamos la nieve en los tobillos.

—Sí, lo recuerdo—respondió la señora Berenson.

—A propósito, hoy me he dado cuenta del poco tiempo que queda para Navidad. Tan solo un mes—indicó el señor Berenson.

—Cierto. ¿Crees que el señor irá a Escocia?

—No lo creo. Probablemente los caminos estén sembrados de nieve y sería un viaje largo y tedioso.

—Así que pasará la Navidad solo—comentó la señora Berenson meditabunda.

—Tal vez vaya a casa del señor Pembroke. O de algún otro amigo.

—Ojalá sea así. No me gustaría que pasara esas fechas solo. Sería desolador—respondió meditabunda—. ¿Sabes? Hay algo que debo confesarte.

—Dime, querida.

La señora Berenson suspiró.

—Cada noche le pido a Dios que la señora regrese. El señor sin ella ha perdido toda su alegría y su ilusión. Sería un maravilloso milagro.

El señor Berenson posó su mano sobre la de su esposa.

—Todos rezamos para que el milagro suceda, querida.

En ese preciso momento, la quietud de la plaza quedó interrumpida por la llegada de un carruaje que se detuvo frente a la entrada de Primrose House. El pasajero abrió la puerta y se apeó despacio. Tras despedirse del cochero, este partió, quedándose aquella figura cubierta con una capa en mitad de la calle, absorta.

Tomó una bocanada de aire gélido y respiró hondo, para a continuación, avanzar hacia la casa. De repente, algo cayó sobre su capa. Alzó la cabeza hacia el cielo cubierto de nubes y sobre su rostro empezaron a posarse los primeros copos de la nevada que esa noche asolaría Londres.

Finalmente, los Berenson se dispusieron a comprobar que todo estaba en orden antes de retirarse a sus aposentos. Cuando el señor Berenson se acercó a la puerta principal para cerrarla con llave, sintió al otro lado una presencia. Precavido, abrió la puerta despacio y se quedó perplejo.

—Dios mío…

La señora Berenson salió al vestíbulo y se mostró igual de sorprendida que su esposo ante lo que contemplaban sus ojos. Ambos intercambiaron una mirada además de una sonrisa de alivio.

—Se ha obrado el milagro—dijeron al unísono.

Mientras tanto en la biblioteca, el teniente estaba sentado en un sillón, con su mirada fijada en el fuego que ardía en la chimenea. Sus pensamientos estaban perdidos en otro lugar, lejos de Primrose House. Pensaba en Hester, en la culpa que lo afligía por no haber sido sincero consigo mismo y en el temor que sentía al saber que la había perdido.

A la mañana siguiente probablemente se levantaría tarde, como solía hacer desde que ella se marchó. Aquellos días en los que madrugaba incluso en su día de descanso, parecían haberse acabado, pues sus hábitos se habían vuelto disolutos. Según su

razonamiento, no tenía motivo para ser visto y prefería refugiarse en el único lugar que consideraba seguro.

De repente, algo interrumpió sus cavilaciones. Percibió el sonido de la puerta abriéndose despacio, y a continuación, unos ligeros pasos que se acercaban. Sin girarse, frunció el ceño, dispuesto a reñir a quien se atreviera a perturbarlo.

—He informado a la señora Berenson de que no deseo cenar nada—dijo molesto.

De repente, un delicioso aroma a jazmín envolvió el aire que lo rodeaba.

—Vamos, William, son más de las siete y estoy hambrienta. Además, el viaje ha sido agotador, necesito reponer fuerzas—respondió una voz femenina que lo hizo incorporarse rápidamente.

Sus ojos abiertos de par en par contemplaron bajo la luz del fuego a Hester, que estaba de pie, mirándolo.

—¿Hester? No puede ser, debo de estar soñando—se dijo aturdido.

Ella esbozó una media sonrisa.

—Me temo que no, estás muy despierto, al igual que yo—aseveró. Se tomó unos segundos para observar a su esposo, que, como bien explicó Pembroke, en su cuerpo y su rostro se veían reflejados la falta de alimento y sueño—. Te espero en el comedor.

Hester salió rápidamente de la estancia, llevándose una mano a su pecho, donde su corazón latía desbocado. La imagen demacrada del teniente había sobrecogido su ánimo y la culpa afloró al instante.

Durante el viaje había considerado cómo actuaría al verlo. Había incluso ensayado las palabras que diría, sin embargo, no se había preparado para ese estremecimiento que recorrió todo su ser al encontrarse de nuevo a su esposo. Había percibido que la calidez y la acogedora atmósfera que ella conoció en Primrose House habían desaparecido. Pero aquel largo viaje tenía un propósito: enmendar la situación.

No tuvo que aguardar demasiado tiempo en el comedor, porque el teniente no tardó mucho en presentarse. Hester se tensó

al verlo de nuevo, aunque se mantuvo serena, mientras él se acercaba.

—Vamos, siéntate. La cena tiene un aspecto delicioso—dijo ella, acomodándose en su sitio de siempre.

Una sirvienta, que no pudo ocultar su alegría ante el regreso de su señora, sirvió la comida y los dejó a solas de inmediato. Hester notó el desconcierto del teniente, que aún no había pronunciado palabra.

—Supongo que te estarás preguntando qué hago aquí después de estos meses lejos de Londres.

—Temo preguntarlo—respondió él pesaroso.

—No he venido a pelear, William. Solo a resolver cuestiones pendientes—afirmó con delicadeza.

—¿Pedirás la anulación?

—Aún no he encontrado abogado. Pero, ciertamente, es uno de los asuntos que me ha traído a Londres.

El teniente jugueteó con su comida, sin intención de probar bocado.

—Entiendo.

Hester agachó la mirada.

—Me escribió Pembroke. Me dijo que apenas duermes ni comes. Y sé que es por mi culpa—explicó, dejando los cubiertos sobre la mesa—. William, lamento mi forma de actuar. Me marché de forma precipitada, sin darte la opción de resolver esto como dos adultos que somos. Como bien me dijo tía Agnes, los problemas no se solucionan huyendo, hay que enfrentarlos. Y a eso he venido.

>>Deseo que, aunque nuestro matrimonio no haya funcionado, sigamos siendo amigos.

El teniente se giró hacia ella con gesto severo.

—Comprendo. ¿Te quedarás en Primrose House entonces?

—Por esta noche sí, mañana buscaré otro sitio. Y una vez resolvamos el asunto de la anulación, volveré a Gales. La editorial me ha pagado una buena suma por las ilustraciones y habrá más proyectos. Con ese dinero estoy contemplando la idea de comprarme una propiedad en Little Haven. Por supuesto, estás invitado a visitarme cuando gustes.

Él no abandonó su semblante serio.

—Lo pensaré.

Terminada la cena, regresaron a la biblioteca. Hester observó desde la ventana cómo la nieve caía sobre el jardín ante la atenta mirada del teniente, que la contemplaba con un deje pesaroso.

—He echado de menos el jardín. Seguro que en primavera estará precioso.

El teniente, haciendo acopió de valor, se acercó a ella.

—Por favor, quédate—le pidió él.

Hester tragó saliva, tratando de contener el nudo de su garganta. Permaneció ante la ventana, sin mirarlo.

—No puedo hacer eso.

Él se acercó más.

—¿Por qué no? ¿Es que has dejado de amarme acaso?

Las lágrimas empezaron a deslizarse por sus ojos.

—No. Te amo más que nunca.

—Entonces, no hay motivo para que te vayas.

—Sí lo hay, William. Tú no me correspondes y yo no puedo…

Él la abrazó por detrás apoyando su cabeza en la curva de su cuello y besándolo con delicadeza. Hester se estremeció al verse envuelta por su calidez.

—Debo confesarte algo. Mientras que en la guerra fui un valiente soldado que no le temía a nada, en el amor soy un guerrero asustado y cobarde que teme el rechazo de su amada.

Hester se quedó aturdida ante aquellas palabras.

—Pero si tú me rechazaste—respondió con la voz quebrada.

—No fue por el motivo que tú crees—Ella se giró, observando cómo los ojos de su esposo se humedecían—. El pánico me invadió, Hester. Temí que, al verme, me rechazaras.

—¿Por qué habría de hacer eso?

—Porque mi cuerpo está lleno de cicatrices horrendas. No es algo agradable de ver.

Hester alzó la mano, posándola en su mejilla.

—William, amar significa aceptar al ser amado tal y como es. Con cicatrices o sin ellas, mi amor por ti no cambiará.

La mirada del teniente se paseó por su rostro con un halo de fascinación.

—Oh, Hester, no sabes cuánto te deseaba esa noche, igual que ahora. He estado demasiado tiempo negando estos sentimientos que me embargan. Te amo desde hace mucho, pero no quise aceptarlo por miedo a entregar mi corazón de nuevo. Sin ti, mi vida ha perdido su significado.

Hester notó una lágrima deslizarse por su mejilla.

—No, William, tu vida tiene todo el significado. Comprendo tu miedo. Yo también lo tuve. Sin embargo, cuando el corazón elige a donde quiere ir, poco o nada podemos hacer para cambiar su parecer, ¿no crees?

Él esbozó una sonrisa.

—Siempre tan sabia, mi Hester.

Se abrazaron con fuerza, envolviéndose en su calor mutuo, temiendo que aquel momento fuera tan solo una ensoñación. Se apartaron ligeramente y el teniente acarició el rostro de su esposa.

—Te amo—dijo emocionado.

—Y yo a ti.

—¿Te marcharás?

Hester negó con la cabeza.

—Jamás.

A continuación, el teniente descendió sobre sus labios y los besó con delicadeza, para enseguida profundizar el beso. La estrechó contra él con fervor, disfrutando de su aroma, de su suavidad, esa que tanto había extrañado. La idea de tenerla al fin a su lado encendió aún más su pasión.

—Te deseo, amor mío—susurró en su oído.

Hester notó unas deliciosas mariposas en su estómago. Enseguida, el teniente agarró su mano y la condujo a su cuarto con presteza. No quería esperar más.

Una vez llegaron a la habitación del teniente, este cerró la puerta tras de sí y volvió a tomar los labios de Hester, que estaba dichosa.

—Eres tan hermosa—dijo él con fervor.

Sin demora, empezó a ayudar a Hester a desvestirse, desabotonando el vestido por la parte de atrás. Después continuó con su corsé. Hester no se sorprendió ante su destreza, pues él tenía más experiencia que ella. Una vez se deshizo de la prenda, posó sus manos en su hombro, besando su cuello, a lo que ella respondió con un dulce gemido que encendió más el deseo de su esposo.

Se colocó delante de ella y le quitó las enaguas, para después retirarle los tirantes de la camisa y recorrer sus hombros con sus labios. Hester alzó la cabeza, entregándose a ese delicioso momento, hasta que tomó la iniciativa.

Empezó a desabotonar el chaleco y la camisa de él. Notó cómo se tensaba ante lo que estaba a punto de ver, no obstante, dejó que Hester continuara. Finalmente, le apartó la camisa, viendo las cicatrices que cruzaban parte de su torso.

Sin ningún disgusto ni temor, Hester acarició sus cicatrices, haciendo que el teniente cerrara los ojos y se sumergiera en esa maravillosa sensación que las caricias de Hester le estaban proporcionando. Se dirigió a su espalda, donde otras marcas de varias quemaduras y huellas de metralla afeaban esa parte de su cuerpo.

—Sé que es horrible, si quieres puedo apagar las velas—dijo él apurado.

—No, no es necesario. Son las señales de tu supervivencia. Y gracias a eso, estás aquí conmigo. No hay nada que esconder—afirmó ella, besando su hombro.

—Tengo en la pierna otra cicatriz, aunque no es tan grande como estas.

—Para mí eres perfecto, amor mío.

El teniente notó su corazón sobrecogerse ante aquellas maravillosas palabras. Agarró a Hester de la mano e hizo que se tumbara sobre el lecho. El teniente se quitó los pantalones y ayudó a Hester a deshacerse de la camisa, quedando completamente ambos desnudos. En un movimiento instintivo, ella intentó taparse, pero él se lo impidió.

—Eres la mujer más hermosa que he visto, Hester Carmichael —aseveró él con una sonrisa.

Hester tenía los labios semiabiertos y sus ojos humedecidos por el deseo. Aquella cautivadora imagen encendió más al teniente, que retomó los besos y las caricias, explorando cada rincón de su cuerpo. Las fuertes manos de su esposo recorrieron su piel, haciendo que Hester casi enloqueciera. Cuanto había anhelado ese instante, tal vez toda su vida.

Con su boca succionó uno de sus montículos rosados, mientras con una mano acariciaba los pliegues de su sexo provocando que Hester se arqueara y gimiera. Una vez estuvo preparada, el teniente se colocó sobre ella, entrando poco a poco en su interior. A pesar de la sensación de quemazón inicial, pronto Hester se sintió cómoda y el teniente comenzó sus suaves embestidas. Se habían convertido en un solo ser al fin.

El placer se fue intensificando hasta que alcanzaron la cima juntos. Tras terminar, el teniente se derrumbó sobre ella, abrazándola. Hester acarició el suave cabello del teniente, dichosa entre aquellos fuertes brazos que la cobijaban.

El teniente se incorporó, colocándose a su lado sin apartar sus ojos de ella. Esos ojos verdes que tanto había extrañado estaban en ese momento iluminados.

—¿Te encuentras bien?

—Sí, estoy bien. Un poco aturdida. Aún no me creo que esto haya pasado.

Él se rio.

—Pues ha pasado, *mo gradh*.

Hester inclinó la cabeza.

—¿*Mo gradh*? ¿Qué significa?

—Mi amor en gaélico escocés.

Hester se enterneció.

—Me gusta. Me encantaría aprender más palabras.

—Claro, te enseñaré. Y a nuestros hijos también.

Ella se rio.

—Pero, teniente Carmichael, ¿cuántos hijos quiere tener?

—Todos los que Dios quiera darnos.

Hester se mordió el labio inferior, un poco apurada.

—¿Y si Dios decide que no tengamos hijos?

El teniente acarició su mejilla.

—Pues no importa. Seré feliz igualmente teniéndote a ti. Incluso podremos adoptar unos cuantos. Hay muchos niños que no tienen hogar.

Ella sonrió.

—Eso también sería bonito. Aunque creo que deberíamos seguir intentándolo, ¿no crees? —replicó ella en tono sensual.

El teniente esbozó una mueca pícara.

—Sí, creo que sí.

A continuación, el teniente besó sus labios. De repente, Hester recordó algo importante, de modo que se apartó de él y dijo:

—Oh, casi lo olvido. Te he traído algo.

El teniente vio cómo se levantaba, se cubría con una bata y salía de la habitación, regresando pocos minutos después con un pequeño paquete entre sus manos. Se sentó a su lado en la cama y se lo entregó.

—¿Qué es? —inquirió él observándolo con curiosidad.

—Ábrelo y lo descubrirás—contestó ella contenta.

El teniente quitó el envoltorio y comprobó que era una novela de George Milcott.

—Gracias por el regalo, aunque ya tengo este libro—indicó.

—No, este no. Mira en la primera página.

El teniente obedeció y vio que el ejemplar estaba dedicado.

Querido sobrino:

Gracias por ser uno de mis más fieles lectores.

Con afecto, George Milcott.

El teniente abrió mucho los ojos, visiblemente sorprendido ante la extraña dedicatoria. En ese instante, los pensamientos se agolparon y todo cobró sentido.

—¿Tía Agnes es…? —preguntó incrédulo.

Hester asintió.

—Sí, ella es George Milcott.

—Pero no me dijo nada cuando nos vimos, no…

—No lo sabe nadie excepto sus seres queridos más cercanos. Y entre ellos, estás tú—explicó.

—Nunca lo habría imaginado. Ahora la admiro mucho más que antes—afirmó—. ¿Y cómo empezó todo?

Ella se inclinó hacia él.

—Es una larga historia que te contaré otro día…

Hester besó los labios de su esposo apasionadamente y él retomó las caricias deshaciéndose de su bata.

A partir de aquel día, la alegría y la dicha inundaron cada rincón de Primrose House. El lobo solitario que no creía en el amor había conocido a su alma gemela y al fin había aceptado que, por mucho que luchemos contra nuestros sentimientos, estos se abren pasó como el río que sigue su caudal.

Epílogo

Era un día de primavera soleado en Primrose House. El sol brillaba en el cielo, el tiempo era cálido y en el aire flotaba el agradable aroma de la lavanda. En el jardín se hallaba el teniente dirigiendo una importante operación: ante él tenía a dos jóvenes aprendices de pequeña estatura, pero con mucha voluntad.

Se trataba de sus dos hijos, David y Caroline. Los pequeños tenían seis y cuatro años respectivamente.

En ese momento, el teniente le estaba mostrando a sus hijos como plantar lavanda. David, que era más mayor, parecía tener un mejor manejo de las herramientas, pero la pequeña Caroline no tenía tanta destreza.

—Creo que he hecho daño a la planta, papá—dijo la niña apurada.

—No te preocupes, tesoro. Al principio es difícil, pero irás aprendiendo—respondió, acercándose a la niña—. Mira, aún tiene la raíz intacta, podemos cambiarla a este tiesto.

—Mira, papá, la mía ya está en la maceta—anunció David contento.

El teniente sonrió.

—¡Muy bien, soldado! Ahora encárgate de las margaritas.

El niño obedeció, concentrándose en su tarea. Mientras tanto, Hester observaba la escena desde el umbral de la puerta del jardín con evidente orgullo ante la familia que había creado con el teniente.

Además de eso, su carrera como ilustradora le seguía aportando grandes alegrías, pues había trabajado con grandes escritores que deseaban tener sus ilustraciones en preciosas ediciones de sus libros. Algunas de ellas, estaban colocadas en distintos lugares de Primrose House y el teniente presumía con orgullo del talento de Hester, que había dejado de esconderse, revelando al mundo la identidad real de H. Haven.

Respecto a sus familiares y amigos, el coronel Carmichael y su esposa seguían disfrutando de buena salud, y eran muy felices cuando recibían la visita de sus nietos, a los que adoraban. Alistair y Roslyn también formaron su propia familia, y mantenían una estrecha relación con Hester y William pese a la distancia.

Por otro lado, Pembroke también había formado su propia familia, y seguía desarrollando su labor en la política, incluso llegó a formar parte del gabinete del primer ministro. Y respecto a tía Agnes, seguía triunfando en el mundo editorial como George Milcott.

En cuanto a Maude Chambers, seguía sumergida en su labor de periodista y detective, mientras *lady* Duncan y *lady* Chambers habían hecho que su proyecto de las escuelas para adultos también se llevara a cabo en otras ciudades del país.

John Holland había tenido descendencia, un digno heredero del apellido, mientras que Grace había dado la bienvenida a otro retoño. La señora Holland dejó este mundo unos años antes, tras sufrir un ataque de apoplejía del que nunca se recuperó.

El coronel quedó desolado, sin embargo, recuperó la ilusión al conocer a una dama viuda de edad similar, con quien había trabado cierta amistad, para disgusto de su nuera, que esperaba ejercer el mismo control sobre su suegro que sobre su esposo. No obstante, tanto Hester como Grace apoyaron esta nueva ilusión del coronel y este vivía una segunda juventud.

El teniente alzó la vista, mirando a su esposa con una sonrisa. A pesar del paso del tiempo, el teniente cada día amaba más a su esposa. Con Hester siempre descubría algo nuevo que lo hacía ser más sabio. Había encontrado en ella a la compañera de vida que siempre anheló. Y él también lo era para ella.

Los niños sonrieron al verla, con la cara manchada de tierra, lo que le recordó a su primera vez trabajando en ese espléndido jardín.

En ese momento, la señora Berenson apareció en el lugar.

—La comida está servida—anunció.

Los niños dejaron lo que estaban haciendo y se unieron a la señora Berenson, que les ordenó que se lavaran las manos. El teniente se limpió con un pañuelo y se acercó a Hester, que aún

seguía detenida en el umbral, contemplando el aspecto imponente de su esposo. Con la camisa arremangada, mostrando sus fuertes antebrazos y con el pelo un poco despeinado, sonrió a Hester, haciendo que el corazón de ella se sobresaltara.

—Veo que ya tenemos dos nuevos jardineros—comentó divertida.

—Eso parece.

—Tienen un gran maestro—afirmó—. Recuerdo la primera vez que trabajé contigo en el jardín.

—Ya entonces empezaste a seducirme.

Hester abrió mucho los ojos.

—¿Yo? Eso no es cierto.

—Oh, claro que lo es. Igual que haces ahora, con esa mirada y esa sonrisa. Siempre has hecho de mí tu esclavo, esposa mía—aseveró él, posando su brazo sobre sus hombros.

Ella se rio.

—Tú siempre tan exagerado. Además, no tienes tiempo de ser mi esclavo, porque los niños querrán seguir con el jardín, así que tienes mucho que hacer.

El teniente contempló a su esposa con fascinación.

—Tienes razón. Aunque necesitaremos sus refuerzos, señora Carmichael.

Ella sonrió.

—Os ayudaré con gusto, teniente.

Él besó a su esposa con ternura y pasaron al interior de la casa para reunirse con sus hijos.

A pesar de que parecía que sus respectivos destinos estaban escritos sobre la palabra soledad, William y Hester cruzaron sus caminos en un matrimonio acordado que se transformó en una bella historia de amor en la que ambos no creían. Sin embargo, la vida no transcurre siempre como la planeamos y nos da magnificas sorpresas que cambian el curso de nuestra existencia para siempre.

Fin

Nota de la autora

Esta historia no comienza en Glencoe, sino en un lugar de Inglaterra donde nació una niña llamada Beth Arundel. Esa historia es el principio de todo lo que vino después. Roslyn fue la digna sucesora de aquella historia y ahí apareció el teniente Carmichael, ese veterano de guerra serio y algo taciturno que cautivó a las lectoras.

No concebí estas historias como una trilogía, al contrario, todo surgió de forma natural, como si los personajes alzaran la voz y pidieran tener esa oportunidad de narrar sus vivencias al lector.

Desde que apareció en mi cabeza, supe que el teniente merecía su propia historia. Una historia de amor puro y verdadero.

Todo esto conllevó un arduo proceso de documentación y también de descubrimiento. Descubrí en este viaje que en la época victoriana hubo pioneras en el mundo de la ilustración y pensé que Hester podría formar parte de ese grupo. Porque me gustan esas heroínas que se salen un poco del canon y que transmiten toda su esencia a través del arte.

Y volví a Escocia de la mano de estos dos personajes que son almas gemelas. Siempre es un placer recorrer mentalmente aquella tierra mágica de guerreros y seres mágicos a través de los ojos de mis personajes.

Espero que esta historia te haya gustado y que Hester y William se hayan convertido en agradables compañeros de viaje.

Agradecimientos

A Álvaro y a mi familia, por estar siempre ahí.
A mis villanas, por su apoyo.
A mis corazones rebeldes, por ser fieles lectores.

Sobre la autora:

Andrea Muñoz Majarrez es una escritora nacida en Madrid el 15 de enero de 1987. Licenciada en Filología Eslava por la Universidad Complutense de Madrid y con un máster en Estudios de Traducción por la Universidad de Birmingham, vivió durante un año como estudiante Erasmus en Polonia, y cuatro años en Reino Unido trabajando como profesora de español y traductora de inglés. En 2017 debutó en el mundo literario con un libro de relatos titulado Corazones rebeldes y al año siguiente salió a la venta su primera novela: Charlotte Beverly. Desde entonces, ha publicado varias obras de género romántico contemporáneo, histórico y *new adult*, entre ellas Beth, La noche sobre Varsovia, Un misterioso admirador y Mi lady Godiva (Novela ganadora de la medalla de Bronce en los International Latino Book Awards 2024)

Para más información consulta su página web:
www.corazonrebeldeescritora.wordpress.com

Redes sociales:

Instagram: @andie_retro
Facebook: Corazón Rebelde
Twitter: @ammautora

Otros títulos de la autora:

Charlotte Beverly (1ª edición, 2018)
Siempre estuve esperándote (2018)
Un ramo de violetas (1ª edición, 2018)
Alguien especial (2018)
Bilogía Tal y como eres:
Dulce e irresistible (Tal y como eres I)
Tierno y sensible (Tal y como eres II) (2019)
La candidata perfecta (1ª edición, 2019)
Beth (2019) *Candidata al Premio Literario Amazon 2019.*
Tan lejos, tan cerca (1ª edición, 2019)
Perdedores Natos (2019)
Mi vida contigo (2020)
Mejor que un sueño (2020) *Candidata al Premio Literario Amazon 2020.*
La noche sobre Varsovia (2020)
Un misterioso admirador (2020)
Cuentos navideños (2020)
La tempestad y la montaña (2021)
Rosamund Miller (2021)
Nos enamoramos: Y otras historias de amor (2021)
Sucedió en un instante (Mil Amores, 2022)
Bruma en el alma (2022)
Estrella vespertina (2022)
Los gatos caemos de pie (Mil Amores, 2023)
Mi lady Godiva (Mil Amores, 2024)
Roslyn (2024)
Los tejados de París (2024, Harper Collins Ibérica)